UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/laquenoperdon00wast

Hugo Was

#7088 3 A

La que no perdono

Las dos sombras se pintaban nítidamente obre el camino plateado por la luna. Judith e detuvo y su mano temblorosa escribió en l polvo, con la punta del bastón: ¡No!

LA QUE NO PERDONÓ

OBRAS DE HUGO WAST

La que no perdonó			$ 2.50
El Vengador	70º	millar	„ 2.50
Los Ojos Vendados	90º	„	„ 2.50
La Corbata Celeste	30º	„	„ 2.50
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre.	70º	„	„ 2.50
Valle Negro	45º	„	„ 2.50
La Casa de los Cuervos	90º	„	„ 2.50
Fuente Sellada	67º	„	„ 2.50
Flor de Durazno	103º	„	„ 2.50
Novia de Vacaciones	27º	„	„ 2.50
Alegre	25º	„	„ 2.50

TEATRO:

Flor de Durazno	1 vol.	$ 1.50

W3237k

HUGO WAST

LA QUE NO PERDONÓ

11° MILLAR

203311
25. 5. 21

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA

4

I

Lo que ve por la persiana

Por el postigo de la huerta, el lego sacristán de San Francisco escudriñó el horizonte. El alba estaba lejos todavía, pero el reloj de "El Carmen", único reloj público de torre que haya en Santa Fe, no tardaría en dar las cinco. Era, pues, hora de abrir la puerta secular de la iglesia, y de llamar a la primera misa.

Encendió una vela de sebo, que chisporroteó, sin resolverse a alumbrar, en su candelero de lata.

La catadura de aquel lego era tan adecuada para ese convento, que no podía concebirse al uno sin el otro.

Al verle discurrir ágil y liviano por los claustros lóbregos, con movimientos bruscos y ratoniles, llegar a la sacristía, hacer a un lado un pesado sillón de cuero y estirarse hasta la alcayata del ventanillo, que se abría rechinando en el vano del grueso murallón, y buscar y encender a tientas su palmatoria, se le hubiera creído joven.

Pero el primer destello de luz disipaba la ilusión alumbrando su cráneo desplumado, con escasos mechoncitos grises sobre las orejas; sus ojitos indefinibles detrás del matorral de sus cejas, como un charquito en el fondo de un pozo abandonado; su pellejo amarillento, su pescuezo semejante a un manojo de cuerdas, con una nuez inverosímil, que producía la impresión de que el infeliz vivía atragantado. A más, era tan flaco, que la gente lo miraba

con recelo de que en un estornudo saltara como un tapón de adentro de la cogulla.

Al abrir el postigo, el viento húmedo del río apagó su vela.

—¡Alabado sea Dios!—rezongó el lego, que no tenía otro fósforo a mano.—Viento sudeste, agua como peste.

Hacía dos meses que estaba lloviendo en Santa Fe. El río crecido anegaba la mitad de la huerta del convento, situada sobre la barranca, y algunos camalotes, poblados de víboras, atracaban al pie de sus tapias derruídas.

No sólo víboras viajaban en aquellas plantas acuáticas, que descendían a merced de la corriente, formando verdaderas islas flotantes, desprendían pedazos de tierra, arrancaban árboles de la orilla y se llevaban los puentes que hallaban al paso.

El lego recordó con frío en la médula que muchos años antes, según contaban los viejos, llegó un tigre en un camalote, penetró en la sacristía, y devoró al fraile que iba a decir la primera misa.

Por si acaso, cerró el ventanillo y aseguró la alcayata, y fué luego a encender una torcida en la lamparilla de aceite del Santísimo, para prender con ella las dos velas de cera del altar.

El aire de la iglesia era tibio y más que a incienso olía a maderas viejas y a humedad.

Aquellas dos pálidas lengüecitas de fuego hacían más patentes las tinieblas de la nave; pero el sacristán podía caminar con los ojos vendados, pues desde treinta años atrás sacudía los mismos altares, los mismos confesionarios, los mismos escaños y reclinatorios. Se dirigió sin vacilar hacia la puerta grande, quitó la tranca de fierro que la cruzaba, levantó los herrumbrados pasadores, y encomendándose a las ánimas para hallar fuerzas en su flacura, abrió una de las hojas, pesadas como las puertas de la ciudad de Gaza, que desquició Sansón, según se cuenta en el Libro de los Jueces.

Cruzó luego el pretil, por la veredita de baldosas, construída para llegar sin embarrarse hasta la deslucida reja,

que rodeaba el antiguo camposanto, y franqueó sus dos entradas.

Sólo entonces observó algo que le hizo santiguarse con terror, como si hubiera visto abrirse la tierra bendita que pisaba y levantarse un muerto.

El convento de San Francisco está edificado en el extremo sur de la ciudad, en la esquina de una manzana roída lentamente por el río. En otro tiempo aquel barrio fué el foco de la vida santafesina, pero hoy es visible su decadencia, aunque no dista cien metros de la Casa Gris, donde cada cuatro años un nuevo gobernador empuña el bastón de mando y jura hacer la felicidad de la provincia.

La calle lateral del convento es la principal de la ciudad, no así la que cruza por delante, sin adoquinado, sin iluminación, edificada pobremente, con veredas altísimas, por temor a las crecientes, y cortada por la barranca, una cuadra más abajo.

Corría el mes de Agosto, y a aquella hora y con aquel tiempo, no era extraño que estuviese desierta y silenciosa, como un cementerio.

Pero desde hacía tres meses, cada vez que el lego salía hasta la verja del pretil, hallaba a una mujer, guarecida junto al pilar, esperando que abriesen para oir la misa del alba, que decía el padre Guardián.

A menudo era ella la única asistente al santo sacrificio, y aunque el lego apenas había columbrado sus facciones, de manera que sólo podía afirmar que no era vieja y sí muy pálida y de ojos muy negros, y alta como una imagen, sabía su nombre y su casa.

Era doña Isabel Centenario de López, la esposa de don Félix López, señor de abolengo y de poca fortuna, empleado de gobierno, que vivía con su hermana, doña Enriqueta López de Virreyes, frente por frente de San Francisco.

Entre las sombras se destacaba la mansión colonial, de un solo piso, con tres ventanas de rejas voladas a cada lado de la ancha puerta de calle, cuyo umbral de mármol

lavaba todas las mañanas una de las tantas negritas que criaban los Virreyes para su servicio.

La esposa de don Félix López, aquella mujer alta y pálida, no era parroquiana de San Francisco, pero de la noche a la mañana comenzó a cruzar la calle, para asistir a la misa del padre Guardián.

El lego se había acostumbrado a hallársela pegada a la reja, y a oirla responder a su saludo matinal, "¡Ave María Purísima!" con una voz que dejaba en su oído una suavidad triste: "¡Sin pecado concebida!"

Aunque el lego no era sutil ni sensible, el fervor que la dama ponía en su respuesta hacía vibrar su corazón, lo mismo que un golpe puede arrancar una nota melodiosa a un cántaro de barro.

Esa vez no estaba allí. El lego agitó sus llaves, esperando verla surgir de atrás del pilar, y luego estiró el pescuezo y escudriñó la calle tenebrosa, hacia cuyo extremo se oía el incesante chapoteo del río que batía la barranca.

¡Nadie en la calle!

Miró entonces la casa colonial, envuelta en el mismo silencio y en la misma sombra, y al agacharse un tanto, divisó por entre las tablillas de una persiana, un leve resplandor de luces, y cuatro llamitas, como suspendidas en el aire, colocadas simétricamente, dos a una parte y dos a otra.

—¡San José, abogado de los moribundos! — murmuró el lego, santiguándose—¡Allí están velando a alguien! ¿Será "ella"? ¿Cómo puede ser si ayer mismo la vi?

Despavorido corrió adentro, olvidándose de agitar la cuerda de la campana ronca, que sólo se tocaba para anunciar aquella misa.

El padre Guardián, que lo aguardaba en la sacristía, le dijo al sentirlo llegar:

—¿No ha tocado la campana, hermano? ¡Oiga la de Santo Domingo!

Entre los campaneros de ambas iglesias reinaba una especie de rivalidad. Ambos cifraban su orgullo en dar el primer toque para la misa del alba, en el preciso momento

en que el reloj público marcaba la hora. Acechábanse mutuamente, y era su triunfo ganar al rival sin adelantarse un minuto.

—En la casa de doña Enriqueta están velando a alguien — contestó el lego a manera de disculpa.

—Ya me imagino — respondió el padre Guardián, besando el amito y ciñéndoselo sobre los hombros. — Ayer se murió doña Isabel.

El lego dió un bote.

—Perdone, su reverencia, no puede ser; ayer mismo yo le abrí la puerta y oyó su misa.

El padre Guardián, que en ese momento metía la cabeza en el alba, la volvió a sacar, para aleccionar al lego:

—¡Hombre de Dios! ¿No sabe que no hay quien tenga la vida comprada? Hasta a los palacios llega la muerte como ladrón y penetra por la ventana: *quia ascendit mors per finestras nostras,* dice Jeremías. "Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor". Ayer don Félix López mandó llamar a toda prisa al confesor de esa señora, el prior de Santo Domingo, fray Victorino, que apenas llegó a tiempo de administrarle la extremaunción. No tardó media hora en ir a dar cuenta a Dios de sus buenas y de sus malas obras...

—¿Malas obras?... — murmuró el lego escandalizado de que pudiera hablarse de culpas, pensando en aquella santa mujer.

—Todos tenemos algo de que arrepentirnos. Siete veces cae el justo, dice Salomón, y torna a levantarse. No era penitente nuestra, como es su sobrina doña Merceditas Virreyes de Hernandarias, pero conozco muchas buenas obras suyas, que Dios le habrá tenido en cuenta...

Con estas palabras, el padre Guardián continuó revistiéndose, y el lego se fué a tocar su campana.

El padre Guardián lamentábase de verse obligado ese día a abandonar un voluminoso trabajo sociológico que estaba escribiendo con vistas a un congreso terciario, para dar el pésame a aquella familia y acompañar a la muerta al cementerio.

Pero Merceditas Virreyes, la única hija de doña Enriqueta, casada con Daniel Hernandarias, era asidua concurrente de sus fiestas, a las cuales llegaba con puntualidad ejemplar, acompañada de su marido y de su hijita Judith.

Ya advertía el fraile que aquel buen mozo no parecía aficionado a las cosas santas, a juzgar por sus bostezos; mas era edificante ver a un hombre de su alcurnia doblar la rodilla, cuando tanto gaznápiro imberbe se quedaba de pie.

Terminada la misa, en la iglesia desierta, acabó de dar gracias y se asomó para ver qué tiempo hacía.

Como una azulada neblina, la claridad del alba se difundía en la calle.

El amenazador viento del Este había saltado al Sur, presagio de que el temporal se cortaba. El sol iba a amanecer entre nubes negras de bordes llameantes y el mar de agua turbia que cubría la isla, frente a la ciudad, se rizaba alegremente.

—¡Por fin tenemos pampero! — murmuró el padre Guardián, mirando flamear la bandera del departamento de policía, a media cuadra de allí. En el cuartel sonaba el último compás de la diana, que los vecinos madrugadores esperaban para levantarse.

Un coche placero, tirado por dos caballos flacos y peludos y conducido por un auriga entre dormido y achispado, llegó penosamente hasta la entornada puerta de la señora de Virreyes, y el padre Guardián vió descender a dos domínicos, que portaban una balijita y un lío de ropas, amén de un misal.

—Van a decir misa de cuerpo presente — se dijo el padre Guardián, tratando de recordar la historia de la muerta, y como final de sus consideraciones, murmuró con sincero fervor:

—Dios la habrá perdonado seguramente, porque su misericordia no es como la del mundo. *"Beati misericordes: misericordiam consequentur"*.

Y se fué a su celda, donde lo aguardaba su mamotreto sobre la cuestión social.

Don Félix López había pasado la noche entera junto al féretro de su mujer, acompañado por algunos amigos.

Era un hombre flaco, sin barba ni bigote, de facciones animadas por esas arrugas del buen humor, que ni la demacración del insomnio borraba.

Advertíase que lo acongojaba un dolor sincero, sorprendente, sin duda, para las pocas personas que en Santa Fe conocían su historia y no su corazón.

A eso del alba se quedó solo. Poco antes de que llegaran los frailes, misia Enriqueta penetró en la sala, espabiló con sereno pulso las cuatro velas, rezó un poco mirando a la muerta, y se aproximó al viudo para decirle al oído:

—Siento que no se haya recostado un ratito, mi cumpa, siquiera para que descansaran los huesos, y ahora ya no podrá, porque vendrá gente. Pero si le parece, recuéstese un momento, mientras yo rezo un rosario aquí.

Don Félix movió la cabeza negativamente.

—¿Quiere, entonces, que le mande un candial?

—Gracias, mi cuma, — contestó él — No se aflija por mí, y mándeme lo que guste. ¿Cómo sigue Judith?

Se trataban de usted, con cariño respetuoso, no exento de ironía, y por ser don Félix padrino de Merceditas Virreyes y por lo tanto compadre de doña Enriqueta, llamábale ésta "mi cumpa" y él "mi cuma".

—El doctor Monzón se retiró anoche muy tarde, asegurándonos que ya podríamos dormir tranquilos, porque la halló muy bien.

—¿Fuera de todo peligro?

—Así cree, gracias a Dios. Hemos podido perderla, y estoy endeudada con Nuestra Señora de los Milagros, que me ha conservado mi nieta. Le he hecho una promesa y mañana iré a ver al padre Simó, para que me diga qué prefiere, si unos candeleros de bronce o una vidriera para esa ventana del altar. El es el sacristán de la Virgen y sabe qué le hace falta. Las monjitas que pasaban aquí la noche cuidando a Judith ya no tienen por qué venir, gracias a Dios.

—Me alivia el corazón su buena noticia, mi cuma. La vida anda mezclada con la muerte — dijo don Félix señalando el cajón, donde su mujer yacía en su sueño postrero.

—Dice la verdad, mi cumpa: cuando llaman a la puerta, nunca sabemos si es la muerte o si es la vida la que llega — observó la dama, y en ese instante, como respondiendo a sus palabras, resonó en la casa un aldabonazo, anunciando la presencia del domínico que iba a decir la misa.

—¡Jesús nos ampare! — exclamó doña Enriqueta sobresaltada, pero reaccionando inmediatamente, murmuró al oído de su hermano: —Usted no se preocupe ni por diligencias, ni por gastos; déjeme correr con todo. De sobra tiene con su pesar y con atender a sus amigos. ¿Quiere que le mande un candialito?

—Mándeme lo que guste. ¡Ahí está el padre Victorino!

Detrás del fraile y de su acólito llegó una morocha alta, de formas prominentes, encresponada como si el luto la alcanzara a ella también, a usanza de los sirvientes antiguos, y doña Enriqueta dijo al verla:

—También está Pepa Osuna, y me alegro, porque es buena para lidiar con las chinas.

Saludó al padre Victorino y llamó a la mujerona, que se le aproximó suspirando, con apariencias de un gran dolor.

—Entrá y hacémele un candial a Félix; despertá luego a las chinitas, que han dormido más que yo, y vigilámelas, porque yo tengo otros quehaceres.

Investida de estas facultades Pepa Osuna penetró en el dormitorio de la dama y despertó de un puntapié a una negrita que dormía sobre un colchón tendido en el suelo, junto a la cama de misia Enriqueta; se despojó de sus atavíos callejeros, y comenzó a reinar en el tercer patio sobre la runfla de chinitas de diversas edades y procedencias, que constituían la servidumbre de la casa.

A unas las había recibido la señora de Virreyes de sus madres, mujeres desvalidas que en esa forma aseguraban

para sus guachitas el pan de cada día y algún socorro para sí; otras las tenía colocadas por el defensor de menores, funcionario a cuyo patrocinio confiaban las leyes de la provincia cuanta ovejita se quedaba sin pastor, la que se descarriaría irremisiblemente, no cayendo en poder de quien la mantuviese en el buen sendero, a fuerza de vigilancia, de consejos y de rebencazos, si a mano venía.

En un santiamén Pepa Osuna preparó el candial, apurada por volver a la sala del velorio, a dar una noticia que el día antes le trajo de Buenos Aires su sobrino Antolín Osuna.

No sospechaba seguramente que lo que iba a contar caería como una piedra en un lago tranquilo, y se regocijaba del interés que prestaría Merceditas Virreyes a su relato, referente a su marido, el señor Daniel Hernandarias.

Pero tuvo que detenerse a la puerta de la sala, pues había comenzado la misa. Arrodillóse en un rincón, cubriendo la taza de candial con el platillo, para que no se enfriara, y aplazó para luego su historia.

II

La noticia

Las grandes noticias que afectaban a la familia de Virreyes, solían llegar por intermedio de Josefa Osuna, correntina, alfajorera de oficio y muy adicta a Merceditas, cuya niñera había sido.

Debíale a misia Enriqueta todo lo que era y poseía, desde la casita en que moraba, en el barrio de San Francisco, hasta la fama de sus alfajores,—aquellos memorables alfajores de varios pisos, una de las más legítimas glorias de Santa Fe,—propagada por la señora de Virreyes, que regalaba con ellos a sus relaciones y a cuanto personaje deseaba agasajar con buen gusto y poco gasto.

Desde los más remotos sitios de la República llegaban cartas a la alfajorera, que guardaba con siete llaves su receta y acreditaba sus alfajores no atendiendo sino los pedidos que se le antojaba.

Del producto de esa industria vivió Josefa desde que abandonó la casa de su señora, para dedicarse a educar a un sobrino de antecedentes misteriosos, que un día trajo de Corrientes.

Solamente su protectora conocía aquella parte obscura de su vida.

Doña Enriqueta López de Virreyes tenía un olfato maravilloso para reconstruir el verdadero estado civil de cuanta china entraba a su servicio, y no descansaba hasta

aclarar las situaciones familiares, por si era preciso bendecir alguna pareja de novios que no acababan de casarse, o cristianar algún vástago mal habido.

Cuando juzgó conquistada la confianza de la joven correntina, niñera entonces de Merceditas, la interpeló enérgicamente.

—En conclusión: vos no has querido decirme qué sos...

—¡Y cómo he de decirle, señora, si yo misma no sé! Allá en Bella Vista las gentes no tienen como aquí una libreta que les da el gobierno para que sepan de quiénes son hijos o con quién se han casado.

—¿De modo que vos no tenés libreta y no sabés con quién te has casado?

—A qué la voy a equivocar, señora, yo no soy casada.

—¿Entonces sos soltera?

—Tampoco soy soltera, señora.

—¿Serás viuda, pues?

La muchacha se echó a reir, como si le hicieran cosquillas.

—¿Cuando apenas tengo quince años, ya quiere que sea viuda?

—Yo no quiero que seás nada, sino que me digás claramente si sos soltera, casada o viuda...

—Ni lo uno, ni lo otro.

Doña Enriqueta no podía satisfacerse con esa respuesta, que abría a sus conjeturas un espacio ilimitado y lleno de enigmas y no dejó de interrogar, hasta que la chinita le confesó, bajando los ojos:

—Soy... novia desgraciada, y por eso me he venido...

—¿Y qué edad tiene tu... desgracia? — preguntó severamente la dama.

—Ha entrado en los siete meses y se llama Antolín y me lo cuida una tía que me crió, allá en Bella Vista.

—¡Bien te crió tu tía! Podés felicitarla.

—¡Qué quiere, señora! Fué cuando las sementeras del algodón del otro año. Un mediero de mi tía araba la tierra y yo iba a llevarle la comida. Me dió un anillo de oro y esta crucecita de coral, que le compró a unos turcos.

Después vino la langosta, se comió el sembrado y mi novio bandeó el Paraná y se fué al Chaco, de hachador de la Forestal. No he sabido más de él.

—¡Ya me lo había imaginado! — exclamó doña Enriqueta.

—Y es lo peor del caso...—prosiguió desconsoladamente la muchacha, mostrando el anillo y jugando con la cruz — que es falso el oro y falso el coral...

—También me lo había imaginado — replicó sin sonreirse la señora. — Los turcos nunca llevan cosa que sirva. Sólo por eso debiste desconfiar del novio.

—¡Qué quiere que entienda yo de esto! El decía que el anillo era de oro y la cruz de coral.

—¿Y ahora tenés empeño en que se difunda todo eso?

—Como a usté le parezca, señora.

—Si lo vas a dejar en mi mano, yo dispondré conforme te convenga. Dejémoslo a Antolín con tu tía un tiempito. Después lo haremos venir y pasará por sobrino tuyo y te ganarás la vida honestamente, como yo te enseñaré.

Así lo convinieron y una y otra cumplieron al pie de la letra; y Antolín Osuna llegó, cuando ya la industria de los alfajores permitía a su madre criarlo como a un niño de casa bien, poniéndolo primero en la escuela de "las González", que enseñaban a leer con la Anagnosia, y después en un pupilaje, gracias a una beca.

Como Josefa Osuna era andariega y bien relacionada y tenía sobre todo la vocación noticiosa, apenas ocurría un suceso interesante corría a pedir las albricias a su antigua señora, o a prepararle el espíritu, según el caso.

Ella fué quien le comunicó la muerte de su marido, don Fermín Virreyes, que pereció en la aventura revolucionaria de 1904.

Josefa Osuna lo supo antes que nadie, por un empleado del telégrafo, y ahogada de aflicción, pero orgullosa de su papel, fué a soltar la noticia como una bomba en casa de la viuda.

Aquella política, que don Fermín Virreyes pagaba con su vida, nunca fué en él más que una preocupación oca-

sional. Así como otros juegan al ajedrez o cazan perdices o tocan la guitarra, por matar el tiempo, él vivía pasándose de un partido a otro.

Se hizo gubernista años antes de la revolución, porque el gobernador nombró comisario de policía, en un pueblo cercano a su estancia "Las Avispas", a un gaucho de su amistad, con orden de perseguir a los cuatreros que le robaban hacienda y de no ser muy severo en lo que ocurría dentro del boliche que don Fermín tenía allí, para proveer a sus peones, y donde se jugaba fuerte los días de fiesta y de higos a brevas se destripaba un cristiano.

Y dejó de ser partidario del gobernador y se metió en la revuelta de 1904, porque la comisión de fomento del mismo pueblo mandóle abrir un camino vecinal a través de aquel campo suyo, extenso como un condado. No quiso obedecer y la policía le hizo un boquete en el cerco recién construído.

Don Fermín Virreyes era impetuoso y noble, como la espada de Pringles, abierto de corazón, pero cerrado de mollera y no comprendía sino las cosas que le interesaban.

¿Para qué servía un gobierno cuyos empleados le cortaban aquel alambrado de que estaba orgulloso, porque era el primer cerco de alambre que se construía en "Las Avispas"?

Antes de eso sus innumerables haciendas pacían a campo abierto, derramándose por las estancias vecinas, cuando se acababa el pasto en la de don Fermín, y se multiplicaban en los montes, sin más testigos que los astros.

Como no coleccionaba los palitos en que señalaba con tarjas cada ternero marcado en la yerra, no podía conjeturar sino aproximadamente cuántas vacas poseía en las veinte leguas de campo que le asignaban los títulos.

Pero sabía exactamente cuántos kilos de fideo, cuántos kilos de galleta y cuántos kilos de sal le consumían los peones, sin contar yerba y azúcar que él no les proporcionaba.

Se acusaba a sí mismo de ser negligente en las otras

cosas, y creía compensar las pérdidas, tasando parsimoniosamente la comida de todos.

Ciertamente que el patrón se sometía de buen grado a las privaciones que infligía a los otros, y que no era una excepción en el gremio de los estancieros criollos de aquella región y de tal época. Mas esto no impedía que los visitantes de su estancia, volvieran a Santa Fe haciéndose lenguas de la miseria en que vivía aquel hombre opulento.

Y relataban, en prueba de su aserto, que los perros de don Fermín, de puro flacos, no podían ladrar contra el viento sin arrimarse a las paredes.

—¡Déjenlos hablar! — contestaba don Fermín socarronamente, a quien le llevaba el eco de aquellas murmuraciones. — Ya verán qué testamento va a ser el de ellos y cuál va a ser el mío.

Nunca testó, porque hombres de su temple creen que es injuriar a la vida el pensar en la muerte; pero liquidado su juicio sucesorio, su viuda, doña Enriqueta López, joven aún, y su única hija, Merceditas, de diez y ocho años entonces, quedaron cada cual con un par de millones, apuntados en el papel.

La verdad es que aquella fortuna era de tal suerte, que las tenía con el Jesús en la boca, pues no producía rentas y sí gastos cuantiosos.

Don Fermín Virreyes no había advertido esa falla fundamental de su riqueza, porque en el invierno, cuando escaseaba el pasto, se le morían varios miles de vacas y como vendía los cueros a buen precio, juntaba plata para todo el año.

Misia Enriqueta, con mejor criterio y más perseverancia, corrigió los yerros del marido.

Su capataz cada mes le relataba en una carta lo acontecido en "Las Avispas"; y misia Enriqueta se enteraba a la vez de lo grande y de lo chico: que habían separado quinientos novillos gordos para enviar a Buenos Aires y que el zorro se había comido los huevos de la gallina batará, que estaba empollando en la ramada de los terneritos; y que la vaca "yaguané" había perdido la cría

y no daba leche, y que al hijo del puestero del Zapallar (un potrero de la estancia) lo había "picado" una víbora y a los tres días tuvieron que sepultarlo, porque el tabaco mascado sobre la herida, y la visita de un curandero, "que lo curó con palabras", no lo mejoraron.

Doña Enriqueta leía atentamente aquellos galimatías, y contestaba en el acto, con una caligrafía grande, legible a la luz de la luna, y con una redacción clara y terminante.

Era parca de palabras y de gestos, sana de cuerpo y de alma, y de una elegante sobriedad en el vestir. Después de muerto el marido vistió siempre de negro, y en lugar de las *echarpes* tejidas, que hallaba feas e incómodas, porque se enganchaban en los picaportes de todas las puertas, llevaba, entre casa, terciado a la espalda un fino ponchito de vicuña.

No alardeaba de instruída, pero no desdeñaba a los que sabían más que ella, aunque no los envidiase mayormente, ya que ella se desenvolvía muy bien con media docena de ideas simples y tenaces, para hacer negocios, como para cumplir con la ley de Dios.

Todo esto le imprimía carácter y la hacía amar en la ciudad.

Resultó que con el ajetreo de aquel día no halló Pepa Osuna un rato libre para dar la segunda gran noticia que llevaría a sus antiguos señores.

Pero al anochecer, cuando las visitas se fueron clareando, observó que no le quedaba al viudo más compañía que la de don Juan Lucero, un viejito solterón, afable y cumplimentero, sin más pasión en su existencia que el criar gallos de riña y presenciar sus luchas en los reñideros clandestinos.

Misia Enriqueta y Merceditas atendían a otras damas, y si no quería la Osuna dormir esa noche sobre su secreto intacto, tenía que confiárselo al viudo.

Delegó el mando del tercer patio en Restituta, la mayor y más formal de las chinas, y entró resueltamente en el despacho de don Félix López, a quien el viejito le

estaba contando que el gallo "cenizo", un campeón invencible, acababa de romperse una pata en una pelea contra otro gallo, que su dueño, Florencito Roldán, estaba por relegar a la categoría inferior de "mártir".

—¿Puede haber mayor desgracia? — preguntaba don Juan Lucero, y el que acababa de enterrar a su mujer respondía complaciente:

—La verdad, don Juan, peor que eso no conozco nada. Ya no va a servirle sino para el puchero.

Entró Pepa, abanicándose con una punta del delantal y mostrando los dientes deslumbradores.

—Venía a ver, don Félix, si gustan servirse "de" algo.

—Gracias, Pepa. Si acaso don Juan quiere hacer un gorgorito con ese anís de Ojén, arrimanos la botella y dos copitas.

—No está de más — respondió el viejito. — En día tan húmedo, y después del mate, no hay como un trago de Ojén.

Trajo la morocha en una bandeja lo que le indicaban, y se restregó las manos relucientes.

—Andá no más, Pepa. Las chinas solas estarán haciendo de las suyas.

—Pues quería también contarles que ha venido mi Antolín de Buenos Aires...

—Mucho me alegro, Pepa; te servirá de compañía.

—Y yo también, Josefita — añadió Lucero, recogiendo su capa de estilo antiguo.

—Muchas gracias. El hecho es que ha venido a descansar de sus estudios y a reponerse, porque anda flacón.

—¡Claro! Los estudios enflaquecen una barbaridad. Deberías decirle, Pepa, que no se coma los libros.

—Sí, Josefita, porque más vale un burro vivo, que un doctor en el cajón.

—Todo eso le diría si no se riera de mis consejos. ¡Cómo él sabe tanto, y yo nunca me he apartado de mi horno y de mis alfajores! Aunque poco a poco, también yo voy teniendo algunas vislumbres de lo que ocurre,

con lo que él me cuenta que ha visto en la universidad, y en el *cabaret*...

—¡Ta, ta, ta! — exclamó don Félix. — ¿Y qué ha visto en el *cabaret?*

Don Juan Lucero paró la oreja, y Josefa Osuna se revolvió orondamente dentro de sus ropas almidonadas, imaginándose que el frecuentar un *cabaret* era signo de distinción.

—Pues me ha dicho que se ha encontrado con el señor Daniel, y que han tomado juntos una botella de champán.

—No puede ser, — replicó don Félix. — Daniel Hernandarias no está en Buenos Aires. En cuanto se mejoró Judith, partió para el "Mburucuyá", la estancia que está poblando en el Norte de la provincia.

—Eso mismo creía yo, y eso le contesté, y mi Antolín se echó a reir, alegando que seguramente don Daniel se había equivocado de tren.

Don Félix se quedó pensativo y como llamaran a la puerta de calle, se asomó la Osuna y volvió luego conduciendo al doctor Monzón, que venía a visitar a su enfermita.

Nadie habría dicho que aquel hombre tan solemne, que parecía escapado de un libro de Plutarco, fuese dos años menor que el jovial y expansivo Hernandarias.

Notábase que él mismo cultivaba el concepto de su seriedad, a lo cual debía el ser médico de Judith, después de haber pretendido ser novio de su madre.

De familia humilde, que ayunó muchas veces para costearle los estudios, conservaba rasgos delatores de ese origen, tales como las corbatas hechas, luídas por su barba reflexiva, y los cuellos de celuloide, en que denunciaba su desdén por las fútiles preocupaciones del lavado y del planchado, incompatibles con la metódica distribución de sus horas.

Bajo modales reservados, escondía una perseverante ambición y un corazón orgulloso, que de ninguna herida se curaba.

La desventaja de su nacimiento fué una barrera in-

franqueable en que un día se estrelló su vida. Había amado profundamente a Merceditas Virreyes, pero fué vencido por un rival que no tenía sobre él más que la superioridad del abolengo.

Disimuló su rebeldía contra los prejuicios sociales, y guardó el secreto de una inextinguible pasión, seguro de que con esa táctica llegaría más pronto la hora del desquite.

El día del casamiento de la mujer que amaba, el doctor Monzón pareció hallarse tan preocupado con unos cuadros estadísticos acerca de las enfermedades infecciosas de la ciudad, que se olvidó de mandarle un ramo de flores.

Hernandarias nunca tuvo celos de su infortunado rival, no obstante que a todas horas Merceditas hallaba manera de parangonar sus fantasías de hombre enamorado de la vida, con la seriedad trascendental de Monzón, dedicado a sus investigaciones sobre la muerte.

En parte por curiosidad hacia un tipo fenomenal para su criterio; en parte por esa natural benevolencia de los vencedores hacia los vencidos, lo atrajo a su casa, cultivó su amistad, y cuando nació Judith, quedó Monzón incorporado a la familia como médico de la niña.

Fué la época en que Hernandarias creyó haber tocado la cumbre de la felicidad humana. Vivía prendado de su mujer, sobrado de alegría y de riquezas, y aquella nueva gracia de Dios que caía sobre su hogar, acrecentaba su despego por sus aventuras de soltero, copiosas y memorables.

Mas pasaron los años, y él, como los israelitas del desierto, alimentados del puro maná celestial, comenzó a echar de menos las gruesas cebollas de Egipto.

Acabó por hartarse de las virtudes de Monzón, que se le ponían delante, como un espejo, y pareciéndole insípida su felicidad, deseó compararla un minuto siquiera, con la de sus antiguos camaradas de farándula, que probablemente ya no se acordaban ni de su nombre.

Pensamiento de loco, según él mismo lo juzgaba, no bien lo absorbía una verdadera preocupación.

La enfermedad de Judith, que luchó con la muerte largas semanas, lavó los desvarios de su corazón, anegándoselo en angustias; pero en cuanto la vió salvada, recrudeció la tentación, con mayor fuerza. Cerró los ojos y se dejó arrastrar.

Para que no sospecharan su crisis anunció un viaje a su estancia, pero se fué a respirar el ambiente deleitoso de Buenos Aires.

El diablo, que sin duda urdía en contra suya planes más vastos, no lo ayudó, como él lo debió esperar, y al cuarto día de su partida la noticia del verdadero destino de su viaje, era llevada a su casa por la alfajorera Josefa Osuna.

Sintióse ésta defraudada ante el escaso interés que don Félix López pareció prestar a su relato, y resolvió soplárselo cuanto antes a Merceditas Virreyes.

Sin embargo don Félix la había escuchado con atención y había quedado meditabundo y al ver a Monzón encaminándose al cuarto de Merceditas, conducido por la alfajorera, temió las indiscreciones de ésta.

Se hubiera levantado en el momento, de no ocurrírsele a don Juan Lucero referirle otra de sus desventuras.

Esta vez no se trataba del gallo "cenizo" sino del gallo "giro", campeón de su peso en los reñideros del municipio.

—¿Usted lo conoce, no es verdad?

—¡Cómo no! — exclamó don Félix sin mayor interés.

—Entonces ha de conocer también a su rival, el gallo ráculo de Florencio Roldán.

—¡También, también!

—Pues como le iba diciendo...

Y se engolfó en la descripción de una riña, hasta que salió Monzón del cuarto de la enferma.

—¡Ahora voy! — pensó don Félix. — Para que Merceditas no se quede sola con esa charlatana.

Monzón se aproximó consultando el reloj.

—Todavía dispongo de cinco minutos — dijo, y tomó asiento para escuchar las historias de don Juan Lucero.

Don Félix ahogó un bufido de ira.

Encantado el viejito rehizo la relación para su nuevo oyente, hasta que lo dejó cortado la repentina aparición de Merceditas Virreyes, que llegó pálida y cejijunta, con traje de luto, cerrado hasta el cuello.

Don Félix sabía cuán orgullosa estaba su sobrina de su escote elegantísimo.

Advirtió al momento la forma desusada del traje y pensó para sí:—¡A ésta le ha caído un rayo!

Más tarde supo que Merceditas había hecho promesa de renunciar para siempre a esa vanidad, si se curaba su hijita, y que desde ese día empezó a cumplirla.

Saludó friamente a don Juan Lucero, y preguntó a Monzón:

—¿Mi hija puede viajar?

El médico tardó un breve rato en concentrar sus ideas, y ella, que trepidaba de impaciencia, insistió aclarando su pregunta:

—Yo quiero irme al campo: ¿puedo llevarla?

—El campo, señora, es precisamente lo indicado para el período de convalecencia, en que ha entrado Judith. Sin embargo, teniendo en cuenta la estación húmeda y fría, y lo reciente de su enfermedad, no conceptúo prudente realizar un viaje antes de ocho días. Además...

—¡Basta! — dijo ella impetuosamente. —¿Eso quiere decir que en caso de absoluta necesidad, no sería un desatino hacer el viaje?

—¿Cuándo? — interrogó don Félix, presintiendo algún arrebato de su sobrina.

—¡Mañana mismo!

—¡Qué barbaridad!

—Tanto como eso, no, — expuso Monzón. — Pero sería necesario que el viaje no fuera largo, y se realizara en condiciones cómodas. Además hay campos y campos...

—Mi estancia, ¿qué clase de campo le parece?

Merceditas había heredado la mitad de "Las Avispas",

y en la línea divisoria, a corta distancia de la casa principal, adjudicada a doña Enriqueta, mandó construir una para la administración de su propio establecimiento, sobre la orilla de un brazo del Paraná.

Monzón conocía el paraje, y expuso:

—Es campo alto y seco, no obstante la vecindad del río.

—Bueno, gracias — respondió Merceditas, saludando para irse. Pero don Félix le dijo en voz baja:

—No te vayas, quiero hablarte.

Ella buscó un sillón, y se sentó, sin decir una palabra más, y esperó que Monzón y Lucero se fuesen, lo que no tardaron en hacer, ante la ardiente súplica que formulaban los ojos inquietos de don Félix.

III

Letra de mujer

—¿De qué quiere hablarme? — preguntó con dureza Merceditas, en cuanto la puerta se cerró.

Don Félix deseaba preparar el terreno con un discursito, pero ella no le dejó pronunciar la primera frase.

—¿Va a hablarme de lo que hizo Daniel?

El se atarugó ante lo audaz de aquella primera jugada y tartamudeó:

—No... sí... vamos, con franqueza, ¡qué diablos! de eso quería hablarte.

—Ya sé que Josefa Osuna se lo ha contado. ¿Qué le parece? Aunque pedirles a ustedes, los hombres, opinión sobre estas cosas es una ingenuidad.

—Hija, no te precipites. Quiero antes decirte que yo no sé qué habrá de cierto en el cuento de Pepa...

—¡Ya me imaginaba que ésa sería su primera palabra!

—Porque así debe ser, — repuso don Félix con tranquilidad.—No podemos formular juicio antes de saber si eso es verdad.

—¡Suponga que es verdad! ¿Qué piensa de la hazaña?

—No puedo pensar nada sobre una suposición.

Ella desdeñó el argumento, y prosiguió:

—¿Qué piensa de un hombre que cuando debería estar dando gracias a Dios por haberle conservado su hijita, urde una mentira, y se va a Buenos Aires a calaverear?

¿No es una degradación? ¿No merece que todos los que en Santa Fe han envidiado su suerte, le escupan en la cara? ¿No va a hacer eso usted cuando él vuelva?

Don Félix sonrió, intentando amortiguar aquellos ímpetus.

—¿Escupirle en cuanto llegue? ¡Si no sabemos si es cierto!

—Usted puede dudar; yo no.

—Y aunque fuera cierto, el término "degradación" aplicado a una... cosa así...

—¡Una... cosa así? Ya ve, ni siquiera se anima a llamarla por su nombre.

—Porque no sé de qué se trata: porque no basta que un hombre tome una copa de champagne en mala compañía, para que se le escupa en la cara...

—¡Subterfugios! ¡Una copa de champagne! ¡Todos ustedes son iguales! ¿Qué pensarían de mí si no hubiera hecho nada más que eso, tomar una copa de champagne en mala compañía?...

—¿Me preguntas lo que pensaría yo, o lo que pensarían las mujeres como tú, virtuosas y despiadadas?

—Le pregunto lo que pensarían las personas honradas, hombres y mujeres.

—Yo soy un hombre honrado, y yo, hija, lamentaría tu indiscreción, o tu extravío, pero no te escupiría en la cara, sino que te daría la mano y te diría una buena palabra.

Merceditas se levantó iracunda.

—Eso lo haría usted no siendo mi marido; pero no lo haría si lo fuese.

Don Félix se puso pálido, como si la joven lo hubiese herido en una vieja llaga abierta, y respondió dulcemente:

—No, hija; ni aún así te hubiera escupido en la cara.

Ella vaciló, viéndole temblar al decir eso, pero su indignación le dictó la respuesta:

—¡No, no! Me basta y me sobra mi conciencia para juzgarlo y para condenarlo. Si yo tuviera algún pecado oculto, sería más tolerante. Yo acepto lo que él ha hecho,

sin preguntarle más, porque no necesito ni quiero oírlo.

—Eso significa que piensas no verlo más.

—¡Sí!

—Y significa que has pesado todas las consecuencias, y que estás advertida de que aparte de la ley de Dios, que tú debes conocer mejor que yo, y de las leyes sociales, que no te interesan, hay una ley civil que él puede invocar...

—Lo he pensado todo en un instante. Si pasara una eternidad pensándolo de nuevo, no resolvería de otro modo.

—¡Soberbia, tienes nombre de mujer! — exclamó entre dientes don Félix, y agregó en voz alta: —¿Has pensado en tu hija?

—Sí.

—Entonces, para qué vamos a seguir hablando... — dijo él con amargura y con fastidio, metiéndose las manos al bolsillo, como un hombre que ha concluido su tarea.

—Así es, — respondió ella secamente.

Oyéronse trancos en la galería, y entró la Osuna, a anunciar a su Antolín, que acababa de llegar.

—Yo le he mandado a llamar — dijo Merceditas — pero no tengo nada que decirle, si eso que me contó su tía es tal como él lo contó.

Hasta ese momento Josefa no se había percatado de la verdadera importancia de su noticia. Pero la actitud de don Félix, que le volvió la espalda, y el tono cortante de Merceditas, la intranquilizaron.

—¡Madre de Dios! — exclamó. — Si yo hubiera sabido que le iba a parecer mal, niña, lo que le he contado...

—¿Y quién te ha dicho que me ha parecido mal? Esas noticias se agradecen desde el fondo del alma, cuando son ciertas...

Y Merceditas se rió con amargura.

—¡Pobre mujer! — le dijo su tío, percibiendo por esa sonrisa la verdadera enfermedad de aquella alma. —Tan ofuscada estás por tu vanidad herida, que serías capaz de sentir que no fuera verdad.

La joven iba a salir, y se volvió hacia él, con un gesto espontáneo y doliente.

—¡Ah, no! Daría todo, todo, pienso que daría hasta mi salvación porque eso no fuera verdad. Usted habla así porque no sabe cómo lo he querido...

Y él repitió más apenado aun:

—¡Pobre mujer! Ya ves cómo la soberbia mata el amor.

—¡Vamos! — dijo ella, y salió con la Osuna, a tiempo que Antolín se asomaba a la puerta.

—Ya está aquí este botarate — murmuró don Félix, haciéndole una seña para que entrase.

Se sentó en su silla frente al escritorio, y Antolín, después de darle un vigoroso apretón de manos, se dejó caer, con un despejo estudiado, que le parecía muy chic, en el extremo del sofá, y cruzó la pierna.

—¿Cómo van tus estudios? — preguntó don Félix con la amabilidad que pudo.

—¡Psch! — hizo Antolín. —A usted debo contarle la verdad...

—Que no estudias ¿eh?

—Que no estudio en la Facultad gran cosa, pero que estudio en la vida mucho.

Se deleitó con su respuesta y se pasó la mano por el renegrido y lacio cabello, peinado hacia atrás.

—¿De modo que poco en la Facultad y mucho en la vida? ¿Y ese libro de la vida, en qué biblioteca lo hojeas?

Al hacer esta pregunta don Félix guiñó el ojo para facilitar la confidencia, y Antolín, arqueando los labios para abajo, gesto desdeñoso con que simulaba no dar importancia a la frase espiritual que iba a soltar, respondió:

—¡Psch! La vida se halla en todas partes. Lo que no se encuentra es el entusiasmo de vivirla. Yo soy una víctima de la psicología moderna. Tengo veinticinco años y poseo un fondo enorme de escepticismo. ¿Trabajar? ¿amar? ¿luchar? ¿Para qué? La voluntad la perdí hace tres años; la vanidad la he perdido hace cosa de tres meses. No me queda más que un poco de memoria y mucho

oído para las piezas de baile. En media hora compongo un tango...

—¡Estupendo! — exclamó don Félix, pasmado de admiración — ¡cuarenta y ocho tangos por día!

—¡Esatamente! — dijo Antolín, comiéndose las letras, pronunciación genuina del "Campito", pintoresca barriada santafesina, que va desapareciendo, sin que reaparezcan en sus antiguos moradores la cylas x que ella devoró. —¡Esatamente! Compondria cuarenta y ocho tangos por día, si no hubiera perdido la voluntad...

—¡Qué desgracia! ¿Y tus tangos, dónde los tocan?

—¡Ah! son tangos para los *cabarets*. Languidez, hielo por fuera, y fuego y espasmo por dentro.

—¡Hola! Pero ese estilo de tangos será sólo para los *cabarets* del bajo fondo.

—¡Se ve que usted no anda por alí! — repuso Antolín, mirándolo a don Félix de soslayo, como a un ser inferior.

—¿Se me conoce mucho?

—¡Vaya si se le conoce! Como que los *cabarets* frecuentados por la *crème* son los más bravos. Se reparte cada botellazo que hasta el director de orquesta pierde el compás.

—Y ese encuentro que tuviste y de que le has hablado a tu tía fué...

Antolín receló de que don Félix le estuviera tirando de la lengua, y eludió la respuesta.

—Mi tía va a morir como los saguaypeces, por la boca.

—Ya decía yo que ese encuentro tuyo con Hernandarias era una invención de tu tía... ¿no es así?

Por escéptico que lo hubiera puesto la psicología moderna, Antolín no era hombre de renunciar al honor de haberse codeado con el marido de Merceditas Virreyes en un lugar alegre. Vaciló un poco, pero acabó por cantar de plano.

—¿Y cuántos eran en su mesa, cuántos y cuántas...?

—De eso no dije, ni diré nada.

—¡Mejor! — exclamó don Félix adoptando rápidamente un plan. —Debo declararte Antolín, que no sólo

has perdido la voluntad, y una gran parte de la memoria, sino la poca mollera que tuviste. Un hombre que se gloría de esas hazañas y las cuenta a su tía o a su madre, aunque componga cuarenta y ocho tangos por día, es un perfecto "abombado".

Antolín dió un bote, como si lo hubieran pinchado, y cogió el sombrero.

Don Félix le atajó el paso amablemente.

—Has hecho, de puro charlatán, un alfajor como una torta, y no te queda más que un recurso para no quedar como el más atolondrado chiflador de tangos del Río de la Plata.

El mozo, que ya sospechaba lo mismo, arrió su bandera y contestó modestamente:

—Yo no pensé que ella lo contase.

—En no haberlo pensado consiste la burrada. Pero algo puedes enmendar. ¿Sabes dónde vive Hernandarias en Buenos Aires?

—No sé.

—¿Y no sabes dónde podrías encontrarlo?

—Eso sí.

Don Félix consultó el reloj.

—Ya hemos perdido el tren de la tarde; queda el de la noche, y vas a tomarlo, y mañana a mediodía estarás en Buenos Aires. Le confesarás tu gracia, le dirás que tu tía le sopló la historia a Merceditas, y él no necesitará más para comprender el resto. Puedes agregarle de mi parte, que si antes de cuarenta y ocho horas no está en Santa Fe, más vale que no vuelva nunca.

El viudo echó mano al bolsillo, extrajo un billete y se lo entregó a Antolín.

—Me imagino que no te habrán pagado los últimos tangos que compusiste. Con esto tienes cuerda para ir y volver.

Cogió el mozo el dinero y se largó, zumbándole los oídos, como si los tuviera llenos de agua. Don Félix lo acompañó hasta la puerta de calle.

El zaguán era amplio, pavimentado de baldosas de már-

mol y alumbrado escasamente por un aparatoso farol antiguo, que devoraba con sus herrajes la mitad de la luz de una lamparilla eléctrica.

Adosadas, a la pared, había unas cuantas mujeres de ese tipo abundante en las ciudades provincianas, las pobres vergonzantes, que viven como crustáceos pegados a las casas de las familias tradicionales, participando de cuanto suceso las afecta, alegre o triste, vinculadas por una especie de parentesco putativo, por haberlas servido cuando niñas, o por haberles dado a criar alguna chinita.

Desde que se corrió entre los pobres la noticia de la muerte de doña Isabel, la casa fué una romería, y doña Enriqueta no cesó de abrir y de cerrar su bolsa.

Pero don Félix era también compadre de una infinidad de pobres del Campito y del barrio del Quillá, y las comadres que no se satisfacían con las dávidas de doña Enriqueta, bloquearon el zaguán hasta que el viudo apareció.

Don Félix, al ver el patético enjambre que lo aguardaba, estuvo a punto de echarse atrás, pero no le dieron tiempo.

Masculló algunas protestas, se rascó las piernas, que empezaban a picarle, por sugestión o por pulgas de verdad, y se resignó a distribuir algunos pesos.

—¡Malhaya las mujeres sinvergüenzas que no se cansan de pedir!

—Pronto se cansan los pobres a la puerta de los que no dan.

—Eso es lo que yo veo, trapizondistas. Esta mañana oí tu voz, Dolores Mesa, y sé que te socorrieron.

—Es la pura verdad, don Félix, pero no iba a dormir tranquila si no le decía a usted mismo, cómo estoy de aflijida con la muerte de la señora Isabel.

—Lo que ella te daba te lo daré yo, Dolores. Pero que no te vea sino cuando te llame.

—¡Así ha de ser! ¡Lástima que los hombres caritativos como usté, no enviuden más seguido!

—¿Y vos Baldomera, no viniste a mediodía? ¿No te dieron lo tuyo?

—Sí, mi compadre, y más de lo que yo merezco, y con mejores modos que en ninguna parte porque si hay caridad en Santa Fe, es en esta bendita casa, donde si fuera por los pobres no entraría la muerte...

—Te van a salir callos en la lengua, Baldomera. Guardá eso, y mandáte a mudar.

—Dios se lo pague, mi compadre, y uno de estos días le voy a traer a su ahijado para que le pida la bendición.

—¡No te apures por eso! Ni vengas sino cuando te llame.

Se despejó el zaguán y volvióse don Félix, apurado por hablar de nuevo con su sobrina.

Pero se abrió la puerta de calle bruscamente, como si la echaran abajo, y un caballero majestuoso, de edad madura, abrió paso a una dama pequeñita, vivaracha, lindísima, que se echó al cuello del viudo.

—¡No sabíamos ni una palabra de esta desgracia! ¡Recién llegamos del campo y nos lo cuentan, tío Félix! ¡Dios le dé conformidad!

Era Amalita Virreyes de Urtubey, prima de Merceditas, y más o menos de su edad, muy bonita y afamada por su coquetería y su desenfado.

Apenas lo soltó ella, don Félix desapareció entre las manazas peludas del marido, don Silvano Urtubey, que sin modular palabra comenzó a estrangularlo.

Todo lo que tenía Amalita de expansiva y de locuaz, lo tenía de lacónico don Silvano.

Entraba ella en una reunión y acto continuo encendía la conversación que se apagaba, producía corrientes en los lagos, suscitaba réplicas en los mudos, hacía reir a los muertos.

El, por el contrario, ocupaba un sillón, en primer término porque era importante y decorativo y se dedicaba a escuchar a los otros sin perder sílaba y sin hacer un gesto que denunciara su conformidad o disconformidad.

Tal era la fuerza de su silencio, que si alguna vez abría la boca todas las caras se volvían hacia él.

—¿Qué iba a decir, don Silvano?

—¡Nada, nada! ¡Bostecé, no más!

Don Félix lo admiraba y se moría de envidia, viéndolo crecer en la consideración de las gentes, imperceptible pero continuamente, como los árboles, que tampoco hablan.

—Usted habla poco, — le dijo un día, — porque sólo dice lo que piensa.

Y don Silvano halló tan adecuada la observación que la tomó por lema.

También le gustaba a don Félix la sociedad de Amalita, y reía lo indecible ante sus ocurrencias, no tanto por su ingenio como por la gracia con que ella las espetaba.

Pero en ese momento lamentaba su visita.

Había visto los ojos llenos de lágrimas de su sobrina, y quería librarla del veneno de la soledad.

Dió a sus visitantes algunos detalles precipitados acerca de la muerte repentina de su pobre mujer; no se enterneció mucho con las silenciosas lágrimas de don Silvano, que era llorón, como los niños que no tienen otro modo de expresarse, y los condujo a ambos a la sala de misia Enriqueta, donde una sirvienta enlutada ofrecía copas de Oporto y bizcochitos.

Allí los dejó y se fué al cuarto de Judith.

Halló a la niña con una china vieja, sentadita a la ventana, muy envuelta en abrigos, garabateando con lápiz un papel.

Judith Hernandarias era una exquisita criatura de cinco años, caprichosa como el viento, pero tan afectuosa y vivaz, que en su ojos azules, sombreados por pestañas negras, se miraban con embeleso cuantos la conocían, especialmente don Félix, que estaba chocho con ella.

Don Félix la besó y ella le dijo:

—Le estoy escribiendo a papá.

—¿Y qué le cuentas?

—Le cuento que ya me levanto, y le digo que vuelva pronto, porque lo quiero mucho, y le pido que me traiga un nido de boyeros con huevitos y otro con pichones.

Soltó el lápiz y tomó con sus dos manitas las de su tío.

—Ya papá habrá recibido mi carta ¿no es cierto? Y la

habrá entendido ¿no es cierto? Aunque yo no sepa escribir...

—Si todavía no la has echado en el buzón — objetó don Félix, — no puede haberla recibido, ni menos entenderla...

—¿Y eso qué tiene? — replicó la chicuela, posando sus espléndidos ojos en la cara de su tío. —Cuando una hija escribe a su papá, antes que llegue la carta él la ha leído...

—Así es, — explicó la sirvienta, — porque el corazón de las hijitas buenas habla con su papá sin que ellos se den cuenta.

—¿Ha visto? — exclamó Judith, con un poco de lástima por la ignorancia de su tío. —¿Usted no sabía eso?

—Yo no sabía, porque nunca he tenido hijitas que me quieran, como tú lo quieres a tu papá.

—¿No es cierto que vendrá pronto, y me traerá los dos niditos?

—¡Sí, mi vida! — respondió él, besándola de nuevo. —¿Dónde está tu mamá?

—La niña Merceditas, — dijo la sirvienta, — está en el escritorio.

Fué en su busca don Félix, pero halló cerrada la puerta y vaciló antes de poner la mano en el picaporte.

Escuchó un rato, no oyó nada y luego miró por el agujero de la llave. Tampoco vió nada, y lleno de ansiedad llamó dulcemente, aplicando los labios a la juntura de las maderas.

—¡Merceditas! ¡Merceditas!

—¿Es usted, tío Félix? ¡ya le abro!

Don Félix se alegró, notando la voz más tranquila; pero cuando abrió la puerta, y vió sobre el escritorio entre un montón de papeles desordenados, junto a un libro abierto, una carta que ella acababa de plegar, aquella tranquilidad y sobre todo la trágica alegría de los ojos de la joven, único signo de su batalla interior, lo llenó de congoja.

—¿Has estado leyendo el Código Civil? — le preguntó.

—Sí; — le respondió ella con toda calma. — Usted me hizo pensar que valía la pena de leerlo; ahora sé tanto

como un abogado, y entre estos papeles de Daniel he hallado lo que necesitaba. ¡ Estoy contenta ! ¡ Lea usted mismo !

Y le alargó una esquela que sacó del montón, escrita con letra de mujer, en que él reconoció la de Amalita, cuya voz alegre le llegaba desde la sala.

IV

La oración del fariseo

Merceditas tenía el sentido práctico de su madre y su perseverante energía para llevar a término un propósito; pero su juventud la hacía impetuosa y su vanidad le impedía reconocer un error y cambiar un rumbo.

Aunque pasara una eternidad considerando lo que debía hacer, no resolvería otra cosa que la que resolvió al instante de oír a la alfajorera.

Se alejaría para siempre de su marido, y haría que la puerta de su casa fuera para él como la losa de un sepulcro, que no se abre, aunque alguien pase mil años golpeando y gimiendo sobre ella.

Pero su tío la puso frente a la mayor dificultad de este plan: la ley.

Quería alejarse de Hernandarias, pero conservando a su hija, en la que concentraría todo el fuego de su corazón.

¿Cómo lograrlo si esa ley dictada por los hombres la sometía al marido?

Al dejar a su tío se fué al cuarto de Judith, y se sentó junto a ella, cerca de una ventana que se abría sobre el segundo patio, en cuya sombra sentíase avanzar la noche triste, tristísima.

La niña la hablaba, y ella le respondía sin prestarle atención.

—¿En qué estás pensando, mamá? ¿En papá que no

vuelve? ¿Cuándo volverá? ¿Te parece que le escriba una carta, y le pida que venga para que no estemos solas? ¿Estás triste, mamá? ¿Estás triste porque él no vuelve?

Se le hicieron insoportables las preguntas de su hija, y llamó a una sirvienta para que la acompañase y se fué al escritorio, separado del cuarto de Judith por un pasillo, y sin encender la luz, se puso a reflexionar buscando a tientas, ayudada por su pasión, la salida de la prisión en que la terrible ley de los hombres la encerraba.

Se levantó nerviosamente, echó llave a la puerta, encendió la luz y sacó de la pequeña biblioteca de su marido el libro que contenía aquella ley, y lo hojeó sobre sus rodillas, con el afán de un leguleyo que desea hallar un resquicio legal por donde escaparse.

Quería saber cuál era el derecho de la esposa engañada, y no pudo reprimir un grito de victoria, al comprobar que en ese punto la ley amparaba por igual a la mujer que al hombre.

La esposa engañada tenía derecho de divorciarse, y en su caso ningún juez dejaría de confiarle la guarda de su hija.

Pero entre esa ley fría y trágica, que no se hacía cargo sino de los hechos comprobados, y su plan, existía un abismo.

A ella le bastaba el relato de Josefa Osuna para tener la absoluta certidumbre de la culpa de Hernandarias; pero, así como su tío sonreía de esa historia, los jueces la desdeñarían; y para poner a su servicio el imperio de ese libro que temblaba en sus rodillas, le exigirían otras pruebas.

Arriba del escritorio se habían ido acumulando sin abrirse las cartas llegadas para su marido en los últimos días. La luz caía de lleno sobre el montoncito de papeles, y ella, que paseaba sobre los objetos su mirada febril, se estremeció, con la intuición de que allí encontraría lo que buscaba.

Arrojó el libro y empezó a abrir las cartas, temblando de inquietud.

¡Qué ruda sorpresa, pero a la vez qué siniestra alegría

le produjo una, escrita por mano de mujer! ¡Allí estaba! ¿Para qué más?

Era la prueba, tal como la necesitaba, porque junto con la elegante esquela femenina, venía otra de su marido, que le devolvía la destinataria, porque no tenía alma de romperla, ni valor para guardarla.

Merceditas se golpeó la frente con el puño cerrado. ¿Quién hubiera creído eso de Amalia Urtubey?

Se contuvo a duras penas para no correr a afrentarla en su sala, delante de todos.

¡Calma! ¿Por qué echar a perder su asunto? Desdeñó la carta de su marido y leyó de nuevo la de aquella mujer.

En sus pocas líneas palpitaba una emoción ardiente, un verdadero amor tal vez, y eso le inoculó un dolor distinto del que estaba padeciendo.

La idea de que Hernandarias la engañase con gentuza de *cabaret,* la hirió en la vanidad, mas se desquitaba despreciando al hombre que así se envilecía.

Pero al comprender que esa aventura liviana era sólo un accidente, y que la traición principal estaba en el hecho que acababa de descubrir, que alguien, de igual a igual, le disputaba aquel corazón, sintió que la prueba tan ansiada le causaba un infinito desaliento.

Y dudó de sus fuerzas, porque los celos, los verdaderos celos de amor, abatieron su orgullo.

Fué a sentarse en el sofá, donde había hojeado el Código, que estaba allí, abierto, enseñándole sus derechos, ahora que tenía la prueba.

¡Qué estériles, qué vacías de humanidad, qué odiosas y frías halló las palabras que un rato antes la hicieron prorrumpir en una triunfal exclamación!

Ya no necesitaba tantear como un ciego con su bastón aquel camino, porque sus ojos lo veían claramente; y al mismo tiempo, ¡inexplicable contradicción! parecíale que su corazón era como un ave enloquecida que se golpeara en los muros de una pieza obscura, viendo la puerta y no queriendo salir.

Apagó la luz, por hacerse la ilusión de que aquellos pa-

peles no existían y trató de recordar, como un sueño, los episodios de su noviazgo.

¿De qué línea del rostro o de la figura, de qué rasgo físico o moral de una mujer surge la chispa que enciende el amor en el corazón de un hombre?

¿Quién podía decirle cómo logró ella que Hernandarias la distinguiese entre todas las niñas de su edad?

¿Dónde estaba esa fuerza, con la cual durante años lo tuvo a sus pies, como un león dominado?

Llegaban hasta ella los rumores de la casa, ecos de conversaciones en la sala, exclamaciones de Amalia Urtubey, gritos de las chinitas en el patio, de cuando en cuando la campanilla de la calle anunciando otra visita; pero sólo atrajo su atención la voz de su hijita.

—Quiero escribir a papá; dame un lápiz, Filomena.

—Es hora de acostarse, niña; primero se acuesta y después le escribe, aunque no sé cómo lo va a hacer, porque ni usté ni yo sabemos.

—Eso no importa; pero quiero escribirle antes de acostarme, para que sepa que hoy me he levantado.

Hubo un instante de silencio en que Merceditas oyó los pasos de la sirvienta y otra vez, la conversación:

—Le escribiré que venga pronto, y que me traiga un nido de boyeros.

—Eso es, pero tendrá que pasar muchas semanas buscándolo, porque en invierno los pajaritos no hacen nidos.

—¡Qué lástima! Entonces le diré que me traiga el nido, si lo encuentra; pero que no tarde en venir porque lo quiero mucho. Filomena, te voy a decir una cosa, pero no la cuentes a nadie: ¡lo quiero más que a mamá!

La madre oyó esto, y sintió que en su corazón se infiltraba un resentimiento hacia el hombre vil, que con la dulzura de sus mentiras, ganaba las voluntades y se hacía amar.

La envidia llegó a tiempo de conjurar la momentánea flaqueza. Levantóse del sofá, encendió la luz y se aproximó a las cartas, cuyo hallazgo volvió a parecerle una gracia de Dios.

Si dejaba pasar el tiempo, si se reconciliaba con su marido, perdería el derecho que la ley le daba, y cuando más tarde se arrepintiera de su debilidad, con motivo de una nueva traición, no volvería a disponer de aquella arma, porque él estudiaría la mejor manera de engañarla sin dejarse sorprender.

Oyó la voz de su tío, conversando amorosamente con Judith. Dios sabía si en las venas de aquella criatura no andaba el germen de la infernal seducción de su padre y de sus malos instintos.

Por salvarla a ella tenía que afianzarse en su primer propósito, y rechazar los recuerdos que la enervaban.

Tomó una hoja de papel y escribió con letra grande y gruesa, para disimular el temblor de su mano.

"A Daniel Hernandarias:

"Sólo en un corazón de barro podía entrar el deseo que te ha llevado a Buenos Aires, en el propio momento en que Dios te devolvía tu hija y entraba la muerte en esta casa. Perversidad o inconsciencia, para mí es lo mismo, porque revela incapacidad de regeneración. Dios, que hace milagros, lee tus pensamientos y puede perdonarte, si te arrepientes; pero yo, que no creería en tus juramentos, aunque los firmaras con sangre, *no te perdono.*

"Mi conciencia está limpia y no me remuerde otro pecado que el haberte querido como a un dios.

"Nunca he dicho una mentira y esta carta es como un testamento en que se habla al borde de la eternidad.

"No quiero verte más; no quiero que mi hija te vea más. Quiero librarla del envilecimiento de tener un padre como tú.

"Me voy a mi estancia, donde yo mando y de donde te arrojarían como un ladrón si intentaras llegar.

"Puedo hacer esto; porque conozco la ley y he buscado entre tus papeles y tengo en mi poder la prueba de tu culpa. Si intentaras rebelarte contra lo que ahora dispongo, me defendería con esa arma en los tribunales, denunciaría tu miseria y te cubriría de ridículo.

"A Dios gracias, mi vida está libre de preocupaciones

materiales, y te cierro tranquilamente la puerta de mi casa, segura de que mi hija nunca te necesitará."

Y firmó con su solo nombre, *Mercedes Virreyes.*

Y experimentó una sensación de libertad, suficiente para atenuar la inquietud que infiltra en el corazón humano, versátil por naturaleza, todo acto irreparable.

Plegó la hoja y la ensobró precipitadamente, al sentir que su tío la llamaba. No vaciló en abrirle, pero chocada por una sonrisa de él, que parecía decirle: "¿Ya se te han aplacado los nervios?" le alargó la carta de aquella mujer, y cuando él la hubo leído, se la quitó de la mano, temiendo perderla.

Don Félix se puso serio y no eludió la respuesta que ella le exigía con su mirada inexorable.

—Esto es más fuerte. ¿Dónde la hallaste?

Merceditas declaró lo que había hecho.

—¡Te veo capaz de todo! — murmuró él con desagrado.

—Así quiero ser, capaz de todo, porque no debo contar con nadie para hacerme justicia. ¿Le parece que ahora tengo bastante?

—¡Todavía no!

—¿Qué quiere decir "todavía no"?

—Que cualquiera que sea su culpa, es el padre de tu hija y a ella no debes sacrificarla.

Era ya de noche y silbaba en las junturas de la ventana el viento del Sur que no había cesado en todo el día. Por el patio, entre las sombras de las plantas, discurrían algunos bultos, sin duda las chinas curiosas que espiaban a las visitas.

Las campanas empezaron a doblar.

—¡El toque de ánimas! — dijo Merceditas. — ¡Qué tarde es!

Entró una muchacha a avisar a don Félix que Amalita y Urtubey querían despedirse de él y saludar a Merceditas. Oyeron la voz de la dama: "¡Que venga; quiero darle un abrazo muy fuerte, porque ha salvado su hijita!"

Ninguno de los dos se movió.

Llegó otra chinita con otro mensaje, esta vez de misia Enriqueta: "Que vaya la niña Merceditas a la mesa".

—No voy — contestó Merceditas.

—Yo tampoco — agregó don Félix. — Vayan, digan a las señoras que Judith no nos deja ir.

Cuando salieron las dos muchachas se dirigió a su sobrina, y dijo enternecido:

—Ni un minuto en este día he dejado de pensar en ti. Mi pobre muerta tendrá derecho de quejarse. Hablemos, Merceditas.

Pero ella repuso con despego:

—¿Para qué, tío Félix? Lo que usted pueda decirme, ya lo he pensado yo. Mi conciencia es muy clara y me alumbra muy bien el camino. No tengo culpa de qué avergonzarme, y puedo alzar la frente, y ser justiciera, y dar gracias a Dios por ello...

Don Félix, resentido y con lástima, repuso meneando la cabeza:

—En dos mil años nunca se había rezado mejor la oración del fariseo. "Te doy gracias, Señor, porque no soy como los otros hombres..."

Y salió sin agregar más.

V

En el Mainumbí

Fué el primer día claro de aquel invierno. Cesó el viento al alba y el sol echó su manto de pedrerías sobre los campos anegados, sobre la ciudad perfumada por sus huertas de naranjos en flor, sobre el rio quieto, festoneado de camalotes que diseñaban las líneas de la costa.

Las gentes se animaron; los marineros pusieron a secar las velas de sus barcos; las lavanderas del Campito se alegraron de lavar al aire libre y tender las ropas sobre los pastos de la orilla; los vecinos de los barrios del Sur asomáronse, a tomar mate en mangas de camisa, y a comentar de umbral a umbral la vuelta del buen tiempo y en todas las casas abriéronse las ventanas del naciente para que se oreasen las habitaciones con goteras.

El sacristán de San Francisco subió a su torre para gozar de los esplendores de aquel cielo, que pregonaba la gloria de Dios, según el salmista, y vió brillar como plata los tejados de la Merced, y chispear el gallo de la Matriz y arder como una chapa de oro el campanario de Santo Domingo, cubierto de azulejos, y se afligió por su pobre iglesia, semejante a un galpón, bajo una ominosa techumbre de zinc, costeada por el bolsillo piadoso de Merceditas Virreyes, cuyo espíritu práctico era impermeable a la belleza de un tejado colonial, que las lluvias traspasan.

El lego no era así, y prometió a las ánimas un ro-

sario todos los miércoles de su vida, desde que una mano generosa como la de Merceditas, pero más penetrada del encanto de las cosas antiguas, librase a San Francisco de aquel oprobio de hojalata, restaurando su techo secular, en que la humedad ponía franjas de terciopelo verde.

Al bajar de la torre, vió su jardín envuelto en sombras aún y se extremeció de gozo.

¡Cuánto más valía ese humilde jardín, lleno de malezas, con su aljibe en el medio y su reloj de sol, que toda la iglesia ultrajada por restauraciones indoctas!

¿Dónde podía hallarse nada más evocador de la antigua Santa Fe, que aquella galería de tejas con pilares de palo, maravillosa de relieve y de expresión, ignorada de los poetas y de los pintores, y expuesta a desaparecer, no bien se le ocurriese a otra feligresa platuda entregar mil pesos para echarle un techo de zinc?

El lego con el corazón henchido de aquella hermosura, prometió rezar a la Virgen, fuente de toda belleza, una salve diaria, mientras ningún arquitecto pusiera allí sus manos pecadoras.

Un campanillazo lo llamó a la portería. Abrió la mirilla y se echó a temblar descubriendo a Merceditas Virreyes.

—Buenos días, hermano; ¿puedo ver al padre Guardián?

Precisamente era el momento en que el docto fraile, enfrascado en sus papeles, se ponía a resolver la cuestión social, desde su celda, y conjuraba a los santos para que nadie turbara su sosiego.

—A esta hora el padre Guardián está escribiendo su libro y no recibe.

Merceditas hizo un gesto de impaciencia, extrajo de su cartera un sobre y lo entregó al lego, que al sopesarlo, murmuró para su cogulla:—¡Aquí viene un techo de zinc!

—Yo me voy al campo y no puedo volver a otra hora. Entréguele eso al padre Guardián y dígale que es para...

El lego estuvo a punto de desvanecerse.

—¡Virgen Santa! ¡Dos salves, si esto no es contra mi galería!

—¿Qué está diciendo, hermano?

—¡Oh, señora, nada! ¡Una jaculatoria porque el reloj de la portería acaba de dar las ocho!

—Dígale al padre Guardián que eso es para que le cambie el techo al salón de la escuela y compre bancos.

—¡Dios se lo pague señora! — exclamó el lego con lágrimas alegres en los ojos, pues el salón de la escuela estaba lejos de su galería.

—Y usted, hermano, rece por mí y por mi hijita...

—Sí, señora, y por su marido.

—...También por él, como por todos los pecadores.

Merceditas Virreyes, que se levantaba temprano siempre, ese día tenía una razón especial para haberse echado a la calle a la hora en que los carritos de los quinteros van dejando en los zaguanes de sus clientes un atadito de cebada verde y de alfalfa para las gallinas, y las cocineras vuelven del mercado con sus canastas repletas de víveres, y los empleados acuden a sus oficinas, y los colegiales pasan con sus libros debajo del brazo, y no se ve para un remedio la silueta de una mujer elegante.

Esa noche don Félix había contado a misia Enriqueta la aventura de Hernandarias, y lo hablado con Merceditas y advirtiéndolo ésta se metió en su cuarto, so pretexto de hallarse muy cansada.

Y a la mañana siguiente madrugó más que de costumbre, para oír misa y disponer su viaje, antes de que perturbaran su plan.

Salió con la cartera henchida de sobres, cada uno de los cuales contenía una dádiva.

Llegó al convento de las monjas franciscanas, que habían pasado malas noches, durante dos meses a la cabecera de su hijita, y habló con la superiora.

—Las lluvias le habrán causado grandes perjuicios en las azoteas: ¿no es verdad, madre?

—¡Oh, sí! No hay sala que no se llueva, ni celda que no tenga humedades.

—Lo imaginaba: acepte, madre, esta limosna para que arregle sus techos.

Salió Merceditas, entre bendiciones, tomó un coche y se

fué al hospital, y al capellán le entregó un donativo para que hiciera decorar la capilla de las hermanas de caridad, y a la superiora de éstas, otro para que en nombre de su hijita repartiera caramelos en la sala de los niños, y le prometió para Navidad y para Reyes mandarle un cargamento de juguetes.

Y así fué desocupando su cartera y desparramando en Santa Fe la noticia de su partida al campo, sin mayores explicaciones, porque no le gustaba perder el tiempo.

Dejaría su carta para Hernandarias sobre el escritorio, y partiría en el tren de las cuatro de la tarde.

La casa que iba a ocupar era nueva, rodeada de paraísos plantados cuatro años antes por Pablo Medina, su administrador, un hombre joven a quien su madre protegía, desde años atrás, con una reserva inexplicable.

Nunca pudo comprender qué clase de afecto profesaba misia Enriqueta a aquel muchacho, cuyos padres ni él mismo conocía.

En vida de don Fermín Virreyes no recordaba Merceditas haberlo visto entrar en su casa, pero sabía que estaba de interno en el colegio de los jesuítas.

Como el muchacho no tuviera afición a los libros, sacáronlo del colegio, después de la muerte de don Fermín.

Merceditas se acordaba de la primera vez que lo vió en su casa. Era algo mayor que ella, moreno, de buena presencia, y tímido, con esa timidez equívoca de los orgullosos, que se vuelven audaces no bien pisan terreno conocido.

Lo mandaron al campo, no a la estancia "Las Avispas", porque misia Enriqueta parecía tener empeño en que no se advirtiera que ella lo mantenía, sino a las colonias, con una familia extranjera.

De tarde en tarde veíalo aparecer en su casa, más reservado y más arisco, a medida que se hacía hombre. A misia Enriqueta le decía "mi madrina" y le pedía la bendición y le besaba la mano.

Con Merceditas apenas trataba; pero respondía buenamente cuando ella se dignaba interrogarlo.

Pablo Medina se casó antes que ella, con una muchacha hija de alemanes, y misia Enriqueta fué madrina de Pablito, el primogénito de aquel matrimonio.

Aunque marido y mujer eran trabajadores y económicos, la fortuna les volvió la espalda, y padecieron apreturas hasta que Merceditas, ya casada, pensó en él para confiarle la administración de su estancia.

Consultó con misia Enriqueta, que se limitó a decirle:

—Pablo es honrado y capaz.

No hizo más elogios ni opuso reparos, como si no quisiera influir en aquella determinación.

Fué Pablo a "Las Avispas", construyó un alambrado en la línea divisoria del campo de Merceditas con el de su madre, y empezó a levantar la casa.

Merceditas misma trazó los planos, bajo la mirada complaciente y escéptica de su marido, que aprobaba sus resoluciones, sin intervenir en nada. "Yo me reservo para la estancia del Norte, el "Mburucuyá", solía decir, y en efecto, poco tiempo después, empezó Hernandarias a poblar con haciendas un gran campo que había comprado en el límite de Santa Fe con el Chaco.

Cuando se pusieron los techos, Merceditas y su marido visitaron la obra.

Pablito Medina tenía cuatro años entonces, y Judith Hernandarias era un capullito rubio, llevado en brazos por una niñera. El niño, moreno y robusto, como su padre, tomó por su cuenta a la criatura y después de cansarla con piruetas, le cantó para adormecerla una canción aprendida a un peón correntino. Su media lengua no dejaba entender más que una palabra, el nombre guaraní del picaflor, el "mainumbí" aplicado a la heroína de la canción.

Cayó en gracia el apodo, y como el campo de Hernandarias en el Norte llevaba un nombre guaraní, Merceditas no quiso ser menos y llamó a su estancia "El Mainumbí".

En esa estancia iba a refugiarse como en una fortaleza.

Una vez que repartió sus donativos, fuése al correo y telegrafió a Pablo Medina: "Esta noche llegaremos. Espérenos con el break en la estación".

Eran las once y media de la mañana. El tren partía a eso de las cuatro, y recorría en dos horas los sesenta kilómetros que distaba de Santa Fe la estación "Las Avispas", a pocas cuadras del Mainumbí.

Merceditas volvió a su casa para alistar su equipaje. Al entrar vió a Judith jugando en la sala llena de sol, mientras una sirvienta sacaba al patio algunos muebles para quitarles el moho.

Se acercó a su hija y la acarició con efusión, como no solía hacerlo, porque no era expansiva.

—¿Quién te ha traído, hijita? Hay corrientes de aire y te vas a enfermar.

—La he traído yo — respondió misia Enriqueta, medio oculta detrás de una cortina, que ella misma estaba cepillando, trepada en el tercer peldaño de una escalerita. — El día está sereno y aquí hay más sol que en ninguna otra pieza.

—Bueno, mamá — dijo Merceditas, haciendo ademán de seguir delante.

—Espera un momento, Merceditas. ¿Estás apurada?

—Sí, mamá, estoy de viaje.

—Por lo mismo quiero hablarte; — manifestó la señora de Virreyes, descendiendo fatigosamente.

Merceditas no intentó disimular su contrariedad, pero no se atrevió a irse. Se limitó a decir con impaciencia:

—¿Vas a hablarme delante de Judith?

Misia Enriqueta la miró con sus ojos inteligentes, que penetraban la intención de todos los gestos de su hija.

—¿Adivinas lo que voy a decirte?

—Sí, mamá.

La sirvienta se aproximó, y misia Enriqueta le entregó el cepillo y le dijo:

—No me la dejes estar a Judith en las corrientes de aire, ni salir de aquí; — y dirigiéndose a Merceditas, agregó: — ¿Quieres venir a mi cuarto?

Nunca la señora de Virreyes pronunciaba una palabra más alta que otra, y las medía de tal modo, que una mínima alteración en el tono o en las expresiones habituales, adquiría una intención particular.

Merceditas estaba muy segura de ser tan firme en sus resoluciones como su propia madre, pero esa vez la inquietó la actitud de la dama.

—Siéntate, hija...

—Jesús, mamá. ¿Qué preparativos son estos? ¡Y yo que estoy de viaje!

Misia Enriqueta no hizo caso.

—¿Adivinas, pues, de qué te voy a hablar?

—Sí, mamá.

—¿Y te parece que tu madre no debe ser oída en un asunto de tanta importancia?...

—Que a mí sola me concierne, mamá.

—Nunca las penas de los hijos son indiferentes a las madres, — replicó misia Enriqueta, y Merceditas comenzó a mordisquear la punta de su dedo enguantado.

—No sólo adivino de qué vas a hablarme; sé también lo que vas a decirme.

—Siempre has sido muy perspicaz, — dijo la madre con una ligera zumba.

—El que lo hereda no lo hurta, mamá.

—¿Y sabiendo de lo que voy a hablarte, no te interesa oírme?

—Para decir la verdad, ya que me lo preguntas, no me interesa, porque todos tus argumentos yo misma me los he hecho.

—¿Y tú misma te habrás contestado...?

—Sí, mamá.

—¿Victoriosamente?

—Sí, mamá.

—Me alegro, hija; pero si habiéndotelos contestado tú misma, no quieres oír a tu madre, es porque temes que te diga otras cosas de las que pensaste, y que no sabrías contestar.

—¡Bah! — exclamó Merceditas riéndose. — Habla,

mamá, habla todo lo que quieras, aunque me hagas perder el tren.

—Félix me contó anoche todo.

—¿Todo? ¿También lo de la carta?

—Sí, no temas; no hablaré... Y como te acostaste en seguida...

—Estaba muy cansada...

—Es justo, hija; y como esta mañana saliste casi al alba, sin desayunarte...

—Iba a comulgar.

—Me imaginé. ¿Quieres tomar algo? ¡Ah! ¿ya has tomado? ¿dónde? ¿te invitaron las monjas franciscanas? No te he visto, pues, y no he tenido ocasión de decirte lo que pienso, como es mi deber.

—¡Vaya, por Dios! ¡Cumple con tu deber, mamá!—exclamó Merceditas vivamente. — ¿Qué es lo que piensas?

—Que no debes precipitarte ni resolver nada antes de que venga tu marido.

—Eso mismo pensé que me dirías, mamá, y como no voy a cambiar de resolución, no vale la pena que te molestes, y me hagas perder el tren.

Misia Enriqueta prosiguió, como si no hubiera oído:

—Yo no voy a disculparlo si él ha faltado; pero tampoco te voy a disculpar a ti, si procedes arbitrariamente, dejándote llevar por el primer ímpetu, sin atender los consejos de los que saben más y tienen experiencia de estas cosas.

—De estas cosas, de estos dolores, de estas espinas, tú no tienes experiencia, mamá, porque mi padre era un hombre de otro tiempo, como no son ahora los hombres.

Misia Enriqueta calló un momento, apretando los labios, y dijo mirando al suelo:

—Los viejos tenemos experiencia de todo.

—¡Por lo que han oído!

—O por lo que han sufrido.

—¡Mamá!

—Oyeme, hija, aunque te desagrade la contradicción. Puesto que vivimos en el mundo, vinculados a otras mu-

chas personas, no podemos mirar la vida como si viviéramos solos, y resolver nuestras acciones con nuestro solo juicio y por nuestro propio interés. Debemos considerar lo que otros pueden sufrir por lo que hagamos y lo que va a padecer nuestro buen nombre, que pertenece también a todos nuestros parientes. Estas cosas deben examinarse con calma y pidiendo consejo a los que saben más por sabios o por viejos. Cuando esta mañana me dijeron que habías salido, me alegré, creyendo que hubieses ido a confesarte y consultarías...

—No, mamá, no me confesé.

—Me has dicho que comulgaste...

—Sí, pero cuando no tengo nada de qué acusarme, no me gusta hacer perder tiempo a un sacerdote y comulgué sin confesarme; — explicó Merceditas ruborizándose.

—Feliz de ti, — respondió su madre, sin ironía, — que no tienes de qué acusarte. Pudiste, sin embargo, confiar tu caso al confesor.

—El padre Guardián estaba ocupado...

—Habría salido, si lo hubieras hecho llamar; te aprecia mucho, y es un santo y un sabio.

—Ya lo sé, pero ahora no necesito consultar.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de proceder bien. Dios me ha dado una conciencia muy clara, que me dice lo que debo hacer.

—También te ha dado una regla a la que debes ajustarte, y es la misericordia y la humildad. No perdonar por falta de misericordia y no consultar por falta de humildad, no es cristiano.

—Yo consulto en los casos en que tengo duda, pero no cuando mi conciencia me habla claramente.

—En los corazones orgullosos no entra la duda, esto es, la sospecha de que pueden estar equivocados. Por eso todos debemos consultar los casos de importancia, cuando dudemos, por lo mismo que dudamos, y cuando estemos seguros, por lo mismo que estamos seguros, pues ese sentimiento de infalibilidad suele ser obra del orgullo. Una

madre se debe a sus hijos, que algún día pueden pensar que ella procedió por egoísmo sin tenerlos en cuenta. Si ahora te alejaras de tu marido, ¿qué le dirías a tu hija?

—Cualquier cosa; en quince días mi hija no se acordará más de él.

—No puede ser cualquier cosa: tendrías que decirle que "es un mal hombre", o bien, "ha muerto"... ¿cuál de las dos?

—Le diré: "ha muerto".

—¿Y si algún día ella descubre que le has mentido?

—Le explicaré que lo hice por salvarla a ella, del mal ejemplo que ese hombre sería en mi casa.

—No, hija. Porque una vez haya sido débil, no debes pensar que sería criminal hasta el extremo de pervertir a sus hijos. Daniel no es un criminal.

—Pero es un hombre mundano, que no se curará nunca de sus vicios. ¿Si lo perdonase y volviera a faltar...?

—Volverías a perdonarlo, hija.

—¿Y si faltara cien veces?

—Lo perdonarías cien veces.

—¡Bendita doctrina! ¡Qué más necesitarían hombres como él para vivir tranquilos en el pecado, que la seguridad del perdón!

—Es la doctrina cristiana, hija. La perfección no está en perdonar una vez, sino siempre. Mientras más veces perdones, más te parecerás al modelo que debemos imitar: Nuestro Señor Jesucristo. ¿No te ha dicho eso tu conciencia?

—¡Qué esperanza, mamá!

—Quiere decir que tu conciencia está errada, sea porque tu corazón la domine, sea porque tu vanidad la nuble. Dios no ha tasado al hombre su misericordia, porque conoce su flaqueza. "Vete en paz, le dice, y no vuelvas a pecar". Son los hombres los que ponen límites al arrepentimiento: "Si volvieras a pecar no te perdonaría", y eso no es justicia, es encono.

Sonaron las doce en el reloj de El Carmen, cuyas campanas se oían desde allí, a causa de lo tranquilo del ba-

rrio y de la hora; y la cocinera avisó que ya había puesto en la parrilla los sábalos de ño Cricho, y que era tiempo de sentarse a la mesa.

—Ese pescado es de los que se pasan pronto... — dijo misia Enriqueta levantándose. — Vamos al comedor, hija.

En ese momento llegó el doctor Monzón, que se detuvo en el umbral del dormitorio, con el reloj en la mano.

—Dispongo de diez minutos y he querido saber cómo ha pasado la noche nuestra enfermita.

—Con decirle que hoy nos vamos al campo, está dicho todo — respondió Merceditas, dando a entender a su madre cuán lejos estaba de haberla convencido.

Misia Enriqueta no agregó una sílaba, y se alejó sacudiendo el manojo de llaves del aparador, donde guardaba los dulces.

El doctor Monzón gastó sus diez minutos en frases vagas sobre el tiempo y Merceditas, no observó el interés con que él la contemplaba, como si hubiera pispado el verdadero motivo del viaje.

Cuando se marchó, Merceditas se fué a su cuarto a arreglar los baúles, mandando a decir a su madre que no iba a comer, y que con una taza de caldo y una yema batida tendría suficiente.

A las tres de la tarde llegó don Félix y la halló sentada en el suelo, doblando ropa, que iba metiendo en un baúl.

No pareció caerle en gracia la visita, pero se volvió rápidamente hacia él.

—¿Tiene algo nuevo que decirme?

—Sí, Merceditas, por eso vengo.

—¡Son dos contra mí, que estoy sola! ¡Cómo no he de cansarme!

—No hijita. En tu contra no hay más que una persona y eres tú misma. Tu madre y yo estamos en favor tuyo. Lee ese telegrama que acabo de recibir de Daniel...

—¿Cómo? ¿Usted le ha avisado algo? — preguntó agriamente la joven, echando una mirada sobre el papel.

—Sí, le pedí que se viniera en el acto y me contestó eso que ves: "Muy afligido llegaré mañana".

—¡Muy afligido! — exclamó ella forzando la risa — ¡el pobre! ¡cómo estará de afligido!

—No es muy elegante confesarlo — observó don Félix — y sin embargo él lo confiesa. Debe de ser verdad...

Merceditas no agregó nada, y se puso a cantar entre dientes, mientras seguía llenando el baúl.

—¿Quieres que me vaya?

—No tío, espérese.

Cuando el baúl estuvo colmado, cerró la tapa, se sentó arriba, y dijo a don Félix:

—¡Ayúdeme! Con mi solo peso no ajusto al pestillo. Siéntese a mi lado.

Don Félix se sentó sin decir palabra, y ella, después de algunos esfuerzos, echó la llave, y exclamó alegremente:

—¡Muchas gracias! Ya vé qué útil es un hombre de buena voluntad, cuando no se mete sino en lo que le piden.

Don Félix se levantó fastidiado, y se fué.

Una hora más tarde, las chinitas sacaron al zaguán el equipaje de Merceditas y corrieron a la plaza a llamar dos coches.

Cuando Merceditas salió con su hija envuelta en un tapadito de pieles, halló a su madre esperándola en el zaguán.

—Yo te acompañaré.

—¿A dónde, mamá? — preguntó la joven cariñosamente, impresionada por la seriedad de misia Enriqueta.

—Te acompañaré a la estancia. No está bien que vayas sola.

—¡Jesús, mamá, quién me va a comer! Pero, en fin, me alegro, si no te resulta muy gravosa la molestia.

Don Félix resentido, o fingiendo estarlo, no se dejó ver, y los coches partieron.

Cuando el tren se detuvo, Judith, que durante el viaje había ido acariciando la idea de hallar a su papá, tuvo

miedo al sentir la voz de un hombre, que se les acercó.

—Es Pablo Medina; — le dijo su mamá para tranquilizarla, y la chicuela se dejó llevar en los brazos de él, hasta el coche, detenido a corta distancia, con las ruedas hundidas en el barro.

Judith tenía algún recuerdo del "Maimumbí" por haber estado allí, una breve temporada, durante el verano anterior; pero aquella vez todo le pareció distinto y pavoroso, desde el viaje en break, por los caminos inundados, sintiendo el chapaleo de los caballos en el lodo, y el siniestro croar de los sapos, hasta la llegada a las casas, por entre una calle de árboles que ennegrecían el cielo. Pablo gritaba a todo pulmón, en el momento de detenerse:

—¡Aten a Mambrún, que espanta los caballos! ¡Quieto Mambrún!

Avalanzábase, efectivamente, un perrazo manchado de blanco, de terrible aspecto.

—Siempre es así — advirtió Pablo — porque es joven y juguetón, pero manso como un corderito.

Salió un peón con un farol, y logró coger a Mambrún del collar, y los viajeros se apearon.

La casa era sombría.

—Es noche serena y el cielo está limpio, — dijo Pablo. — Vean, sobre el río se divisa ya el resplandor de la luna.

Se abrió la puerta principal y apareció Irene, la mujer de Pablo, que acababa de encender la lámpara, y saludaba a los recién llegados, con cortedad.

El único que se adelantó con despejo y abrazó a las señoras fué Pablito Medina. Tomó en seguida la mano de Judith y la llevó a mostrarle, por una ventana enrejada, el nacimiento de la luna.

La casa estaba a cien metros de un brazo profundo y encajonado del Paraná. Pero la margen opuesta era una isla baja, anegada en un agua negra como la tinta. Sobre la línea del horizonte, donde aquella sábana obscura pe-

gaba con el cielo de un azul claro, levantábase una enorme rueda de sangriento color.

—¿Qué es eso? — preguntó Judith asustada.

—Es la luna, — dijo Pablito, en tono magistral.

Algunos minutos después, aquello era un soberbio disco de oro, a cuyos reflejos hervían las aguas.

Momentáneamente se apagaron todos los rumores, como si los animales que gritan de noche, los sapos, los chajás, las gallinetas de la isla, se hubiesen sobrecogido ante la maravillosa visión.

Misia Enriqueta entretanto recorría la casa, buscando la habitación más seca, para dormitorio de Judith. Merceditas hablaba con Pablo Medina:

—¿Tiene perros bravos?

—No, porque este año entró una peste en los perros y se murieron todos. No tengo más que Mambrún.

—Que no es muy bravo, me ha dicho, ¿no?

—Es manso, como para que jueguen los niños, nada más. En "Las Avispas" hay los mejores que se conocen por aquí. El Yacaré tiene bien puesto el nombre: nada como un pescado y es temible como un tigre. El capataz quería deshacerse de él porque le mató un novillo, y me lo ofreció, pero no lo acepté; es un peligro siempre.

Merceditas se quedó pensativa, pero no habló más de tal asunto.

En veinticuatro horas su vida había cambiado fundamentalmente, y sentíase abrumada con aquellas emociones cuyo relato habría llenado un libro.

Pero su voluntad estaba entera, y cuando acostó a Judith y misia Enriqueta la llamó al comedor, se sentó a la cabecera de la mesa, y sirvió los platos de las dos y mientras su madre dejaba intacto el suyo, ella comió tranquilamente.

VI

Una sombra en la ventana

El tercer canto de sus gallos despertaba a don Juan Lucero, madrugador como los buenos santafesinos de su tiempo.

Desde la cama, pereceando un ratito, iba diciéndose:

—Ese que canta ahora es el "guayrabo". Ese ronco es el "cenizo". ¡Caramba! está más ronco que otros días. ¿Si se me habrá resfriado? Ese otro es el "ráculo", que tiene el buche empedernido. Hoy no ha cantado el "giro"; ¿qué le pasará?

Vivía don Juan Lucero allá donde la calle San Jerónimo da un salto mortal sobre el filo de la barranca, y muere, como si se hubiera roto la cabeza, tendida en la orilla arenosa del arroyo del Quiyá.

En ese barrio estaba para don Juan la verdadera Santa Fe, amada en sus detalles típicos: los vecinos madrugadores y materos, que en invierno tomaban el sol de su umbral, y en verano, a la hora en que se ensanchan las sombras de los paredones, sacan sus sillas a la vereda; las dueñas de casa que de mañana al sentir el carrito del verdulero, salen, sin respetos humanos, a discutir el precio de los víveres; las muchachas que se asoman a ver a los novios; las abuelas, que al anochecer de los domingos se sientan detrás de las grandes ventanas, en las salas obscuras, para atisbar quiénes son los festejantes de

sus nietas; las chinitas que van con un mandado y se demoran, conversando con algún cadete de tienda o con algún "meritorio" de la policía, invencibles tenorios de aquellos barrios; y los repiques de las iglesias en ese que fué centro de la ciudad; y las dianas del cuartel; y las retretas de la tarde en invierno y de la noche en verano, en la plaza principal, donde la mejor banda de la República, toca las mejores piezas del mundo; todo eso era lo propio, lo característico, lo memorable, que se va esfumando como el color de una pintura, con pesadumbre de los artistas y de los viejos.

Un santafesino de cepa, como don Juan Lucero, sentíase desterrado en los barrios del Norte, bulliciosos, y progresistas y plagados de "gringos".

La verdad es que tampoco en el Sur quedaban muchas casas de adobes, con tejados y umbrales de algarrobo, ni rejas voladas, ni aquellos anchos zaguanes sin cancela, que permitían ver el patio, atestado de plantas en medias tinas, sobre trípodes con un tarrito de agua debajo de cada pata, por las hormigas; ni había apenas calles arenosas, ni húmedas huertas de naranjos.

Pero en la primavera le era dado sentir a don Juan cada vez que salía de su casa, al enfrentar el zaguán de "las Montieles", viejecitas de su tiempo, un perfume de diamelas, de aquellas delicadísimas enredaderas que las niñas de Santa Fe han dejado perder en sus jardines; y su corazón se enternecía, como si lo envolviera un lejano recuerdo de amor.

Y se alejaba murmurando:

—¡Estas Montieles! ¡estas Montieles! ¡Cómo se han ido quedando solteras! ¡y qué de novios tuvieron! ¡Las diamelas que me habrán regalado a mí!

Cuando todos sus gallos habían saludado el día, o los que aun faltaban se demoraban en hacerlo, señal de que no estaban de humor para cantar, don Juan saltaba ágilmente de la cama, se ponía las pantuflas y se arrebozaba en una capa más vieja, que la de salir, e iba a despertar

a Cipriana, su vieja criada, y a Perico, un muchachón que le ayudaba en los cuidados del gallinero.

Su casa era antigua, con "todo el fondo", lo cual significaba que medía setenta y cinco varas castellanas, ocupadas en sus dos tercios por un espeso naranjal.

Diariamente don Juan la recorría chupando mates amargos, seguido por una chinita, que se los alcanzaba llenos y se los recibía enjutos.

Cuando había palpado el buche a sus gallos y visto sus flores, se iba a su despacho y mientras llegaba la hora del café con leche, abría su caja de fierro, sacaba unos papelotes y se ponía a perfeccionar su testamento.

Esa labor literaria absorbió los últimos veinte años de don Juan, quien, al revés de todos los viejos, pensaba que el mejor día se caería redondo, aunque de nada sufriera y tuviera muy buen diente.

Como gran parte de sus rentas se le iba en limosnas, el conocer quiénes fueran mendigos de verdad llegó a ser su perpetua preocupación, tanto que un día resolvió cerrar la bolsa y guardar sus caudales y ponerse a redactar un testamento dejando sus bienes a los pobres, que sus albaceas se encargarían de descubrir.

Ocurrió que al día siguiente de partir al campo Merceditas Virreyes, don Juan Lucero sostuvo una apuesta para desquitarse de su reciente desventura. Pelearía su "giro" contra un "colorado" de Florencito Roldán.

El reñidero estaba en una casa vieja, de unas mujeres del pueblo, distante apenas tres cuadras. Don Juan Lucero, en plena siesta metió su gallo debajo de la capa, y se fué al tranquito, haciendo promesas a las ánimas.

Continuaba firme el tiempo claro, y un sol hermosísimo bañaba las huertas y oreaba sus tapias de adobes, reblandecidas por los chubascos.

A esa hora, hasta en las calles centrales de la ciudad era escaso el movimiento, cuanto más en la tranquila barriada del Sur. Don Juan no temía, pues, que le sorprendiera ningún conocido y se sonriera del bulto de su capa.

Pero no resultó así: en la esquina de la calle Amenábar

topó con un coche de alquiler, que doblaba a media rienda para el lado de San Francisco, y vió a Daniel Hernandarias, recién llegado en el tren de Buenos Aires.

Hernandarias lo saludó y hasta le gritó: "¡Buena suerte!"

Don Juan se ruborizó, y trató de disimular mejor su tapado, porque estando prohibidas las riñas, un vigilante díscolo podía darle un disgusto o sonsacarle unos pesos por callarse la boca.

Pero su pensamiento se apartó de eso para recordar la cara, a todas luces descompuesta, de su joven amigo.

—¿Qué le pasará a Daniel? ¿Sabrá ya el cuento de la alfajorera? Eso ha de ser — se dijo, satisfecho de su perspicacia; y como llegase a la puerta cerrada del reñidero, dejó de pensar en los asuntos de Hernandarias, y tiró de una cuerdita que había allí, para que los conocedores entrasen sin llamar.

Dos o tres minutos después llegó Florencito Roldán, un viejito obeso, que vestía siempre de jaquet, portador también de su gallo, encubierto bajo un ponchito de vicuña.

Difícilmente los apasionados cultores de aquel deporte, confiaban a nadie la conducción del bicho en que descansaba el honor de su nombre.

La casa era típicamente santafesina, y el "circo" estaba en una pieza grande, contigua a la huerta, donde bajo una galería había una serie de jaulas con otros gallos, que las mujeres cuidaban por cuenta ajena.

Por mucho que quisieran disimular su presencia, relegándolos al fondo de la casa, desde la puerta se oían sus clarinadas. El primer patio estaba sin embaldosar, recuadrado por corredores, cuyos pilares de palo se rendían al peso del tejado lleno de yuyos, y roído por las goteras. Pero había tal profusión de plantas, amorosamente cuidadas, que en muchas casas ricas lo envidiaban como era, con su piso de tierra dura, cruzado por una veredita de ladrillos flojos, muy útil cuando llovía.

En el rincón más abrigado de la galería, bañada de sol,

halló Lucero a doña Julia y a doña Bernarda, las dueñas de casa, que aguardaban a los "corredores", sentadas al lado de un braserito, a cuyo pie dormía un gato friolento, sobre el blando colchón de la ceniza que caía por la hornalla, cada vez que levantaban la pava para cebar mate. Los "corredores" iban llegando furtivamente y se instalaban cerca del fuego, en sillas de paja, y chupaban los mates con que los obsequiaban, comentando las incidencias de los últimos combates y las perspectivas de los próximos.

—Ya me estaba pareciendo — refería doña Bernarda, la más vieja de las dueñas — que un "pesquisa" andaba tironeándome la piolita de la puerta de calle, con ganas de zamparse en el zaguán...

—Como es el único reñidero decente que va quedando, — explicó doña Julia — no falta quien nos lo "envidee", y quiera hacerlo allanar.

—Yo entonces me dije: una mano lava la otra y las dos la cara, y donde manda el capitán no manda el marinero, y ayer mismito me fuí a ver a don Pepe Rodríguez, el jefe de policía, que me debe algunos servicios. — Hizo una pausa y como en la huerta retumbara el canto de un gallo, agregó guiñando el ojo: — Ese fulano que canta es de él, y todavía hay otro más que ha estado a la muerte y se lo he salvado...

—Así es — dijo don Juan Lucero — un "naranjo" y un overo ráculo...

—Que ya no sirven ni para el puchero — añadió don Florencio Roldán, que andaba muy jarifo desde su victoria sobre Lucero.

—Pues me presenté en la jefatura; y cuando se estaban riendo de mí unas señoras muy ensombreradas, que aguardaban hacía una hora, el mismo don Pepe salió a recibirme, y me llevó a un rincón, y me preguntó qué laya de "pesquisa" era el que me tiraba la piolita, y yo se lo describí: trigueño, de bigote desplumado, con un lobanillo en el pescuezo; y él me dijo que me fuese tranquila, porque las ordenanzas no rezan con nosotras,

y que él le iba a decir al "pesquisa" que se dejara de pavadas...

—¡Muy bien dicho! — exclamó Roldán.

Habían ido llegando varios jugadores, y se encaminaron todos a la pieza donde estaba el circo, un redondel de tablas, de una vara de altura, puestas de canto y acolchadas con cuero, a fin de que los gallos no se lastimaran al golpearse contra ellas.

Pesaron a los dos primeros gladiadores suspendiéndolos de una romana, envueltos en un trapo como a un recién nacido, y les aseguraron en las patas las terribles púas de acero, operación presenciada por los circunstantes con silencio tan solemne como el que reinaría momentos antes de un torneo, en la Edad Media, cuando los caballeros, delante de su séquito, se calzaban las espuelas.

Don Juan Lucero se despojó de su capa y la plegó cuidadosamente sobre el respaldar de una de las sillas que rodeaban el circo; y lo mismo hizo con su ponchito de vicuña don Florencio Roldán, y cada cual, con su gallo debajo del brazo, voleó la pierna y lo depositó en la arena del redondel, frente a frente.

El juez de la riña era un tal don Vicente Peras de Roble, un personaje enlutado hasta el pescuezo, pues aunque hacía diez años que había muerto su mujer, no se resignaba a descender de la interesante categoría de viudo reciente.

Lo más que se permitía era quitarse los guantes negros de algodón, y enfundarse en un guardapolvo amarillo, para librar su fúnebre traje de la sangre que salpicaba durante la pelea.

Con el mismo objeto los circunstantes cubrían sus corbatas con un pañuelo, colocado en forma de babero. Se oyó la primera apuesta.

—¡Doy veinte contra diez!

El que daba esa usura reservábase el derecho de elegir el gallo en favor del cual apostaba.

—Ya les tengo expresado a los señores jugadores, cuánto me desagradan las apuestas que se cruzan en el

circo, antes de que el juez que habla, declare si es pelea o no es pelea.

Los gallos, entretanto, después de mirarse curiosamente, pero sin la menor intención aviesa, diéronse la espalda y empezaron a pasearse por el redondel.

—Sírvanse los señores corredores carear sus gallos—; ordenó el juez; y los dos aludidos se agacharon a coger sus animales, para ponerlos de nuevo frente a frente. Era tan laboriosa la operación de agacharse para los dos viejitos, que echaban en ella un buen rato, y sus coyunturas crugían.

—¡Ya están herrumbradas las visagras!—dijo a media voz un socarrón.

El "colorado" miró al "giro", se empinó sobre la punta de los dedos, batió las alas y lanzó al techo un canto quejumbroso, que hizo sonreír a don Juan, morderse los labios a don Florencito y gruñir a uno de los espectadores:

—Mal presagio, gallo que canta en el redondel.

El "giro" no tardó en decidirse y de un picotazo arrancó unas cuantas plumas a la testa del otro.

—¡Buena mordida!—exclamaron.

—En observación,—dijo el juez, consultando su reloj, y así que pasó medio minuto de saltos y espolazos, agregó: —¡Es pelea, señores!

Los dos "corredores" ocuparon sus asientos.

Don Florencito, que era rubicundo, estaba pálido, y se rebullía sobre los faldones arrugados de su jaquet; y don Juan, que era pálido, estaba carmesí. Tironeó un pico de la capa para esconder sus manos temblorosas, que habían empezado a desgranar un rosario, pidiendo a las ánimas del purgatorio le dieran suerte.

Una muchachita entró con un mate y lo ofreció al juez; Peras de Robles empezó a tomar, soplando la bombilla.

Los jugadores se animaron, y arrojaron sus apuestas como proyectiles:

—Pago veinte al "colorado".

—Doy treinta a veinte.

—Quince al "giro".

Los animales arremetían con un furor creciente, saltando en el aire como dos manojos de plumas; chispeaba la sangre, y donde el "colorado" asentaba la pata, dejaba una marca roja, porque el "giro" le había hecho una "pasadura" atravesándole la membrana de un espolazo.

El "colorado" se desquitó desgarrándole la piel del pescuezo y haciéndole sangrar abundantemente.

—¡Veinte al "colorado"! — gritó un jugador. — ¿Ya no se anima, don Juan, a apostar en favor de su "giro"?

Jamás don Juan confundía los intereses del "jugador" con los del "corredor".

Una vez que se largaba la pelea, estudiaba sus alternativas, y si le eran desfavorables, empezaba a apostar al gallo rival, para "cubrirse" en caso de perder el suyo, por cuya razón era difícil saber en un momento determinado en favor de cuál de los animales imploraba el auxilio de las ánimas, rezando sus avemarías.

No contestó al que lo interpelaba, y pareció abstraído, pero como en ese momento su "giro" llevase una brillante carga al enemigo, se volvió dulcemente hacia el lado de donde partiera la apuesta.

—¿Por qué no me los agarró cuando los propuse?

—Ahora se los agarro, pues; ¿por qué dispara?

—Ahora es tarde: su gallo tiene malas intenciones.

—Las intenciones no se pueden conocer. Está degollado y pierde mucha sangre.

—¡Bah! No se aflija; eso lo ha descongestionado. Vea cómo lo arrincona el otro. ¡Doy diez a cinco!

Tras un terrible cuerpo a cuerpo los dos animales quedaron como pegados pecho contra pecho, asestándose débiles picotazos, que amenazaban prolongarse hasta el fin de la hora en que debía terminar la batalla, por reloj.

Peras de Robles saltó ágilmente al redondel, y ordenó con magnífica voz.

—¡Corredores! ¡retiren por el pecho!

Crujieron de nuevo las coyunturas de don Juan y de don Florencito, que salvaron la valla para tomar con la diestra por el pecho a sus respectivos bichos y separarlos una cuarta.

—¡Retiren!—mandó el juez.—¡Larguen!

Soltáronlos, pero los animales, aturdidos y debilitados, "no hacían por la pelea" y se quedaron mirándose con indiferencia, lo que fué motivo para otra orden del juez:

—¡Arrimen por la cola! ¡rocen!

Empujados los gallos hasta rozarse, trenzáronse de nuevo, y sus dueños abandonaron la pista.

—¡Ahora sí!

—¡Esto va bien!

—¡Va a ser tabla!

—¡Doy treinta a veinte!

—¡Treinta al "giro"!

—¡Animas benditas!

—Pago cincuenta nacionales al "colorado", ¿quién me los toma?

—¡Yo se los tomo!—dijo una voz cálida, de rica entonación, que no se había oído en toda la tarde, y que hizo volver la cabeza a don Juan Lucero.

—¡Hernandarias! ¡mi joven amigo! ¿aquí?

—Vengo de su casa, don Juan; lo he estado esperando, pero me imaginé que más pronto lo vería viniéndome aquí.

—Sí, hombre; apuesta al "giro". No vas a perder tu plata... ¿Pero qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara?

Daniel Hernandarias conocía todos los perdederos de tiempo que existían en Santa Fe, y en todos era bien recibido, pues su buen humor, su corazón franco, su mano abierta, le granjeaban amigos en todas partes.

Cambió unas palabras con los demás circunstantes, ocupó una silla al lado de su amigo y esperó el término

de la pelea. Don Juan había guardado el rosario, signo de que la victoria se definía claramente, y hasta se había incorporado en su asiento para ver mejor.

De un terrible espolazo el "giro" le reventó un ojo al "colorado".

—¡Golpe sentido! ¡ya lo aturdió!

—Aguárdese, don Juan; "que el gaucho más de a caballo, se sabe quedar a pie"...

—No me venga con versitos, amigo Roldán; vaya preparándole unas antiparras al "colorado", que va a quedar tuerto. Puede que le sirva para mártir... ¡Atiéndame ese brinco! ¡plaff! ¿se da por vencido?

—¡Ni por pienso! ¡va a ser tabla esta pelea! ¡ya verá!

—Tablas para el cajón del "colorado"...

—¿Pero qué le pasa don Daniel, que tan callado está? — preguntó don Florencito, disimulando su emoción por los porrazos que se llevaba su gallo.

Hernandarias respondió señalando los combatientes, que libraban su postrera arremetida.

—¡Mire! Y apronte los pesos que tiene que pagar.

Los dos gallos, en un esfuerzo ímprobo, dieron un salto, pecho contra pecho, pero el "giro", más ágil, cayó sobre el "colorado" y lo volteó; se alzó con presteza, como si le repugnara aprovecharse de un enemigo caído, y se apartó un trecho, acesando, con el pico abierto, y la garganta destilando sangre.

El juez comenzó a contar los segundos que el "colorado" yacía en tierra.

—¡Una para el colorado! ¡dos para el colorado! ¡tres para el colorado! ¡Perdió!

Todos se levantaron, aliviados de la emoción que producía siempre el final del combate, y don Florencito sacó un fajo de billetes para liquidar lo perdido, contra varios ganadores, contabilidad complicadísima, que llevaban de memoria y con honradez digna de más altos empleos.

Hernandarias se acercó al oído de don Juan Lucero, y le preguntó dulcemente:

—¿Pelea algún otro gallo suyo, ahora?

—No, pero hay tres riñas más.

—¿No quiere dejarlas? Tengo apuro de hablar con usted.

—¡Cómo no, hijo! — exclamó don Juan, amabilísimo, pero haciendo una mueca, como si renunciara a una parte del cielo.

—Envuélvase bien, porque hace frío.

—¿Qué te pasa, Daniel?

—Ya le voy a decir.

—¿Se van? — refunfuñaron algunos perdidosos que aguardaban el desquite.

—Otra vez nos desplumarán — dijo Hernandarias saludando; y salieron los dos, después de recoger don Juan su gallo victorioso, al que un buen samaritano acababa de dar fricciones de árnica, por pura afición, caridad que ejercía con todos, vencidos o vencedores.

A la puerta de calle los esperaba un coche. Lucero iba satisfecho de sentirse actor principal en el asunto. Comprendía que la preocupación de su joven amigo era una consecuencia del cuento de Josefa Osuna.

—Dime, pues, qué te pasa, Daniel — dijo, acomodando su animal en un rinconcito del coche.

—Me pasa algo muy grave, don Juan. Llegaba de Buenos Aires, cuando me encontré con usted. Al verlo se me ocurrió una idea, y me fuí a su casa, porque no puedo ir a la mía, sin saber qué cara me pondrán allí.

—¿Qué cara te pondrá quién?

—Mi mujer.

—¿Por ese cuento de Pepa Osuna?

—Justamente. ¿Usted lo conoce?

—Sí, delante de mí lo contó; pero, ¿cómo has sabido que eso llegó a oídos de tu mujer?

—Porque don Félix me mandó avisar a Buenos Aires con el badulaque de Antolín.

—¿Le habrás dado una pateadura? — interrogó don Juan con energía.

—No, le dí cincuenta pesos, porque tuve lástima de lo "pato" que andaba.

—Tampoco está mal eso.

—Nadie tiene la culpa de esto, sino yo, que he procedido como un niño. Me he dejado vencer por una tentación pueril, sabiendo perfectamente a qué me exponía. Se me ocurrió la más desatinada combinación que el diablo puede inspirar a nadie, simular un viaje al "Mburucuyá" para largarme por aquel mundo. Estaba aburrido de... Bueno, para qué voy a hacerle la historia. Usted comprende todo lo que habrá ocurrido... Es decir, usted no, porque siempre ha sido un hombre juicioso, libre de tentaciones...

Don Juan compuso el pecho, y como pasaran frente al zaguán de "las Montieles", se animó a decir, con voz velada por la emoción:

—No tanto, hijo... Cuando estas bribonas me daban diamelas... ¡ejem! no te diré que no... que sí... vamos... tú comprendes...

—¿Qué bribonas, don Juan, le daban diamelas? — preguntó Hernandarias, deseoso de asegurarse la voluntad del viejo, arrancándole sus secretos.

—¿Nunca te he contado? ¡"las Montieles"! Estas de aquí, de la cuadra de mi casa. ¡Las diamelas que me han prendido al ojal, "las Montieles"!

Un ligero vapor enturbió los ojos pardos de don Juan, pero su confidencia no pasó de allí, ni Hernandarias tuvo interés en que siguiera, porque lo acongojaba una inmensa angustia.

No sentía irritación contra nadie, ni contra el portador de la desventurada noticia, ni contra sí mismo, porque su corazón ignoraba el rencor. Mas era muy grande su humillación, y le acobardaba el presentimiento de una escena terrible. Conocía la inexorable rectitud de su mujer, que ni daba cuartel, ni lo hubie-

ra pedido, en caso de hallarse en ella un átomo de culpa.

Su pesar era tan profundo, que hasta la imagen de su hija habíase borrado de su pensamiento. Hubiera aceptado con gratitud cualquier dolor que viniese de manos de Merceditas, si envolvía la esperanza del perdón, un día u otro. Hasta creía que si ese perdón le era otorgado en cambio de un sacrificio inolvidable, sería mejor para él, porque lo libraría de toda futura tentación.

No se le ocurría que ella pudiera negarse a perdonarlo, no porque no la supiera capaz de dictar esa sentencia de muerte, sino porque su imaginación no alcanzaba a prever lo que sucedería en tal caso. Existía un abismo en su pensamiento, delante de esa hipótesis, y por no mirar el abismo, su corazón retrocedía.

El despacho de don Juan Lucero tenía una ventana enrejada a la calle, y Hernandarias se sentó frente a ella, y aguardó la vuelta de su amigo, que fué a casa de doña Enriqueta en busca de informes.

De rato en rato se levantaba, encendía un cigarrillo, daba dos o tres vueltas por el cuarto y volvía a sentarse.

Corrió un lapso de tiempo que no supo medir. Ya le parecía que su amigo tardaba horas en volver; ya se imaginaba que no habían pasado más de veinte minutos.

Un invencible enervamiento le impedía consultar el reloj.

Tuvo la sensación del tiempo transcurrido cuando entró Cipriana, la sirvienta de Lucero, a preguntarle si algo se le ofrecía.

Le contestó con un gesto negativo, por librarse pronto de su presencia, pero sintió más la soledad al verla salir con pasos quedos, arrastrando sus chancletas, y dejando asomar bajo el ruedo sucio del vestido, los talones relumbrosos, y casi la llamó para que lo acompañase.

La casa de don Juan estaba en la vereda de la sombra, y allí el día declinaba antes.

Un muchacho pasó pregonando a gritos los diarios de la tarde; y Hernandarias, por matar su inquietud, entreabrió la ventana y le compró un diario, que ni siquiera desplegó.

Los mayores cataclismos que afligieran al mundo, le conmoverían tanto como la caída de una hoja.

La calle volvía a sumirse en imponderable quietud. Lejos sonaba dulcemente una campana, y en la huerta cantaban los gallos de don Juan.

Nada turbaba el desarrollo de sus pensamientos, pero aquel abismo abierto en su imaginación, lo detenía siempre: "¿Y si ella no lo perdonase?"

Anochecía ya cuando vió cruzar ante los empañados vidrios de la vieja ventana, dos figuras que se detuvieron en el umbral y en una de ellas reconoció a don Félix, y corrió a tenderle los brazos.

Don Félix se dejó abrazar silenciosamente, y murmuró —¡Gracias!— lo cual avergonzó a Hernandarias, que no se había acordado para nada de la muerte de doña Isabel.

Don Juan se frotó las manos, muy satisfecho de que en su casa tuviera lugar tan importante conversación, arrimó dos sillas, encendió luz, y los dejó solos.

—No fuí a la estación a esperarlo — dijo don Félix — por ser tan reciente mi luto. Ahora mismo me ha costado desprenderme de las visitas, para venir y traerle en persona malas nuevas.

—¿Cómo? — exclamó Hernandarias sobresaltado.

—¡Hombre! Puede suponer que la historia de Antolín produjo un gran efecto.

—Sí, sí; ella... ¿qué dice ahora?

—Ella se fué ayer tarde a la estancia, dejándole una carta sobre el escritorio. Ha hecho como los que se suicidan...

—¿Una carta?

—Aquí la tiene.

—¿Me permite leerla? — preguntó Hernandarias, cogiendo el sobre con mano yerta.

Don Félix comenzó a pasearse, espiando las impresiones del otro, que se aproximó a la lámpara, con el rostro marcado por una extrema ansiedad.

Cuando Hernandarias concluyó de leer, pálido como si se levantara de la tumba, preguntó a don Félix:

—¿Usted no sabe lo que hay aquí?

—No, pero me imagino, porque he hablado con ella.

—¡Lea!

Le entregó la carta, y se sentó en su silla, aniquilado, incapaz de reflexionar.

Don Félix concluyó su lectura, y no dijo nada, hasta que Hernandarias, haciendo un esfuerzo, le suplicó:

—¡Cuente todo! ¡cuénteme lo que ella le ha dicho! Porque eso no puede ser así... ¿no es cierto, que no puede ser que la puerta de su casa se haya cerrado para mí, como la piedra de un sepulcro? ¡Esa es una frase, no más!

—¡No! — dijo don Félix. — Merceditas no hace frases; eso es verdad, y usted lo comprende como yo.

—No. Yo no puedo creer que sea así. Cuénteme todo.

Hízole don Félix el relato y Hernandarias lo escuchó sin interrumpirlo ni siquiera con un gesto. Veíase en la contracción de sus labios, que el exceso de castigo infligido a su culpa, provocaba la reacción de su temperamento generoso y viril.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¿Pero usted, don Félix, no cree que es una injusticia?

—Sí; y a ella se lo he dicho.

—¡Una tremenda injusticia!... ¡Me cierra su casa para siempre! ¿Y mi hija? ¿voy a perder a mi hija?

Por primera vez dejó de pensar en su mujer y pensó en la niña, y ese recuerdo entró en su corazón desesperado como un nuevo dolor, pero también como una fuente de energía.

—Sí, va a perderla, — dijo don Félix. — Merceditas tiene la ley en su favor. Podría divorciarse y los jueces le confiarían la criatura. Pero le repugna el divorcio y le bastará que usted acepte sus condiciones y se vaya para siempre.

—¿Y tengo que aceptarlas? ¡qué locura es el creerlo!

—Vamos a cuentas, Daniel: ¿qué otro camino le queda?

—¡No poner más los pies en mi casa! ¡Y aunque viva mil años no besar más la frente de mi hija! ¿no es un desatino?

Don Félix meneó la cabeza.

—Hay un proverbio que dice: si a tu mujer se le ocurre que te tires del tejado, ruega a Dios que sea bajo. De mujeres como la suya habla ese proverbio: es terca, más que su madre, porque tiene la energía de los López, y la mollera cerrada de los Virreyes, y no va a cambiar, si Dios no hace un milagro. Y me parece que Dios no ha de estar muy bien dispuesto para usted...

—¡Si yo la hablase!

—¡Pida que el tejado sea bajo! Vea, yo soy el menos empecinado de mi casta; al lado de Merceditas, soy una veleta. Había resuelto no hablarla más, después que me hizo cerrarle el baúl. Pero voy a romper yo mismo mi ley, e iré a verla mañana. Hoy ya no tengo tren para "Las Avispas".

—Yo iré con usted.

—No lo recibirá.

—No importa, iré. Veré a mi hija, y ella se pondrá de mi parte.

—Haga como quiera. Quizás convenga que vaya, pero a encerrarse en "Las Avispas", para aguardar los acontecimientos. Si me promete no acercarse al "Mainumbí", acepto su compañía.

—¡Prometido!

—¿Y ahora? ¿Por qué no ha de pasar la noche en

casa de Enriqueta? Allí estoy sólo yo, y yo, amigo Daniel, no le cierro la puerta.

Le dijo con voz entre halagüeña y emocionada, y Hernandarias lo abrazó impetuosamente.

—Si sucediera todo como ella lo dice en su carta, don Félix, yo me hundiría sin remedio en la crápula o me pegaría un tiro.

Don Félix se encogió de hombros.

—Elija lo primero, porque para lo otro hay tiempo siempre.

Don Juan no podía permanecer quieto. Sentíanse sus pasos blanduchos, y el rebullir de su persona en la pieza contigua, hasta que don Félix le dijo:

—¡Pero hombre! ¿qué anda haciendo allí? ¿por qué no entra, si no hay para usted nada reservado?

—¿Sí, eh? ¡Estas mujeres! — exclamó el viejo, cediendo a la invitación. — ¡Ejem! Había en la cuadra de mi casa tres muchachas...

—¿Las Montieles? ¡ya otra vez me ha contado! ¿le parece que nos vayamos a comer a casa?

Don Juan dejó para otro día el cuento de las diamelas, y salieron los tres, enfundándose en sus abrigos, porque un viento del Sudoeste, glacial y seco, barría la calle obscura.

Al amanecer del día siguiente un hombre se apeaba de un cochecito, en el "Mainumbí, y sacudiendo la fusta, para espantar a los perros, llegaba hasta la cocina de los peones.

Golpeó las manos, y Pablo Medina salió a ver quién llamaba.

—¡Don Félix López!

—El mismo, en carne y hueso, más huesos que carne... ¿Puedo pasar?

—¡Adelante, señor! ¿Pero cómo ha venido sin pedirme que fuera a la estación a aguardarlo?

—En un tilbury que alquilé al gringo del almacén. ¿Tienes con quién mandárselo?

Cruzó el patio, sombreado por árboles nuevos, y entró en el comedor, cuya puerta daba a la galería.

Merceditas estaba retando destempladamente a una muchacha, niñera de su hija.

Era zainita de color y su ama la mantenía en buena carnadura y colmada de perifollos, que en cada trifulca le quitaba.

Don Félix oyó dos bofetadas y pensó:—Mi sobrina se ha instalado aquí definitivamente...

Cruzó el comedor y llegó al dormitorio de Judith, donde tenía lugar la escena.

—Devolvéme la pulsera de oro y el prendedor que te dí para el día de tu santo, zaina desagradecida. Y sabélo, por si acaso no lo sabías, que cuando te doy alguna cosa, lo hago por mi gusto y no por el tuyo; y cuando te la quito, también es por mi gusto...

Misia Enriqueta, sentada cerca de la ventana que daba hacia el campo, mostraba su desaprobación en la severidad de su semblante, sin ánimo de meterse en el asunto. Pero aquello colmó su medida. Aguardó que saliera la muchacha y dijo:

—Mi madre me enseñaba que no debe acompañarse un regalo con una palabra áspera; y que la dádiva de la persona dura, saca lágrimas al pobre.

Merceditas estaba desvistiendo a Judith para acostarla, y respondió con viveza, sin detener sus manos ágiles:

—Se vé que tu madre había leído la Biblia, porque eso está allí.

—Bueno, pues, si eso está en la Biblia y lo sabes, ¿por qué no lo cumples?

—Porque cumplo con otras cosas más importantes que eso. ¿No me debe esa chinita lo que es? Si sabe leer es porque yo la mandé a la escuela, y si sabe rezar es porque yo misma la enseñé; y si su madre vive como Dios manda en su rancho y tienen qué comer sus hermanitos, a mí me lo deben... Yo conozco esa chusma, y conozco la Biblia, y cumplo con mi deber... ¡Oh!

tío Félix: ¿ha entrado por la chimenea como en los cuentos de hadas?

—No, hija, por la puerta; pero estabas tan ocupada, que no me has sentido. ¿Cómo le va mi cuma?

—Así, así, mi cumpa; el tiempo se ha asentado, y parece que la primavera se viene; pero el campo es triste — respondió misia Enriqueta.

Judith, que se estaba durmiendo, se incorporó en la cama:

—¡Papá! — exclamó tendiendo los bracitos, transportada de alegría.

Don Félix la acarició, refrenando a duras penas el deseo de decirle: "Tu papá está a una cuadra de aquí, pídele a tu madre que lo deje venir".

Merceditas lo contuvo con una seca indicación:

—Pasemos al comedor, tío Félix, — se asomó a la galería y gritó: — ¡Saquen la sopa!

En esos dos días la prueba más dura que soportó su terrible voluntad, fué el oír a la niña recordar a su padre.

Al discutir con su madre sobre ese punto, Merceditas había dicho: "Si me pregunta por él, le diré que ha muerto."

Y a cada instante veníasele a los labios aquella declaración con que, de un solo golpe, cortaría las inquietantes preguntas de su hija. Pero su corazón vacilaba como si esa mentira fuera un asesinato.

Sentáronse a la mesa, y don Félix expuso el motivo de su viaje.

Hablaba en voz baja, para que Judith no sintiese. La puerta de su dormitorio había quedado entreabierta, y oíase a la niña que conversaba con la sirvienta.

—Ayer, como te anuncié, llegó Daniel a la ciudad,— dijo don Félix.

—Ya me imaginaba que usted vendría comisionado por él — replicó Merceditas con dura voz.

—Si lo hubieras visto creerías en su arrepentimiento. Su aventura fué una estupidez...

—Eso ya lo sabía yo.

—Un capricho tan pasajero y tan sin importancia que...

Merceditas lo interrumpió bruscamente:

—¡Usted es un hombre feliz, porque para usted nada tiene importancia!

—¡Me dices un hombre feliz con el tono con que me dirías un bobo! Es posible: soy un hombre que ha vivido treinta años más que tú, y he aprendido que a todo pleito debo rebajarle una buena parte de la importancia que los otros le dan. Es posible que procediendo así, alguna vez achique una cuestión realmente grande; pero es seguro que casi siempre acertaré. ¿Es esto ser bobo?

Misia Enriqueta, mirando su plato, agregó:

—El mundo sería insoportable, si de vez en cuando no renunciáramos a algún derecho. La justicia es buena, pero la generosidad es mejor.

Merceditas no contestó. Se había puesto pálida, al oír después de las palabras de la madre, la aguda voz de Judith:

—Papá me ha prometido una monturita para ensillar el petizo que me regaló Pablo Medina. Cuando él venga, él saldrá en su alazán, y yo en el petizo.

—¿Y cuando será eso? — preguntó la sirvienta.

—Anoche soñé que hoy vendría. Pero ya es tarde: vendrá mañana.

Ese cambio de frases se percibió distintamente en el comedor, y don Félix se atrevió a jugar su última carta.

—Ya ves con qué afán lo recuerda tu hija. ¿Tendrías corazón de contrariarla?

—¡Por ella quiero ser justa! — exclamó Merceditas. — Dios ve que sólo me mueve el deseo de salvarla.

—Tu energía es vanidad y tu justicia es pasión — observó misia Enriqueta dolorosamente.

Don Félix se levantó resuelto a hacer intervenir a la niña, en favor de su padre, pero apenas alcanzó a

llamarla por su nombre, cuando Merceditas adivinó su propósito y se precipitó en el dormitorio.

Judith, sorprendida, creyó que había ocurrido lo que ella esperaba con tanta ansiedad, y exclamó levantándose:

—¡Papá! ¡ha venido papá!

—No, mi hijita, — le contestó su madre yendo hacia ella — tu papá no vendrá más, tu papá se ha muerto.

La niña sonrió aturdida, pero luego comprendió lo que significaba "¡se ha muerto!" y como si su madre tuviera la culpa, retrocedió, retrocedió, cayó sobre la cama, escondió el rostro y se puso a llorar.

Don Félix cogió su sombrero y salió jurando no poner los pies en aquella casa.

—¡Yo te querré más que tu padre! — exclamó Merceditas sobre la cabeza de Judith.

—¡Mentira! ¡mentira! — gritó la niña sin mostrar la cara.

—El no vendrá más, porque se ha muerto; pero yo te querré más que él... — Lo dijo muchas veces hasta que la protesta de la niña fué transformándose en un suave quejido, y luego en el rumor de una respiración entrecortada por los sollozos, pero tranquila.

—¡Basta ya, Merceditas! — dijo severamente misia Enriqueta.

—Sí, basta — respondió Merceditas, incorporándose. —Se ha dormido. Me alegro de haber terminado esta historia. No quiero que nadie, en mi casa, piense de otro modo que yo.

—Está bien — respondió misia Enriqueta, y salió del cuarto.

Merceditas acercó una silla a la cabecera de la cama, se sentó allí, dispuesta a pasar la noche, vigilando el sueño de su hija, y apagó la luz.

A través de los cristales se veía el alfalfar plateado por la luna esplendorosa, y más allá el río quieto y brillante.

Los ruidos de la casa fueron amortiguándose; dejó

de oírse el rumor de las conversaciones en la cocina, y todo entró en un solemne silencio.

Merceditas sentía los golpes de su corazón agitado, y deseaba no dormirse.

Pero la rindió la fatiga física y moral y se adormeció en la silla.

La despertó un grito de su hija, miró la luna en el cénit, y comprendió que había dormido varias horas.

La niña señalaba una sombra, pegada a los cristales, del lado del campo.

—¡Papá, es papá! ¿lo ves, mamá? ¡no se ha muerto! ¡allí está!

Merceditas lo vió y lo reconoció, y con gesto inexorable cerró los postigos y dijo, tapando los ojos azules de Judith:

—¡Pobre hija mía! ¡has soñado! ¡duérmete!

La niña se durmió de nuevo, sollozando, mientras su madre le palmeaba los hombros enflaquecidos, y la mimaba con palabras ardientes.

Al otro día Merceditas llamó a Pablo Medina y le dijo:

—Quiero que se traiga al Yacaré de la estancia de mi madre. Allí no hace falta, y aquí sí. Suéltelo de noche, para que nadie se acerque a la casa, y yo pueda dormir tranquila.

Desde ese día en efecto, durmió tranquila, porque nunca más la sombra que alucinó a su hija, se aproximó a la ventana.

La niña desde aquel día se vistió de luto, y aunque el recuerdo de aquella escena no era de los que se borran, cayó poco a poco, en la categoría de las cosas que hemos visto en sueño.

SEGUNDA PARTE

I

La inquietud de Merceditas

La mañana era hermosísima. Todos los seres vivientes se afanaban en su propia tarea, pero a esa hora, cerca de las nueve, ya ño Cricho había terminado la suya, y tenía derecho de tenderse a la sombra de su ombú, para reparar sus fuerzas.

Ño Cricho era un isleño, esto es un hombre que vivía de los productos naturales de aquellas islas bajas, en las que no se construyen habitaciones permanentes, ni se cultiva la tierra feraz, porque el río las inunda durante algunos meses, cada año.

Cuando el río baja, las islas muestran el pastizal cruzado por "ramblones" o canales naturales, de escasa profundidad, que permiten a los isleños recorrerlas con sus canoas ligerísimas, capaces de navegar en una cuarta de agua, entre carrizales y totoras.

La canoa es para el isleño lo que el caballo para el gaucho, más que la casa, e infinitamente más que la mujer o los hijos.

Ño Cricho, que era muy viejo, como que había estado en la guerra del Paraguay, no tenía hijos, ni mujer, ni casa; ni los echaba de menos, pero no habría podido vivir tres días sin su canoa, casi tan vieja como él, y tan remendada como su piel, en que se veían junto a las gloriosas cicatrices de la batalla de Curu-

payti, los tajos en cruz, hechos de su propia mano, para curarse una mordedura de víbora "yarará", quemando encima una narigada de pólvora.

Desde treinta años atrás moraba al piè de un ombú, inmenso como una catedral, cuyo tronco medía no menos de quince metros de circunferencia, subdividiéndose a un metro y medio del suelo en vástagos múltiples, fragilísimos pilares de aquella bóveda soberana de verdura, siempre resonante con el canto de los pájaros o la voz del viento.

Era su vivienda una armazón de livianos palos de ceibo, trabados en las ramas del ombú y recubiertos con paja de la isla. Ño Cricho dormía en aquella guarida o la abandonaba sin cuidado, sabiendo que algún trapo o alguna vasija que allí dejase, estarían defendidos de toda codicia por la sordidez del rancho, y por las pulgas y otras fieras que se prenderían a las canillas del que se atreviera a penetrar.

Por lo demás, su riqueza consistía, aparte de la canoa, en una pavita de fierro para el mate, un lío de piolas, una docena de anzuelos armados, para hacer un espinel, y dos fijas, especie de arpones, terribles en su mano, que los arrojaba a veinte metros sobre el plateado lomo de un pez, con una puntería infalible.

En el dulce clima del litoral santafesino, ño Cricho podía reducir su traje veraniego a una holgada arpillera atada con un torzal de cuero alrededor de la cintura, y una gorra de vasco sobre la cabellera enmarañada, como la copa de un tala. Camisa no se ponía sino al desembarcar, por si alguien se aproximaba a su ombú, o por si tenía necesidad de ir al almacén, a reponer su provisión de "vicios", tabaco, yerba mate y caña.

Vivía vendiendo los pescados que cogía con sus anzuelos o con su fija, y los que robaba en los espineles tendidos por otros pescadores.

Para ello no tenía más que abandonar su choza dos horas antes del alba, saltar en su canoa y recorrer la

costa sin hacer ruido, pasando sobre el agua como la sombra de una nube.

Con los ojos cerrados conocía el sitio de cada espinel, sin necesidad de mirar los tarros boyantes que sostenían a flor de agua la cuerda erizada de anzuelos.

Tanteaba el peso de ella y por los sacudones que les imprimían los prisioneros, reconocía su clase y su calibre. Y ño Cricho no se emporcaba las manos con mojarritas.

Desprender de un anzuelo, en mitad de un río profundo, y embarcar en una canoa medio podrida un surubí, un dorado, un mangurullú o un moncholo de dos varas de largo, que pesa más que un ternero, bellaquea como una mula chúcara, y se defiende a mordiscones como un perro, es una hazaña que honraría a un pescador de ballenas, y que ño Cricho realizaba dos o tres veces por semana.

Regresaba al clarear el día con su presa. Encerraba los pescados vivos en un cajón sumergido en la corriente, hasta la mitad; y despanzurraba los que había tenido que matar, e iba luego a ofrecerlos en el almacén. Cuando no lograba venderlos, los llevaba de regalo al "Mainumbí" o a "Las Avispas", de cuyos espineles provenían generalmente.

Los capataces de ambas estancias tenían orden de recompensar tales donativos, con azúcar o yerba.

En los días de recorrida de espineles ajenos, la jornada de ño Cricho solía terminar antes de las nueve de la mañana. Tal ocurrió aquella vez en que él se disponía a sestear, mientras todos los seres vivientes se entregaban a su labor, con el brío que les infundía la dulzura del aire, la claridad del sol y la belleza palpitante de la tierra fecunda.

Pero al tumbarse bajo el ombú oyó la voz fresca de una muchacha.

—¡Ño Cricho! ¡dice mi tata que si le quiere fiar dos amarillos, porque tiene convidados!

Por la orilla de la barranca, que allí se alzaba dos

metros sobre el nivel de las mayores crecientes, siguiendo un senderito polvoroso entre el césped florido, venía una de las tres hijas de don Basilio o don Bachi.

Cerca de allí quedaba su rancho, en el linde de un espeso algarrobal, único monte de la región, respetado aún por el hacha de los colonos extranjeros, que había dejado la mitad de la provincia pelada como la rodilla de una cabra. Fuera de ese manchón obscuro y de la chapa refulgente del río con su isla verde, cuanto abarcaban los ojos era un solo campo unido hacia el Sur y hacia el Norte, colonizado por la familia de los Virreyes, —trigales maduros, ondulantes bajo los remolinos de los días cálidos, o pardo rastrojo de lino recién segado.

La muchacha se acercó al ombú, apoyó el codo sobre uno de los puntales de la casuca de ño Cricho y amplió el mensaje.

—... que le fíe dos amarillos, hasta el domingo, que va correr el parejero y va a ganar...

—Fiar... yo no soy pulpero, pa fiar nada; y a más no tengo amarillos, sino "patises"; y últimamente, el parejero de tu padre no gana nunca.

La muchacha, que andaría más cerca de los quince que de los veinte años, era una morocha de semblante picaresco, agraciada, a pesar de lo desaliñado de su vestimenta de luto, de su trenza despeinada y de sus alpargatas rotas.

—No ha ganao hasta aura, porque le han hecho trampa, y le ha tocado siempre correr con el caballo del comisario; pero deje no más que corra con otro, y va a ver. Pero no discutamos por eso. Si no tiene amarillos, también sabemos comer "patises", y si no le quiere fiar a mi tata, fíemelos a mí, que se los he de pagar antes de la otra semana...

—¿Y con qué... pican las avispas?

—Vaya, ño Cricho, cualquiera va a creer que le

cuesta mucho pescar los "patises" cuando los agarra a montones en los espineles del "Mainumbí".

El viejo dió un bote, como si le hubieran clavado una fija.

—¡Chinita deslenguada! ¡qué sería la tatarabuela de tu bisabuelo, si se parecía a la grandísima oveja de tu madre...!

La muchacha ni se inmutó.

—¡Pa qué grita tanto, si yo no voy a contar nada! — replicó dulcemente. — Esto se lo digo a usté solito, y si me fía los pescados, puede estarse tranquilo, que naides lo va a saber por mí.

Ño Cricho comprendió que le convenía parlamentar.

—¿Vos te llamás Baudilia?

—No, ño Cricho; yo me llamo Cecilia, mi hermana mayor Baudilia, y la menor Otilia.

—¿Cuándo les voy a aprender los nombres?

—Las otras dos están colocadas. Con acordarse de mí basta. ¿Me fía o no me fía los patises?

—¿Hasta la semana que viene, has dicho? De aquí a entonces ¿qué negocio andás tramando?

—Me voy a colocar yo también; ya mi tata se ha apalabrado con misia Merceditas, que me quiere llevar de mucama, ganando cuarenta pesos al mes.

Ño Cricho meneó la cabeza, con aire de duda, pero fuése al cajón donde saltaban medio asfixiados, por lo escaso del agua, tres o cuatro "patises", los más suaves, graciosos e indefensos peces del río.

Extrajo dos, tomándolos de las barbas y los tiró sobre el pasto, a los pies de la muchacha.

—Matálos, si sabés.

—Présteme el cuchillo.

Ño Cricho le entregó un pedazo de zuncho de bordalesa, bastante filoso.

—¡Malhaya con el sable de un soldado del Paraguay! — exclamó Cecilia, empuñando la hoja y cortó uno de los bigotes puntiagudos a uno de los pescados, y se lo introdujo en la nariz.

El animal arrojó un áspero rezongo y quedó muerto, herido en el cerebro por aquella especie de estileto.

—De veras, merecés que te los fíe—dijo ño Cricho. — No te creía tan "baquiana".

—¡Bah! ¿Cuántas veces le he visto hacer esto mismo a usté? — respondió la muchacha, cargando con sus pescados.

Salía ya de la sombra del ombú, camino de su rancho, cuando se volvió precipitadamente.

—Mire qué visita le viene por el camino real.

Se asomó ño Cricho, con la mano sobre los ojos, y dijo dando media vuelta.

—Misia Merceditas no ha de venir a mi cueva. Más bien ha de ir a tu palacio. Avisáme lo que pase pa ver cómo te saluda.

—No esté celoso, ño Cricho, porque viene en su busca, sin duda pa darle mando en su casa; tal vez lo va a hacer comandante de los espineles, porque los peones de ella no agarran más que bagres, y usté siempre tiene "patises".

—Celosa ha de estar la yegua chúcara que come algarroba en aquel monte, porque misia Merceditas no le ha colgau cencerro para hacerla madrina, — respondió el viejo echando fuego por los ojos.

Por la carretera llegaba a gran trote un cochecito de dos ruedas, sin capota, bien conocido en toda la región.

Conducíalo Merceditas misma, e iba Judith a su lado, empuñando una sombrilla abierta, de seda azul. Ambas vestían de blanco; y mientras la madre aparentaba mucho menos edad que la que tenía, la hija, a los doce años, era ya de su altura.

Bajo el ardiente sol santafesino, que doraba las espigas y pintaba de azul las flores del lino, y enrojecía los duraznos en las huertas, iba madurando la belleza de aquella criatura, que tenía en las mejillas y en los cabellos y en los ojos el firme esplendor de esas tintas.

Merceditas se apartó de la carretera, y penetró con

su coche bajo la sombra del ombú. Contuvo el caballo enardecido y dió los buenos días a ño Cricho y a Cecilia.

—Voy a matar dos pájaros de un tiro, porque vengo a verlo, ño Cricho...

—¿No le dije? — murmuró la muchacha, pegándole un codazo.

—Y también en tu busca, Cecilia...

—¿Has visto? — gruñó el viejo.

—¿Están hablando de mí? — interrogó Merceditas, advirtiendo aquellos apartes.

—Cuando la devisamos, — explicó Cecilia, poniendo su mano audaz sobre el pescante del cochecito — yo le anuncié que venía a verlo a él...

—Y yo, que iba a pasar de largo pa el rancho de ella.

—Ya ven, pues, que los dos acertaron y los dos se equivocaron. Ante todo: ¿qué tal está de patos el bañado?

La pregunta se dirigía a ambos, porque el bañado era un campo anegadizo, que permanecía bajo el agua casi todo el año, situado en el algarrobal.

En otros tiempos era ese el punto de cita de los patos siririses, que son los reyes de las lagunas en esa región. Pero desde que vivía por allí don Bachi, que en su vida hizo otra cosa que cuidar un caballo de carrera y cazar patos, con un fusil de baqueta, el bañado se fué despoblando.

—Pregúntele a ella, que anda por el bañado — respondió ño Cricho. — Yo a gatas sé lo que pasa en la isla.

—Dicen — apresuróse a explicar Cecilia, — que ya no quedan en el bañado más que caraos y gallaretas; y que no hay un sirirí ni pa un remedio...

Y añadió melancólicamente: —¡Las ristras de siririses que antes mandaba mi tata a Santa Fe, cada domingo! Aura le han agarrao miedo y se van a dormir a otra parte.

—Entonces no hay que pensar en el bañado — dijo Merceditas. — Pues le diré, ño Cricho, que mañana viene a visitarme tío Félix, y quiere que usted lo lleve adonde haya patos, y me habla del bañado y de la isla...

—¡Don Félix! — exclamó el viejo. — ¡Cuántos años que falta de aquí!

—Así es; lo menos siete. Si está muy viejo yo misma no lo voy a conocer, porque en siete años ni una sola vez lo he visto. Me escribe que vendrá con don Silvano Urtubey, en el automóvil del doctor Monzón, a eso de las ocho de la mañana. Ya sabe lo puntual que es éste, de modo que no hay peligro de que lleguen tarde. A las ocho y media estará aquí tío Félix, para que usted lo pase a la isla, y lo lleve por donde haya que cazar.

—Por el zanjón de Mama Chepa, — murmuró ño Cricho — podemos llegar, si el río no baja mucho esta noche, al garzal de la Cina-Cina. Allá siempre hay buena "patillada", como que por allá no va nunca don Bachi.

—Convenido, entonces. Ahora voy a tu casa Cecilia. Adiós ño Cricho...

Antes que el cochecito se moviera, Judith, que espiaba la oportunidad de anunciar otro viajero, dijo a ño Cricho:

—¿Le parece que cabrán tres en su canoa?

El isleño meneó la cabeza:

—¿De qué grandor es el otro?

—El otro es Pablito Medina, que mañana sale del colegio, y ha de querer acompañarlos...

—Es verdad; — dijo Merceditas — le ha escrito a su padre y yo me olvidaba.

—¡Ese cabe siempre! — exclamó ño Cricho, de cuyas proezas era Pablito el más deslumbrado admirador.

—Vamos a tu casa, Cecilia. Hasta mañana, ño Cricho.

A la par del cochecito, que la mano firme de Merceditas llevaba al tranco, marchó Cecilia, barriendo el polvo con la cola transparente de sus dos pescados.

Judith parecía satisfecha de haber reparado un olvido de su madre, anunciando la vuelta de Pablito, y sus mejillas estaban más rojas que de costumbre, con lo cual desaparecía el delicioso matiz de trigo maduro que le diera el gran aire de los campos.

Merceditas era de esas personas que desprecian a los distraídos, no comprendiendo cómo puede haber gentes que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Sin embargo, esa mañana, por observar las alpargatas rotas de la chinita que caminaba junto a su carruaje, no advirtió el rubor de su hija.

—¿Cómo andás, Cecilia, siendo una muchacha grande y bien parecida. con esas alpargatas vergonzosas?

La muchacha se rió sin alzar los ojos del suelo. Llevábalos así no por humildad, sino porque era su modo.

—¡Y con esa pollera! ¡y sin peinarte!

—Somos pobres, señora.

—No es por eso, criatura. Podrías ser más pobre; podrías ir descalza y dar otra idea de tu persona, con sólo asentarte el pelo y lavarte el vestido.

—No tengo otro, señora.

—Yo te daré, pero tendrás que dejar el luto.

—Mi tata no va a querer que lo deje, porque no hace más de dos meses que murió mi mama.

—¡Qué hombre singular es don Bachi! Tu pobre madre estuvo enferma quince días, y nunca halló él un centavo para comprar remedios: tuve que costeárselos yo. Pero ella se murió, y él se empeñó hasta los ojos para enlutar a sus diez hijos, desde la mayor, que tiene veinte años, hasta el menor, que tiene dos. Aunque así son ustedes, la gente del campo. Al enfermo lo dejan perecer de necesidad, pero no bien se muere, aunque sea un pariente lejano, gastan en trapos negros, lo que no gastaron en botica.

—¡Qué quiere, señora, así somos! — exclamó la chinita suavemente, sin levantar la vista del polvo.

—Yo voy a hablar con tu padre, para llevarte a casa desde mañana. Pero tendrás que dejar el luto; además, quiero ponerte en el Banco la mitad de lo que ganes; porque no es justo que él viva dando bailecitos y convidando copas a los amigos, a costa de sus hijas; ¿no te parece?

—Mi tata, — dijo Cecilia, — tiene demasiado que hacer con cuidar el parejero.

El tono revelaba el acatamiento de la muchacha a una situación que le parecía lo más natural del mundo.

El parejero, sea que corra de vez en cuando, o se pase la vida "vareándose" y esperando una oportunidad, que nunca llega, sea que gane o que pierda, el parejero es en el rancho de un paisano un déspota silencioso, que monopoliza todas las energías de la casa y concentra en sí todo el amor de la familia.

Donde hay un parejero que atender, cuya ración hay que tasar y cuya salud hay que vigilar, su dueño tiene derecho de pasarse la vida a la sombra de un árbol, sobando un cuero para hacer unas coyundas que jamás se terminan, o fumando cigarrillos en chala y tomando mate en rueda de amigos, sin que a nadie se le ocurra enrostrarle su haraganería.

Ya se sabe que el parejero no le da lugar a ocuparse en otras cosas.

Merceditas interrumpió su sermón. Llegaban a lo de don Bachi, anunciados por los ladridos de una caterva de cuzcos, que corrieron a "garronear" al caballo del cochecito, y de un mastín, que se desesperaba por cortar un alambre con que lo tenían atado durante el día.

Dos grandes algarrobos, cargados de vainas amarillas, sombreaban el patio, que era un espacio limpio de yuyos, frente a la puerta del rancho. Alrededor de uno de ellos había tres o cuatro pingos ensillados, con las riendas en el suelo; y a la sombra del otro estaban

sus dueños, sentados en los más extravagantes asientos imaginables, uno en una cabeza de vaca monda, cubierta por el cojinillo de su propio recado, otro en un cajón de cerveza, del cual asomaban hasta seis botellas, que iban descorchando por turno; el de más allá, sobre el mortero tumbado en tierra.

Ninguno de ellos se inmutó por la llegaba de Merceditas, ni se tocó el ala del sombrero, ni la miró con el rabo del ojo, porque una de las reglas de la cortesía rural es no meterse el visitante con lo que ocurre fuera de su rueda.

Sólo don Bachi se levantó y acudió con el sombrero puesto, a agasajar a la hija de misia Enriqueta Virreyes, la dueña de sus chacras.

Era un paisano de pelo renegrido, barba en punta, recortada cuidadosamente, tuerto del ojo izquierdo, lo que, según decía, facilitábale el manejo de su fusil. Iba en mangas de camisa (una camisa de tela obscura, "más sufrida", como que no se lavaba sino a la muerte de un papa) en bombachas negras y descalzo; y era tan corpulento que debía agacharse al entrar en el rancho.

En señal de luto, llevaba un pañuelo negro, a guisa de corbata y un crespón en el sombrero.

Se aproximó al coche, y tendió a Merceditas una mano recia y sudorosa.

—¡Abájese, si gusta!

—Gracias: voy de prisa, don Bachi, tengo que llegar hasta la chacra de Calvi, donde ayer entró la trilladora; quiero ver lo que va rindiendo el lino este año...

—¿En qué puedo servirla, entonces?

—Vengo por lo que hablamos días pasados, a ver si esta noche me la manda a Cecilia, a quedarse ya.

El paisano se rascó el pescuezo, miró a uno y otro lado, tiró el pucho, y dijo titubeando:

—Es que... yo mismo iba a ir hoy a su casa a decirle... porque usté sabe, señora Mercedes, como yo

he quedado tan solo, desde la muerte de la finada...

—Eso quiere decir, — lo interrumpió con impaciencia Merceditas — que se desdice de lo hablado...

—No, eso no; pero como ahora estoy tan solo, y como el parejero me da tanto trabajo, sería mejor que dejásemos pa más adelante el conchavar a la muchacha.

—¡No lo creía tan informal! ¿Por qué me pidió plata, a cuenta, si había de salir con esta agachada?

—No le voy a decir que no, señora Mercedes, porque es la verdad; pero "no pierda" cuidado por su plata; que mañana corre el parejero y como ha de ganar, voy a tener con qué reembolsarle.

La muchacha entretanto llevó los "patises" a la ramada que hacía de cocina, y salió con un morral lleno de maíz, para el caballo, seguida por un corro de gallinas, que acechaban los granos perdidos.

—Ya ves — le dijo Merceditas: — te iba a dar un vestido y unos botines y te iba a enseñar a leer, y el día de tu santo te habría regalado dos argollitas de oro para que dejases esos aros de brillantes, que a una legua se ve que son dos cachos de vidrio. Pero tu padre dice que te necesita.

—¡Cómo ha'e ser, señora! — respondió la muchacha, a quien no la seducían regalos a costa de su libertad — ¡mi tata tiene tanto que hacer con el parejero!

Merceditas hizo chasquear su látigo y salió, entre la gritería de los perros que arremetían de nuevo contra su caballo.

—Calvi tiene una chica de quince años y se la voy a pedir, — dijo en alta voz. — Es una gringuita muy mona. Los extranjeros valen mucho más que estos guasos llenos de vueltas y de agachadas; y sus hijas son más limpias y de mejor presencia.

Con este propósito lanzó al gran trote su cochecito por la carretera, que seguía durante leguas entre dos hileras de paraísos, a cuya sombra era una delicia andar en ese tiempo.

Merceditas experimentaba un orgulloso deleite contemplando sus tierras. Aquellas chacras unidas, en que trabajaban de sol a sol dos trilladoras, durante un mes entero, para trillar su grano; y los frescos alfalfares, que le daban cuatro o cinco cortes cada año, y los millares de paraísos, alineados a lo largo de sus cercos de alambre, que se tendían como las rayas de un pentagrama, y las soberbias parvas de lino, asentadas como grandes panes morenos, en medio de los rastrojos; y las casitas de los colonos, techadas de zinc, que brillaban al sol, todo eso era obra suya.

Cuando ella se instaló, siete años antes, en el "Mainumbí" para no salir nunca, su campo era un desierto, que ella transformó, concentrando su corazón en aquella tarea, para ahogar sus remordimientos.

¡Soberbia labor la suya!

Y sin embargo, a veces, vislumbraba la vanidad de toda su obra, y la inquietaba el porvenir de su hija.

II

La vuelta de don Félix

Esa noche los postigos de su ventana quedaron abiertos y Judith se despertó deslumbrada por la luz de la luna que inundaba su pieza. Y volvió a sentir la inexplicable angustia que la penetraba siempre, ante espectáculos semejantes, como si en los años borrosos de su infancia hubiera sufrido un gran dolor en una noche así.

Dormía sola porque su madre quería acostumbrarla a no tener miedo, ni a los hombres ni a las ánimas, a ser fuerte de cuerpo y alma y a bastarse a sí misma.

Se sentó en la cama y miró el campo que bajo la luna parecía cubierto de nieve, cortado cien metros más allá por el tajo obscuro de la barranca.

¿Por qué se le ocurría, en noches así, que una sombra se iba a aproximar a su ventana y que ella iba a gritar, y que su madre acudiría y cerraría violentamente los postigos?

Con el corazón palpitante, mordiéndose los labios, se puso a mirar largo rato, ansiando y temiendo a la vez, aquella aparición.

Habíanle contado que su padre murió cuando ella no tenía más que un año, y que lo que ella recordaba de él, sus costumbres, su figura, sus caricias, los juegos con que la entretenía, los cuentos que le contaba,

los cantos con que la hacía dormir, eran sueños o cosas imaginarias.

Su memoria y su corazón estaban llenos de imágenes, que se iban destiñendo con los años. En su casa no había un solo retrato de su padre, ni una persona que pudiera describírselo. Por mucho que se esforzara, no lograba dar cuerpo a la idea que de él tenía y sólo se lo imaginaba como una sombra, que en una noche de luna se acercaría a su ventana.

¿Pero cómo podía venir, si había muerto?

En el corral los gallos cantaron y aquel campo cubierto de nieve fué ennegreciéndose al cargarse de sueño sus ojos.

Se durmió con un pensamiento alegre, la vuelta de Pablito Medina, a quien amaba como a un hermano.

Le parecía no haber dormido más que unos minutos cuando la voz de su madre la hizo saltar de la cama.

No era ya la claridad plateada de la luna la que inundaba su pieza, sino el oro del sol. Pegada a sus cristales cantaba una estridente chicharra, y desde el corral de las vacas lecheras, que estaba entre el río y las casas, llegaba un incesante mugido de terneritos.

—¡Judith! es domingo, y tenemos que ir a misa temprano. ¿Cómo te has dormido?

La niña no quiso confesar que había pasado una hora desvelada. Un miedo inexplicable contenía sus expansiones y su ternura.

Cuando alguna vez interrogó a su madre sobre los pensamientos que la asaltaban, ella cortó sus confidencias tan ásperamente, que le dejó la impresión de que su padre debió ser un hombre muy malo, cuyo recuerdo avergonzaba a su familia.

La estancia del "Mainumbí" estaba a poco más de una legua de San Albino, la más importante de las poblaciones de aquel departamento.

Allí había una iglesia servida por un cura y un teniente y los colonos extranjeros, mucho más religio-

sos que los hijos del país, tenían dos misas para oír, los días de precepto, una a las siete y otra a las diez.

Merceditas era gran benefactora de San Albino; por ella existía allí un pequeño hospital, una linda escuela con dos maestros, y la iglesia del pueblo, cuya bóveda agrietada se llovía cuando ella se instaló en su estancia, poseía ahora un techo de zinc respetado por las lluvias, pero que el sol del verano caldeaba impíamente.

Eran las seis de la mañana cuando en la galería apareció Judith, fresca como una flor del aire, con su traje blanco. Besó a su madre, que andaba ya agitando a la servidumbre, y se encaminó al corral, con un gran vaso de cristal a tomar leche al pie de la vaca, conforme a la receta del doctor Monzón.

Su mejor amiga en la estancia era la madre de Pablito Medina, con la cual hablaba siempre del ausente.

Esa mañana Irene le dijo al abrirle la tranquera:

—Todas las lecheras están ordeñadas menos la Mandinga, que es la tuya, Judith. Me he levantado antes de que saliera el sol, porque una ilusión me quitó el sueño.

—¡Porque hoy viene su hijo! — respondió Judith.

—¡Sí, por eso es!

Refirió entonces la niña que también ella se despertó durante la noche y pensó en Pablito.

Y se sentó en cuclillas, junto a la vaca, para llenar su vaso que sonó como una campanilla bajo el primer chorro de leche.

Irene se agachó enternecida y la besó en los cabellos.

Un momento después llegó Pablo Medina, golpeándose la caña de las botas con un talero, a anunciar que ya había atado al break la yunta de los tordillos trotadores.

Bebió Judith su vaso de leche, arrojó la espuma sobre el hocico negro de la Mandinga, y corrió a ponerse el sombrero de paja.

—¡Aquí tengo tu sombrero y tu libro de misa! — le gritó Merceditas, desde el pescante, empuñando las riendas de los caballos impacientes.

Sentóse Judith al lado de Merceditas, y el carruaje arrancó de un solo impulso, y embocó la recta calle de paraísos, que iba a terminar justamente a la puerta de la iglesia de San Albino.

—Hoy no se puede perder un minuto; — dijo la madre, sin quitar los ojos de la carretera. — Tío Félix y el doctor Monzón llegarán a las ocho. Voy a decirle al teniente cura que no haga sermón, porque si no tendré que salirme de la misa para estar aquí antes de que lleguen ellos.

—Yo no lo conozco a tío Félix, mamá. ¿Se parece a abuelita?

—No, porque es más flaco y más alegre.

—¿Me querrá mucho?

—Sí; cuando eras chica te quería mucho. Te sacaba en coche todas las tardes, te llevaba a la confitería y te llenaba los bolsillos de caramelos. ¿No te acuerdas?

Merceditas hablaba con animación, sin dejar de vigilar la marcha de sus caballos, frunciendo un poco el ceño, pero contenta, como rara vez lo estaba.

Y aquellos recuerdos golpeaban en la memoria de su hija, sacando fugaces relámpagos.

Merceditas sentíase embargada por una felicidad obscura, imprecisa, cuyo origen ignoraba.

Desde la noche en que su tío Félix salió jurando no volver a su casa, no lo había visto. Ahora volvía, amansado por el tiempo, y ella se complacía en la reconciliación. Pero no era ese el motivo de su alegría.

Judith dejó de escudriñar sus borrosos recuerdos, y se puso a contemplar el hermoso perfil de su madre.

—Mamá: ¿estás contenta por la visita de tío Félix?

—Sí: es muy cariñoso, y yo era como hija suya.

—¿Por qué, entonces, no nos ha visitado nunca?

—Porque la ciudad está lejos, y él es hombre ocupado.

—No será más ocupado que el doctor Monzón, que vive mirando el reloj. Y sin embargo éste viene cada mes.

—¿Quién dice?; en todo el invierno no lo hemos visto una sola vez.

—Es verdad... ¿Qué le habrá pasado? ¿Por qué los hombres son tan caprichosos que de la noche a la mañana cortan con sus amigos?

—No sé, hija — contestó Merceditas, reflexionando sobre la ausencia de Monzón.

Judith no cesaba de mirar a su madre: una idea tenaz la remordía.

—Mamá: ¿por qué no te casas con el doctor Monzón?

Merceditas se puso pálida; pero quiso disimular y respondió simplemente:

—Porque no lo quiero.

—¿No lo quieres? Pero él sí te quiere, mamá.

Merceditas sintió sobre su rostro las miradas curiosas de su hija, y para desviarlas le entregó las riendas con brusco ademán.

—A tu edad yo no hablaba nunca de casamientos, sino de muñecas. Aprende a manejar los tordillos, ya que tienes tanta fuerza como yo.

Judith se absorbió en la tarea, gratísima para ella, de guiar aquel tronco magnífico, que su madre sólo a Medina confiaba, por temor de que un cochero torpe lo hiciera "mañero".

La inmensa llanura reposaba del bullicio de aquella ruda semana. En las colonias de doña Enriqueta y de Merceditas respetábase el domingo, como no se hacía en ninguna otra parte.

El camino de los paraísos concentraba la vida de toda la región. Desfilaban a prisa los vehículos, atestados de colonos endomingados, el típico carro de cuatro ruedas, tirado por dos yuntas, y a menudo guiado por una mujer, el tilbury liviano, el pesado break de dos caballos, la modesta jardinera, construída en una herrería

lugareña, y hasta algún automóvil que indicaba la presencia de un colono enriquecido.

Todos conocían el coche de Merceditas y la saludaban al pasar.

Los criollos de pura cepa iban a caballo y eran raros los que al llegar al pueblo se apeaban frente a la iglesia, a la sombra de los naranjos de la plaza. Los más descendían delante de algún almacén, y ataban sus caballos a los postes plantados en la vereda, y como los domingos las puertas de las casas de negocio permanecían cerradas, por imperio de la ley, penetraban por las ventanas, y se reunían en el patio a echar un trago y jugar al naipe o a la taba, en amor y compañía de las autoridades policiales.

La mayoría de los colonos era extranjera, alemanes e italianos; la misa de las siete la oficiaba el teniente cura, uno de esos sacerdotes italianos, tan numerosos en la provincia de Santa Fe, que hablaba en su idioma a sus feligreses, y la misa de las diez estaba a cargo del cura, un hombrón de dos varas de alto, voz recia y dulces ojos claros, que sermoneaba a los suyos en alemán.

Al llegar al pueblo alcanzó a oír Merceditas las tres campanadas del último toque, anunciando el comienzo del oficio. Castigó a sus caballos con la esperanza de llegar antes que el teniente saliera y frente al atrio detuvo su break, entregó las riendas a un muchacho que todos los domingos la esperaba, y corrió a la sacristía.

Pero ya el sacerdote estaba en el altar y no pudo pedirle que suspendiera el sermón.

En la conciencia de la dama se planteó un conflicto: si aguardaba hasta el final de la misa, no llegaría a tiempo de recibir a sus visitas; si salía en mitad de la plática, escandalizaría a los fieles.

—¡Bah! — se dijo con su habitual decisión — ¡que piensen de mí lo que se les antoje!

Y abandonó la iglesia no bien el oficiante empezó a comentar el evangelio del día.

—¿Te interesa tanto la visita del doctor Monzón y de tío Félix? — interrogó Judith.

Esa reflexión de la niña agitó extraordinariamente a la madre, que hizo todo el camino sin desplegar los labios, abstraída, al parecer, en el manejo del coche, cuyas ruedas llameaban en el camino polvoroso.

Hacía meses que aquel hombre no ponía los pies en el "Mainumbí" y ella ignoraba la causa.

A pesar de la férrea voluntad que la mantenía en su propósito, su vida, durante esos siete años, había sido profundamente triste, lejos de su familia y de su ambiente, viendo de tarde en tarde a su madre cuando en el verano se instalaba en "Las Avispas".

Sólo Monzón la visitó con frecuencia y le llevó noticias de Hernandarias, que vivió como un sultán en cierta posesión del territorio de Misiones, y desapareció de repente, envuelto por la ola de los vicios.

—¡Eso es lo que yo preví! — se dijo su madre, y pensó en él como en un muerto.

Monzón no habló más de Hernandarias.

Ya no era el personaje desdeñoso por las efímeras preocupaciones de la moda. A la par que crecía su notoriedad, desaparecían los resabios de su origen confuso, y llegó a ser lujoso en el vestir, con lo cual se hizo más estirado y solemne.

Siempre quedó a gran distancia de un verdadero hombre de mundo; pero Merceditas habia perdido la finura de percepción en esa materia, y lo consideraba como el caballero más completo que pudiera existir.

Sentía claramente que si hubiera sido así, en los tiempos en que la festejó, a él le habría concedido la preferencia que logró el miserable Hernandarias...

¡Que a lo menos su terrible experiencia redundara en bien de su hija!

Empezaba a preocuparle el porvenir de ésta, que crecía en aquel islote desierto en que su madre trans-

formó el "Mainumbí", para defenderla de su padre y mantenerla ignorante de su historia.

Pretendía librarla de lo que a ella la perdió, el enamorarse de un hombre mundano, y la exponía a otro peligro, el de que se enamorase de algún lugareño inculto.

Así llegó a pensar que el doctor Monzón sería el mejor candidato posible, para cuando fuera tiempo de casar a su hija.

Y cuando él, repentinamente, dejó de visitar el "Mainumbí" sintió su ausencia como una novia, y deseó ardientemente su vuelta.

No lo llamó, porque había en el fondo de su corazón un sentimiento confuso, que no se animaba a sondear. Su hija acababa de ponerla frente al problema, con sus inocentes insinuaciones.

Uno vive cien años consigo mismo y no acaba de conocerse.

Salpicaban ya los tordillos con la espuma de sus ijares la entrada sombría del "Mainumbí", cuando Judith le preguntó:

—¿No oyes la corneta del auto?

Apenas tuvo tiempo Merceditas de llegar a su dormitorio para arreglarse el peinado.

Al volver a la galería, Filomena, su ama de llaves, le dijo:

—Me alegro de que venga ese señor, porque siempre tiene hora buena.

El automóvil se detuvo a la entrada y Merceditas vió a don Silvano Urtubey, que venía dormitando. El bendito señor era inocente de las locuras de su mujer, y ella había guardado el terrible secreto que sorprendiera entre los papeles de Hernandarias. Lo nombró en alta voz sin rencor y él abrió los ojos con susto.

Mas el primero en saltar a tierra fué Monzón, que se dirigió a ella y la miró tan intensamente que la hizo temblar.

Pero sus palabras fueron bien simples:

—Traemos siete minutos de retraso, porque se nos pinchó una goma. Son las ocho y siete.

Y mientras Merceditas se emocionaba, el ama de llaves movía las manecillas del péndulo, segura de que podía discutir la hora con el mismo sol.

III

Del color de las Santalucías

Esa mañana misma Cecilia se levantó a la hora en que las gallinas se descolgaban del algarrobo, y al preparar la ración del parejero, encontró que en el noque donde guardaba el maíz no había más que un mísero puñado de granos.

Sopló unos tizones cubiertos de ceniza, puso a calentar agua, para que su tata pudiera cebarse mates "ni bien" se despertara, y se encaminó al ombú de ño Cricho, a fin de arbitrar recursos.

En aquel mundo sin límites, en que cada familia campesina tiene tierra a discreción para sembrar, rara es la casa donde no se cosecha por lo menos el maíz que se da a las gallinas, o que se consume en locro o mazamorra, manjares substanciosos y baratos. Pero don Bachi vivía absorto en el parejero, y cuando sembraba algo por ser llovedor el tiempo, si no se lo tapaba el yuyo, o no se lo comía la langosta, se lo devoraba una manada de chanchos sueltos, que criaba en el bañado, y que se metía hasta la ramada y hozaba en la olla.

Todo el grano que henchía el morral del parejero, se lo prestaban sus vecinos cuando no se lo fiaba el almacenero.

Cecilia llegó al ombú de ño Cricho en el instante en que el sol rompía con su frente de oro el horizonte,

recto como una cuerda tendida, y encendía con sus rayos rasantes las gotas de miel que destilaban los camatises en la isla, y reanimaba la vida en los anegadizos, despertando a los chajás, dormidos sobre una pata, y levantaba de entre las totoras, con un ruido semejante al redoble de un tambor, nubes de patos siririses, que volaban hacia los comederos.

Con una varita, y sin apartarse del sendero, Cecilia golpeaba las mariposas dormidas aún entre los yuyos florecidos.

Al rumor de sus pasos se echó sobre ella ladrándola el Bagre, un perrito cara de pescado, compañero de ño Cricho, y éste, que desde el filo de la barranca estaba mirando hacia la isla, con la mano puesta en forma de visera, se volvió a ella, y sin contestar sus buenos días, le dijo:

—¡Vos habías de ser!

—Sí, ño Cricho.

El viejo no se movió.

—Se le va añublar la vista; ¿qué es lo que tanto mira?

—Arrimáte y mirá vos también... Allá, entre los camalotes que le tapan la boca al zanjón de Mama Chepa... ¿qué devisás?

—¡Nada!

El viejo contempló a la muchacha con desdén.

—No deviso nada, ño Cricho... Pero aguárdese, aura veo... ¿Es un yacaré eso que va subiendo por la tosca?

—Sí, un yacaré. Sale a rebuscarse la comida en el sauzal, donde hay nidos de pajaritos o en el desplayau, donde no faltan güevos de tortuga. Dejálo estar, que si don Félix trae el "güinchéster", le hemos de dar un susto.

—Me habían dicho, — respondió con sorna la muchacha —, que la gente de antes no precisaba armas de juego pa matar un yacaré: le bastaba un cuchillo, cuanto más una "fija".

El guerrero del Paraguay resopló de ira.

—¿Qué te has creído, mulatilla, que yo no he hecho cien veces eso mismo? Pero el cuero del yacaré se desmejora con los chuzazos, y es más limpio meterle una bala en el ojo, pa lo que hay que tener güen pulso. Cualquier gringo no lo hace. Por eso hablé del "güinchéster", nada más...

Los ojos de Cecilia chisporroteaban de gusto. El viejo se había agachado a avivar un fueguito en que estaba asando un par de sábalos, y ella permanecía de pie, arrojando ramas al río, porque la divertía quebrar aquella superficie tersa, que reflejaba crudamente los rayos de sol.

—No seás dañina, mujer; no me tirés la leña de ñandubay que traje del monte pa cocinar. ¿No te ha enseñado tu padre que el ombú no sirve pa hacer fuego?

—Lo que mi tata me ha enseñado es que para que un sábalo tenga buen gusto, hay que asarlo con leña de toratay.

Ño Cricho se levantó como si entre las cenizas hubiera visto surgir la cabeza chata de una víbora yarará.

—¡Hija de la gran flauta! ¿Vas a darme liciones de asaduras de sábalos, a mí que vivo de sábalos?

—Vamos, ño Cricho, no se enoje; — dijo Cecilia palmeándolo —. Confiese que está asando esos pescados pa algún pueblero, que no conoce el gusto de las cosas... ¿A que son pa don Félix?

—¡Acertastes!—respondió el viejo amansado. —Pero no me delatés. Y vamos a ver si desembuchás el entripau que te traí de visita a mi casa, donde no hay ningún gallego almacenero que te eche flores.

—¡Vaya con su lengüita de yarará! No sea hablador, ño Cricho, cuando está con un pie en la sepoltura...

—¡Tu agüela tiene las dos patas debajo de tierra, y yo te he de ver comida por los gusanos, antes que vos a mí, grandísima desorejada!

—¡Jesús María! Se ha levantado con la luna, hoy, ño Cricho. ¡Y yo que venía a pedirle un favor!

—¡Amalaya te cayera un rayo cada vez que te acercás a mi ombú!

—¡Eso sí que es pecado, ño Cricho, desear el mal a una pobre como yo que lo quiere tanto y le tapa sus diabluras!

Con esto volvió a palmearlo, y el viejo fuése calmando.

—Pues yo venía a pedirle que me emprestara...

—¡Yo no te empresto nada!

—Que me emprestara esas medallas que tiene de la guerra del Paraguay...

—¿Y pa qué querés mis medallas?

—He visto que las tiene más roñosas que el alma de un mercachifle, y quiero fregárselas hoy que es domingo, pa devolvérselas relumbrosas como el chapeao del comisario.

La cólera del viejo se disipó totalmente; escarbó entre un montón de baratijas, que guardaba en una cacerola vieja, bien oculta, y sacó una caja de fósforos, donde estaban aquellos testimonios de su valentía, que en su vejez lo enternecían hasta humedecerle los ojos.

La muchacha las tomó con veneración, y se hizo la que se despedía. Pero a los cuantos pasos se volvió, y con aire suavecito dijo:

—¿Usté piensa tirar hoy el espinel?...

—No, hija; ¿por qué?

—Me imaginaba: ya tiene ganao el día con sólo acompañarlo a don Félix a matar siririses. Y ya que no lo va a usar ¿no quiere emprestármelo?

—¿Y de qué te servirá un espinel, si no tenés canoa ni pa estirarlo ni recorrerlo.

—¡Bah! Yo no necesito canoa porque sé nadar; y a la siesta, cuando no hay naides por aquí, me saco la pollera y ¡pum! de cabeza al río; recorro el espinel, veo lo que hay y me vuelvo.

—¿Y no le tenés miedo a los yacarés?

—¡Me hace reír, ño Cricho! Los yacarés no andan en aguas hondas.

—Bueno, te empresto el espinel y los anzuelos, pero yo no quiero saber nada, si un yacaré te corta una pata, o una raya te flecha.

—¿Y le parece que pescaré algo?

El viejo miró el cielo puro y el río tranquilo, y dijo:

—Sí, has de sacar y bastante.

La muchacha pareció titubear.

—¿A que estás por pedirme otra cosa?

—¡Y así no más ha'e ser, ño Cricho! Si no nos ayudáramos los pobres unos a otros, ¿quién nos ayudaría?

—Soltá el rollo entero, hija; ¿qué más querés?

—Ya que es seguro que algo he de pescar... ¿por qué no me "adelanta" unos tres o cuatro patises, que he visto padeciendo en ese cajón de la orilla... Yo los llevo al almacén, y los cambio por un poco de maíz para el parejero, que hoy va a correr y va a ganar.

Ño Cricho, que no hubiera podido negociar su pescado, aceptó el trato y la muchacha muy contenta, llegó con ellos al almacén del "gallego" Creus, que le echaba flores.

El almacenero en persona, un español bajito y gordinflón, de carrillos rosados, acababa de abrir la puerta, y se estaba allí, en camiseta, ciñéndose la faja, y mirando el camino del "Mainumbí" sobre el cual flotaba una larga nube de polvo.

Fuese porque le gustase la muchacha, o porque le conviniese el negocio, Creus entregó un almud de maíz por los pescados, y hasta hizo beber a Cecilia una taza de café negro, con el fin de echar un párrafo.

—¿Has visto qué apurada pasó misia Merceditas?

—¡Qué había de verla si iba como un rejucilo! Alcancé a devisar el coche con los tordillos. No puede perder la misa de las siete, porque tiene visitas.

—¿Quién te ha contado?

—Un pajarito. Y si quiere saber quiénes son, fíeme un kilo de yerba...

—Por medio kilo te compro la noticia.

—Bueno: el que viene es el novio de la señora...

—¿El novio de la señora? — preguntó asombradísimo Creus — ¿y quién puede ser?

—¡Vaya con el hombre curioso!

—Tengo mis razones para no creerte.

—¡Qué lástima ha'e ser! — respondió Cecilia alzando su maíz para irse. — Deme la yerba que le he ganao.

—¿Y no me vas a decir el nombre del novio?

—¡Qué esperanza! Si me da el kilo entero y otro de azúcar, puede ser que me anime...

—¡Chinita charlatana!

—¡Gallego amarrete!

—¡Hola, hola! Todos los días te me traes un término nuevo, como para el diccionario de la lengua. ¿Qué quiere decir amarrete?

—Se lo explico por un paquete de velas...

Negoció Cecilia sus explicaciones y al cabo salió del almacén rumbo a su casa, cargada de mercaderías.

Ño Cricho proseguía, como hombre sin prisa, los preparativos para la excursión, y estaba achicando el agua de su canoa con un tarro de aceite cortado al sesgo, cuando llegó el tílbury del "Mainumbí" conducido por un muchacho, trayendo a don Félix con su escopeta, para los patos, su winchester para los yacarés, y dos canastos de víveres y cartuchos.

Apeóse el recién llegado y tendió amistosamente la mano al viejo guerrero del Paraguay, que lo examinaba entrecerrando los ojos, para mejor apreciar el cambio producido en siete años de ausencia.

—¡Está bastante flacón! — exclamó, agachándose de nuevo para seguir sacando el agua de su canoa; y agregó entre dientes: — Flacón y viejón...

—Y vos, Cricho, estás hecho un recién nacido, — replicó don Félix, algo amostazado.

—¿De veras me halla más joven? — interrogó con interés ño Cricho, que pensaba ser eterno.

—Lo digo por los dientes... No te queda ninguno a la vista. Supongo que te saldrán de nuevo...

Ño Cricho, sin responder, comenzó a embarcar las canastas, y el muchacho partió para el pueblo en el tílbury.

Don Félix estaba alegre por haber faltado a su juramento, volviendo al "Mainumbí".

Al llegar, su corazón se agitaba como el de un padre que al cabo de muchos años vuelve a hallar a su hija adorada. Abrazó a Merceditas, fingiendo más emoción de la que sentía, y estrechó contra su pecho largamente a Judith, y alejándola del grupo de los otros, le dijo:

—Tu madre es capaz de creer que yo vengo por ella. Dejémosla en su ilusión: pero la verdad es que yo vengo por ti, que eras mi hijita, que te había perdido y que ahora te encuentro.

La contempló teniéndola por los hombros y después del examen, silencioso y conmovido la besó en los ojos azules.

—Cuando eras chiquita decían que tus ojos serían verdes. Yo querría que los vieran ahora los que eso anunciaban, porque siempre dije que serían del color de las santalucías... ¿Conoces esa flor?

Judith conocía todas las flores del campo, pero esa que tenía el matiz purísimo de sus ojos, era tan humilde que no la recordaba.

—Yo te la mostraré, — le dijo su tío, librándola de sus caricias, al advertir que estaba impaciente por saludar a alguno de los viajeros; y procuró él también librarse de cumplimientos, para llegar a la isla antes que el sol se pusiera muy fuerte.

Habíase ya embarcado con sus armas y sus canasto y el viejo iba a desatracar la canoa, cuando se acordó del tercer compañero que le anunciara la hija de Merceditas.

—¿Y el muchachito ése no va a venir?

—¿Qué muchachito? — preguntó don Félix, ignorante del asunto.

—Pablito Medina.

—No me han dicho una palabra, ni creo que su madre lo deje escapársele tan pronto.

—Si no ha 'e venir, ¿pa qué aguardarlo? — exclamó ño Cricho hincando el palo en tierra y dando un vigoroso envión, con lo cual la canoa se alejó de la orilla, remontando la correntada para bandear el río más arriba en forma de embocar directamente el zanjón de Mama Chepa.

Ño Cricho iba descalzo, de pie sobre el taco de popa, y se había despojado de la camisa, no conservando más que el taparrabos de arpillera, ceñido por una guasca, y la boina asentada en las quiscas tordillas.

Era más bien bajito, descarnado, pero su recia musculatura marcábase cada vez que afirmaba su pértiga en la barranca, ejecutando un movimiento inexplicable en apariencias, pues la canoa, con un solo impulso de costado y de popa, avanzaba corriente arriba, siguiendo una rigurosa paralela con la margen.

Una cuadra más allá soltó el isleño el botador, cogió la pala con que se navega en aguas hondas, y sentado en cuclillas, sobre el semicírculo de algarrobo macizo que constituía el taco, y cuyo radio no medía más de una cuarta, echó su canoa a través del río.

Si sus pies se hubieran resbalado en aquella estrechísima plataforma, siempre mojada, habría caído de cabeza en aguas profundas. Pero tal accidente, aparte de no haberle ocurrido ni una sola vez en su vida, pues hubiera dejado de ser un isleño de verdad, no hubiese tenido importancia ya que ni los surubises nadaban mejor que él, que en su juventud había destripado yacarés, zambulléndose debajo de ellos para apuñalearlo, en la panza vulnerable.

Don Félix iba sentado en el centro de la canoa, arriba de uno de sus canastos, y el Bagre echaba un sueñito, enroscado a proa.

Una nube de moscas que los perseguía se disipó con la brisa del río, pero no bien se encajonaron en el Mama Chepa, de entre las plantas acuáticas alzóse un ejército de mosquitos.

Don Félix bajó el tul de su casco de corcho, pero ño Cricho no le dió importancia a las sabandijas que le cubrían la espalda.

—Este año los mosquitos están muy aguachentos; hay muchos, pero no pican juerte...

—¿Y cuando pican fuerte, qué hacés, Cricho?

—¿Y qué he de hacer? Rascarme o tirarme al agua y augarlos a tuitos.

El zanjón por donde iban en busca de los esteros del centro de la isla, no era muy profundo; y las yerbas que crecían en su fondo cenagoso, emergían uno o dos palmos sobre el agua, formando una trémula pelliza verde, cuyas flores libaban enjambres de mariposítas, y que la canoa hendía fácilmente con su proa levantada.

Don Félix preparó el winchester por si daba con algún yacaré dormido al sol en el talud fangoso de la orilla, pero abandonó esa arma y empuñó la escopeta, viendo pasar una primera bandada de patos.

—No he traído perro, porque me contaron que tenés el Bagre, que es bueno para sacar los patos.

—Ha hecho bien, con ése es bastante; pero no gaste pólvora entuavía. Más adelante va a hallar una "patillada" que se va a ñublar el sol. Ahí valdrá la pena tirar.

Don Félix bajó la escopeta, y se puso a mirar las flores, buscando aquella que tenía el color azul más hermoso del mundo, distinto de todos los azules conocidos, desde el azul de los mares, hasta el de los cielos.

—¡Sólo hay semejante azul en esa flor y en los ojos de mi Judith! ¿Cómo he podido pasar tantos años sin verla?

Ño Cricho observó su preocupación, y le dijo, rascándose la paleta, sin aflojar los golpes de su botador:

—¿Está buscando alguna lechiguana? No mire las

pajas porque no va hallar, mire en las ramas de cinascinas, y cuando lleguemos a aquel sauzal, que se devisa sobre el albardón, busque en los sauces y hemos de comer miel hasta encharcarnos.

—No busco lechiguanas; — respondió don Félix —; busco una florecita azul, más dulce que la miel, porque se parece a los ojos de Judith.

—¡Ah! — exclamó el isleño — ¡la santalucía! De ésa no hay por aquí, pero sí cerca de mi ombú.

IV

El miserable secreto de Merceditas

Judith vió llegar con recelo a Pablito Medina, a pesar de lo mucho que había deseado su vuelta.

Tenía contra él un pecado, que denominaba en su pensamiento "el robo del potrillo tubiano", y no estaba segura del perdón.

En el anterior verano su mamá regaló al muchacho un potrillo lindísimo, de color blanco y negro, en dos solas grandes manchas. No estaba domado aun y Pablito quiso un día montarlo, a escondidas de su padre, delante de Judith, para deslumbrarla con su destreza de jinete.

No era del todo chúcaro el potrillo, por haberse criado en el galpón, y toleró que Pablito le colocase un bocado de tientos según viera hacer a los domadores, y le echara en el lomo una carona y luego le apretase la cincha. Pero menos tardó el muchacho en saltarle encima, sin tocar el estribo, — de acuerdo con el ritual de la doma criolla, — que el potrillo en dar un terrible corcobo y largarlo patas arriba en medio del alfalfar.

El colchón de hierbas lo salvó de alguna fractura, pero no del bochorno.

Pablito era vanidoso en extremo y aquella aventura le escoció durante mucho tiempo, no obstante que Ju-

dith fué discreta de puro asustada y nunca habló de ella.

Cuando el desventurado domador volvió al colegio y Judith quedó sola, como si hubiera perdido a su único hermano, se dedicó a mimar el potrillo.

Dándole galletitas y pedacitos de azúcar, rasqueteándolo diariamente, llevándolo a la chacra por el cabestro, y haciéndolo dormir en el galpón para tenerlo siempre cerca, la niña acabó por ser su dueña absoluta, y un día le puso su monturita inglesa y encomendándose a Dios, por si moría del primer corcobo, lo montó... Cuando ella esperaba salir volando por los aires, comprobó que su astucia y su paciencia habían triunfado y llena de orgullo se metió en el patio, pregonando una hazaña que debía hacerla admirar de todos los peones.

—Puesto que tú lo has domado, el tubiano es tuyo. A Pablito le daré otro... —le dijo su madre.

Y este era el pecado que debía confesar a su compañero de aventuras.

Mientras don Félix aprontaba sus canastas y Monzón conversaba con Merceditas y don Silvano Urtubey se ponía a contar las hormigas del jardín, Pablito voló a los brazos de su madre, y Judith, sobre la que él arrojó de paso una mirada indiferente, se quedó solita en la galería, esperando su turno.

Pasados los primeros transportes de su efusión maternal, Irene observó que la niña parecía deseosa de aproximarse y la llamó.

Era Pablito mayor tres años que Judith, y siempre había sido más alto, sobre lo cual fundaba su predominio.

Pero en ese último año la diferencia de estatura, que fuera disminuyendo, desapareció. Pablito no creció ni un milímetro, mientras que ella dió uno de esos estirones que dan las muchachas, echando por tierra los cálculos de las madres y obligándolas a reformar todos los vestidos.

En seguida lo advirtió el chico. No dijo una palabra, pero disimuladamente se le puso a la par y miró las dos sombras que se proyectaban en el suelo.

—¿Será más alta que yo? — murmuró. — ¡No puede ser! Mamá, ¿cuál de los dos es más alto?

Se tomaron bien las medidas y resultó que él la aventajaba todavía en dos centímetros.

—Pero no es nada la altura, — objetó Pablito, — lo importante es ser fortacho...

Judith, irritada por semejante arrogancia, ya no tuvo miedo de soltar su noticia:

—Pero a mí no me voltea ningún caballo, porque yo sé domar: yo domé el tubiano.

Pablito se encendió de vergüenza, y para disimular exclamó:

—¡Caramba! Me olvidaba que ño Cricho va a ir a la isla con don Félix, y que a mí me invitaron.

—Ya el tílbury con don Félix se ha ido, — observó Irene.

—No importa; yo lo acompañaré hasta el ombú... — propuso Judith.

—¿Te crees que no sé el camino?

—¡No es por eso! ¿Qué voy a hacer aquí, mientras mamá conversa con esos señores? Te acompañaré y le pediré a ño Cricho que me traiga en la canoa, hasta la bajada del "Mainumbí".

El ombú de ño Cricho distaba algunas cuadras de la casa del "Mainumbí" y los dos muchachos las salvaron en pocos minutos, corriendo por la carretera, en donde veían marcadas las llantas del tílbury.

Pablito no acababa de digerir la noticia pero no se animó a pedir datos; la niña iba callada, arrepentidísima de haberlo ofendido.

A la mitad del camino hallábase la puerta de un potrero reservado para los mejores caballos de la estancia. En ese momento no había allí más que el tubiano, el cual viendo a su dueña relinchó y se aproximó

al cerco; pero la niña se hizo la indiferente, por no acumular otros motivos de discordia con Pablito.

Pasaron ambos silenciosos, no sin que ella observara que el muchacho se mordía los labios, y así llegaron al ombú de ño Cricho.

A lo lejos divisábase la canoa, que iba atravesando el río, con su proa levantada sobre el agua.

—¡Qué ligera va! — exclamó Pablito, pesaroso de haber perdido su puesto en ella.

—Va remontando la corriente—indicó Judith—para embocar el zanjón de Mama Chepa. Cuando esté en la otra banda, quedará en frente de nosotros, y podremos gritar a ño Cricho que vuelva a pasarte. No perderá más que un cuarto de hora.

Aquellas indicaciones fastidiaron a Pablito. Había olvidado en el colegio lo que sabía, y la chiquilla resultaba más experta que él en asuntos campestres.

—No quiero ir a la isla, — dijo.

Judith se alegró, y percibiendo el malhumor del muchacho, se guardó de responder.

—¿Qué me dijiste del tubiano? — preguntó él, después de mucho vacilar, y cuando se volvían a las casas.

—¡Que lo he domado yo! — respondió ella, con un rubor en que se mezclaba el orgullo de su proeza a la vergüenza de su falta.

—¿Lo has montado alguna vez?

—¡Muchas veces!

—Era fácil: después de un año de tenerlo a pesebre, rasqueteándolo todos los días, tenía que amansarse, — explicó él deseoso de restarle importancia a la hazaña. — Además, tú no fuiste la primera que lo montó.

A Judith parecióle ver en el aire a "la primera persona" que montó al potrillo, pero no se animó a reírse, y agachó la cabeza, ocultando la malicia chispeante en sus ojos.

—Es cierto, el primero que lo montó fuiste tú.

—Sea como sea, el tubiano es mío, — concluyó Pa-

blito, abriendo la puerta del cerco, atrás del cual estaba el potrillo, con las orejas asestadas en dirección a los chicos. — Vamos a visitarlo.

Judith quedóse rezagada, y él avanzó resueltamente y quiso tantear al animal, como para tomar posesión de él.

Pero éste, así que vió franca la salida, y a su dueña del otro lado del cerco, miró de reojo a Pablito, y echó a trotar hacia la puerta.

Por tener él solo la gloria de evitar la fuga, ordenó Pablito a la niña:

—¡No te muevas! — y la niña quedó petrificada, actitud que aprovechó el tubiano para soltar el galope.

—¡Se nos escapó! — gritó Judith, asustada.

—¡Te dije que no te movieras!

—¡Y no me he movido!

—Ayúdame ahora a atajarlo, porque se va a ir para el fondo del campo, donde ha nacido y tiene la querencia.

Los dos se largaron detrás del animal, que se detenía, irresoluto, y volvía a trotar cuando se le aproximaban, mirando a Pablito de reojo, con un resoplido cada vez, como para que Judith comprendiera que no huía de ella.

Entre tanto en el "Mainumbí", a la sombra de los frescos paraísos, donde se habían puesto unas sillas de mimbre, Monzón apuraba un vaso de cerveza helada, mientras don Silvano Urtubey recorría una plantación de naranjos mandarinos.

Por más que Merceditas quería atender las discretas palabras de su médico, no podía librarse de distracciones, y su imaginación volaba alrededor de las palabras de su hija.

Cada vez que ella lograba fijar su pensamiento en las vaguedades de la conversación y posaba los ojos inquietos en el rostro de él, sentía la impresión de que él hablaba de cosas indiferentes, como un prestidigita-

dor que distrae a su auditorio, acechando una oportunidad.

De pronto él cortó su exposición y preguntó, después de un rato de silencio:

—¿Se acuerda Merceditas del último día que yo estuve aquí?

—Sí, — respondió ella, adivinando que iba a cambiar de tema.

—¿Pero recuerda qué día fué?

—Sí, — volvió a decir ella, y se avergonzó de haberlo confesado.

—¡Qué buena memoria! — respondió él, mirándola con recelo, pero con ardor. — Yo me acuerdo de esa fecha porque tengo motivos especiales. En ese día, que fué el veintiseis de Junio, se cumplieron catorce años de un suceso que usted ha olvidado.

El tono en que él pronunció estas palabras era vago, inexpresivo casi, pero Merceditas percibió la queja que encerraba.

Su corazón latía apresuradamente, presintiendo un peligro, del cual no tenía ánimo para apartarse.

Urtubey había concluído de examinar los mandarinos, y se les acercó.

—¡Qué quieres, Merceditas! Tus naranjos son muy lindos; pero no hay como la naranja rinconera. ¡A la que te criastes, hija!

—También tengo de esos; ¿no los ha visto? A la derecha de las casas hay una media hectárea plantada de naranjos que hice traer del Rincón...

No advirtió la inquietud con que ella le hablaba y se echó en un sillón, dispuesto a escuchar lo que el doctor decía, sin percatarse de la mirada rencorosa con que éste lo fulminó.

Merceditas aprovechó la circunstancia para alejarse a dar órdenes y a preguntar por Judith. Le dijeron que se había ido con su tío Félix a la isla.

En otra ocasión habría hallado mal la escapatoria de la chicuela, pero en ese momento era incapaz de

prestar atención a nada más que al extraño fenómeno que se producía en aquel abismo de su alma, insondable y desconocida aún para ella misma.

En presencia de Urtubey, Monzón no aclaró el significado de sus palabras, y Merceditas volvió a las prosaicas atenciones, que constituían la trama de su vida.

Desde temprano había preparado una gran fuente de leche cuajada, para convidar a sus visitantes a eso de las diez, hora en que languidecen los estómagos de las personas madrugadoras.

El calor del día iba en aumento. Los pájaros refugiábanse en la copa de los paraísos, y las gallinas buscaban la sombra de las plantas para espulgarse junto al tronco, revolcándose en la tierra fofa y fresca.

Una sirvienta pidió a Merceditas las llaves para sacar la botella de miel del Paraguay, con que debía comerse la cuajada, y ella invitó a sus huéspedes a pasar al comedor, mantenido desde temprano en una amable penumbra.

Entre los tres se distribuyeron la fuente de cuajada, recibiendo Urtubey la parte del león.

Tardó menos que los otros en devorarla, sorbiéndola a grandes cucharadas.

—¡Esto es un verdadero manjar! — dijo al concluir y empezó a cabecear, bajo la modorra de una laboriosa digestión. Para no dormirse del todo se acercó a una ventana que daba hacia el jardín, donde zumbaban las colmenas.

Un filete de sol entraba por allí, y formaba en la cretona de un sofá una faja radiante, que atraía las moscas.

Don Silvano Urtubey buscó un diario, como quien va a leer, lo extendió un momento sobre sus rodillas, pero luego plególo cuidadosamente hasta reducirlo a una especie de palmeta estrecha y larga, con la cual se entregó a su deporte favorito, que consistía en ace-

char a las moscas en la raya de sol, y descargarles aplastadores palmetazos.

Sus amigos conocían la pasión y la destreza de don Silvano, y en su presencia evitaban que se les asentara ninguna mosca, pues sabían que él no era capaz de contenerse.

¡Y cómo se reía, cuando en mitad de una conversación, se levantaba de improviso, y de frente o de revés descargaba un chirlo rápido y certero, despanzurrando una mosca sobre la pierna o la espalda de un amigo!

—"¡Plaff! ¡la aplasté! Cuando no se me escapa ninguna, es porque el tiempo está pesado y va a llover. No hay mejor barómetro."

Al quedarse sola con Monzón, latió de nuevo desordenadamente el corazón de Merceditas.

—Usted ya no se acuerda de cosas que yo no podría olvidar nunca. El veintiseis de Junio se cumplieron catorce años de aquel paseo en vapor a Paraná, organizado por la Sociedad de Beneficencia...

—Sí, me acuerdo; — respondió Merceditas. — ¿Han pasado catorce años ya?

—¡Sí! ¡Catorce años! Y sin embargo, ahora mismo siento lo que entonces sentía. Salimos al atardecer de Santa Fe, cenamos en Paraná, y volvimos al alba. Era una noche de luna... ¿Se acuerda? Pleno invierno y sin embargo tibia: el veranito de San Juan.

—Sí, me acuerdo...

—Bailábamos sobre la cubierta, es decir, bailaban los que sabían; yo nunca he sabido. Yo estaba solo, arrimado a la borda, triste, y miraba el río ancho como un brazo de mar. El vapor tardaba dos horas en cruzarlo... ¿Se acuerda?

—¡Sí, sí! Yo bailé como loca esa noche, y tanto me cansé que quise sentarme y no hallé más que un rollo de cuerdas al lado del sitio en que usted estaba, contemplando el río como un poeta.

—¡Exactamente! ¡Como un poeta! Ha sido la única vez que he perdido la noción del tiempo que corría.

Usted se sentó a mi lado, y se me reveló a mí mismo la razón de mi melancolía. Usted era soltera y yo ¡pobre de mí! me había permitido enamorarme de usted... ¿se acuerda?

—De eso no me acuerdo, — contestó Merceditas riendo.

—Yo se lo dije esa noche.

—Tampoco me acuerdo...

—¿Es posible? ¡no creo! Pasó algún tiempo y cinco meses después se realizó otro paseo en la misma forma...

—Sí, sí. La presidenta de la Sociedad de Beneficencia era una de mis tías, "especialista" en paseos fluviales. Cuando su institución andaba escasa de fondos, inventaba un paseo, pedía prestado un vapor a una compañía, sonsacaba masas y vinos en las confiterías y almacenes; conseguía gratis hasta los sirvientes e invitaba a todo Santa Fe para llenar el buque.

—¡Así es! Yo siempre he pagado mi tarjeta pero no he asistido más que a esos dos paseos. El segundo fué en diciembre...

—¡Qué memoria para las fechas!

—Yo no me olvido nunca de ninguna fecha, de ninguna hora, de ninguna cita... Y a esas dos tengo razones especiales para no olvidarlas. Yo hacía cinco meses que la festejaba, pero existía un rival y esa noche...

Merceditas, que oía complacida, como se escucha toda reminiscencia de la juventud, se inquietó tanto que Monzón se contuvo.

—¡Plaff! — hizo la palmeta de don Silvano, que muerto de gusto se volvió hacia Merceditas señalándole una mancha negra sobre la cretona del sofá.

—Sobrina, ésta es la quinta que mato: va a llover, no te quepa la menor duda; mandá cubrir tus parvas...

Quedó como flotando en el aire el recuerdo de Hernandarias, evocado por las palabras de Monzón; llegó la hora del almuerzo y Merceditas dominó sus nervios y

se entregó animosamente a sus deberes de dueña de casa.

La mesa era grande y estaba adornada con flores del campo, cortadas al pie de los cercos o al borde del río, donde el viento sembraba las mejores semillas.

En dos jarras de cristal limpísimo, llenadas en un aljibe que Merceditas cuidaba como a la niña de sus ojos, flotaban cachitos de hielo traído por el doctor.

Frente al asiento de la ausente Judith, había un gran vaso de leche espumosa, recién ordeñada, que su madre reservó para sí.

—Es lo único que voy a tomar, — dijo.

Una pardita de blanco delantal traía en fuentes humeantes y colmadas los suculentos manjares criollos, y levantaba los platos, intacto el de Merceditas, consumido a medias el de Monzón y escrupulosamente rebañado el de Urtubey.

Cuando hubieron bebido el café, don Silvano empezó a cabecear.

Merceditas había previsto que eso ocurriría, y vacilaba entre dejarlo padecer o invitarlo a echar un sueñito.

La presencia del buen hombre impedía a Monzón hablar de lo que durante catorce años había callado; y ella empezaba a comprenderlo.

Experimentaba una intensa embriaguez, como si fuera a cumplirse un anhelo muy antiguo y muy hondo, mezclada con un sordo remordimiento.

¿Podría escuchar palabras de amor, ella, cuyo marido vivía en alguna parte, aunque no supiera dónde?

Su conciencia viviente y activa rebelábase ante este supuesto, pero su juicio se turbaba y ella, la mujer de pensamiento claro y de voluntad precisa se aturdía sin acertar con su estricto deber.

Don Silvano a cada ruido abría los ojos, repartía sonrisas a uno y otro lado y volvía a cabecear.

Con tono doctoral Monzón le dijo:

—Eso que usted siente es efecto de una digestión la-

boriosa. La sangre afluye al estómago y el cerebro se debilita momentáneamente.

Don Silvano resopló, lleno de pesadumbre, e intentó dar más noble origen a su mal.

—Esto me ocurre no sólo después de almorzar, sino en cuanto abro un diario y comienzo a leer. He consultado con un médico y me ha dicho que debe ser el principio de una enfermedad que sufren los estudiantes a fines de curso.

—¡Ah, "surmenage"! — exclamó el doctor. — Hay que cuidar eso. Quizá le vendría bien una siestita...

Merceditas cortó bruscamente sus propias vacilaciones e intervino.

—¿Quiere dormir en la pieza de Judith, que es la más fresca? ¿O quiere que le haga poner un catre en el naranjal? Hay mucha sombra y corre el airecito del río.

—¡Esto, esto! — contestó don Silvano, alzándose con las piernas blanduchas, como un ebrio.

A la sombra de los naranjos, en el sitio donde se balanceaba una hamaca paraguaya en que Judith dormía la siesta, pusiéronle un catre de lona cubierto con una sábana blanquísima, y don Silvano cayó como un tronco, haciendo crujir la sólida armadura de su lecho.

Un minuto después las abejas perseguidoras de las santamarías, que brotaban como estrellas en aquel suelo húmedo zumbaban alrededor de la cabeza del durmiente; mientras un vientecito impregnado del perfume de las islas, agitaba sus cabellos canosos; y el hornero que construía su casa en el tronco bronceado del naranjo más próximo, volvía confiadamente a proseguir su labor con el pico lleno de barro.

—¿Y usted, doctor Monzón, no quiere dormir? — interrogó Merceditas temerosa al quedarse solos.

—Yo nunca duermo, y ahora, además, quiero seguir mi relato.

La precipitación y el tono confidencial con que él retomó la hebra de su discurso, remordió a Merceditas, como una complicidad entre los dos, para hablar a so-

las de lo que ningún otro debía escuchar.

Pero las palabras de él absorbieron toda su atención:

—Esa noche, — dijo el médico — usted me refirió su compromiso con Hernandarias y me pidió que no la festejase más.

—¿Yo le conté eso? ¿yo le pedí eso? ¡qué extraño!

—¿Por qué?

—Hay secretos que las mujeres guardamos siempre — respondió ella con acento liviano para disimular su rubor.

—Usted me habló de ese modo — prosiguió Monzón — y yo se lo agradecí con toda el alma, creyendo que lo hacía para evitarme una actitud desairada. ¿Hice bien en pensar así? ¿Hice mal?

Merceditas intentó disipar la intimidad de aquellas confidencias, y contestó echándolas a broma:

—¡Ya no me acuerdo si fué tan misericordiosa mi intención!

—Yo cumplí su pedido y lo guardé en secreto. ¡Nunca más la hablé de amor! Pero usted, que me pidió que me alejase, no me pidió que la olvidara...

Hizo una pausa, mirándola; ella palidecía visiblemente.

—Han pasado catorce años: ni un día he dejado de sentir lo que esa noche. La vida no ha sido alegre para usted, y yo de lejos he comprendido sus penas, y le he hecho justicia, contra la opinión de todos.

—¡El mundo entero estuvo en contra mía! — exclamó ella tristemente, y Monzón sintióse alentado a tomar un camino más directo.

—Todos, menos yo, estuvieron en su contra. Yo esperaba silenciosamente que usted comprendiera el sacrificio de mi lealtad y me hiciera también justicia.

—¡Se la he hecho siempre!... ¿No ha sido el único visitante de mi casa?

—Porque yo callaba, y usted no me comprendía. Estoy seguro de que si hubiera penetrado en mi corazón, no me habría recibido...

—¿Que significa eso? — preguntó ella con inquietud.

El sonrió amargamente.

—¡Ni ahora mismo me comprende! Hace algunos meses vine resuelto a hacerle una confidencia; pero no tuve ánimo de arriesgar mi amistad y me callé, y huí... Y ya ve, he vuelto, porque no puedo seguir encubriendo lo que debe ser claro para usted. ¿Todavía no me comprende? ¿Se levanta? ¡Oigame! ¿Por qué se va?

Merceditas se alzó tumbando la silla.

—¿Es una declaración de amor? — interpeló con acritud.

—¡Usted lo ha dicho!

Algo quiso agregar, pero ella lo atajó, irritada.

—¿Usted, Monzón, mi único amigo, se olvidaba de quién soy? Una mujer casada no puede escuchar sin rebajarse ante sus propios ojos, semejantes palabras.

—¡Casada! — exclamó él sarcásticamente. — ¿Podría jurar, Merceditas, que a estas horas no es viuda?

Esa réplica la hirió en su orgullo, por cuanto ponía en duda su inexorable honradez.

—¡Sí, casada! Y aunque yo no sepa dónde vive mi marido, le debo fidelidad y le soy fiel, no por lo que él valga, sino por lo que valgo yo.

Diciendo esto abandonó el comedor y fué a encerrarse en su pieza.

Junto a su cama estuvo largo tiempo, aturdida, mirando los complicados dibujos de la colcha, sin noticias de lo que pasaba en el mundo, llenos sus oídos con su propia voz irritada: "¿Es una confesión de amor?" Y la respuesta afirmativa de él.

Después de oir eso no era la misma de antes, la inaccesible torre de marfil a cuyo pie morían desalentadas las pasiones de los hombres.

Ahora existía uno capaz de salpicarla con una declaración.

¿Qué pecado había cometido para que Dios la casti-

gara con el desprecio del único hombre que juzgó digno de su confianza?

Comprendió que ella era la culpable, al esperar como una novia la vuelta de aquel hombre, que adivinó en sus ojos su alegría. ¿Qué era peor? ¿Hablar como él o callar como ella, mintiéndose a sí misma?

Ya no podía engañarse. La rebelión de su conciencia era una coquetería; y una voz se alzaba en sus entrañas confesando el inconfesable amor, que la humillaba como una penitencia, y a la vez la penetraba de un supremo deleite.

—¡De qué barro está hecho mi corazón! — exclamó indignada contra sí misma.

Oyó dar la hora en el reloj del comedor y no contó las campanadas.

¿Dónde estaría él? ¿Se habría ido? ¿Sospecharía lo que le pasaba?

El "Mainumbí" se adormecía en la quietud de la siesta.

Su exaltación empezó a amortiguarse con la ilusión de que él no adivinara el miserable secreto que acababa de descubrirse a sí misma.

—¡Y nunca lo adivinará! — se dijo resueltamente. — Y algún día esta pasión mía se apagará, porque él será el marido de mi hija.

Sus pensamientos cambiaron de rumbo.

—¡El marido de mi hija! — repitió para hundir en su corazón como el filo de un hacha, esa idea salvadora.

—Pero él ahora, — pensó, — me juzgará peor de lo que soy; me creerá coqueta, por haberlo atraído para desdeñarlo; y huirá de mi casa y Judith lo perderá.

Decía en voz baja estas cosas, como si tales nociones no surgieran de ella y tuviese que aprenderlas de memoria.

Creyó que era su deber hablar con franqueza de aquel propósito, lo cual sería su mejor justificación.

Monzón ni se había movido de su silla, ni pensaba

insistir, porque era hombre de una sola palabra. Esperaría la hora de la partida, y se iría, sin dejar traducir su desencanto.

Sorprendióle inmensamente ver a Merceditas sentarse junto a él.

—Usted me ha ofendido profundamente, Monzón...

—¡No! — protestó él. — Usted se habrá ofendido con una palabra que yo no alcancé a pronunciar.

—Bueno; creo que no pensó ofenderme; sus principios son tan distintos de los míos, que no es extraño que eso ocurra. Me ha costado tragar esa afrenta, por venir de un hombre como usted y espero que no se repetirá.

—El afrentado soy yo — repuso Monzón. — He perdido en un minuto la discreción de toda mi vida. Pero no tema, señora; me aprovecharé de su generosidad para quedarme hasta la hora de costumbre, y cuando me haya ido, no tendrá que pensar más en mí, porque no volveré.

—Haría mal; yo quiero que vuelva... — dijo Merceditas con la voz alterada, y vió brillar un relámpago en los ojos de Monzón.

—¿Para qué volver? — exclamó él con dolor.

—Sepa mi voluntad, Monzón, y acéptela. Este invierno mi hija irá por cinco años a un colegio de Buenos Aires. Será una señorita cuando regrese, y podrá casarse, si hay un hombre digno, que la quiera... ¿No sería usted el hombre a quien ella podría confiar su vida, sin temor a un desengaño?

El viejo amor de Monzón sufrió un golpe definitivo con esa propuesta que explicaba suficientemente la clase de afecto que ella le había profesado, y que le cerraba el camino de toda esperanza.

No advirtió la sospechosa vehemencia con que ella, por librarse de la tentación, quemaba sus naves.

Pero él era cauto y paciente y confiaba en su estrella. Se limitó a decir con melancolía:

—Cuando Judith tenga diez y siete años, yo tendré cuarenta.

—Usted a los cuarenta años será más fuerte y más joven que muchos a los veinticinco.

—Mi corazón envejece cada día un siglo.

—¡Eso es poesía, Monzón! Prométame pensar siempre en esto y no hablar hasta que yo lo hable, que será cuando ella vuelva del colegio. Entretanto yo le enseñaré...

Vaciló, se ruborizó como una muchachita, pero no tuvo más remedio que concluír su frase:

—Yo la enseñaré a quererlo.

El se inclinó.

—Su voluntad, Merceditas, es omnipotente en mí. Yo iré por el camino que usted me trace...

A las cinco de la tarde atracó en el desembarcadero del "Mainumbí" la canoa de ño Cricho.

Desde las casas oyéronse los hurras de don Félix, que saltaba a tierra armado como Tartarín, embarrado hasta la cintura, con la piel enrojecida por el sol y los ojos inyectados de sangre, a causa de los crudos reflejos del agua.

—¡No queda un pato en la isla, ni para un remedio! —gritó al aproximarse.

Ño Cricho lo seguía, agobiado bajo las ristras de patos que sacaba de la canoa.

—¡Vengan a echar una manito, canejo, si quieren meter el hocico en el escabeche! — murmuró el viejo, y dos peones corrieron a descargar lo que faltaba.

Al ver a su tío, solo con ño Cricho, Merceditas se levantó alarmadísima.

—¿Y los niños, tío Félix?

—¿Qué niños me encargaste, sobrina? En la isla no hay más que animales del agua.

—Hablo en serio, tío; ¿no fué con usted Judith?

—¡No!

—¿Ni Pablito?

—Tampoco.

—¿Cómo? Salieron detrás de usted, esta mañana.

—¿Detrás de mí? Pues ni yo ni Cricho los hemos visto acercarse al ombú.

—¡Madre de Dios! ¿y quién los ha visto?

Cundió la noticia de que los niños se habían perdido o se habían ahogado; apareció Irene desolada, llegó Pablo Medina, con un caballo de la rienda, y entretanto enganchaban el tílbury y se ensillaba otro caballo, y el canoero de la estancia se disponía a recorrer la costa.

Monzón no dejaba de participar de la consternación de todos, pero miraba el reloj y empezaba a calcular que si no partían antes de media hora no llegaría a una consulta que tenía en Santa Fe.

—Váyase solo, — respondióle don Félix con dureza. — Yo me quedo hasta que esto se aclare.

Monzón se torció los bigotes, volvió a consultar el reloj, reflexionó un momento, y dijo una cosa inaudita:

—¡Yo también me quedo! Telegrafiaré que no puedo asistir.

Y ofreció su automóvil para buscar a los niños en los caminos de la colonia.

V

Perdidos en el monte

El rancho de don Bachi quedaba en la dirección seguida por el potrillo tubiano, y Pablito Medina esperó que lo atajaría el cerco de ramas que rodeaba el maizal. Y así ocurrió, pero ese año a don Bachi le faltó tiempo para hacer su chacra, y el cerco tenía numerosos portillos, por donde el tubiano se evadió, desapareciendo en el monte.

Los niños pudieron divisarlo durante un rato, gracias a su color blanco y negro, que se destacaba en el oquedal.

—Se va para el fondo del campo; — dijo la muchacha entristecida — y allí lo robarán los cuatreros que nos cortan siempre los alambrados de esa parte.

—Allí tiene la querencia, ya te lo dije; — respondió Pablito.

Mucha animación notábase en el rancho.

Dentro de unas horas iba a correr el parejero la famosa carrera para la cual lo preparaban; y don Bachi quería celebrar su indudable triunfo con una comilona. En ese momento estaba limpiando su cuchillo en la piel de un chanchito gordo, que gritaba presintiendo las malas intenciones del paisano.

—Es al ñudo que chillés — le dijo él a manera de consejo. — Ni anque viniera a socorrerte tuita la chan-

chada de las colonias, te habrías de escapar del asador. Más vale que te hagás el indiferente y aguantés callau.

Bajo el inmenso algarrobo, que pegaba en el techo pajizo del rancho por una parte y por la otra con el crucero de un pozo sin brocal, distante cuarenta pasos cumplidos, remolineaban algunos jinetes en trajes domingueros, aguardando que don Bachi montase en su caballo "de andar", y saliera con el parejero "cabrestiando" para acompañarlo hasta la cancha misma.

—¡Allá va el tubiano del "Mainumbí", como un rejucilo! — exclamó uno de ellos mirando el monte.

—Ahí no más andan los dueños, — dijo otro, señalando a los dos chicos que corrían detrás del fugitivo.

Don Bachi arrojó una mirada sobre la escena, mostró en el gesto su poco interés por las gentes del "Mainumbí" y hundió el cuchillo en el tragadero de su víctima, y se la entregó exánime a Cecilia para que la destripara. Cogió luego el torzal del parejero, y montó otro caballo, sin tocar el estribo. Y todos arrancaron al galope, chafando el profuso yuyal que circundaba la casa.

Cecilia abandonó el ensangrentado lechón, cogió en sus brazos al menor de sus hermanitos, que tenía como ella los ojos ardientes y el pelo ensortijado, y se arrimó al cerco para seguir mirando la comitiva, hasta que se perdiera detrás de los paraísos del camino real.

En ese momento aparecieron delante de ella Pablito y Judith.

—Buenos días, Cecilia.

—Buen día, niña Judith, buen día Pablito...

Pablito se mordió los labios, porque la muchacha, al negarle el tratamiento, marcaba una diferencia entre la heredera del "Mainumbí" y el hijo de su capataz.

—¿Tan de mañanita van al monte? No son ni las nueve.

Al decir esto miró el sol.

—Voy a agarrar el tubiano que se ha escapado del

potrero, — exclamó Pablito, hablando en singular, como una forma de expresar que allí quien mandaba era él y no la "niña".—Y vengo a pedir que me prestés un freno, para montarlo cuando lo agarre.

—¿No querés más bien, que te preste los perros, Pablito? Porque se me hace que vos solo, y recién salido del colegio no has de ser tan baquiano como pa atajarlo en el monte.

—Yo lo ayudaré, — dijo Judith, viendo que el muchacho se ponía escarlata de indignación.

—¡Aura sí creo que van a atajarlo! Yo les voy a traer unas riendas con bocado, porque ese potrillo es redomón todavía, y tiene el hocico muy tierno.

De la horqueta del algarrobo pendía una cantidad de arreos que Cecilia echó al suelo de un tirón.

Tomó Pablito unas riendas y dejó en manos de Judith, como cosa sin importancia, un cuero de oveja que podría servirles de mandil; y se internaron en el monte, conforme les indicó la muchacha.

—El potrillo va a toparse con el bañado. Sálganle al encuentro por el Norte, a la derecha de un viscacheral, donde hay una isleta de chañares. No tienen cómo perderse.

Animosamente penetraron bajo la bóveda sombría y fresca de aquel algarrobal que Merceditas Virreyes conservaba con orgullo, para que pudiera apreciarse la encarnizada labor realizada por el hacha de sus colonos.

En otros tiempos aquellos montes servían de guarida a los gauchos matreros, "que se habían desgraciado", cometiendo algún homicidio, y preferían disputar su vida a los tigres y a las víboras yararás, que salir a lo limpio, donde los esperaban las carabinas de los gendarmes.

En el fosco pastizal no había camino abierto, a lo más algún senderito tortuoso, hecho por la hacienda al pasar hacia las aguadas y Pablito no lo seguía de miedo a perderse.

Parecíale que yendo derecho siempre acortarían la distancia y no se extraviarían; y eso fuéles fácil al principio, porque les bastaba mirar por entre un claro de la arboleda algún detalle conocido del paisaje, el cerco de don Bachi, los paraísos de la carretera y más allá el ombú de ño Cricho que emergía como una mole verde sobre el campo raso.

Pero una vez internados en el bosque, desaparecieron esos puntos de referencia y tuvieron que guiarse por los rayos oblicuos del sol, que perforaban el follaje como espadas de oro.

Pablito se tenía mucha fe y Judith era dócil y creía en él.

De repente Pablito declaró que había perdido el rastro del potrillo y empezó a dar vueltas mirando la tierra.

—Sólo un buen rastreador podría hallar una pisada en este pastizal, — dijo disculpándose. — Papá no tardaría en dar con alguna.

La muchacha apartó algunas hierbas altas, que le parecieron sospechosas, y respondió con aplomo:

—Yo no soy rastreadora, pero aquí está marcada la pata del potrillo.

Judith tenía un instinto campestre que hacía roerse los puños de envidia a su compañero.

—¡Esa es la pisada de un caballo grande!

—Te digo que es del tubiano, Pablito. Yo, que lo he domado, le conozco el tamaño de la pata.

—Parece que no está muy domado, puesto que se escapa en cuanto uno se le acerca.

—Te desconoció, Pablito...

—¡Bueno! Cecilia entiende más y nos dijo que lo buscásemos por el Norte.

—¿Y quién es capaz de decir dónde queda el Norte? — interrogó la chica, rebelándose.

Pablito la miró de arriba abajo. El sol estaba muy alto ya y sus rayos interceptados por la ramazón, no proyectaban sombra sobre la tierra.

—¡Estoy confundido! — confesó fastidiado y Judith arrugó el ceño con dureza.

—¿No ves? ¿qué has hecho, Pablito? ¡yo te creía más baqueano!

Para el espíritu inquieto de Judith, la persecución del potrillo en el bosque tenía un sabor de aventura que le compensaba de antemano la reprensión que iba a caer sobre ella, si volvía tarde.

Pero su entusiasmo se desvaneció repentinamente cuando Pablito declaró que no sabía dónde quedaba el Norte.

Sintióse la heredera del "Mainumbí" y quiso dirigir ella la expedición.

—¡Te has perdido! Yo me vuelvo; no quiero que me rete mamá.

—A mí no me va a retar nadie; yo no quiero volverme sin llevar el potrillo.

—Si no sabes dónde está el Norte, menos sabrás dar con él.

—Sigamos este rastro, Judith, hasta que sean las once; yo no tengo reloj, pero conozco la hora por el sol.

Pero Judith se negó. A medida que en ella se aclaraba la conciencia de su falta, disminuía su interés por el tubiano, y hasta su temor de contrariar al amigo.

—Pablito, yo me vuelvo a casa; — notificó rotundamente, dando media vuelta para desandar el camino.

En los rumores del bosque, susurro de la brisa, canto de los pájaros, chirridos de las chicharras, hubo un repentino silencio y la voz de la niña hendió el aire como el sonido de una campanita de plata, y fuese que el tubiano la reconociera, o alcanzara a divisarla por algún claro, ello es que contestó con un vibrante relincho.

—¡Allá está el potrillo! — exclamaron a un tiempo los dos, y echaron a correr.

A corta distancia concluía la arboleda, y aparecía

el bañado. En primer término, sobre la margen, estaba el tubiano, mirándolos acercarse.

El bañado era una ligera depresión de la llanura, impermeable a causa del subsuelo gredoso. Las aguas pluviales se estancaban allí, formando un lago de escasa profundidad, que se perdía bajo las hierbas acuáticas, unidas en un tapiz de alegre verdor.

Sólo en el centro del bañado, distante algunas cuadras de la orilla, veíase relampaguear el agua, removida por una bandada de gallaretas y por algunos patos, que habían perdido el miedo al fusil de don Bachi.

Los otros habitantes de las lagunas tampoco lo temían, pues nunca tiraba sobre lo que no se comiera. Valoraba de tal modo su pólvora y sus municiones, que era capaz de pasarse un día "gateando" detrás de un caballo, sin montura, hasta dar con el sitio desde donde un solo disparo le rindiera a él lo que le rinde a un pueblero una tarde entera de cacería.

A un hombre así no le huyen ni las gallaretas, ni los caraos, que pasean por la orilla su plumaje desteñido, como el traje de un viudo pobre e inconsolable, ni los tuyangos de alas inmensas, aunque le huyan las tímidas becacinas y los teru-terus lo acosen lejos del nido, para que no se descubran sus huevos.

En un albardón enjuto estaba el potrillo, paciendo el trébol, cuando salieron del monte los muchachos.

Relinchó por segunda vez, y volvió a hundir el hocico en las matas fragantes y frescas, sin alarmarse de Judith, que se le aproximó y llegó hasta palmearle el pescuezo.

—¡Ya lo tenemos! — exclamó Pablito, desenrollando sus riendas, a cuya vista el animal se echó atrás resoplando.

—¡Si lo asustas así, no lo tomaremos nunca! — observó la muchacha.

Pablito no le hizo caso y pretendió enlazar al potrillo, que se largó al trote, sobre el agua dormida, con intención de reunirse a una manada de caballos, que

recorrían el bañado, paciendo el suculento canutillo que crece en los anegadizos y engorda la hacienda más que la alfalfa.

—¡Virgen santa! — imploró Judith. — ¡Si me hubieras escuchado, Pablito, no se nos habría escapado!

El muchacho se sentó en las hierbas y empezó a descalzarse.

—Ha sentido el cencerro de la yegua madrina, y se va con ella; — explicó Judith desolada. — Esa yeguada no es del "Mainumbí". Lo van a robar.

—¡Que sabés vos! — contestóle Pablito penetrando en el bañado, con el agua a media pierna.

—¿Vas a seguirlo?

—¿Cuántas veces quieres que te diga que no volveré sin mi potrillo?

Extendió Judith su cuero de oveja sobre el trébol y se sentó, tentada de llorar, al ver a su Pablito que se alejaba.

—¡Nunca agarrará el potrillo! — pensó. — ¡Y nunca volverá a casa, por no desdecirse! ¡Qué orgulloso es!

Llegaría la noche y él caería rendido de cansancio, y se dormiría en el monte, y un tigre cebado con carne humana, que según ño Cricho andaba todavía por allí, lo devoraría. Y ella también acabaría por morirse de hambre o mordida por una yarará, aguardándolo a la orilla del bañado.

El cielo estaba purísimo en el zenit: un vaho asfixiante alzábase del agua, caldeada por el sol del mediodía.

Los cabellos dorados de Judith se escapaban en tirabuzones por debajo de su sombrerito de brin blanco.

Del pensamiento de la muerte, pasó a otro igualmente triste para ella, y pensó que si hubiera traído su gran sombrero de paja con cinta azul, tendría menos calor y el sol no la llenaría de pecas los brazos desnudos, como a una de las rubias hijas de Calvi, que vió el día anterior.

La silueta de su amigo se iba achicando en el vasto escenario. Judith acabó por quitarse las sandalias, y abandonando el inútil cuero de oveja, entró en el agua. La alivió la sensación de frescura que experimentó. Tuvo sed, pero no se animó a beber aquella agua chapaleada por los animales y llena de saguaypeces, que se le pegaban en las piernas como sanguijuelas.

—¡Pablito! ¡Pablito!

Su voz era una nota insignificante, que se disolvía en la inmensidad del bañado. Nadie la oía y el muchacho continuaba alejándose.

Sin duda la odiaba, porque ella había vuelto a ofenderle con la ostentación de sus conocimientos campestres.

Siguió detrás de él, por la estela de sus pasos en el tapiz de flores menudas que cubrían la superficie.

La profundidad aumentaba insensiblemente. El fondo era resbaladizo y duro, y martirizaba sus pobres pies, ya fatigados del mucho andar.

De trecho en trecho, surgía un carrizal como un islote, y la niña se alejaba de aquel sitio donde solían hallarse víboras enroscadas, con el frío lomo al sol. Anchas hojas de plantas que ella no conocía, temblaban al peso de algún martín pescador, que de pronto caía como un hondazo, rasando el agua para levantarse con una palpitante arista de plata en el pico.

—¡Pobre mojarrita! — exclamaba Judith, a quien su propia congoja volvía más sensible a las penas de otros.

Pablito por fin se detuvo a esperarla.

—¡El potrillo se va al medio del bañado, — le gritó la niña, — donde el agua es honda!

—¡No importa! Yo sé nadar; si tienes miedo, aguárdame en la orilla.

Y prosiguió su marcha.

Judith miró hacia atrás: la orilla estaba lejos; el cuerito de oveja que abandonó formaba una manchita blanca sobre el césped.

Tuvo miedo de quedarse sola y siguió marchando. A él lo sostenía el amor propio, a ella un sentimiento confuso, mezcla de fidelidad al amigo y de vanidad femenina.

De pronto se detuvo. El agua le daba a la rodilla y tenía que recogerse el vestido para no mojarlo.

El espacio limpio del centro, no distaba mucho ya. Miriadas de gallinetas tenían allí su dormidero.

Detrás de una cortina de totoras con hojas tajantes como cuchillos, había una isleta de plantas extrañas, cuyas flores atraían las avispas, que en los árboles carcomidos del bosque labraban sus camatises.

Un picaflor azul, como una turquesa con alas, zumbó alrededor de la cabeza de Judith, que soltó su vestido con la ilusión de aprisionarlo.

—¡Atención! — gritó Pablito. — ¡El tubiano se vuelve!

El potrillo había invadido resueltamente la isleta, confiando en que allí empezaría la tierra firme; pero el ruido de las cañas que rompía, y el alboroto de los gallitos del agua que chillaban desesperados abriendo sus alitas rojas, hizo cundir el pánico en la población de las aguas hondas.

Volaron primero algunas garzas, y detrás se alzó una verdadera nube de gallaretas, con rumor semejante a un largo trueno.

El potrillo se asustó, cambió de rumbo y salió al trote. Los niños se volvieron con el vano propósito de cortarle el camino, antes de que se les perdiera en el monte.

Había cesado la brisa y reinaba un calor tórrido, agravado por la intensa reverberación del agua.

De cuando en cuando la niña se agachaba a mojar las manos, para refrescarse la frente, y echaba de menos el sombrerito de paja. Pablito parecía infatigable y no se daba cuenta de sus sufrimientos.

Pisaron de nuevo el trebolar y caminaron una hora

a la sombra de los árboles, sin encontrar las huellas del fugitivo.

Cuando Judith se convenció de que no lo hallarían se dejó caer en tierra, sollozando.

—Yo no puedo seguir más. Aquí me voy a morir.

Había perdido sus sandalias en el fondo viscoso del bañado y no podía andar por el pastizal en que se ocultaban las fuertes espinas de los algarrobos.

Pablito volvió a la triste realidad, y se sentó a su lado.

—¡Déjame morir y sigue buscando tu petizo! — dijo ella con voz que delataba más su desilusión que su fatiga.

Y escondió la cara en la hierba. Los mosquitos zumbaban alrededor de su cabeza, y él se los espantaba con una varita de hinojo, perfumando el aire.

—¡Me muero de sed! — exclamó Judith sin abrir los ojos.

—¿No tomaste agua en el bañado?

—Tuve asco.

—¡Zonza! ¿No me viste a mí?

—Ahora tomaría; pero no puedo ir hasta allá. No sé ni dónde queda.

—Yo te traeré agua en tu sombrero, — dijo él incorporándose.

—Antes que vuelvas, — respondió ella dulcemente, — yo me habré muerto.

Y así pareció que iba a ocurrir, porque fué cayendo la tarde sin que él volviera. El cansancio la hizo quedarse dormida, con la cara sobre el pasto fragante, para librarse de las picaduras de los mosquitos.

Los pájaros y las cigarras cantaban encima de ella, sin perturbar su sueño; pero la despertó el mugido de un toro.

El bosque se iba anegando en sombras, y los árboles parecían más grandes, y el cielo más lejano.

Se imaginó que Pablito la había abandonado, y se

puso a llorar, lamentando haber salido de su casa sin permiso de su madre.

—Si ella supiera que me voy a morir de sed, tal vez me perdonaría. Pero no sabe, y estará enojada conmigo. ¡Nunca más la veré!

Todo pesar se desvanecía ante la desolación de haber perdido el amor de su madre.

Los mugidos del toro se iban aproximando. Aquella voz potente hacía vibrar las pajas a su lado.

Tuvo intenciones de huír, mas era reflexiva y comprendiendo que descalza no podría correr, se quedó quieta, medio oculta en el pastizal, y rezó a la Virgen para que el toro no la viese.

De pronto se oyó un grito: —¡Judith! ¡Judith!

Se levantó de un salto, y contestó a pleno pulmón. Como tardaron una eternidad en responderle, tuvo miedo de estar soñando todavía.

Pero se abrieron los matorrales que la rodeaban y apareció Pablito Medina, montado en el potrillo, en pelo, con la seguridad de un gaucho.

—¡Hallé agua! — le dijo, saltando al suelo.

—¡Dame! — exclamó ella, desesperada de sed.

—Unos carboneros andaluces, que allí vienen, traen una vasija.

Antes que éstos llegaran, él le refirió que al separársele no acertó con el bañado y se perdió en el monte, y anduvo horas dando vueltas, hasta que oyó el ruido de un hacha y el crujido de un árbol que se derrumbaba estrepitosamente.

El hachador lo condujo a un sitio próximo, donde varias familias de agricultores andaluces estaban desmontando una gran extensión de campo para colonia, y transformando en postes y carbón la inmensa arboleda.

Allí había ido a parar el potrillo saltando el último alambrado del "Mainumbí", para entramparse en un cerco de ramas donde lo tomaron.

Pablito refirió su aventura a los colonos, que le hi-

cieron corro y dos de ellos le prometieron acompañarlo a buscar a Judith.

—Es la hija de la dueña de ese monte, — les dijo mostrándoles el campo, cuyo término señalaba un alambrado roto por los cuatreros, que de tiempo en tiempo saqueaban las estancias.

Chirrió la rondana de un pozo cavado por los hachadores. Pablito bebió de bruces en el balde, llenaron un porrón para la niña, y montado en el potrillo se internó otra vez en el monte, acompañado por dos de sus nuevos amigos, que iban gritando el nombre de Judith.

Ésta apenas comprendió el relato, porque se echó a beber ansiosamente. Después la alzaron sobre el potrillo, y los carboneros los escoltaron hasta el camino real.

Los dos niños llegaron solos al "Mainumbí", pues sus guías declararon haberles prestado auxilio por humanidad y no por interés, y nada los decidió a aproximarse a las casas.

Judith ya no tenía miedo de su madre y sí un inmenso deseo de echarse en sus brazos, segura de ser perdonada, una vez que oyera lo que le iba a decir.

Merceditas e Irene, que aguardaban con angustia la vuelta de los que habían salido en busca de los niños, lanzaron un grito jubiloso al verlos aparecer enancados en el potrillo.

Y antes que Pablito contara nada, Judith, apretándose contra el pecho de su madre le dijo:

—Mamá, perdóname porque he estado por morirme, y abrázalo a Pablito porque él me ha salvado la vida.

Merceditas sin pedir más explicaciones, atrajo al muchacho y lo envolvió en el mismo abrazo con que tenía presa a la niña.

VI

Un hombre sin nombre

La lluvia anunciada por las moscas de don Silvano Urtubey, comenzó a descargarse en la mañana del día siguiente.

La isla desapareció bajo una espesa neblina, y la tierra sin declive absorbió hasta saturarse los primeros chaparrones, y empezó luego a anegarse.

En dos días los caminos recién terraplenados se pusieron intransitables y los colonos temieron que fermentaran sus parvas penetradas de humedad, y que se pudrieran de raíz sus alfalfares inundados.

Al anochecer del tercer día en medio del aguacero se arrimó a la cocina de los peones del "Mainumbí" un hombre flaco y alto, con barba de dos semanas, enjuto y amarillento. Llevaba un largo sobretodo color de greda, que chorreaba como un pincel.

Saludó a Pablo Medina, descubriendo su cabeza pequeña, desguarnecida de cabello, y habló con fuerte acento francés, pero en buen castellano.

—¡Buenas noches! Yo me llamo Jules Vernon y cazo pájaros con red, para los hoteles de la ciudad. Vengo de muy lejos en lancha, por el río; y hace tres días que no enciendo fuego, porque no tengo ningún refugio contra la lluvia. ¿Podría dormir esta noche aquí? He dejado mi lancha en la costa y estoy enfermo.

El capataz del "Mainumbí" tenía órdenes precisas respecto al recibimiento que debía dispensar a los vagabundos que con un atado de ropa en la punta de un palo, recorren la provincia por las vías del ferrocarril, pidiendo trabajo o comida en las estancias, y duermen en el talud de los terraplenes, o al abrigo de un cerco de paraísos. Esos *linyeras,* como se les llama, son extranjeros siempre, y a menudo elementos peligrosos que tienen sus razones para no establecerse definitivamente en un lugar.

Merceditas había ordenado que se les diese de comer, se les proveyese de algo más para el camino, y se les obligase a seguir su marcha.

Jules Vernon comprendió por qué vacilaba el capataz en responderle y dijo:

—Yo no soy un *linyera.* Junto a la barranca está mi lancha; tengo mis papeles en regla. Pero mi negocio va mal; no puedo vender lo que cazo y hace tres días que estoy enfermo y calado por la lluvia. ¿Debo ir a otra parte?

—Entre—le dijo Pablo Medina.—Voy a consultar a la señora. Tome unos mates o una taza de café caliente, mientras le dan de comer y se seca su ropa.

El francés entró en la cocina donde Irene preparaba la comida de los peones. Le ofrecieron un mate.

—Gracias; no sé tomar. Si me diese un poco de tabaco...

En ese momento llegó Pablito Medina. Rara vez comía en la mesa de Merceditas, porque ésta quería marcar la distancia a que estaba el muchacho con respecto a su hija, ya que no podía evitar que travesearan juntos.

El extranjero lo miró con interés y Pablito le dijo con aplomo que su nombre le gustaba, porque se parecía a Julio Verne, su autor predilecto.

El extranjero sonrió y respondió con melancolía:

—Mi nombre es lo que me ha perdido. Por llamarme así me gustaron más los libros de ese gran com-

patriota mío y me nació el amor a las aventuras. Hace veinte años que me largué a recorrer el mundo. Ahora no poseo más que una lancha, que yo mismo he construído, y cuando hace mal tiempo, tengo que pedir refugio en la costa, para no morirme de frío...

Pablito no era capaz de percibir la moraleja de esa manifestación; bastábale saber que aquel hombre llevaba una vida aventurera, recorriendo los ríos en una embarcación construída por él mismo, para admirarlo profundamente.

Volvió al comedor y refirió lo que acababa de saber, y Judith, no menos aficionada a las cosas exóticas y a las aventuras, suplicó a su madre que permitiera al pajarero dormir en el galpón de la trilladora, para escucharle al día siguiente el relato de su vida.

Ese mismo día, por otro camino llegaba al almacén de Creus otro hombre, también de extraña catadura, aunque podía colegirse por detalles de su traje que no era un vagabundo.

Llegó en un momento en que la lluvia arreciaba, pero antes de entrar quiso averiguar qué gente había en aquel refugio y avanzó la cabeza por la puerta entornada, y viendo casi desierto el local penetró resueltamente.

El almacenero, medio echado sobre el mostrador, repasaba unas libretas, aprovechando la tranquilidad en que lo dejaba la ausencia de parroquianos.

A esa hora no había allí más que Roteta, uno de los borrachos más calificados del lugar, durmiendo en un banco, con la espalda apoyada en la pared y la barba en el pecho.

Creus contestó el saludo del recién llegado sin levantar los ojos de sus papeles. Luego quiso ver quién era el extraño cliente que se aventuraba a salir con ese tiempo, y se intranquilizó más por lo que dejó de ver que por lo que vió, pues el otro fué a sentarse en un rincón alejado y obscuro.

Era un hombre alto y fornido y ágil en sus movi-

mientos, a juzgar por la facilidad con que se despojó de su capote y lo arrojó sobre un taburete y colocó sobre él un maletín que llevaba.

—¡Caramba! ¡cómo llueve! — dijo, sin mostrar la cara, oculta bajo el ala del sombrero.

—Si esto sigue, — respondió Creus, — será bueno que aprendamos a cantar como las ranas, para irnos haciendo a esa vida.

Aprovechó este comienzo de conversación para acercársele y encender la lámpara colgada de una de las vigas del techo.

La noche iba cerrando impenetrable y fosca, y la precaución de Creus no dejaba de ser oportuna.

El desconocido no pareció alegrarse de la luz, y hasta reprimió un gesto de inquietud, cuando el almacenero, aproximándose a su mesa, le preguntó:

—¿Qué quiere servirse?

—Deme una ginebra.

—Eso es bueno contra la humedad,— dijo Creus.

El otro se quedó callado.

Roteta soltó un ronquido, y cambió de postura.

Creus trajo la botella y una copita y escanció el licor, guiñando un ojo:

—Si llega a oler la ginebra, por dormido que esté, se va a despertar.

El desconocido levantó la cara al beber, y la luz marcó sus facciones ajadas por la edad, por el dolor o por los vicios, y Creus, que lo miró ávidamente, se le sentó cerca y le llenó de nuevo la copa.

—Con una sola no hacemos nada.. Hace tres días que llueve. Necesitamos tres copas, para no herrumbarnos. Y el amigo Roteta necesita una damajuana.

El desconocido apuró la segunda copa, y pareció más dispuesto a hablar.

Por tercera vez Creus sirvió ginebra, y después de algunos circunloquios le espetó una declaración que al otro lo hizo estremecerse.

—Yo lo he visto a usted, señor, ¿no es así?

—No, no es así, — respondió secamente el interpelado. — Yo nunca he venido aquí.

—En alguna otra parte, hace muchos años...

—En ninguna parte ha podido verme.

El modo con que decía esto era para quitarle ganas de insistir al más curioso, y el almacenero resolvió morderse la lengua, y alejarse del torvo parroquiano, después de recoger el billete que con gesto de gran señor echó sobre la mesa.

—Aunque me jures por las cenizas de tu abuela, — gruñó entre dientes, — yo te he visto en alguna parte... ¡maldita sea mi mala memoria!

El desconocido echó una ojeada por la ventana, en cuyos vidrios se cuajaban los hilos de la lluvia.

Entreabrió la puerta y se asomó al camino y volvió a sentarse desanimado. Todo era negro afuera.

—Yo no conozco esta región. ¿Cuándo cree usted que aflojará el mal tiempo?

—¡Cuando Dios quiera! — respondió Creus, sin moverse de atrás del mostrador; y agregó para sí: —Ahora tú quieres charla, y yo no quiero; ¡fastídiate!... Pero ¿dónde diablos te he conocido yo?

—¿Puedo pasar la noche aquí, pagando lo que sea?

—Sí, señor; quédese.

El otro se animó y comenzó a hablar; pero el almacenero se limitó a responderle con monosílabos, espiándolo de reojo, hasta que lo vió ponerse de codos sobre la mesa y dormirse como un hombre rendido por la fatiga.

—¡Quedas bien acompañado! — refunfuñó al rato el almacenero, guardando el dinero del cajón, y metiéndose en la trastienda.

Llovió tanto esa noche que las nubes agotaron sus odres y antes del alba emigraron hacia el mar lejano a llenarlos nuevamente.

El sol nació en un cielo manchado por ligeros copos de algodón que el viento barría; y la actividad renació en las chacras y en los corrales.

Creus halló a su desconocido platicando en voz baja con Roteta.

—Tráiganos un pan, una lata de sardinas, para cada uno, y un litro de vino.

Creus, sin apresurarse, desatrancó la puerta del almacén por cuyas rendijas se filtraban los rayos casi horizontales del sol, y la abrió de par en par. Luego atendió el pedido de su cliente, chocado de su intimidad con aquel perdulario de Roteta.

Después que hubieron comido y apurado las botellas, pagó el desconocido y salieron los dos juntos.

Creus los espió desde el umbral hasta que se perdieron en el bosquecito de ombúes, que guarnecía la barranca, en dirección al "Mainumbí".

El pajarero, que durmió en el galpón de la trilladora, fué despertado por Pablito, quien lo invitó a tomar en la cocina de los peones una taza de café, y le prometió llevarlo a un corral, donde había siempre bandadas de morajuses, gorriones y golondrinas, en tal cantidad, que le faltarían redes para cazarlos.

Pero antes visitaron el fondeadero de la lancha.

Jules Vernon saltó a bordo, seguido del muchacho, incansable para oir los relatos de un hombre que había vivido como los héroes de sus libros de aventuras.

No podía el pajarero tender sus redes para los pájaros mientras la tierra no se orease. Por eso dedicó el día a pasear a su joven amigo en su lancha, río arriba río abajo, enseñándole el manejo de sus dos velas, detalle interesantísimo para quien sólo había conducido la canoa de ño Cricho, con su rústica espadilla.

Esa tarde, en llegando a las casas, contagió su entusiasmo a Judith:

—Ya sé manejar la vela. Si mañana hace buen tiempo, Jules Vernon saldrá a cazar morajuses en el corral de los caballos, y yo quedaré dueño de la lancha, y me iré solo hasta San Albino...

El corazón de Judith palpitaba locamente. ¡Qué no habría dado por acompañarlo en aquella aventura, si su madre se lo hubiera permitido!

—Solo, hasta San Albino — repitió Pablito orgullosamente; y luego añadió con aire de misterio:

—Hay un hombre que se ha pasado el día en la orilla del río. No es de por aquí. Tenía un anzuelo, pero no pescaba. He cruzado veinte veces delante de él, con la lancha, y me ha mirado, como si fuera a hablarme.

—Quisiera verlo...

—Bueno: mañana a la siesta, cuando Jules Vernon se haya ido...

Al día siguiente hizo mucho calor y Merceditas se acostó después del almuerzo, permitiendo a Judith que se refugiara en el naranjal.

Acompañábala una sirvienta que se durmió sentada en el suelo, al pie de un naranjo, con la costura en la falda; y Judith, tendida en su hamaca balanceada por el viento, no tardó en cerrar los ojos.

Pablito velaba, y cuando lo juzgó oportuno llegó de puntillas hasta el naranjal.

Halló dormida a su amiga y quedó un instante suspenso, mirándola, con una emoción nueva en él.

Los largos años de la niñez, repletos de sensaciones y de imágenes se concentran a veces en un recuerdo único, que es como la clave de todos los otros.

Con sólo evocar ese recuerdo, recibimos la impresión de toda una época, y podemos arrancar de ahí, para rehacer nuestra propia novela.

Pasarían muchos años, llegaría la juventud, luego la madurez, echando sobre las penas y las alegrías de la infancia, una corteza de indiferencia y de olvido; mas en la memoria de Pablito permanecería siempre viva esa dulce emoción.

En ese momento cantaban las cigarras y un olor de flores invisibles envolvía el naranjal; la hamaca estaba inmóvil y las abejas de oro zumbaban, junto a

los labios de la niña, más dulces que las granaditas del mburucuyá.

Pablito las espantó y el roce de su mano despertó a Judith.

—Vamos al río. Hay un vientito de la isla, y con la vela puedo remontar la corriente.

Judith se dejó tentar por la aventura, se descolgó de la hamaca, y los dos partieron furtivamente.

Para aquietar su conciencia y librarse de mayores castigos, dijo la niña:

—Yo no subiré en la lancha, pero te veré manejar.

¡Imprudente promesa! Cuando el muchacho se embarcó y desplegó la vela, que restalló alegremente en la brisa del Este, y se sentó en el timón ciñéndose la escota a la mano izquierda, y la proa cortó como un sable la parda corriente del río, y ella se quedó al pie de la barranca, sin más compañía que la de los cangrejos refugiados en las anfractuosidades de las toscas, se arrepintió de ser buena y obediente y estuvo a punto de llamar a gritos al joven marinero, para que la arrebatara en su barquito a las vulgaridades de su vida.

La dejó petrificada la súbita aparición de un hombre desconocido que le dió las buenas tardes y le pidió permiso para echar sus anzuelos en ese lugar.

La niña se tranquilizó desde que le ofrecían oportunidad para exhibir su experiencia campestre.

—Aquí no picará nada, — respondió. — Si quiere sacar algo, tire los anzuelos en el rincón, abajo de aquellos sauces. Pero tenga cuidado de que su línea no se enrede con los espineles nuestros.

—Entonces prefiero echarlos aquí, aunque saque poco. Aquel sitio ya está ocupado.

El hombre la hablaba con cortedad y bebía sus respuestas, como si las palabras de Judith fueran infinitamente dulces.

Tenía en la mano dos líneas de anzuelos y las arrojó al río.

Judith sonrió con superioridad.

—Las ha tirado mal; primero debe tirar una, después la otra. ¿Quiere que le enseñe?

Tal proposición llenó de alegría al desconocido, que retiró del agua sus líneas y las puso en manos de su deliciosa maestra.

Ella examinó los anzuelos, y al verlos asegurados al cordón con un palmo de alambre de cobre, artificiosamente enrollado, dijo:

—Estos anzuelos se los habrá comprado a ño Roteta. No hay nadie que los haga tan bien como él, cuando no está "bebido".

El desconocido respondió que sí, y ella revisó las carnadas, las olió, declarándolas demasiado frescas, aunque podían gustarles así a los "patises", y con toda la seriedad del ritual, hizo zumbar las amenazantes lengüetas de acero alrededor de su cabeza de oro, y las arrojó al medio del río.

A todo esto la lancha de Pablito no era más que un fugitivo pedazo de vela perdido entre las sinuosidades de la costa; pero eso ya no la preocupaba a Judith, atraída su curiosidad por aquel hombre, que empezó a hablarla con embeleso y cuyos relatos le causaron la impresión de transportarla a regiones que ella había soñado.

No parecía impacientarse de la escasez de pesca en aquel sitio; ni siquiera vigilaba sus líneas porque todo el tiempo miraba aquellos ojos azules, como las santalucías, que seguían con afán sus movimientos...

Ambos habían perdido la idea del tiempo que iba pasando.

—Yo tenía una hijita que se llamaba como tú, Judith... — dijo él.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y la niña, sin pensar que podría ser un recuerdo doloroso, le preguntó.

—¿Y qué se hizo su hijita? ¿se murió?

—No... — respondió él, con un gesto amarguísimo. —No se murió...

—¿Qué se hizo?

—¡Me la robaron! Tenía cinco años cuando la vi por última vez. Yo me iba al campo, y ella me pidió que le trajera nidos. Era invierno, y hubiera sido imposible traérselos...

—¡Realmente! — exclamó Judith sonriéndose. — Su hijita no sabía que en invierno los pájaros no hacen nido.

—¡No lo sabía! Pero yo, por complacerla, hubiera dado la vuelta al mundo, y habría llegado a países donde los pájaros anidan cuando aquí es invierno...

—¿Por qué, más bien, no la llevó? Si ella hubiera sido como yo, habría querido viajar con usted por esos países...

—Cuando volví, ya mi hijita no estaba donde la dejé. Nunca más la ví. Me olvidó, sin duda. Pero habrán tenido que decirle que me he muerto, porque de otro modo no me hubiera olvidado.

Judith se puso pálida.

—¿Su hijita se llamaba Judith? ¿Su hijita le pedía que le trajese nidos cuando iba al campo? ¿Su hijita tenía cinco años, y para que lo olvidase le contaron que había muerto?

—¡Sí, sí!

—¡También eso me contaron a mí! — murmuró en voz baja.

Encendíase en su memoria un indeciso resplandor y veía como las escenas de una historia de niños, el tiempo aquel en que pedía nidos a su padre.

El desconocido no la miraba ya; sus ojos se perdían en el suave horizonte, semejante a la línea del mar. Judith le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Y él respondió con aire sombrío:

—¡Yo soy un hombre sin nombre!

Y ella se puso a temblar, pero se oyeron las voces

de los que advirtiendo su ausencia la buscaban por aquellos lugares y alzó el vuelo, como un pájaro asustado, y aunque hubiera preferido ocultar aquel encuentro, al verse frente a su madre que la esperaba inquieta e iracunda, se lo contó para excusarse:

—Mamá, ahí al pie de la barranca se me acercó un hombre, que llevaba unos anzuelos y no sabía pescar. Mientras yo le enseñaba, me contó que hace muchos años le robaron su hijita, que hoy sería de mi edad y se llamaba Judith, como yo.

Merceditas, que intentó cortar esa charla, súbitamente se interesó.

—¿Qué más te dijo? ¿Le preguntaste su nombre?

—Sí, mamá.

—¿Y cómo se llama? — interrogó con ansiedad Merceditas, y Judith respondió, extremecida aún por el miedo que le causara la respuesta:

—¡Me ha dicho que no tiene nombre! ¿Cómo puede ser que no tenga nombre?

Merceditas comprendió que su marido había vuelto, vencido por el amor a la hija, y se espantó del peligro que corría su obra de tantos años. Empujó adentro a la chicuela, amenazándola con los más pavorosos castigos, si se asomaba al patio.

—Ese hombre debe de ser un ladrón, que busca maneras de entrar en la casa.

—No, no es un ladrón, mamá; ese hombre lloraba...

Merceditas encerró a su hija y se metió en su despacho a pensar lo que debía hacer.

El capataz fué a pedirle instrucciones para el día siguiente, y ella lo sorprendió con la más inesperada de las órdenes:

—Tenga pronto el break para las seis de la mañana; quiero tomar el tren de las siete. Me voy con Judith a Buenos Aires.

—¿No se ha olvidado, señora, de que mañana a la tarde llegará misia Enriqueta?

—¡Pobre mamá! Se va a encontrar muy sola; pero

no puede ser de otro modo. Tenga el coche listo para esa hora.

Y así huyó Merceditas por segunda vez de su marido.

Quería a toda costa cumplir su plan, soterrando a Judith por cinco años en un colegio, para traerla sólo cuando pudiera entregarla al hombre digno que la salvaría del abismo en que había naufragado su propia vida.

VII

El lucero del alba

Ante su madre y don Félix justificó después su conducta, relatándoles el encuentro tenido por su hija y mostrándoles su inflexible resolución de alejarla del que podía corromperla con su ejemplo.

Pero a sí misma tuvo que confesarse que esa no era toda la verdad.

Monzón le había dicho: "Si Hernandarias hubiera muerto, ¿quién se lo contaría?"

Y ella se alegró de vivir sin noticias, pareciéndole que de ese modo se aminoraba la culpa de haber permitido que otro hombre la hablase de amor.

La aparición de Hernandarias la horrorizó, y quiso alejarse del uno y del otro, y anticipó el viaje que había venido preparando para ese otoño.

Don Félix aceptó la explicación, y se guardó de intervenir, aleccionado con la anterior experiencia, de la cual no sacó más que el vivir siete años sin ver los ojos azules de Judith; y misia Enriqueta, aburrida de su soledad en "Las Avispas", se volvió a la ciudad, y se encerró en su casa, cuyos patios sombreados por un parral y cuyas gruesas paredes hacían más soportable el ardiente verano santafesino.

Judith partió sin pena, porque a su edad todo viaje es una ilusión, y cuando más tarde ingresó a uno

de los más aristocráticos colegios de Buenos Aires, la novedad de cuanto la rodeaba, distrájola y en todo halló gusto, en los libros nuevos, tanto como en la amistad de sus compañeras.

Pero hecha a la vida activa y libre del "Mainumbí", no tardó en fatigarse de la monotonía de sus quehaceres y de la estrechez de su horizonte, y su corazón aventurero se llenó de nostalgias.

Mientras sus compañeras absorbían a ocultas novelitas sentimentales o aprendían versos de amor, ella devoraba libros de viajes, llevados por don Félix de contrabando, en sus visitas mensuales.

Hablaban de las cosas del "Mainumbí", y trataba don Félix de echar la sonda en el corazón turbulento de Judith, para ver si alguna pasión prematura la agitaba.

La chicuela sólo pensaba en viajar, y su ideal compañero de viaje era siempre el mismo Pablito Medina.

Ella y su tío planeaban expediciones al interior de la isla, que ella se imaginaba poblada de peligros, entre víboras y yacarés y algún tigre escapado a los fusiles de los antiguos cazadores; y el recuerdo de esas conversaciones aliviaba la pesadumbre de las horas de clase y de los desaprovechados estudios.

Pero Merceditas determinó que su hija veranease en Mar del Plata o en Montevideo.

La visión del océano consolaba levemente a Judith, aunque la llenaba de anhelos extravagantes, como el vivir en las chozas de los pescadores, y salir en sus barcos, mar adentro.

Su madre no comprendía tales divagaciones y sólo permitíale ver de lejos las cosas que tanto la atraían. Quería formarla sólidamente para una vida normal, en un hogar serio.

La belleza de la muchacha se desplegaba soberanamente. Había heredado la elegancia de su padre, y era alta, de modales dulces y vehementes, y parecía invencible, si no la atacaban por el amor o el engaño.

Merceditas la contemplaba con inquietud; antes de la época prevista por ella, sería una mujer, y Monzón no tendria que esforzarse para enamorarse locamente. ¿Pero aceptaría ella el destino que su voluntad le preparaba?

Nunca más hablaron del hombre sin nombre que Judith encontró al pie de la barranca, y como no podia ser que su recuerdo se hubiese borrado enteramente, Merceditas comprendió que iba perdiendo la confianza de su hija.

En tres años Judith no volvió a la estancia y hacia el tercero, don Félix observó tal cambio en la salud de ella y en su temperamento, que alarmó a la abuela y se confabularon con los médicos a fin de que la dejaran pasar el verano en el "Mainumbí".

Y la madre cedió esa vez, porque la ausencia de su hija la dejaba sola, en medio de una tentación que el tiempo no amenguaba.

Monzón visitábala de tarde en tarde, a veces con Urtubey, a veces con don Félix, y Merceditas no suprimía esas visitas, por no dificultar sus planes, y porque el más áspero moralista no hubiera hallado nada censurable en su conducta.

¡Pero qué vigilancia de sus gestos más insignificantes, y qué lucha con sus pensamientos más hondos, le costaba esa rectitud!

Nadie había penetrado su secreto y si un día Monzón pudo envanecerse de haber vislumbrado el amor de ella, debió concluír por confesarse el propio engaño, ante su inmutable serenidad.

Los años habían marcado con vigor las líneas de su hermosura grave y fría, como la de un mármol. Vestía siempre conforme a su promesa, trajes de telas obscuras, cerrados en el cuello, y quien la veía, aun sin conocerla, podía pensar: "He ahí una voluntad hecha carne".

Los primeros días de esas vacaciones, pasados en la estancia, fueron para Judith una permanente ale-

gría. Como si en los tres años de ausencia todo hubiera debido cambiar, no esperaba hallar los mismos detalles en el amado paisaje y la enternecía la fidelidad de las cosas.

Sobre el bardal tordillo de la cabeza de ño Cricho, no se notaba una cana más; y el rancho de don Bachi seguía afrontando los pamperos y las lluvias al amparo de sus dos algarrobos. Cecilia era siempre la dueña de casa y su padre continuaba sobando lonjas sin hallar tiempo para cosas de más provecho, a causa del parejero.

Eso sí, el parejero que ahora cuidaba no era el zaino de antes, que murió "picado" por una víbora, sino un castaño malacara, a cuyas patas veloces había entregado su porvenir la familia de don Bachi, con la misma ciega confianza.

Sólo Pablito parecía cambiado. Había salido del colegio, antes de los exámenes, porque aquellos estudios no le servirían, después de convencer a su padre que su vocación era la marina.

Ese verano sería el último que pasaría en la estancia, y su padre le regaló un winchester, que el muchacho ardía por estrenar contra los yacarés de la isla.

Cuando llegó Judith de Buenos Aires y se encontraron los dos, su actitud no fué de antiguos camaradas gustosos de verse. La niña se había ruborizado bajo la fría mirada de él, que siguió limpiando su fusil. De repente sus ojos se animaron.

—¿Sabes que soy más alto que tú?

Así era, en efecto; durante esos años se había estirado de tal modo que sobrepasaba a la niña en medio palmo.

Judith se encogió de hombros, pensando que si no la aventajaba más que en eso, no valía la pena de inflarse tanto. Pero no le respondió nada; quiso hacerle sentir quién era ella, y mandó a Pablo Medina, el capataz, como habría mandado a un peón, que le ensillara su caballo, el tubiano, para dar un galope por la costa del río.

Así terminó la primera entrevista de ambos. Durante una semana Judith afectó la mayor indiferencia, y él no pareció afectarse mucho.

Al cabo de una semana ella había recorrido toda la estancia, y cabalgado por todos los caminos, y comenzaba a aburrirse de andar sola, o en compañía de personas que no comprendían sus gustos.

Pablito seguía absorto en su winchester, matando vizcachas o liebres, y esperando la oportunidad de una excursión a la isla.

Judith lo espiaba, dispuesta a perdonarlo en cuanto él la buscase; pero eso no ocurría, y ella se convenció de que nunca más volverían a ser amigos.

Equivocadamente piensan los hombres que las penas de los niños son menos intensas que las suyas. Muchas noches Judith mojó su almohada con lágrimas tan ardientes como las que andando el tiempo otros dolores la harían derramar. Y más la afligía la certidumbre de que si por acaso alguien la viera llorar, se burlarían de lo que a ella le parecía peor que la muerte.

La verdad es que en la niñez la imaginación es más inquieta y vivaz, y se detiene poco a considerar los motivos de tristeza, y recibe luz de todos los rumbos, y no tarda en perseguir una ilusión nueva, con lo cual el corazón deja de cultivar su pesadumbre.

Un sábado a la tarde llegó don Félix, por el tren, con abundante provisión de cartuchos y armas y con un regalo para Judith que la transportó de alegría, una fina escopeta de mediano calibre, para que ella cazara a su arbitrio en las excursiones que iban a hacer.

La niña se le arrojó al cuello y le cubrió la cara de besos.

Merceditas examinó la escopeta, en su rico estuche, y experta en el valor de las cosas, dijo:

—Eso le ha costado el sueldo de un mes, seguramente: ¿se ha vuelto loco, tío Félix?

—¿A dónde vas a parar, Merceditas? Hace veinte años me habría costado el sueldo de un mes o dos.

Ahora soy casi rico; ya me sobraba con el que tenía, y acabo de saber que en el presupuesto de la provincia, para el año que estamos pisando, figura mi puesto con cuatrocientos pesos más; lo que vale tu escopeta, Judith.

Pablito se paseaba por la galería, espiando la escena y muerto de ganas de ser invitado a la excursión.

Judith lo observaba de reojo, satisfecha de que algo sufriese. Pero al fin tuvo lástima y dijo a su tío:

—Al pobre Pablito se le va a reventar la hiel, de ganas de ir con nosotros.

Don Félix se asomó y llamó al muchacho.

—Vamos hasta el ombú de ño Cricho a prevenirle que seremos cuatro, y que prepare su canoa.

Pablito saltó de gozo, y juntos salieron, a tiempo que el sol se hundía en el horizonte dorado de los trigales maduros.

Alcanzaron al isleño en el camino del almacén, donde sin duda había hecho algún negocio de pescado, porque se dirigía a su ombú con un frasco de caña y una bolsita henchida de "vicios", y su paso no era del todo firme.

—¿Cuántos caben en tu canoa, Cricho? — preguntó don Félix, tras los saludos consabidos.

—Asigún sean "moncholos" o "patises" — respondió el viejo echando una mirada compasiva a la esmirriada figura de don Félix; y este explicó quiénes serían los excursionistas.

Habían llegado al ombú, entre cuyas ramas ocultó ño Cricho sus víveres, mientras Pablito aguardaba, con el alma en un hilo, una respuesta de la cual dependía que estrenara su winchester en los yacarés.

Al cabo de un rato habló ño Cricho:

—Si los pasajeros han de ir quietos y callaos, sí cabemos los cuatro. Pero si les da por suspirar, cuando empiecen los mosquitos a picarlos, más valdrá volverse...

Pablito juró que él era curtido para toda especie de sabandijas.

—A más es güeno averiguar a qué vamos a dir a l'aisla: si a cazar o a fijar, o a otra cosa, doy por caso a tirotiar a los yacareses.

—¡A todo! — se apresuró a responder Pablito, y don Félix asintió.

Ño Cricho miró con ternura el escondrijo de su frasco.

—Entonces hay que acostarse "fresco", pa levantarse antes que el lucero. Los patos son madrugadores, y el estero no está muy cerca.

Recorría su covacha alumbrada por los últimos fulgores del crepúsculo, y juntaba los enseres indispensables para la expedición. Sacó al aire la chuza o fija, para que la examinasen.

—¡Es nueva! — dijo cogiendo con la rugosa mano, la taza de bronce de la terrible punta de acero, y enastándola en la recia caña tacuara.

La blandió, haciendo ademán de arrojarla sobre su perro, el cual, seguro del amor de su dueño, permaneció echado, con el hocico en la fría ceniza.

—¡Ta güena! La otra era una vara de sauce, que se me quebró. Con ésta no hay cuidau. La cadena es viejona, pero no la han de cortar los surubises por mucho que bellaqueen.

Se quedó pensativo y al rato, movido por una irresistible tentación, se encaramó con la agilidad de una comadreja a una rama del ombú y don Félix y Pablito lo sintieron rezongar contra unos nudos que no podía desatar y lamentarse de haber dejado su cuchillo. Alcanzóle don Félix el zuncho filoso que le servía para destripar los pescados, y luego se descolgó ño Cricho a tierra, con un cuidadoso envoltorio de lonas embreadas, que desenvolvió ante la espectativa de sus visitantes.

—Este es un fusil "guacho"; — dijo al deshacer la última vuelta de la lona, descubriendo un antiguo fu-

sil de largo caño. — No tiene padre, ni madre. Está herrumbrándose, porque hace mucho que no lo saco al sol; pero entuavía es siguro, asigún quién lo maneje. Tiene más de cincuenta años en mi poder; y no lo uso Dios sabe desde cuándo, por no comprar pólvora; y aquí lo tengo escondido, pa que no me lo codicee el gallego Creus, que se ha ido quedando con todas mis pilchas, diz que porque no le pago, como si no juera pagarle de más, darle montonazos de cueros de nutria y de carpincho, cada vez que repunta el río, a cambio de un kilo de yerba apolillada o de galleta podrida. Se carga por la boca y le dentra munición a puñados, como pa rociar con un solo tiro el estero de punta a punta...

Don Félix tomó el fusil y lo examinó a la luz de un fósforo.

—¿Guacho decís? Este ha sido paraguayo...

—Habrá sido, pero ya no es. Mi trabajo me costó despachar a su dueño pa l' otro mundo. Jué después de una batalla. ¡Paraguayo de mal genio! Me insultaba en guaraní, cuando me arrimé a despenarlo porque estaba mal herido. Válgale que no entiendo esa lengua, que de no, algo le hubiera dicho. Lo achuré callau, pa no ofenderlo de más, y me guardé l' arma pa recuerdo.

—¿Y no tenés con qué cargarla?

—En el almacén ha de haber, pero yo no quiero ir, por no darle qué maliciar al gallego Creus.

No le agradaba a don Félix exponer su fina escopeta de cartuchos a la concurrencia de aquel formidable fusil que escupía plomo suficiente para acabar de un tiro con una bandada de patos crestones; mas porque ño Cricho no se resintiera, mandó comprar con Pablito pólvora, munición y fulminantes, de los que se proveían los cazadores isleños.

—A las tres de la mañana estaremos aquí — dijo don Félix.

El viejo, halagado por la perspectiva de una jornada en que "chuparía" bien, ganaría lo bastante para

pasar una temporadita sin registrar los espineles ajenos, y haría admirar su pulso, manejando el fusil o la fija, contestó muy amable:

—No hay por qué costiarse tan lejos. A esa hora puedo estar yo aguardándolos con la canoa en la bajada del "Mainumbí". Allí es fácil cortar la correntada y "bandiar" el río.

Don Félix regresó a la estancia cuando ya había cerrado enteramente la noche.

Merceditas, rezongando contra las veleidades de su tío que fomentaba el espíritu andariego de su hija, acababa de colgar en una silla, a los pies de su cama, el traje más a propósito para una cazadora, que debía pasar un día al rayo del sol, en los esteros.

No quiso oponerse a una excursión soñada mil veces por Judith. Iba acercándose el tiempo en que intentaría dirigir aquella vida joven e impetuosa por el cauce tranquilo que le preparaba, y no quería malquistarse su voluntad. Y ella misma se encargó de despertarla.

A Judith le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando su madre la arrancó del sueño:

—¡Ya es hora!

En un santiamén se vistió su traje de brin blanco, y fué al comedor donde estaba don Félix, bajo el redondel luminoso del quinqué, desayunándose con un tazón de café con leche.

Pablito, según le dijeron, los aguardaba en la costa, lo cual desagradó a Judith, pues desbarataba su propósito de mostrarle su indiferencia.

Judith se cruzó la escopeta a la espalda y don Félix hizo igual y salieron, alumbrados por un farolito que un peón llevaba a ras de tierra, para que la niña no fuera a pisar alguna víbora.

No había luna. La noche era tibia y transparente, como una copa de cristal azul que cubriera el mundo.

Un gallo aleteó en el gallinero y su canto cubrió la llanura; un canto igual resonó a la distancia, y luego

otro, y otro, cada vez más lejos, señalando el lugar de una granja o de un rancho.

Don Félix llevaba a Judith de la mano, aunque ella conociera mejor el sendero, y juntos bajaron hasta la canoa en que ya estaba Pablito sentado sobre la canasta de provisiones, acariciando su winchester.

No bien se embarcaron, ño Cricho, que permanecía en la orilla, con el agua a media pierna, se agachó sobre el taco y de un recio empujón echó la canoa hacia la hondura y saltó a bordo.

La canoa se deslizó remontando al sesgo la negra corriente, salpicada por la temblorosa imagen de las estrellas.

—¡Aquel es el lucero del alba! — dijo don Félix, apretando el brazo de Judith, muda de emoción.

Miró la niña el astro que se levantaba como otro farolito, sobre la proa misma, y no pudo contener una exclamación, que hizo gruñir a ño Cricho:

—Habíamos convenido que iban a ir callaos y quietos...

Judith se contuvo, sin dejar de mirar el lucero, que renovaba en ella una emoción muy lejana.

Parecíale recordar que un día de viaje, siendo muy niña, le dijeron para decidirla a sacudir el sueño:

—Si te despiertas voy a mostrarte el lucero del alba, que es el diamante con que la Virgen se prende el manto.

Se levantó con mucha curiosidad y se dejó llevar en brazos hasta el callejón donde los aguardaba un coche con los faroles encendidos.

Era en el campo; le enseñaron el lucero, prendido en el cielo azul como un gran brillante, y le besaron los ojos con sueño.

¿Quién era el que la habló y la tuvo en los brazos y la besó en los ojos?

Por fin, después de haberlo deseado mucho, se despertaba a tiempo de ver otra vez el astro maravilloso,

cuya sola visión encendía los obscuros recuerdos de su niñez.

—¿En qué piensas? — le preguntó don Félix al oído. Y ella le contó su pensamiento y se animó a preguntarle quién era aquel hombre que le dijo tan dulces palabras, para quitarle el sueño; y él con voz emocionada, le contestó:

—¡Era tu pobre padre! — y la besó en la frente.

VIII

El remanso de los yacarés

Una nube de voraces mosquitos, que seguía la canoa, se disipó con la brisa del río, alivio precario que sólo duraría hasta que embocaran el zanjón de Mama Chepa, donde los aguardaban enjambres más tupidos, ávidos de sangre.

Durante las noches encalmadas como ésa, sentíase en los potreros el continuo galopar de las haciendas, martirizadas por las sabandijas.

Judith, conocedora de las cosas del campo, esperaba aquellos ataques y se limitó a cubrirse la cara con un tul que llevaba a prevención. Y callaba, no tanto por obedecer al isleño, que gruñía si algunos de sus pasajeros se movía o chistaba, como porque la actitud de Pablito le aguaba toda la alegría.

Iba a su lado rozándole el codo, y lo notaba absorto en visiones que ella no lograba adivinar, por más que procuraba aproximarse a su pensamiento, mirando hacia donde él miraba.

Comprendía que serían sin sabor las hazañas más estupendas, en que él no interviniese; porque en todos los sueños de aventuras hilados por su imaginación, él la acompañaba.

Y como no había dado motivos a su desdén, se juraba corresponderle con la misma frialdad, mostrán-

dose tal como su madre quería que fuese, la orgullosa heredera del "Mainumbí", a quien nadie ganase en terquedad.

¡Ah! pero ¿cómo olvidar que ella le debía la vida?

Pensó que sería dulce morir en presencia de él, rechazando su ayuda, para demostrarle cuán poco le importaba esa vida que él le había salvado.

Acabó por reírse de su propia exaltación.

El, entretanto, parecía comprender la sugestión que ejercía sobre Judith, y gozarse en su cruel indiferencia. Permanecía quieto, interesado únicamente por las escenas de la excursión, con la mano apoyada en el caño del fusil, y mirando fijamente la franja negra de la costa que se les aproximaba.

La canoa dió un bandazo al encajonarse en el Mama Chepa, que era un arroyo correntoso y profundo, verdadero brazo del río, con márgenes guarnecidas de arbustos, entre los cuales destacábanse a trechos algunos sauces.

A la pálida claridad de las estrellas no se advertían sino masas de sombras, entre las que se deslizaba la embarcación, arrebatada por la corriente.

Ño Cricho, sentado a popa, manejaba la pala como un timón, para mantener su barca en el centro del canal, cuidando, por temor a las víboras que silbaban en los yuyos de no rozar los camalotes.

A veces alguna rama fría y húmeda, azotaba la borda y Judith se erizaba a su contacto.

Luciérnagas y "mamúas" fosforecían entre los matorrales, o volaban rayando la obscuridad con su luciente farolito, perseguidas por los murciélagos. Una cayó en la lancha y don Félix la atrapó, colocándola sobre la frente de Judith.

La niña parecía llevar una estrella enredada en su tul, que la brisa perfumaba con el raro olor de las flores que duermen de día, para abrirse en la obscuridad.

Sólo un isleño baqueano podía seguir sin varar aún en pleno día aquel curso de agua extremadamente

tortuoso. Pero eso, que a don Félix se le antojaba la tarea más difícil del mundo, ño Cricho era capaz de realizarlo borracho o durmiendo y probablemente lo había hecho así en más de una ocasión

A medida que se internaban en el corazón misterioso de la isla, alejándose de los sitios frecuentados por el hombre, se espesaba el silencio, como si la población acuática de aquellos lugares, reposara confiada en las tinieblas y la distancia.

Sólo se oía el murmullo del oleaje que batía los costados de la canoa y el siniestro cascabeleo de las víboras.

El Mama Chepa, se iba ensanchando. Sus orillas se achataban y se ralentaba la corriente. De pronto la canoa cabeceó y perdió su impulso en las aguas serenas del gran bañado.

Ño Cricho dijo en voz bajísima:

—¡Aquí es! ¡no se meneen!

Abandonó la espadilla inútil y empuñó la fija, a manera de botador y fué impeliendo la canoa, que se abría paso entre el profuso "varillal".

A esa hora todavía duerme la "patillada" en el centro del estero, al abrigo de las plantas acuáticas u oculta en alguna rinconada de la costa.

Don Félix, Judith y Pablito contenían la respiración, limitándose a mirar a ño Cricho, cuyos movimientos, cautelosos y precisos, parecían impuestos por algún ritual, conocido sólo de los isleños.

Se detuvo, soltó la chuza, cogió su largo fusil y lo cargó sin hacer el más mínimo ruido, metiéndole doble ración de pólvora y media libra de plomo.

Hacia el Este comienza a desteñirse la franja del cielo.

—No se muevan de aquí, — susurra, y se echa al agua, sumergiéndose hasta el pecho.

Con un puñado de camalote verde se cubre la cabeza, a fin de acercarse inadvertido al dormidero de los patos, buscando la orientación mejor para disparar su famoso tiro.

Su oído percibe ya el rumor de la inmensa república de palmípedos, cuyo despertar se inicia con los primeros fulgores del amanecer.

Debe haber allí, en un apeñuscamiento inimaginable, cientos de miles de patos.

Un teru-teru acurrucado hacia el borde de la laguna, distante muchas cuadras, ha creído sentirle, y da, por si acaso, el grito de alarma, que no es atendido, quizá porque fué lanzado sin mayor convicción.

El secreto del cazador consiste en no ser descubierto hasta que él mismo, con un silbido oportuno, haga alzar la cabeza a las aves.

Desde la canoa vese relampaguear el caño del fusil tendido a ras del agua.

Algunas nubecitas que salpican el purísimo azul del cielo, se inflaman como el globo de una lámpara.

Se oye entonces un largo silbido y trepida el varillal, con una trágica inquietud y suena el tiro.

A la señal del isleño se ha alzado una colosal bandada de crestones y siririses, como una inmensa tela que cubriese el lago, y el sordo rumor de alas que se entrechocan, cunde como un trueno, sobre el agua que hierve con la agonía de los que no volaron y los golpes de los que pierden fuerzas en el aire y caen redondos.

—¡Aura le toca hablar a su escopeta! — grita ño Cricho en son de desafío, corriendo a dejar el fusil para empujar la canoa hasta el lugar de la matanza, donde bogan docenas de muertos y heridos.

Don Félix se incorpora de golpe, escopeta en mano, y empieza la cacería al vuelo, con su tiro clásico al primer pato de las bandadas menores que se apartan de la grande y remolinean azoradas, y se subdividen a su vez y toman distinto rumbo, y muestran una invencible tendencia a retornar al apostadero.

La claridad del día aumenta, y un retazo del horizonte empieza a arder como el borde de un manto incendiado.

—¡Ahora tú, Judith! — exclama don Félix, y la niña, que desde el primer tiro no cabe en sí de entusiasmo, descarga su escopeta sobre cuanto bicho pasa volando, sea pato, sea gallareta, mientras Pablito, cuyo winchester no sirve para el caso, se arroja al agua, y ayuda a ño Cricho a recoger los muertos y a despenar los moribundos.

La "patillada" se recobra de su aturdimiento y forma sus batallones por especies. Y pasan los grandes crestones, con un solo crujido de alas en su vuelo vertiginoso, y los diminutos franciscanos de abigarrados colores, y los silbadores con su característico siseo y por último los codiciados siririses, que anuncian de lejos su presencia, y que viendo ralear sus filas más que los otros, terminan por "abrirse" del apostadero, para asentarse silenciosamente en la costa lejana.

Los teros ciérnense ahora sobre la cabeza de los cazadores, redoblando con saña su alboroto, a los disparos de Judith, que ha volteado ya dos o tres, cuyos gritos destemplados atraen a sus compañeros.

Pasan algunas gaviotas en vuelo desarticulado, como copos de espuma a merced del viento, y vuelven a asentarse en el lugar de la carnicería centenares de gallaretas, obstinadas en ponerse a tiro, con la seguridad de que el cazador las desprecia; y en el confín del horizonte aparece una bandada de bandurrias larga de varios kilómetros, esforzándose por rectificar su dislocada línea, que a cada instante se corta y se vuelve a yapar.

Había cesado ya el tiroteo cuando el sol blandió sus primeras lanzas de oro a través del varillal.

Don Félix se quitó el casco de corcho y se enjugó la frente, y ño Cricho, con una última ristra de siririses y crestones palpitantes, se trepó a la canoa, que se sumergió media cuarta más.

—Ya es tiempo de calentar el buche, — dijo mirando el sol.

Don Félix hurgó su canasta, sacó un frasco de ginebra y el isleño echó un trago concienzudo.

—¡Ta güena esta melecina pa la reuma!

Empuñó la chuza, y "rumbeó" con la canoa hacia un albardón, que sobresalía en la margen de uno de los innumerables arroyos, por donde el estero se comunicaba con el río.

Iban remontando la corriente, no muy intensa allí, lo cual daba lugar a ño Cricho, que andaba "antojau de miel" para espiar las abejas silvestres, que volaban cargadas de botín, después de visitar las flores del camalotal.

—Se me hace que hemos de hallar una lechiguana,—dijo a media voz.

Pablito iba impaciente y alerta, con su winchester en la mano, sabiendo que cada curva de aquel arroyo caprichoso podía depararle un encuentro con el ansiado yacaré, dormido sobre la tosca de la orilla; o a lo menos ponerle a tiro un grupo de tortugas, o alguna nutria; y todos callaban, porque al rumor más insignificante, se arrojarían al agua con estrépito.

Pero llegaron al albardón sin hallar nada. Saltaron a tierra y desembarcaron las provisiones y la caza, para aligerar la canoa, pues cuando el sol calentara firme volverían al estero, a fijar algún sábalo para almorzar.

Un grupo de cinas-cinas sombreaba el lugar. Don Félix vació la canasta y mientras ño Cricho huroneaba entre los matorrales, buscando su lechiguana, distribuyó Judith las raciones del desayuno.

Pablito devoró la suya y empezó a pasearse por el albardón, con su fusil al brazo, fastidiado del ruin papel que hasta entonces desempeñara, y sin conceder una mirada a Judith que desplumaba sus teros tranquilamente, fingiendo no verlo.

De pronto le pareció notar a lo lejos, en la otra banda del arroyo, en un talud que formaba el riacho al pie de una barranquita, manchas obscuras, como troncos de árboles, contra el fondo rojizo de la greda.

No quiso interrogar ni a don Félix ni a ño Cricho, y llamó a Judith.

—¿Ves allá? ¿no son yacarés?

Los ojos azules de Judith no solamente eran hermosos sino penetrantes.

—¡Son yacarés!

—Iré a cazarlos. Si nadie me acompaña iré solo.

—Yo te acompañaré, pero necesitas la canoa para acercarte mejor.

—Iremos en la canoa.

—No te la prestarán porque ahora saldremos a "fijar".

—¡Es verdad! — exclamó Pablito contrariado. — No importa; los yacarés están tomando el sol; iremos después de la "fijada".

Miró con menos altivez a su amiga, que le volvió la espalda con toda indiferencia, para darle a entender que el acompañarlo en aquella peligrosa aventura no significaba nada.

Cánsase, por fin, ño Cricho de buscar inútilmente una lechiguana, y vuelve a la canoa, porque el sol está alto y rumorean los pacuses en el varillal con cuyas frutas se alimentan, y se notan los saltos del surubí, el rey de los peces del río, que anda "cazando" sábalos en el estero.

Por su gusto ño Cricho no llevaría compañeros, cuando sale a fijar, porque los peces tienen un oído finísimo y toleran todos los ruidos, menos la voz humana. Pero en aquella ocasión no tiene otro remedio.

Embárcanse de nuevo, y descienden lentamente por el arroyo. Una vez en el bañado, el isleño se sienta en cuclillas a proa, y empuñando con firmeza la chuza mojada, para que la taza de bronce no resbale, endereza al sitio donde por el movimiento de las plantas acuáticas adivina que anda un surubí.

A veces mira el cielo, que ha ido manchándose de nubecitas plomizas.

Si en el momento culminante el sol irradia fuerte-

mente sobre el bañado, su golpe será matemático; si por su mala suerte, se llegara a nublar un medio segundo, el pez advertiría la presencia del fijador, antes que éste lo viera, y fallaría el tiro.

Un racimo de cabezas que negrean prendidas a un camalote, no lo distrae. Son viejas del agua y "armados", que chupan golosamente, suspendidos algunos de ellos fuera de su elemento. Podría matar montones de ellos, a palos, sin ensangrentar el acero.

Un cardumen de sábalos, a flor de agua, se agitan, moviéndose en sentido circular, y relumbran al sol como astillas de nácar.

Ño Cricho no se digna prestarle atención, y la canoa se desliza como una sombra, siguiendo la estela de un surubí adivinado, más que visto, por sus ojos. De pronto se incorpora lijeramente, blandea dos o tres veces la fija, buscando la buena dirección del tiro, para no chucear al pez en los costados, cuya piel es floja y expuesta a soltarse.

Y la tacuara vibra en su mano, y el terrible arpón penetra con un ligero zumbido en el agua y va a clavarse en el gordo espinazo, de aquel rey de los ríos santafesinos.

El surubí da un salto colosal y huye tronchando las varillas que lo atajan y abriendo ancha calle a la canoa, que lo sigue a golpes de botador.

Sus tripulantes estiran el pescuezo, ansiosos, para no perder la pista del fugitivo.

Por centenares de metros se prolonga su carrera frenética, aguas arriba y aguas abajo, con pasmosa agilidad y súbitos cambios de dirección.

Por fin se detiene, debilitado y rendido, y la canoa se le aproxima, siguiéndole el rastro en la revuelta y ensangrentada superficie del bañado.

El mango del arpón sobrenada, inmóvil, y ño Cricho se agacha a recogerlo. Un terrible sacudón se lo hace soltar a tiempo para no zozobrar y recomienza la disparada del monstruo.

Esta dura menos y cuando la mano del isleño agarra otra vez la caña tacuara, no la suelta más y empieza a izar cautelosamente a bordo la palpitante presa.

Aquel surubí medía casi dos varas de largo y bien merecía que don Félix destapara de nuevo la ginebra en su honor, y se la pasara al pescador.

—¡Echá un trago, viejo! ¡no te había creído tan guapo!

—¡Hum! — contestó ño Cricho saboreando el licor con un chasquido de lengua. — Tuavía no me han jubilau...

Y sin más comentario a la hazaña que acababa de realizar, empuñó el botador y tomó el camino de las cinas-cinas.

Al repasar por donde antes viera los sábalos, como atisbara uno gordo, lo fijó de un chuzazo.

—¡Ta güeno pa asarlo con varillitas de "toratay"!— dijo tanteándole el peso, y desnucándolo de un garrotazo. — Pa que no "bochinchee" en la canoa, — agregó a guisa de oración fúnebre.

Llegados al albardón, mientras ño Cricho juntaba leña para el fuego, y don Félix abría latas de conserva y cortaba el pan en grandes rebanadas, Pablito fué a espiar sus yacarés y vió que no se habían movido de su fondeadero, en una de las más escondidas y barrancosas rinconadas del arroyo. Sus gruesas escamas relumbraban al sol.

Pablito hizo una seña a Judith, y no bien almorzaron, cuando don Félix y ño Cricho se tendieron a la sombra de las cinas-cinas, para descabezar un sueño, los dos muchachos desataron la canoa, y la niña cogió la pala y empezó a bogar aguas arriba, para que su compañero, sentado con el winchester en la mano, estuviera pronto a tirar sobre los yacarés.

El corazón de ella no iba tranquilo. Se había propuesto pagar con indiferencia el despego de él, y he aquí que empezaba a mostrarse generosa y obediente a sus caprichos.

Mas para que él supiera que estaba lejos de ser la misma de antes, y que si lo acompañaba era sólo por amor a las emociones, fruncía el ceño y ponía cuidado especial en no mirarlo, y con esto creía vengarse duramente, pues todas las actitudes de él parecíanle estudiadas para hacerse admirar.

—¡Atraca, Judith! — le dice él, más con el gesto que con la voz.

Los yacarés son ariscos en extremo y cuando están en tierra sólo es posible ponerse a tiro arrastrándose por entre las altas hierbas.

La canoa toca la orilla y Pablito desembarca.

—¡Espérame aquí!

Se echa al suelo y comienza a avanzar siguiendo el filo de aquella barranca, roída por la corriente profunda.

Judith divisa un grupo de yacarés dormidos en la pendiente resbaladiza de la margen, y diseminados en la superficie del agua multitud de puntitos negros, que rompen el obscuro cristal donde el sol cae a plomo.

Judith comprende que son otros yacarés, y que hay allí una verdadera colonia de los terribles cocodrilos americanos; y se imagina, con frío en la médula de los huesos, que puede derrumbarse un trozo de la barranca bajo el peso del muchacho y caer éste al agua, en medio de los centinelas que guardan el sueño de sus hermanos.

El peligro es tan real, que Judith está a punto de dar un grito, cuando ve a su compañero ponerse de pie y apuntar. Esto la contiene, y aguarda con la espadilla afirmada en la costa, pronta a bogar.

El disparo tarda; Judith adivina que la emoción ahoga al cazador, y ella desde el fondo de su alma sin rencores, dirige una súplica al cielo, para que lo haga acertar.

Suena el tiro, y el muchacho se larga a correr im-

prudentemente, a ver el efecto y junto con eso resuenan los gritos de Judith.

—¡La barranca se desmorona, Pablito!

Pero el muchacho no la oye; y se agacha al borde mismo, y arriba del sitio donde dormían los yacarés, y un gran trozo de tierra carcomida, se hunde bajo sus pies, y él rueda por el talud, y se sumerge en el agua.

—¡Santo Dios! — exclama Judith aterrada y vuela al remanso donde él se ha hundido, y cuando reaparece en la superficie manoteando, ella está a pocas brazas de distancia; adelanta con un supremo esfuerzo y le tiende la espadilla, de la que él se agarra despavorido, porque le han raspado las piernas las escamas de un yacaré.

El viento se lleva los propósitos de Judith, que al ver a su amigo escapar de tan espantosa muerte, lo abraza con vehemencia y le cubre de besos la mojada cabeza.

Y él, enternecido, pero resuelto a guardar cierta actitud, que se imagina heroica, le aprieta las manos.

—¡Me has salvado la vida, Judith!—le dice. Y como ella sin acertar con las palabras lo mira llorando, el muchacho se deja vencer por la gracia de aquel dolor, y la besa ardientemente.

Don Félix y ño Cricho, alarmados por el estampido, llegan corriendo a la otra orilla y presencian la escena y comprenden lo ocurrido. La canoa atraca a sus pies y los dos muchachos desembarcan.

—¡Qué lástima! — exclama Pablito avergonzado — ¡he perdido el winchester!

Y don Félix, orgulloso del tino y del valor de su sobrina, responde entre dientes y con malicia:

—¡Te han dado en cambio algo que vale más!

TERCERA PARTE

I

Soberbia

Cierta noche sintióse el rumor de un carruaje, que pasaba al gran trote por el camino real.

—Es el "breque" de la estancia; — dijo Cecilia asomándose para ver si había acertado. — ¡Si no hay caballos que troten como los tordillos! ¿De dónde vendrá a estas horas?

Era en efecto el coche del "Mainumbí", con que Pablo Medina había ido a la estación en busca de Merceditas y de su hija, que regresaban de Santa Fe.

El tren llegó atrasado, y durante una hora los parroquianos de la pulpería cercana vieron los dos ojos amarillos del breack, alumbrando la desierta plazoleta, sin que su conductor se moviera del asiento, para tomar una copa con ellos.

—¡Desde que su hijo es marinero, se ha puesto más orgulloso! — dijo alguien.

Llegó el tren, descendieron las viajeras y saltó Judith al pescante y empuñó las riendas.

Calle de por medio estaba el correo, una casucha de paredes sin revocar, malamente alumbrada por una lamparita de querosén.

El viento golpeaba el escudo de lata clavado en

el mojinete y hacía temblar en su quicio el asta de la bandera.

Un muchacho gritó que había correspondencia para la estancia y Medina fué a traerla.

Examinó las direcciones de las cartas a la luz del farol y se guardó alegremente una en cuyo sobre Judith alcanzó a ver la letra de Pablito.

A la sazón el mozo, ausente desde hacía dos años, viajaba con los aspirantes de la Escuela Naval en un buque del gobierno.

De cada ciudad nueva a donde llegaba enviaba a Judith una tarjeta postal con un breve saludo. Por tardías e indiferentes que fueran aquellas pocas palabras, la niña les infundía un sentido profundo y vivía con el pensamiento en lejanos países.

De repente cesaron y Judith pensó que algún suceso extraño, alguna aventura, había borrado su nombre en el corazón de él.

Creía que ni siquiera los ojos de su madre habían descubierto su amor secreto, y se alegró de que así fuese, para que nadie intentara consolarla con mentiras, hilvanando disculpas en favor del olvidadizo muchacho.

Se empeñó en olvidarlo ella también, y llegó a imaginarse que lo había logrado, y comenzó a prestar oídos a las palabras de Merceditas, que le ponderaba las altas cualidades de Monzón.

Pero cuando vió aquella carta que Pablo Medina guardaba para abrirla junto con su mujer, la asaltó una ardiente curiosidad: ¿no mandaría algún recuerdo para ella?

—¡Vamos! — ordenó su madre, y Judith azotó los caballos y echó el break a la carrera, sobre el camino blanco, en la noche lóbrega.

Sentíase el olor de la tierra arada, y el zumbido del viento invernal en las ramas escuetas de los paraísos. A largas distancias, en los campos negros, brillaba la luz de alguna alquería.

Merceditas iba callada. No se le había pasado por alto la avidez con que su hija miró la carta de Pablito, y una recóndita inquietud la atormentó durante el viaje.

Llegados a la estancia, de la cual faltaba hacía un mes, halló tantas cosas en qué ocuparse, que se olvidó momentáneamente de Judith.

Esta no llevaba otro pensamiento que el de averiguar si había recuerdos para ella en aquella carta.

Corrió a su cuarto, deshizo aprisa su equipaje y buscó un regalito para Irene.

Cuando llegó a la pieza de la madre de Pablito, ya Pablo Medina andaba afuera, dando órdenes a los peones, y conduciendo los tordillos a la ramada en donde dormían, a cubierto de las heladas.

Todos los indicios eran de que marido y mujer la habían leído ya.

Judith resueltamente, como quien se arroja a un peligro, formuló su pregunta:

—¿Han recibido carta de Pablito?

—Sí; ¿quién te dijo?

—Yo la vi en el correo. ¿De dónde les escribe?

—Del Japón.

—¿De tan lejos?

—Nos cuenta su viaje. ¿Quieres leerla?

Judith tomó la carta y como se oyera la voz de su madre, que la llamaba a cenar, huyó, prometiendo a media voz:

—¡Mañana se la devolveré!

Madre e hija, frente a frente, bajo el ancho círculo de luz del quinqué tocaron apenas los platos. Merceditas creía comprender la causa del desgano y de la inquietud de Judith; y ésta no pensaba en observarla distraída por aquel papel donde quizá hallaría su nombre.

Antes que terminara el desfile de los platos de la abundante cocina de la estancia, Judith se levantó y se metió en su dormitorio.

Merceditas se quedó pensando que era tiempo de librar las grandes batallas para asegurar el porvenir de su hija...

La hermosura de ésta se había acrecentado en los últimos años, y cuando iban a la ciudad se multiplicaban los pretendientes que a Merceditas la hacían temblar.

Cada uno le parecía un nuevo Hernandarias, con las mismas cualidades externas, y los mismos vicios ocultos, incapaz, por lo tanto, de asegurar a su hija la paz, que era todo lo que ella anhelaba.

Placeres, abolengo, todo era a sus ojos una sola miseria, bajo distinto disfraz.

El único cimiento firme para la existencia de una mujer honrada, era la paz, que ella iba alcanzando al fin, después de haber ahogado con su voluntad invencible la sombría tentación de dejarse amar por otro hombre.

¡Ay! aún no estaba libre de todo riesgo; todavía, alguna vez, como en sueños, su imaginación llegaba hasta el filo del precipicio; mas tropezaba allí con una barrera alzada por ella misma, para su propia salvación.

Ese hombre era sagrado, desde que pensó en él para su hija.

Con arte y perseverancia fué deslizando en los oídos de Judith ponderaciones de Monzón, tan ardientes como palabras de amor, que la joven escuchaba sin interés.

No tardó Merceditas en descubrir la causa de aquella frialdad; y como de todos los pretendientes que pudiera imaginar, el peor le parecía Pablito Medina, de corazón liviano y espíritu aventurero, interceptó las tarjetas que el guardia marina enviaba a Judith y acechó las ocasiones de enconar el resentimiento de la muchacha.

Al faltarle noticias del viajero, Judith se volvió más reservada, y acabó por no nombrarlo nunca.

Merceditas se dejó engañar por tales apariencias y se convenció de que el fuego se había apagado

Por eso fué grande su inquietud cuando observó la expresión de Judith en presencia de la carta, y la vió levantarse de la mesa y encerrarse en su dormitorio. Reflexionó un momento, y luego se resolvió a seguirla.

Judith vacilaba en desplegar el sobre por dilatar un minuto su esperanza; y cuando lo hizo, comenzó a deletrear palabra por palabra, para no llegar demasiado pronto al final, donde estaría la alusión a ella. Mas no tuvo paciencia y leyó todo de un golpe y el desengaño fué instantáneo.

Cuando Merceditas abrió sin ruido la puerta, halló a Judith con la frente pegada en los cristales de su ventana, arrugando el inútil papel.

—¿Estás enferma?

—No, mamá; estoy cansada... ¡Me arde la frente! ¡Estoy cansada!

Se volvió a mirar a su madre, y al observar la desusada ternura que brillaba en sus ojos, se le acercó, apoyó en su hombro la altiva cabeza, y se puso a sollozar.

Tampoco entonces Merceditas la interrogó, para que sus explicaciones fueran más espontáneas y la obra del desengaño más completa.

—¡Mamá! Si yo anduviera viajando, y no enviase recuerdos para ti en las cartas que escribiese, ¿no pensarías que te había olvidado?

Merceditas se limitó a sonreír.

—¡Lee esa carta! ¡Ve cómo Pablito nos ha olvidado!

La madre echó una mirada desdeñosa sobre el papel y respondió con frialdad:

—Eso ya lo sabía; los viajes cambian los corazones.

—Era amigo nuestro... era amigo mío... ya no es más — repitió Judith.

—¡Qué te importa, hija! Amor con amor se paga. Con olvidarnos de él, quedaremos a mano. Amigos nuestros son los que nos han mostrado cariño en todo tiempo, a través de los años. Amigo nuestro, leal, invariable, abnegado, es Monzón... Si él anduviera de viaje, estoy cierta que no nos escasearían las pruebas de su amistad.

—Sí, — respondió Judith — porque él te quiere mucho...

—No tanto a mí, como a otra persona... Tú lo sabes.

Judith se puso colorada; pero su pensamiento tornaba a Pablito, como una abeja vuelve a la flor donde halló su miel.

—También él nos quería; — dijo. — Ha pasado tantos años con nosotros, que yo lo miraba como a un hermano... Lo quería como a un hermano... ¡Mamá, yo lo quería más que a un hermano...!

—¡Y él te ha olvidado! — concluyó la madre con gesto duro.

Apenas exhaló su confesión, arrepintióse la joven, y Merceditas la vió apartarse con los labios apretados y la frente ceñuda, y comprendió que la menor palabra indiscreta comprometería su plan y fingió no dar importancia a lo que había oído.

Y pasó el tiempo.

Volvió Judith a su sombría reserva y la madre se desorientó de nuevo, no imaginándose que su hija callaba por soberbia, para que nadie sondeara la amargura de su humillación.

Días más tarde Merceditas abandonó el disimulo y habló con franqueza; y Judith estupefacta la oyó execrar las glorias del mundo, las riquezas, la alta sociedad, la nobleza de los apellidos, lo que era en fin el patrimonio de su familia, y maldecir del amor.

—¡Todo eso es una misma miseria bajo distinta púrpura! Yo he tenido todo eso, y lo he abandonado, con la alegría de un preso que abandona su cárcel.

Yo no quiero para tí sino lo que he querido para mí, la paz, al lado de alguien que no te deslumbre ni con su elegancia, ni con su nombre, ni con su amor, pero que no te engañe. Todo lo que deslumbra ciega; todo lo que ciega engaña.

Trepidó antes de arrojarse en las confidencias, pero su vacilación duró un segundo, y añadió con voz más sorda, pero con inextinguible firmeza:

—¡Yo fuí deslumbrada, fuí cegada, y fuí engañada! Tu padre me traicionó del modo más infame.

—¡Mamá!

—Déjame hablar: no voy a maldecir de un muerto. Tu padre vive, y es aquel hombre que una tarde hallaste al pie de la barranca.

—¿El te engañó?

—¡Sí!

—¿Y no lo perdonaste?

—¡No! Tenía derecho de expulsarlo de mi casa para librarte de su ejemplo, y lo expulsé.

—¿No lo querías, mamá?

Merceditas pareció no oír la pregunta y prosiguió:

—Te habla mi experiencia. He ganado mi paz luchando contra todos, con infinito dolor y no quiero perderla. He consagrado mi vida a educarte librándote de las fantasías pueriles, de que a mí nadie me libró. No escuches lo que te dicen las gentes, ni lo que te dicen los sueños, ni lo que te dice tu corazón; escucha lo que te digo yo, que he sufrido y que no he de engañarte. Todas las mentiras del mundo no te darán un día de paz.

Desde esa hora experimentó Judith por su madre un sentimiento de admiración y de terror.

Después llegó una nueva carta de Pablito en que tampoco había la menor alusión a Judith; y Merceditas se la entregó para que la leyese.

Judith no lloró, como antes, ni dijo una sola palabra al devolverla.

Cuando a los tiempos rompió su tenebroso mutis-

mo, fué para decir a su madre que estaba resuelta a casarse con Monzón.

En su júbilo Merceditas no advirtió la palidez de aquellos labios en que silbaron las palabras irrevocables, ni pensó que el despecho a veces usurpa la elocuencia del amor.

Abrazó violentamente a su hija y se entregó con fiebre a los preparativos de la boda.

II

Demasiado tarde

La casa de Josefa Osuna era muy vieja, construída de adobes en los tiempos del rey, con alacenas cavadas en las gruesas paredes y con techo de tejas acanaladas.

Desde la puerta de calle se veía, tras el primer patio, la clásica huerta de naranjos, que tuvieron todas las casas de Santa Fe. Una tapia recubierta por una rafa de ladrillos cocidos, separaba la huerta de una calle transversal, silenciosa y obscura. Allí existía una puerta falsa, que los rateros del barrio forzaron más de una vez para robarle gallinas a la alfajorera, hasta que se trajo uno de los perros más bravos de "Las Avispas". De día lo tenía encadenado al pie de un naranjo, y al anochecer lo soltaba.

Una noche los furiosos ladridos de su perro despertáronla a eso de las once, cuando iba por la mitad del primer sueño.

Se levantó sin pereza, cogió el hacha de la cocina y penetró en la huerta, donde el perro gruñía, pegado el hocico a las junturas de la puerta falsa.

Un aldabonazo retumbó en las desencajadas maderas.

—¿Quién es?

—¡Abrame! ¡soy yo!

—Por la otra puerta, que por esta no es.

—Soy Pablito Medina...

—¡Ah!... ¡Vaya con la hora de venir! ¡Aguardáte un momento, hijo!

Levantó Josefa Osuna el travesaño de algarrobo, corrió los herrumbrados pasadores y apenas entreabrió una hoja para cerciorarse de si el intempestivo visitante era realmente el que se anunciaba.

—¡Hijo! ¡quién había de esperarte en Santa Fe, y menos en mi casa, a estas horas, y por la puerta falsa, que sólo se usa para entrar la leña o el "verdeo" de las gallinas!

—Acabo de llegar en el "nocturno", de Buenos Aires; — respondió Pablito Medina, apretando la mano izquierda de la mujer, que con la derecha retenía por el collar al enfurecido mastín. — Otras veces me he alojado en su casa, y a eso vengo. Si llamo a la puerta grande — me dije yo mismo, — no me sentirán; llamaré a la puerta falsa, y el perro despertará a Pepa, que no se hará rogar para abrirme.

—Has hecho bien; pero lo mismo te habría sentido por la otra. Adelante, hijo.

Pablito era ya un mozo gallardísimo de veintidós años. Hacía tres que no venía a Santa Fe y su primera impresión, al cruzar la típica huerta, dormida en las sombras, fué tan profunda que borró la sonrisa de sus labios.

La alfajorera lo advirtió en llegando a la luz.

—¿Qué te pasa? ¿A qué has vuelto?

Y antes que él respondiera, ella misma agregó:

—Apuesto a que venís por el casamiento de Judith con el doctor Monzón.

Un gesto del joven le demostró que daba en el clavo.

—Hace ocho días leí en un diario que Judith se casaba. ¿Es cierto?

—¡Vaya si es cierto! ¡Pasado mañana!

—¿Tan pronto?

—Sí; han adelantado de repente la fecha. Nadie lo quería creer...

—¿Cómo dice?

—Yo y todo el mundo pensábamos de ella otra cosa.

—¿Qué cosa?

Josefa Osuna hablaba con lentitud, calculando sus reticencias y espiando las impresiones que asomaban al rostro de Pablito Medina, en el cual podía leerse una verdadera ansiedad.

—Todos pensábamos que el novio de Judith no podría ser otro que vos.

El joven se levantó y comenzó a pasearse.

—Todos habrán pensado eso, es posible. Pero usted no...

—Yo también, Pablito.

—¡Usted no!

—¿Por qué?

—Porque usted conocía los planes de la madre. Sabía que estaba empeñada en casar a su hija con Monzón.

—Eso es verdad, pero no dirás que haya puesto nada en su favor.

—Eso no lo sé.

Quedó ella un tanto amilanada por la réplica, pero tras un rato de silencio dijo, en són de reproche:

—¡Hacía años que no venías!

El siguió paseándose, la cabeza caída sobre el pecho, las manos en los bolsillos, mudo.

—Todos pensamos lo que te dije; pero cuando tardaste tanto en volver, dijimos: en Buenos Aires tendrá otra novia. Lo mismo habrá supuesto Judith... me imagino...

Pablito alzó la cabeza.

—Me muero de cansancio y de sueño, — afirmó, para cortar una conversación que lo hacía sufrir.

Josefa Osuna se levantó, y con una palmatoria en

la mano guió al mozo hasta el cuarto de su hijo, donde albergaba a los huéspedes, durante su ausencia.

Le dió las buenas noches, y lo dejó entregado a sus cavilaciones.

Pablito sabía muy bien que Josefa Osuna era una verdadera esclava de Merceditas Virreyes y que no encontraría en ella una aliada para contrariar las órdenes de ésta, y por eso no quería descubrir sus propósitos. Pero conocía el cariño entrañable que la alfajorera le profesaba y había querido saber si era verdad la noticia de aquel diario.

—No será mi aliada, — pensó, — pero tampoco mi enemiga.

Lleno de pueril vanidad, tal vez calculó obscuramente que Judith lo aguardaría con fidelidad, sin que él debiera hacer más que buscarla a su tiempo, cuando se hubiera saciado del espectáculo del ancho mundo.

Pero la muchacha tenía en las venas sangre de su madre, y era capaz de castigar una ofensa, jugando la felicidad de toda su vida.

No se le ocurrió a Judith que el amor de Pablito renacería, al verla de nuevo y si en ello pensó fué para aferrarse a su repentina resolución.

Ni la hizo vacilar la idea de que él sufriría. ¡Mejor! Era necesario que expiase las infinitas humillaciones que ella había soportado por ganar su cariño.

Ni consideró tampoco lo que ella misma podría sufrir, pues era fuerte contra el propio dolor y la cegaba, como una venda negra, el imaginarse que él la creía tan acostumbrada a perdonarlo, que por mucho que la ofendiera la hallaría siempre con los brazos tendidos hacia él.

Y así resolvió su casamiento con Monzón.

Este no manifestó sorpresa alguna; era un suceso previsto y preparado minuciosamente. Pero se alegró en extremo. Los años que ajaban la belleza de Merceditas habían ido trocando su viejo amor en el incurable resentimiento de no haber logrado la más in-

significante satisfacción. Y más lo humillaba el saber que ella lo había amado, que quizá lo amaba aún, pues ni con ese terrible aliado, dentro del corazón de la infeliz, había sido capaz de torcer su conciencia de mujer honrada.

Hablábase por aquel tiempo de un congreso médico internacional en Berlín, a que asistiría Monzón y la perspectiva de ese viaje hizo fijar la fecha del casamiento con una extraña prisa, que sorprendió a parientes y amigos.

Misia Enriqueta se lamentaba en secreto de que no se hubiera hallado para Judith novio de más campanillas.

No negaba los méritos de quien se levantó sobre la humildad de su familia, ni la abnegación de los suyos, que se sacrificaron obscuramente, para costear sus estudios. Observaba, por otra parte, la decadencia de los apellidos consulares y el encumbramiento de gentes sin abolengo, sin fortuna, a menudo sin educación, y lo aceptaba como un signo de la época, y hasta lo ponderaba como un ejemplo a los vástagos de las más ilustres casas, que habían desertado de los estudios y del trabajo, para soterrar en las timbas y en los cafés su fácil juventud y su decaída elegancia.

Mas le dolía como un castigo inmerecido ver ingresar entre los miembros de su familia esclarecida, a personas cuyos antepasados sirvieron en su casa, y sobre todo entregándoles su nieta adorada que era el encanto de su vejez.

Hacía un año que Merceditas le confió la idea del casamiento. Era entonces una incógnita la voluntad de Judith, y misia Enriqueta aventuró algunas objeciones, que su hija desbarató con habilidad.

Ahora, fijada la fecha, el hablar habría sido más inoportuno e indiscreto.

—¿Cuál es nuestro pecado, Señor, para que así nos castigues, no en nosotros, sino en lo que amamos

más que a nosotros mismos? — clamaba ella, resignándose, no obstante, a los caminos de Dios.

Al otro día de llegar Pablito Medina, fuése Josefa Osuna, con el pretexto de recoger órdenes, a casa de misia Enriqueta, donde se había instalado Merceditas y donde un ejército de artesanos preparaba los salones para una fiesta suntuosa, conforme a las tradiciones de la familia.

Era temprano y hacía un frío intenso, por ser el mes de Julio. Las sempiternas chinas que servían en la casa, advirtiéronle que las dos señoras y la niña Judith habían salido a misa. Ni siquiera estaba don Félix, que a las ocho clavadas llegaba a su despacho de la Dirección de Rentas, por dar ejemplo a los subalternos; si bien, al rato, aburrido de los papelotes, echaba una mentira en són de disculpa y se largaba a la calle, a hablar de política con los desocupados, a pedir noticias de la caza y de la pesca en las orillas del río, y aun a tomar mate en los ranchos del Campito.

Josefa Osuna se instaló en la tibia cocina a esperar a Judith, para verle la cara cuando le diera el notición de la llegada de Pablito Medina.

Hablando con éste, había soltado por su cuenta la especie de que todos pensaron en él para novio de Judith. La verdad era que nunca oyó tal cosa en boca de nadie, tal vez por ser muy raros los que conocían la vida de los moradores del Mainumbí".

Pero mientras más cavilaba sobre esa idea, hallábala más verosímil.

Al rato Judith entró sola, de prisa, y se metió en su cuarto .

—¡Tengo una noticia que darte, Judith! — dijo la alfajorera, persiguiéndola y deshaciéndose en sonrisas.

Judith la acogió con cierta frialdad, pero cuando ella le dijo: "Anoche llegó a mi casa Pablito Medi-

na", una súbita palidez se difundió en sus mejillas, arreboladas por el viento de la calle.

A la mirada sagaz de la Osuna no se escapó la violencia con que la niña trató de disimular su turbación, y el disgusto con que respondió:

—¿Por qué vienes a decírmelo a mí? Tal vez a abuelita le interese más saber eso.

Se dió vuelta y empezó a arreglar unos papeles desparramados sobre la mesa. La alfajorera veía temblar sus manos y una gran inquietud se apoderaba de ella, que amaba a Judith entrañablemente.

—¿Te has enojado, Judith? Si hubiera sabido...

—No me he enojado. Te diré la verdad, eres tan chismosa...

—¡Gracias, mi prenda!

—Vamos, tan... noticiosa, que temí que vinieras con mensajes de él a tirarme de la lengua.

—Anoche apenas hablé con él; y esta mañana lo dejé durmiendo. No te traigo, pues, ningún mensaje.

—¡Me alegro! — respondió vivamente Judith, palmeando la renegrida cabeza de la alfajorera. — No me guardes rencor, Pepita, si te digo que tu noticia me resulta indiferente. — Titubeó un momento. — ¿Con qué traje ha venido?

—Anoche vestía de civil.

—¿Ha dejado la carrera?

—No me ha dicho nada.

—Bueno, Pepa, Dios te pague la buena voluntad.

Salió Josefa penetrada de esa compasión instintiva que experimentan las madres al presentir un motivo de dolor para sus hijos, y como todavía no llegaran las señoras, se volvió a su casa.

En el zaguán, una criadita que la servía díjole que don Félix acababa de ir a encargar unos alfajores para la fiesta del día siguiente, y que al sentir su voz, salió Pablito Medina, y ambos estaban encerrados en su pieza.

En efecto, percibíase la voz cálida y juvenil del mozo cortada por alguna réplica vivaz de don Félix.

Andaba éste desazonado por la proximidad de un acontecimiento que juzgaba absurdo en la vida de Judith; y al encontrarse inesperadamente con Pablito Medina, a quien guardaba un vago rencor, no disimuló su sorpresa.

El mozo, por el contrario, lo acogió con alegría, como si hubiera estado esperándolo.

—¡Hombre, tú en Santa Fe! Creíamos que no volverías nunca.

Pablito sintió el reproche y se disculpó demañadamente.

—Mi carrera no me daba ocasión para venir.

—¿Y ahora te ha dado o te la has tomado sin que te la diera?

—Me la he tomado.

—En mala oportunidad, hijo — replicó don Félix, entrando al dormitorio y cerrando la puerta.

—¿Por qué es mala esta oportunidad?

—¡Hombre! A los mozos de mi tiempo no les gustaba asistir al casamiento de una amiga. Parecíales que les quitaban algo que era un poco de ellos.

—¡Un poco de ellos! — respondió en voz baja Pablito, reuniendo sus ideas, desparramadas por la repentina intervención de don Félix.

—¿Es verdad que se casa mañana?

—Es verdad. Ya veo que te apenas, como si fueras uno de aquellos mozos.

—Sí, me apena; a usted no se lo debo negar.

—Pues si no te lo leyera en la cara, no te lo creería.

—¿No tiene remedio, entonces?

—¿Crees que es una desgracia que Judith se case con Monzón?

Pablito tartamudeó.

—No pensé decir eso. Pero usted sabe que ella y yo...

—Sí, ya sé, ya recuerdo lo que vi en el remanso de los yacarés. ¿A eso te refieres?

—Sí.

—¡Pues pocos "surubises" ha fijado Cricho desde ese día! ¡Quién se acuerda ya de tales cosas!

—Yo, yo me acuerdo...

—¡No parece! Te fuiste a Buenos Aires, te tragó la tierra... ¿Por qué los que se quedan han de tener mejor memoria que los que se van?

—¿Eso le ha dicho ella?

—No, ella no me ha dicho nada. Para mí también ha sido una sorpresa el casamiento. Pero ahora me lo explico. Ella te quería profundamente: nada justificaba su olvido, y sin embargo la olvidaste.

—¡No la olvidé, no la olvidé! Ahora no mentiría, aunque me costara la vida el decir la verdad. Todo era nuevo para mí en el mundo, y viví aturdido por las novedades, pero sin otros amores. Tal vez yo mismo me había engañado creyendo que no la quería. Ahora comprendo que en mi corazón no entraban otros amores, porque ella lo llenaba todo. No la olvidé, he pensado en ella como se piensa en lo que uno está seguro de volver a encontrar donde lo dejó, tal como lo dejó. Era como una estrella que hallaría en el mismo lugar con sólo alzar los ojos.

—¡Eso es! ¡aguardándote!

—¡Sí, sí! confieso que fuí orgulloso.

—¡No, hombre! No has sido orgulloso, has sido necio, has sido fatuo, pero ella...

Trepidó al expresar su pensamiento, y Medina atendió como si fuera a abrirse una esperanza para él.

—Ella sí, ella es orgullosa.

—¡Usted no la conoce! Cuando éramos chicos yo siempre mandaba y ella obedecía.

—Porque en ella luchaban dos fuerzas, el amor y el orgullo. Has herido ese amor como se hiere una planta en la raíz y ahora el orgullo puede más. El orgullo le venda los ojos, para que ni ella misma sepa

a dónde va... Quiere castigarte; quiere hacerte sufrir.

—¡También sufrirá ella! — replicó iracundo el joven.

—¡Oh! ¡eso no la arredra! Seguramente eso entra en sus cálculos: no le interesaría tu martirio, si ella no lo compartiera. El orgullo tiene esas aberraciones. Es el pecado del diablo...

Pablito quiso sonreír, acogiendo como una muestra de buen humor las últimas palabras, mas lo impresionó la expresión de amargura difundida en el rostro de don Félix.

—Yo la hablaré — dijo éste al cabo. — Le anunciaré tu vuelta, y te contaré lo que ella me responda.

Con esto salió de la pieza, olvidó sus alfajores y fué en busca de Merceditas, animado por una absurda esperanza.

Una voz interior le advertía que aunque doblegase la voluntad de la madre, todavía no habría removido todo el obstáculo, porque detrás de ella tropezaría con el orgullo enconado de Judith, infinitamente más inexpugnable y rebelde que cualquiera otra pasión.

En cuanto supuso que la joven obraba inspirada por un propósito de castigar a otro, sin importarle su propia desventura, se explicó lo inexplicable de aquel carácter desigual, en que la natural bondad luchaba con la soberbia, que cada día se condensaba como una roca más firme.

Y se llenó de amargura, pues sobre ese cimiento diabólico, que ninguna fuerza exterior al propio corazón del soberbio es capaz de conmover, podría edificarse la más sombría desgracia.

¿Quién le hubiera dicho que detrás de los ojos azules ardía esa llama siniestra?

Halló a Merceditas afanada en sus quehaceres.

—Te veo alegre, Mechita, con estos preparativos.

—Así es, tío Félix. Ha sido la preocupación de mi vida el casar bien a Judith.

—¿Y crees haberlo conseguido?

—Así lo creo.

—Ella, sin embargo, no parece tan satisfecha...

—¿Cuándo la ha visto usted?

—Anoche en la mesa la noté ensimismada. Estaba al lado de ese hombre que mañana será su marido, y parecía a mil leguas...

—La hubiera visto esta mañana, comulgar entre mi madre y yo, con esa paz del rostro que es reflejo de la serenidad del alma. La víspera de mi casamiento yo fuí a misa y me puse a llorar sobre el comulgatorio. Iba deslumbrada al matrimonio. Mi hija no va así; lo ha pensado, lo ha resuelto y lo hace tranquilamente.

—No lo hace por amor.

—¿Por qué opina así? ¿Ella se lo ha dicho, acaso?

—No; pero yo conozco sus sentimientos en esta materia. Seguramente respeta a Monzón, tal vez le tiene afecto, pero su corazón no se ha despertado por él.

—Ya despertará.

—Ha despertado por otro... y hace años... y yo te lo dije un día... y veo que lo has olvidado...

—No lo he olvidado. Cuando usted me dijo que Judith lo quería a Pablito Medina, ella tenía quince años. Su ocurrencia me hizo reír, Usted comprende...

—¿Te hizo reír? ¿Y si te dijera yo ahora que lo sigue queriendo, te reirías?

—Por lo visto ella le cuenta a usted más cosas que a mí.

—Por lo visto yo penetro mejor los pensamientos de tu hija. No son difíciles estas adivinaciones, cuando no nos ciega el egoísmo.

—¿Quiere decir que yo no los he penetrado porque tengo algún interés en que Judith se case con Monzón?

—¡Mujer! — exclamó don Félix, sujetando su propia ira, por temor de avanzar demasiado. — No tengo derecho de hablar de tí, sino de mí; yo he visto claro

y me extraña que tú no hayas visto que esta muchacha se casa sin amor.

Merceditas arqueó los labios con desdén.

—¡Amor! ¡Yo me casé por amor! Diga usted si mi vida hubiera sido peor casándome por cualquier otro motivo.

—¡No tuviste bastante amor, hija! ¡eso te perdió!

—¿Quién dice? ¿quién ha medido lo que yo sentía por el hombre con quien me casé? ¡Ah! usted no sabe lo que yo soñé que sería mi vida, y no sabe tampoco lo que ha sido.

—No hablemos de eso. Talvez tu amor fué poco; talvez tu amor fué mucho; pero fué más tu vanidad. Dejemos lo que es irreparable. He venido a hablarte de Judith, aunque parezca inútil ya.

—¡Así es! Las cosas no pueden cambiarse, no por mi voluntad, sino por la de ella. Yo no le he puesto el sí en la boca. Ella sabía mi deseo, lo sabía desde hace años; pero se ha determinado sola.

—Y lo repentino, de esa determinación, ¿no te inquieta? Puede haber soltado el sí por despecho, por cansancio, por inexperiencia

Merceditas se rió de buena gana.

—¡Qué novela está urdiendo, tío Félix!

—¡Ojalá me engañase!

Merceditas había dado los últimos toques al arreglo de la habitación y se mostraba impaciente por cambiar de tarea. Asestaba un plumerazo aquí, arreglaba un florero allá, removía una columna, estiraba un visillo, y andaba de un lado a otro, obligando a don Félix a cambiar de postura en su silla.

—Tenga confianza en ella, tío Félix. No logrará la felicidad con el casamiento, porque la felicidad no existe en el mundo; pero sí la paz y sabrá cumplir con su deber

—¡Hum! ¡la paz! ¡su deber! A los veinte años la paz es una palabra sin sentido, que no llena el corazón, y el deber una cosa vaga, un camino obscuro

que se busca a tientas... Podrá tener hoy el propósito claro y firme de cumplir con su deber, pero mañana, cuando el hastío la enerve, o los recuerdos la turben, o la irrite la desesperación de lo irremediable, ¿quién la salvará de un extravío? Y para ella no habrá misericordia, porque tú has enseñado que esas culpas no se perdonan.

Merceditas alzó orgullosamente la cabeza y dijo:

—Si mi hija es como yo, no necesitará misericordia. Tiene fuerza para ser perfecta, y sabrá serlo.

Abrióse la puerta de golpe y apareció Judith, extrañamente pálida, con los ojos más obscuros que nunca y los labios rojos, como si se los hubiera mordido.

La madre salió y entró la hija. Don Félix comprendió que había oído el final de la conversación.

—¡Y bien! ¿Tienes fuerza para ser perfecta? — le preguntó.

—¿Por qué lo duda?

—¡Mi pobre Judith! — exclamó el viejo acercando a su pecho la hermosa cabeza rubia, y cubriendo de besos aquella frente nublada. — ¿Sabes la noticia que te traía?

—Sí, sé que ha vuelto... él; — respondió ella enternecida por el desbordante cariño de don Félix.

—¿Y qué me dices?

—¿Qué quiere que le diga? ¡Que ya es demasiado tarde!

III

Un juramento en falso

En la casa del doctor Monzón olíase la cal fresca y la cola del empapelado reciente, porque quiso honrar a su mujer refaccionando la fachada vetusta y decorando las piezas conforme a sus gustos.

Vivía allí, desde veinte años atrás, con su madre, doña Anastasia, y su única hermana, Cirila, nervio de la familia, a quien debía, por sus virtudes económicas y su voluntad indomable, la carrera y hasta la posición conquistada en el mundo.

No obstante ser mayor que él, no lo parecía. Era flaca y ágil, trigueña de color y de buena estampa, de tal modo que el día del casamiento de Judith no hizo mala figura en el cortejo, aunque sobre ella caían los ojos despiadados de los parientes y amigos de misia Enriqueta.

Veneraba a su hermano, el hombre más hermoso, más distinguido, más sabio del mundo, y amaba lo que él amaba y participaba de sus prejuicios y de sus odios.

A medida que su hermano ganaba nombradía y fortuna, afinábanse los gustos de esa mujer, y crecían sus ambiciones y su aplomo.

Halló vulgar su nombre de Cirila y se plantificó el de Haydée, y obligó a todos a llamarla así.

Miraba de frente, desconfiando de los que no miraban así, pues debían ser falsos o tímidos.

Judith hallaría en ella, más que una hermana, una familia entera, desde el padre, por la energía viril, y la madre, por la ternura celosa y absorbente, hasta el hermanito menor con quien se juega, de quien se sufren los caprichos y a quien se le tiran las orejas.

Así se lo dijo al día siguiente del casamiento, cuando apareció Judith en el patio, con su marido.

La muchacha agradeció la declaración espontánea y precisa de la solterona, y retribuyó sus caricias, con cierto recato.

Se aproximó doña Anastasia que no había asistido a las fiestas, so pretexto de sus muchos quehaceres. Veíasela constantemente con un cepillo en la mano derecha, un repasador en la izquierda y la cabeza atada con un retazo de mosquitero ceñido a guisa de turbante.

—Lo que yo le pido, hijita, es que nos tenga mucha confianza y que se deje mimar por nosotros, que hemos de vivir barriéndole los caminos con un plumerito blando.

Sin soltar sus utensilios, abrió los brazos y trituró a Judith contra su pecho abundante, jamás ceñido por el corsé.

Advertía su diferencia de casta con la familia de los Virreyes, pero de buena fe creía que la joven esposa nada echaría de menos, mientras ella en persona se encargase de la cocina y de la limpieza, y su hija le sirviese de compañera.

Judith prometióles ser como ellas lo deseaban, y ayudarlas en los quehaceres domésticos.

Había temido hallarse con gente predispuesta y desconfiada que pusiera en trances duros su paciencia, y se hallaba con personas sencillas, que por merecer la gratitud del hombre venerado como un dios, la tratarían a cuerpo de reina.

No pensó que este cariño celoso, echado a sus pies

como un perro fiel, estaría alerta siempre, vigilando sus acciones, hurgando sus pensamientos.

Y de haberlo pensado, hubiera encontrado motivo de alegrarse, porque eso mismo sería su salvaguardia, si alguna vez se infiltraba en su espíritu el cansancio de ser buena y la tentación de abandonar la senda obscura, trazada por su propia mano.

Pero una semilla de rebelión, germinaba ya en lo más íntimo de su conciencia.

Tenía ya noticias de su padre y ansiaba encontrarlo. Cualquiera que fuese su culpa contra otros, Judith sabía cuanto la amaba a ella y se repetía las palabras del hombre extraño, el hombre sin nombre que halló junto al río.

La piedad que sintiera por su madre, al oírle el relato de sus desventuras, piedad mezclada de horror, por el terrible castigo que impuso al culpable, iba amenguándose conforme reflexionaba.

Pensaba que la suma justicia, ejercida por los hombres, tocaba en la iniquidad, y que las culpas no redimidas por la misericordia, adquieren una espantosa vitalidad, y son semillero de otras culpas, que se multiplican y fecundan entre sí.

Pensaba que su padre no engañó tanto a su madre, como ella misma se había engañado al creer que más confianza merece el que no ha caído nunca y tiene la soberbia de su perfección, que el que habiendo caído, siente la humillación y se levanta.

Era su padre y quería verlo, pero no podía confiar este propósito a su marido, y tuvo que mentir cuando él la interrogó, viéndola preocupada.

Explicó cualquier cosa y quedó satisfecha del éxito de su primera mentira pero se sintió aislada.

Entre ella y él, entre ella y su madre, entre ella y el mundo entero, existía un abismo. ¡Aislada, aislada! Y lo que era peor, su desventura duraría siempre.

Monzón no era en su casa el personaje mesurado y casi elegante, que las gentes conocían. Por el con-

trario, como si esa apariencia le fuera un disfraz odioso y necesario, no bien llegaba de la calle abandonaba sus modales estudiados y se mostraba duro y vulgar hasta en sus trajes.

Nada le habría costado renunciar a insignificantes manías de soltero, a ponerse en zapatillas, a quedarse en mangas de camisa, a leer los diarios en la mesa. Pero conservarlas era rebelarse contra los hábitos de la aristocracia, que abominaba en secreto, y mostrarse superior a la posición conquistada.

Explicaba sus teorías con un codo en la mesa, y Judith lo escuchaba, más fastidiada por sus palabras arrogantes, que por sus modales incultos.

—Cuando un hombre se lo debe todo a sí mismo, es hijo de sus propias obras, está arriba de los prejuicios y de las leyes sociales. Yo, por ejemplo, no dejaré de ser quien soy porque no me lustre las uñas, o porque aparezca en mangas de camisa a la puerta de mi casa. Seré siempre el doctor Monzón, y las madres más aristocráticas, las mismas que murmuran de verme en el umbral, con un palillo entre los dientes, vendrán a llamarme de rodillas, el día que tengan un niño deshauciado por los otros médicos. Saben que nada se ha dicho mientras yo no diga la última palabra.

Judith no dejaba traslucir sus pensamientos. Se refugiaba en su cuarto, airada contra sí misma, que había jugado con la santidad de un sacramento para lograr una venganza pueril.

Se golpeaba la frente contra los muros, considerando que su drama vulgar, inconfesable, duraría toda su vida, y que hasta en la eternidad su alma estaría atada al alma de él.

Mas prefería morir de lepra antes que permitir que su madre, ni doña Enriqueta, ni don Félix, descubriesen esa lucha, porque habría equivalido a confesar un comienzo de arrepentimiento.

Arrodillada, apoyando la frente sobre su cama, que-

daba horas con los ojos cerrados, buscando en la roca de su orgullo insensato el punto de apoyo para sus pies vacilantes. Y su orgullo la mandaba callar.

Monzón tenía noticia de que Hernandarias había vuelto a Santa Fe, y eso colmaba su satisfacción.

El antiguo rival ahora envidiaría la suerte de los sirvientes de su casa, que vivían cerca de su hija.

Una mañana Judith cosía a la aguja, por distraerse, junto a la máquina que los anchos pies de Cirila mantenían en movimiento diez o doce horas cada día. Apenas cambiaban alguna palabra. Judith sabía que le bastaba abrir los labios para que su cuñada alzara la cabeza, pronta a servirla, pero no podía comprenderla, ni podía amarla de veras, y eso dificultaba la conversación.

Era cerca del mediodía. Sintiéronse pasos en el zaguán.

—El es, — dijo Cirila, mirando a Judith, que se levantó a buscar las zapatillas y el saco de fumar.

Entró Monzón con semblante alegre, se quitó el enfático jaquet, y se quedó mirando las plantas del jardín, cubiertas de yemas y botones, que anunciaban la primavera.

—Yo no veré esas flores, — dijo con tono ligero, sentándose para que su mujer lo descalzara.

—¿Qué quieres decir? — interrogó Cirila algo inquieta.

—Que cuando florezcan esos rosales yo estaré en Europa, — respondió él, satisfecho de su ingenio.

—¿Vamos a irnos? — preguntó Judith, procurando dominar su disgusto.

—Los diarios dan la noticia de que dentro de un mes se inaugurará el congreso médico en Berlín. Yo soy delegado y tengo que asistir.

Puso la mano sobre la cabeza dorada de Judith, arrodillada a sus pies y la obligó a alzar aquella mirada azul, cuya profundidad él no adivinaba.

—Tengo que ir yo, pero no debes acompañarme en un viaje que será penoso.

—¡No faltaría más! — exclamó Cirila — ¡qué ha de serle penoso acompañar a su marido! Ni a mí tampoco, si quieres llevarme.

Entró doña Anastasia, enjugándose las manos con un repasador, y comenzó a ponderar la felicidad de ese viaje.

—¡Qué ha de disgustarla a la pobrecita que en dos meses apenas ha visto la calle! ¿No es así, Judith? Será tu viaje de novios; y como a mi hijo lo conocen en todo el mundo, los tendrán en todas partes a qué quieres boca... Ni gastarán en hoteles siquiera...

—¡No tanto, no tanto! — decía Monzón halagado.

Judith se levantó del suelo, acomodó su silla al lado de la de él, y se esforzó por sonreír, para que no adivinaran las olas que se alzaban en su mar interior. Pensaba en su padre, a quien deseaba consolar con su tardío amor. Pensaba que en otros países sería como un pájaro desorientado, y que en la desolación de su vida actual sentía a veces la dulcísima ansiedad de alguna esperanza. No hubiera sabido explicarse en qué consistía, pero contaba con ella y eso la hacía desear que los días pasaran veloces.

—Ya suponía — prosiguió Monzón — que Judith se encantaría de viajar; pero es que no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque después del congreso, que no durará más de un mes, quiero hacer una excursión para estudiar las enfermedades oriundas de Asia, que empiezan a difundirse aquí. Viajaré por países donde no habrá comodidades, visitaré regiones insalubres y desiertas, me enterraré durante meses en villorios de la India o de la China y viviré exclusivamente para mis investigaciones. ¿Comprendes por qué no te puedo llevar?

Una desmesurada admiración se pintó en los mofletes de doña Anastasia. Cirila pareció alarmarse.

—¿Vas a dejar sola a tu mujer, a los tres meses de casados? ¿y por tan largo tiempo?

El médico soltó una risita maliciosa, y respondió golpeando suavemente la mejilla ruborizada de Judith:

—Podré tardar un año, y mil años, y no habrá novedades en mi ausencia...

La tomó de las manos y la llevó hacia el jardín. Allí cambió de tono y con expresión rencorosa le dijo:

—He sabido que tu padre vive en el barrio, en casa de ese viejo chocho de don Juan Lucero, y que anda loco por verte.

Judith no halló nada qué contestar.

—Y yo he jurado que no te verá.

—¿Tú? ¿has jurado eso?

—No me digás "tú", decíme "vos", a la que te criaste. En mi casa no quiero finuras... ¡Yo he jurado que no te verá!

—¿A quién lo juraste?

—¡A tu madre!

—¿Mamá te exigió ese juramento? ¿Por qué juraste, si él no te ha hecho nada?

Monzón miró a uno y otro lado, y respondió sordamente:

—Yo no he querido en mi vida, lo que se llama querer hasta pensar en morir, más que una mujer...

Judith instintivamente se alejó un paso.

—Sí, y porque ese hombre se me cruzó, y era de raza, como un caballo de carrera, y era *chic,* como una bailarina, tu madre me despreció... El me tuvo lástima, una lástima que me afrentaba más que si me escupiera. Y yo tuve paciencia. El viento ha cambiado: él querría ahora ser mi sirviente, porque yo soy tu dueño. Es vicioso, vive tumbado en los mostradores de los boliches, bebiendo en compañía de todos los borrachos de la ciudad, pero si yo le dijera: "dejá el vicio y verás a tu hija", estoy seguro de que no bebería más...

—¿Por qué no se lo dices? ¿Por qué no lo perdonas? — exclamó Judith juntando las manos, y estuvo a punto de prometerle: — ¡Si lo perdonas, si lo salvas, me ganarás el corazón y te querré!

Pero él cortó su impulso con dureza.

—¡Tu madre no lo perdonó! Yo no tengo por qué ser más blando que ella. He jurado que no te verá, y así tiene que ser.

Judith se mordió los labios enardecida por la resolución de salvar a su padre.

No dijo nada, y su marido sospechó del repentino silencio, y la tomó por las manos rudamente.

—¡Juráme que no te vas a aprovechar de mi ausencia para verlo!

Y Judith fríamente juró.

El la abrazó y la besó y ella corrió a su cuarto a lavarse la huella de aquel beso.

IV

¡Hijita mía!

Era primer viernes del mes, día en que misia Enriqueta y Merceditas oían misa de madrugada; y don Juan Lucero, se animó a ir temprano con el mensaje de Hernandarias para don Félix.

Aprestábase éste a salir, antes que los mendigos invadieran el zaguán, como todos los primeros viernes, y acamparan allí a la espera de la dueña de casa o de su hija, que regresaban de la iglesia con la mano mejor dispuesta para la limosna.

Sin embargo, se tardó tanto don Juan en la exposición que hizo a don Félix de las penas de Hernandarias, que cuando se echaron a la calle, había ya en el zaguán una caterva de pordioseros.

—¡Maldita sea mi sombra! — gruñó don Félix.

Un coro de bendiciones y de lamentos acogió esta maldición, y treinta manos inmundas se tendieron hacia ellos, y toda la escala de voces humanas salmodió las consabidas súplicas.

—¡Por el amor de Dios, don Félix, denos unas chirolas!

—¡Don Juan Lucero, que hace años nada nos da, por María Santísima...!

—¡Ni les voy a dar, hijos! ¡Nada, nada! — contestó el anciano, escurriéndose como una anguila, sin de-

jar nada entre las uñas tendidas, mientras don Félix, mascullando horrores, vaciaba sus bolsillos de toda su plata menuda.

—¡Que el diablo me lleve, si otro primer viernes me agarran aquí!

—Lo que es yo, hijos míos, ahora no les doy nada, pero en mi testamento les dejo todo. El día que muera...

—¡Jesús! ¿cuándo será eso? — exclamó una vieja. —¡Más antes nos himos de morir nosotros, del hambre que pasamos!

—Peor para ustedes, hija.

Al extremo de la calle apareció misia Enriqueta, ansiosa por llegar a su casa, donde la reclamaban sus innumerables deberes.

Un carro de verdulero acababa de detenerse a la puerta, cuando la dama llegó. Saludó ella a los dos viejos y sin escuchar la algarabía que se levantó en su zaguán se dirigió al verdulero:

—¿Qué me traes hoy, Pascual?

El interpelado champurreó en un castellano italianizado la lista de los víveres que contenía su jardinera, verdadero mercado ambulante, y misia Enriqueta, sin dejarse enredar en un centavo, a pesar de hacer cálculos en el aire, compró carne, y verduras y chorizos y queso en cantidad suficiente para avituallar un regimiento. Pagó al contado, como era su costumbre, y cerró la bolsa, desatendiendo los clamores de los mendigos a la vista del dinero. Ya vendría la chinita a darles a cada uno el peso que les asignaba los primeros viernes, con tal de que no aparecieran hasta el próximo mes. Con esta disciplina misia Enriqueta lograba mantener limpios los mármoles de su zaguán, y tenía noticias exactas de cuántos y de quiénes eran los pobres que acudían a ella.

Al ver a su hermano salir a esa hora en compañía de don Juan, con cara de preocupación, sospechó que fuese por algún asunto relativo a Hernandarias

cuya presencia en casa del viejo, sabía ya por referencias de Pepa Osuna. No le gustaba dar consejos a nadie, mas previendo las terribles consecuencias que podría acarrear para la familia una imprudencia de don Félix, se animó a hablarlo cuando éste volvió de la calle al mediodía.

—Oiga, mi cumpa; tenga cuidado con lo que anda haciendo. Merceditas no va a perdonarle, si sabe que usted se ve con ese hombre, y menos si sospecha que es para acercarlo a Judith.

Don Félix descargó un puñetazo en una mesita que tenía próxima y se encaró a su hermana, con los ojos hechos ascuas.

—¿Quién la mete a usted, mi cuma, a aconsejar a un viejo? ¿Le he pedido yo su opinión? ¿Le he contado yo mis andanzas? ¿Qué sabe usted lo que hago, ni lo que dejo de hacer?

—Señal de que he acertado es el verlo enojarse por una observación tan justa. No la eche en saco roto si quiere que haya paz en la familia.

Había acertado en verdad, pero don Félix no lo confesó. Fueron a la mesa, donde comían con Merceditas, los tres solos, cuando no había invitados. Misia Enriqueta servía.

Don Félix dijo de pronto:

—¿Es verdad que Monzón asistirá al congreso médico de Berlín?

—Sí, — respondió Merceditas.

—¿Irá con Judith?

—No.

—Me lo habían dicho y no lo quise creer.

—¿Por qué? No es un viaje de placer; es un viaje de estudio, tal vez muy penoso. Para ella es mejor quedarse. Viene ya la primavera. Se irá al "Mainumbí" y allí pasaremos juntas las vacaciones.

Don Félix replicó algunas vaguedades y permaneció callado y pensativo y la abuela, por su parte, quedó inquieta.

Una semana después Monzón emprendía su viaje, acompañado por Judith y por su hermana, que lo despidieron en el puerto de Buenos Aires. El mismo día regresaron a Santa Fe las dos mujeres. Cirila trataba de consolar a Judith, la cual bajaba los ojos para que no adivinara su indiferencia.

—Miráme, Judith, miráme de frente: no me gustan las personas que miran de reojo.

La joven que empezaba a forjar un plan para ver a su padre, se escondía de las miradas sagaces de su cuñada.

Yéndose a la casa de su abuela mientras durase la ausencia de su marido, podría escapar a aquella vigilancia; pero temía infinitamente más la de su madre, que no habría tardado en adivinar su propósito.

Se quedó, pues, con su suegra, que se pasaba el día entero inventando golosinas y mimos, con qué halagarla, y su cuñada, que le hablaba del ausente, espiando sus impresiones.

¡Hondo, perpetuo y humillante martirio para un corazón como el suyo, sensible y soberbio!

No salía a ninguna parte y no recibía otras visitas que las de su abuela, y la de don Félix, con quien cuchicheaba acerca de su padre.

Merceditas permanecía en la ciudad, pero apenas la veía, absorta en preocupaciones innumerables, que ella misma se creaba, para distraer su espíritu y gastar sus rentas.

Una tarde misia Enriqueta vió a don Félix cruzar el patio apresuradamente, rumbo a la calle.

—¿A dónde va, mi cumpa? — le gritó deseosa de acompañarlo, pero su hermano le contestó bruscamente.

—A donde el diablo perdió el poncho, — y desapareció.

Judith estaba leyendo en su pieza. Iba cayendo la tarde sobre el jardín perfumado, y las líneas del libro comenzaban a borrarse. La joven apartó de él los ojos y miró el cielo, en donde navegaba una nube, con

flecos enrojecidos por el sol que se entraba. Una larga bandada de patos que cruzaba le evocó los amados paisajes de la isla, y despertó los dormidos recuerdos de su niñez.

Pensando en eso dejó de oír el rumor de la máquina de su cuñada, y la algarabía del gallinero en donde doña Anastasia andaba eligiendo un pollo gordo para la cena. Judith esperaba a su tío, que le había prometido llevarla a visitar a su padre, enfermo en casa de don Juan; y trataba de imaginarse la figura de Hernandarias, reforzando la desteñida sombra que su memoria conservaba del hombre sin nombre que la habló junto al río.

Oyó abrirse la cancela del zaguán, mas no sintió pasos, porque don Félix entró sigilosamente. Cirila, había sacado al patio su máquina para aprovechar las últimas luces del día, y lo atajó con un saludo.

—Toqué el timbre, — dijo don Félix en son de disculpa — y nadie salió.

—Es verdad, las pilas están secas; — respondió ella tendiendo la mano al visitante, con una coqueta son risa.

Correspondió el agraciado con otra, no menos afectuosa, que enterneció a Cirila; arrimó una silla, se sentó a su lado, y cambiaron algunas frases melosas, hasta que el viudo se levantó y dijo:

—¡Caramba! Usted me hace perder la memoria; tengo que llevarla a Judith a casa de su madre.

Sin más, se metió de rondón hasta el segundo patio donde estaba su sobrina. Cirila fué tras él, y doña Anastasia apareció en chancletas, revoleando un pollo, cogido del pescuezo.

—¡Ave María purísima! ¡qué susto me ha dado el buen amigo! ¿Busca a su sobrina? Ahí la tiene, secándose los ojos con los libros. Desde que se fué mi hijo, la pobrecita no hace otra cosa que leer.

Dos o tres volteretas más y el pollo quedó estrangulado. Sin perder tiempo, comenzó a desplumarlo,

arrojando los tibios puñados de plumas en un fuentón que trajo de la cocina.

Don Félix penetró en la pieza de Judith, que había cerrado el libro y se ahogaba de impaciencia.

—¿Vas a venir conmigo? — le murmuró al oído besándola; y como Cirila surgiera en el cuadro de la ventana, agregó en alta voz: — Vengo a llevarte, hija. Tu madre no te ve hace una semana.

Judith corrió a vestirse y volvió al instante poniéndose el sombrero. Las manos le temblaban, y Cirila no dejó de advertirlo.

—Tiene que darle una penitencia a su sobrina, don Félix.

—¿Cuál es su culpa?

—El no mirar de frente. Judith, hermanita; ¿por qué no mira de frente a su hermana que se desvive por usted? Levante sus ojos, no parezca una monja.

Se esforzó Judith por sonreír y siguió a don Félix que salía.

—¡Pobre de mí! — exclamó doña Anastasia. — ¿Qué me hago ahora con este pollo, si esta niña no va a comer aquí?

—Sí, mamá, si va a comer aquí — replicó Cirila. — Le damos permiso para una visita corta; pero no permitiremos que nos la roben por más tiempo.

Un coche los esperaba a la puerta, y ella los vió partir en dirección al centro, y durante un rato oyó el estrépito de las ruedas en el adoquinado. Pero sintió luego que el coche doblaba en la esquina cambiando de rumbo. Corrió al jardín, aguzó el oído y en el silencio de aquella hora acabó por convencerse de que don Félix no llevaba a su sobrina a visitar a su madre.

Resuelta a no dejarse burlar y aun a riesgo de desagradar al viudo, que empezaba a interesarle, se vistió a la disparada y se encaminó a casa de misia Enriqueta.

El coche, en efecto, había vuelto hacia el Sur y se detuvo frente a la casa de don Juan Lucero.

Entró don Félix, y tras él Judith, asustada como si fuera a ejecutar una mala acción. Apareció el dueño de casa, caminando sin ruido, con sus zapatillas de fieltro, y los guió hasta la pieza donde estaba Hernandarias, y anunció desde el umbral:

—¡Aquí está tu hija, Daniel!

Una vela ardía en un rincón, pero la habitación era tan grande, que todo quedaba en tinieblas.

Judith vió agitarse en la pared una sombra desmesurada. Volvió los ojos y reconoció al hombre que tres años antes la habló al pie de la barranca. Aquel hombre se incorporó súbitamente, y le tendió los brazos.

Y como un torrente contenido que rompe su dique se arrojó ella impetuosamente, sobre el pecho de su padre, sin hallar palabras qué decirle, mientras él que no atinaba a nombrarla, sólo supo exclamar:

—¡Hijita mía! ¡hijita mía!

V

Bajo la luz del reverbero

Después de una humillante disputa con Cirila al volver a su casa, decidióse Judith a marcharse a la estancia de la abuela.

Su cuñada era demasiado hábil para embestirla de frente; guardó para mejor ocasión el secreto de aquella escapatoria; y doña Anastasia la ayudó a acomodar su equipaje lamentándose de la soledad en que iba a dejarlas, ahora que estaba aprendiendo a comer lo que ella le cocinaba.

Al despedirse Judith formuló a su cuñada un pedido que le costó una horrible violencia, porque significaba una capitulación:

—¡Que mamá tampoco sepa que yo lo he visto!

El horrible desamparo de su padre la había aterrado y enternecido y quería encontrarse con él de nuevo en el campo, pero temblaba de que su madre llegara a saberlo porque era capaz de hacerlo espantar con los perros como a un ladrón nocturno.

¿Cómo, llamándose cristiana podía ser así?

Este pensamiento la desorientaba y la hacía vacilar en su cariño y en su fe; pero a nadie confiaba aquellas dudas, que exacerbaban su orgullo y enturbiaban su conciencia.

Al principio la vida campesina la envolvió en el encanto de las tareas que amaba.

Las paredes blancas del "Mainumbí" divisábanse a

corta distancia de "Las Avispas". Pero Merceditas nunca había frecuentado la estancia de su madre; y ésta, que siempre sufrió del alejamiento de su nieta, no acababa de creer ahora en la dicha de verla y bendecirla a todas horas, y apenas salía.

Deslumbrada por esa felicidad, no advertía la inquietante reserva de Judith, ni la marca de la rebelión en su frente purísima.

Comenzaba ya el verano. Las familias acomodadas aprestábanse a huir de las ciudades, buscando la paz y la frescura de las campiñas.

Sobre las carreteras sombreadas por paraísos, flotaba constantemente una nube de polvo, a causa de que el buen tiempo activaba el tráfico. Los viandantes cruzaban los campos cultivados, sopesando con ojos expertos las tiernas espigas del trigo o las verdes bolillas del lino y echaban cálculos sobre su rendimiento y los peligros de la langosta.

Porque en la primavera un día bochornoso de calor, el viento Norte llegó trayendo de los lejanos bosques paraguayos mangas inmensas que cubrieron el cielo, y durante una semana los colonos presenciaron aquella pavorosa emigración. Al anochecer las mangas se abatían sobre los campos, dormían allí, y partían cuando el nuevo sol secaba sus alas entumecidas. Detrás quedaban yermas las campiñas y muchos árboles roídos hasta la albura. Solamente los paraísos se libraban por lo amargo de sus hojas.

Los cereales nacieron después que pasó la langosta voladora, y eso los salvó; pero en los terrenos duros de los caminos, la pala de los colonos descubría los desoves, miriadas de huevos, cuya total destrucción era imposible y de donde nacería la voraz "saltona".

¿Estarían segados los linos y maduras las espigas, cuando las nuevas mangas de langosta se formaran dentro de las chacras mismas?

Los agricultores contaban los días y declaraban

que la "saltona" sólo podría hacer daño a los alfalfares y a los maizales tardíos.

En aquella región poblada de colonos, estos eran los grandes problemas del mundo.

Judith se distraía participando de tales preocupaciones, y renovando las amistades de una época, no muy lejana, pero de la cual la separaba un abismo.

En todas las casas donde entraba, dando la mano a los grandes y besando a los niños producía la emoción de las hadas que aparecen en los cuentos infantiles.

La intensidad de su vida interior había contribuído a formar su belleza en ese estilo sereno, reconcentrado, frío a la primera impresión, que enamora en las estatuas griegas, cuando el ojo se ha hecho a sus líneas purísimas.

Los colonos, acostumbrados a las visitas de la inflexible y dominante Merceditas, percibían mejor la estela radiante que su hija dejaba en las almas humildes.

Los viejos la señalaban como un modelo de cordura; los mozos la admiraban como un ideal; las muchachas se enorgullecían cuando aquellos misteriosos ojos azules las reconocían entre todas, y la dulce boca silenciosa las halagaba con alguna sonrisa.

Judith sentía eso, y una inquietud agitaba su conciencia: ¿era digna de tanta admiración? ¿sería *siempre* digna?

Una mañana, en el luminoso Diciembre, llegó a pie la hija de ño Bachi, el cual seguía viviendo en la chacrita prestada, a la vera del monte.

Judith en el gallinero daba de comer a las aves. Las palomas volaban zumbando a su alrededor y se posaban en sus hombros, en sus brazos y hasta en la orilla de la fuente, de donde sacaba el maíz a puñados.

Misia Enriqueta hallábase en la galería, sentada en una silla de patas cortas, rodeada de sus chinitas, que habían despanzurrado unos colchones para tizar su lana abatanada por el uso.

Divisó a Cecilia y la hizo llamar con una de las sirvientas, que la detuvo en mitad del patio.

La muchacha se acercó. Era de aspecto gentil, y corrían a propósito de ella algunas historias.

—¿Qué te trae, Cecilia?

—La niña Judith anduvo ayer por casa, y le dejó un mensaje a mi hermanito, para que hoy viniese yo a verla.

Judith llegó, sosteniendo contra la cintura la fuente vacia, y ruborizada explicó la razón de aquel llamado.

—Quería verte, Cecilia, porque me dijeron que estabas muy buena moza.

—¡Amalaya juera cierto! — contestó la aludida.

—Y no te han engañado, Judith, — agregó misia Enriqueta observando alternativamente a la hija de don Bachi y a su nieta, cuya repentina confusión la sorprendía.

—Quería, además, que me acompañaras a dar un paseo por el monte, hacia el bañado...

—¡Vaya un capricho! — murmuró misia Enriqueta.

—Ya me sé de memoria la estancia entera. He traído tarritos de albahaca de todos los ranchos y quesos y chorizos de todas las granjas. Sólo al monte no he ido; al monte y al bañado, donde una vez me perdí...

Se detuvo en aquella palabra, y su rubor aumentó.

¿Cuál era la causa del placer que sentía recorriendo los sitios amados en su niñez y en su primera juventud, y cuál era más que todo, el motivo que la hacía ocultar aquella impresión?

—Si yo la hubiera acompañado, — dijo Cecilia, — no se hubiera perdido aquella vez. Yo conozco bien los caminos del monte.

Judith le cortó la palabra.

—Ya he mandado ensillar mi tubiano y otro caballo para tí. Salgamos antes de que pique el sol.

Partieron al galope, siguiendo un callejón que pasaba cerca del "Mainumbí" y allí se detuvieron un instante. Merceditas apareció, su hija le dió un beso, cambiaron algunas palabras y separáronse con otro beso.

Los campos de Merceditas estaban perfectamente administrados, la colonia rendía más y los caminos se conservaban mejor que en la estancia contigua.

—¡Todo lo que se divisa es de usted, niña — exclamó Cecilia, señalando con la punta del rebenque los linos y los trigos amarillentos, y los alfalfares jugosos, a los que el viento imprimía las suaves ondulaciones de un mar.

Judith respondió sin entusiasmo.

—¡Es demasiado para mí!

—¿Por qué, niña? A los ricos verdaderos, nunca les sobra nada.

—Es demasiado... — repitió Judith — y no es suficiente.

En el timbre opaco de la voz, que parecía de una persona fatigada, adivinó Cecilia tristeza y desaliento.

El rancho de don Bachi hallábase un poco más descalabrado que antes. Sobre el techo pajizo crecían las verdolagas, y las lluvias habían derrumbado una pared de la cocina, reemplazada ahora por una chapa de zinc, arrimada provisoriamente, hasta que don Bachi dispusiera de "algún tiempito" para hacer el remiendo. La cumbrera de la pieza mayor, donde daban bailes, empezaba a "vencerse" y hubiera cedido totalmente, sin el puntal que Cecilia misma le puso, para que no se derrumbara una noche en medio de la danza y aplastara a alguno de sus festejantes.

—El pobre mi tata no tiene tiempo ni pa rascarse, con la lidia de los dos parejeros que cuidamos.

—¿Ahora son dos?

—Sí, niña, un alazán y un ruano; mírelos allá, contra el pozo, bebiendo en mi batea.

—¿Han ganado alguna vez?

—Todavía no, pero el mejor día han de ganar; ¡qué duda tiene!

De todos los rincones surgían perros flacos y ladradores, con zarcillos de garrapatas en las orejas. Detrás aparecieron uno a uno los hermanitos de Cecilia, y final-

mente salió don Bachi, agachándose al pasar la puerta. Llegó sacudiendo un morral de cuero, a cuyo ruido acudían las gallinas, para atrapar los granos que cayesen. Saludó sin mayor agasajo a la hija de Merceditas, ahuyentó a patadas a los perros que oliscaban los garrones de los caballos; echó una mirada inteligente sobre el tubiano, le palmeó el cuello y dijo entre dientes:

—¡Qué parejero sadría de este pingo, puesto en buenas manos!

Con esto dirigióse al pozo y las dos jóvenes siguieron su camino, cortando el patio, para entrar en el monte por un rumbo mejor.

El cerco de ramas tenía diversos portillos, porque ya don Bachi no sembraba maíz, pues compraba la ración de los parejeros con el sueldo de las hijas conchavadas. El cerco era, pues, inútil, pero hermoso en extremo. Con los años se había cubierto de enredaderas silvestres que en aquella sazón estallaban en dulces campanillas blancas, perseguidas por las doradas abejas.

Judith arrancó un puñado de flores, y durante un rato, sin apurar la marcha, fué chupando la gota de miel que había en el cáliz de cada una. Su pensamiento volvió a la conversación interrumpida, y dijo:

—Con todo el oro del mundo, no comprarías una flor de éstas en el invierno.

Cecilia replicó, guiñando un ojo:

—No hay que tener antojos imposibles; — y se echó a reír.

—Con todo el oro del mundo no se podría comprar tu risa.

—Mi risa no vale un centavo.

—Muchos darían una fortuna por tener ganas de reírse tan alegremente.

—¿Usted.. daría algo?

—Yo no, — respondió con brusquedad Judith, que había hablado sin percatarse de la curiosidad, encendida en los ojos vivaces de Cecilia.

—Se lo decía porque no la he visto reír.

—No ha habido de qué.

—En otros tiempos no era así, tan seria.

—Ya no debo ser como entonces. Era una chica trastornada. Vivía soñando aventuras. Habría dado veinte años de mi vida, por viajar y ver cosas extrañas.

—Si tanto le gustaba viajar ¿por qué no se fué con el "dotor"?

—Entonces me gustaba, ahora no.

—¡Qué de repente ha cambiado!

Penetraron en el bosque, por un sendero que no permitía seguir a la par.

Sobre el suelo acolchado por las hojas muertas, avanzaban sin ruido los caballos. Una bandada de loros asentada en la copa de un frondoso ñandubay, saludó a los intrusos con destemplada algarabía; y cuando cesaron sus chillidos en el sonoro silencio del oquedal, sintióse el penetrante arrullo de una paloma.

Judith experimentó una emoción profunda, como si una mano suave y poderosa le oprimiese el corazón.

—¡Dios mío! — murmuró para sí. — Todo esto lo he visto hace años y de nada me he olvidado.

Entre la hirsuta ramazón de un tala, crecía un "mburucuyá", la silvestre enredadera, tan querida por su padre que llamó con su nombre a la estancia del Norte.

Entre el verdor se destacaba el oro de las granaditas maduras. Cecilia arrancó una ristra, y la presentó a Judith. Algunas estaban partidas, y mostraban sus granos rojos engarzados en la pulpa blanca.

—¡Los zorzales se las están acabando! — exclamó Cecilia, abriendo una para comérsela.

A cada momento era más nutrida la bulla de los pájaros, y más intenso el aroma de la hierbabuena, que crecía en matorrales al pie de los algarrobos.

Iban calladas las dos, cuando Cecilia, que se moría por conversar, dijo:

—Mi hermano Perico me trajo ayer un nido de palo-

mitas, recién emplumadas... ¿Quiere que se las lleve? Con pan mascado es fácil criarlas.

—Yo no tengo paciencia y no me durarían, — respondió Judith.

—Ha hallado también un nido de picaflores, colgado en el tunal, junto al cerco de las casas, y me lo ha prometido para cuando nazcan los pichoncitos: ¿los quiere?

Judith, cuyo pensamiento se alejaba, respondió distraída:

—Me los comerían las hormigas; yo no sé criar pájaros.

Siguieron andando hasta que Cecilia mostró por un claro del bosque la línea verde del bañado, y agregó sin ninguna malicia:

—El niño Pablito me dijo una vez que aquí le salvó la vida. ¿Fué verdad o fué mentira?

—Fué verdad, — respondió Judith, — turbada por el rumor de aquel nombre, en aquel sitio, de donde se alzaban enervantes recuerdos.

Y para que la conversación no tomara un rumbo temido por ella, intentó lanzarla hacía las cosas que interesaban directamente a Cecilia.

—¿No estás de novia?

—No, niña.

—¿Cómo es eso? ¿De todos los bailes que das, no has sacado ningún festejante?

—¡Qué le voy a hacer! ¡esa es mi suerte!

—Estás mintiendo. Alguien me ha contado que has vuelto loco de amor a un buen mozo de una estancia vecina.

—¿Quién será? ¿quién no será?

—Dicen que es el domador de la estancia "Los Ceibos".

Cecilia se ruborizó.

—¡He acertado! ¡te has puesto colorada!

—¡Bah! Eso nada significa, también usté se puso colorada cuando nombré al niño Pablito. También decían

de él que era su novio y que se casarían antes del invierno. Ya pasó el invierno y no se casó con él, sino con otro. Si mienten las lenguas de las personas racionales, ¿cómo no ha de mentir la sangre que sube a la cara de una, cuando está agitada?

—¡Charlatana, charlatana! — respondió Judith volviendo las bridas. — Vamos a las casas; ya he visto lo que quería ver y el sol comienza a picar.

Y huía de la risa audaz y armoniosa de aquella muchacha, que había sorprendido su emoción.

Esa tarde tuvo una gran alegría.

Era la hora en que se alargan las sombras de los árboles y cantan de nuevo las cigarras.

Judith recorría las colmenas puestas en cajones, al abrigo de los viejos naranjos, incomparablemente más hermosos que los del "Mainumbí".

La tierra era húmeda, los troncos parecían de bronce y su hamaca se columpiaba sola, porque nunca faltaba en el naranjal una brisa tan fresca y alegre como si acabara de bañarse en el río cercano.

Del camino llegó el rumor de un carruaje, y las sirvientas que se agolparon a espiar quién venía, gritaron: "¡Es don Félix!" Y Judith voló a recibirlo en sus brazos de diosa joven.

El la apretó contra su pecho, anhelante como si hubiera temido perderla y de pronto la hallara, la besó con fervor y le dijo en secreto:

—Este beso te lo manda tu padre.

Judith se puso tan alegre, que no advirtió en los modales de su tío una rara inquietud.

Misia Enriqueta se la reprochó suavemente:

—Estás brusco, Félix; estás más nervioso que nunca. ¿Te ha cansado tanto el viaje? ¿Has tenido alguna preocupación?

—Al contrario; estoy alegre, y si tuviera una guitarra armaría un fandango.

Pero no era verdad y Judith acabó por observarlo.

—A mí — díjole con disimulo — no me echará la misma mentira. Usted no está alegre, sino preocupado.

El trató de negar, y Judith recordó que las mayores preocupaciones de don Félix eran por asuntos de ella.

—¿Está preocupado por algo mío?

Don Félix estalló.

—¡No tengo nada, nada, nada! Han comenzado mis vacaciones y vengo a pasarlas con ustedes. Pero si me taladran los orejas con esas preguntas, hago atar de nuevo y me voy.

Judith se quedó mirándolo, y él se arrepintió de su brusquedad.

—He traído unas botas para ese viejo yacaré, que vive en el ombú, si es que no lo han comido ya las hormigas.

—¿Ño Cricho?

—Sí, unas botas viejas, con medias suelas nuevas; le andarán bien. Ni en la campaña del Paraguay las habrá tenido mejores. Aunque es capaz de no agradecérmelas. Le traigo también un "bocoy" de yerba. Si no lo cambia por una damajuana de caña, podrá tomar mate hasta que se muera. ¿Quieres que vayamos ahora mismo a llevarle todo, mientras preparan la cena?

Judith se puso un chamberguito de castor, y llamó a una de las chinitas, para que cargase con el regalo, y fueron a pie, pues el ombú de ño Cricho no quedaba lejos.

El viejo pescador había comido ya un churrasquito asado en las brasas, y estaba quemando hojas de eucalíptos del lado del viento. Una columna de humo envolvía su árbol y espantaba a los mosquitos.

A los ladridos del cuzco se incorporó con un crujido de sus viejas choquezuelas, y se puso a mirar a los que avanzaban por el camino. Era imposible, aun para su vista de lince, distinguir las caras, pues las siluetas se recortaban en negro sobre el horizonte enrojecido por el crepúsculo. Sin embargo se dijo:

—Estos son de la estancia, — y se alegró, porque nunca venía gente de ese lado sin traerle alguna cosa.

Extrajo de su cueva una cabeza de vaca para que Judith se sentase, y a don Félix le indicó secamente una joroba que formaban junto al tronco las caprichosas y enormes raíces del ombú.

—¡Ahí tiene un güen sillón! — le dijo tomando el obsequio, y oliendo las botas, después de haber examinado el "bocoy".

—¿Cuántos años las ha tenido puestas?

—¿No te digo? — murmuró don Félix, dirigiéndose a Judith.—Yo he perdido esa cuenta, viejo; pero tu cuzco tiene mejores narices que vos, y te puede decir qué tiempo las he usado yo, y qué tiempo te queda a vos para usarlas.

El viejo pescador se rió, satisfecho de hacer perder los estribos a don Félix. Se zambulló otra vez en su escondrijo, guardó el regalo, y salió rascándose el cogote, como quien tiene ganas de decir algo.

Miró cara a cara a don Féix, quien al verse observado así, compuso el pecho.

—¿Qué tal me hallás, viejo?

—¡Velay! ¡En eso mesmo estaba pensando!

—¿Tengo buena cara?

—¡Tá más flaco que nunca!

—¿Flaco? ¡estás chiflado! Nunca he estado mejor.

—¡De ande! ¡Si está poniéndose güeno pa dijunto!

Judith soltó la carcajada y don Félix se alzó como si lo hubiera mordido una víbora.

—¡Desagradecido! ¡malcriado!

Y partió echando chispas.

Al llegar a la carretera no se acordaba más de ello. Tomó del brazo a Judith y echó a andar, mirando en el polvo las huellas de la sirvienta que marchaba algunos pasos adelante.

Crecía la sombra a su alrededor y los campos se adormecían en la paz de la noche.

—Hoy recibí una extraña carta de tu marido: ¿y tú?

—Días pasados me llegó una. ¿Por qué es extraña esa carta?

—Yo no lo creía tan tierno. Me habla de ti con una pasión que me ha causado una gran sorpresa, y por cierto, una gran alegría.

—¿Le sorprende que me quiera?

—Yo no lo creía tierno. Su mismo viaje me lo demostró. Y ahora me cuenta que te echa de menos y me pide que te hable de él para que no lo olvides.

Judith se estremeció.

—Lamenta viajar solo... ¿No te dice algo de eso en sus cartas?

—Sí, algo de eso, ahora último.

—Después de todo, mal puede sorprenderme lo que es natural. Quien ha llegado a ser dueño de los ojos azules más lindos que hay bajo el cielo, concluirá por enamorarse como un trovador... ¿No te parece? ¿en qué piensas, hijita?

Judith trató de reírse y don Félix observó la amargura de aquella forzada alegría.

—¿Y a tu madre la ves con frecuencia?

—Esta mañana pasé por el "Mainumbí".

—¿Pasaste por el "Mainumbí"? — preguntó con inquietud don Félix.

—¿Qué tiene? ¿También es raro eso?

—¿A quién viste?

—A mamá. Fuí de paso, le di un beso, y seguí mi camino con Cecilia. Si yo no voy, pueden correr semanas enteras sin que nos veamos. Mamá sólo de tarde en tarde viene a "Las Avispas".

—¡Qué mujer singular! Te quiere con toda su alma; has sido su preocupación exclusiva. La gran barbaridad de su vida, la hizo pensando en ti...

—¡Echó de su casa a mi padre...! — murmuró Judith con voz ronca.

—Sí, por librarte de su mal ejemplo... Se equivocó,

no hay duda, pero su propósito no pudo ser más santo, ni pudo haber más abnegación en su conducta. Tienes que amarla mucho y perdonarla siempre... ¡a ella, que no perdona nunca...!

—¡Pobre papá!

—Ya está sano y no tardarás en verlo. Vendrá por aquí, como un ladrón, al anochecer. Merodeará por la costa del río, Judith, irás a verlo y guardarás el secreto, para que no caigan mayores tristezas sobre él.

—¿Vendrá pronto?

—Yo lo sabré; iremos los dos cuando sea el momento.

La joven en un transporte de gratitud besó las manos de su tío.

—¡Yo quisiera ser como usted!

—Yo soy amargo, y tú eres dulce.

—Usted es amargo por fuera, pero su corazón es dulce. ¡Y yo no, yo no, yo no! Aunque parezca otra cosa.

Lo dijo con tanta vehemencia que don Félix se detuvo a mirarla.

Habían penetrado en el jardín. Un reverbero pendiente de un alto poste, alumbraba el sitio.

—Tengo otra noticia que darte.

Un temblor imperceptible agitó las manos de Judith. No hubiera sabido explicar por qué se imaginó que su tío iba a hablar de Pablito Medina. Y así fué.

—Pablito llegó al "Mainumbí" hace dos días... ¿De veras no lo has visto? ¿cómo puede ser eso?

—No sé; — respondió Judith. — Ni siquiera tenía idea de que hubiera venido.

—Mejor; ojalá no lo veas nunca. Es joven, es impetuoso, es jactancioso; tal vez está resentido. Cualquier cosa entre él y tú, sería mal interpretada, en primer lugar por tu madre, que es la rectitud misma, en segundo lugar, por todos los que alguna vez creyeron que era tu novio.

Judith no replicó nada.

—Estás obligada a ser perfecta. Un día te pregunté:

"¿Tienes fuerzas para ser perfecta?" Y me respondiste: "¿Por qué lo duda?"...

—Sí, me acuerdo.

—Estás obligada a ser perfecta, porque la más leve imprudencia, no hallaría excusas ni en tu madre, ni en los que han aprendido de ella a no perdonar.

Pronunció estas palabras en voz baja, con ira, como si se rebelase contra una sentencia ya dictada.

Y Judith tampoco respondió.

El entonces pretendió bromear, por desvanecer la obscuridad de sus pinturas, pero aclarando bien su consejo, y puso a Judith en forma que la luz del farol le diera de lleno, y le dijo con tono entre ligero y amenazante:

—En esta casa, con tales asuntos no se juega. Si te ocurriese una desventura, antes que llegara a saberlo tu madre, más te valiera atarte una piedra al cuello y tirarte al río...

Apenas lo dijo, una mano siniestra apretó el corazón de ambos.

Y en el rostro de la joven pintóse tal angustia, que don Félix se espantó y quiso enmendar su indiscreción.

—¡Hablo en broma, hijita! Tú eres buena! ¡tú serás siempre buena!... ¡Ah, Dios mío!... Pero si dejaras de serlo... Judith... ya sé que no ocurrirá, ya sé que antes se quebrará el firmamento y se ennegrecerá el sol... si dejaras de serlo, yo quiero saber tus luchas, y quiero ser tu refugio, para que la misericordia que no halles en otros, la halles en mí... ¡Hijita mía, mi pobre Judith, desamparada como una huérfana!

Y Judith tampoco respondió. Pero una lágrima ardiente se desprendió de sus ojos, llenos de misterio.

—Entremos. Abuelita nos espera, — dijo al rato.

VI

Humillación

Durante la noche despertó a Merceditas el canto de un zorzal, cuya jaula metían en el comedor no bien caía la tarde.

Las sirvientas dejaron encendido el quinqué y el pájaro se puso a cantar, creyendo que era el resplandor del día.

Merceditas se levantó, pasó por encima de la cama de una de sus chinitas, que dormía sobre un colchón puesto en el suelo, y fué a apagar la luz.

El alba estaba lejos y la noche era calurosa y tranquila.

Sentíase en el potrero el incesante galopar de las yeguas, acosadas por los mosquitos.

El zorzal dejó de cantar y Merceditas se acostó, mas no pudo conciliar el sueño.

Permaneció desvelada, los grandes ojos fijos en la obscuridad donde danzaban las siluetas confusas de las cosas. La luz de una estrella se introducía por el postigo, y su fulgor ceniciento caía sobre la muchacha dormida en su lecho humildísimo. Su respiración acompasada, revelaba lo profundo de su sueño.

Merceditas tuvo envidia de aquellos nervios en paz, y pensó en Judith, que el día antes, yendo con Cecilia, se acercó a besarla, y cuyo aspecto le llamó la atención.

Recordaba que estuvo a punto de ceder a la ternura, y

devolverle cien besos, en cambio del que venía a darle, para arrancarle alguna confidencia.

Contúvose, empero, más por costumbre de vencerse que por deliberación. Ahora se arrepentía.

Había pasado su vida con la preocupación de hacerla feliz y he aquí que empezaba a dudar de su obra.

¿Estaba segura de no haber mezclado un poco de egoísmo, como un barro impalpable, en el agua con que abrevó el corazón sediento de su pobre criatura? ¡No, no estaba segura!

En un libro donde la palabra paz aparece en cada página, en el Kempis, había leído una sentencia que volvía siempre a su memoria: "Lo que no entiendes cuando lo lees, lo entenderás a la hora de la visitación".

Es decir, que había tiempos en que el dolor, que era la gracia, disponía los corazones a comprender humildemente las sencillas verdades de que hubiesen renegado.

En la mañana anterior Merceditas se quedó a la orilla del callejón contemplando la elegantísima silueta de su hija que se alejaba. Luego volvió a las casas, y hojeó aquel libro que nunca leía, porque la mansedumbre de sus palabras repugnaba a su espíritu inquieto. Leyó al azar dos o tres capítulos y lo cerró con espanto, y en todo el día no pudo olvidar lo leído: "Muchos buscan su propio interés en las obras que hacen, y no lo entienden..." "Muchas veces parece caridad, lo que es carnalidad". "A veces nos mueve la pasión y pensamos que es celo". "Toda nuestra paz en este miserable valle, más se conserva en el sufrimiento humilde que en no sentir contrariedades".

¡Ay! Un vago resplandor de la verdad empezaba a penetrarla, como se filtra la luz de la aurora por los resquicios de una puerta que hemos cerrado para que la noche dure más.

El zorzal volvió a cantar respondiendo a otros pájaros que cantaban afuera.

—¡Ya amanece! — dijo Merceditas incorporándose, y

gritó a sus sirvientas: —¡Levántense! ¡ya es de día! ¿Hasta cuándo piensan dormir?

Se levantó ella misma, zamarreó a la chinita que estaba en su cuarto, y abrió puertas y ventanas al aire libre y purísimo del campo.

La chimenea de la cocina, donde se reunían los peones para desayunarse, enarbolaba un gallardete de humo, y las gallinas pululaban por el patio, señal de que les habían abierto el gallinero.

Merceditas se encontró en la galería con su mayordomo, Pablo Medina, que le dió los buenos días, tocándose el ala del sombrero, y se puso a informarla sobre los asuntos de la estancia.

—Los medieros españoles, — dijo, — que tienen la chacra del naciente en la vuelta del río, que llaman la Punta del Dorado, quieren más tierra.

—Ya tienen cien hectáreas — objetó Merceditas.

—Dicen que es poco; se les ha casado una hija y ha llegado de España un primo con familia. Pretenden cien hectáreas más, para desmontarlas y vender la leña, dejándonos los postes que resulten.

—Arriéndeselas. Déselas por cinco años, al veinte por ciento de toda la cosecha, — respondió la dueña del "Mainumbí." — Pero que destronquen bien, que no hagan como saben hacer, cortar los árboles a flor de tierra, con lo que después no pueden arar.

—Los colonos del sur dicen que empiezan a aparecer manchas de "mosquita" en las chacras. Todos han sembrado maíz, pero quieren que les asegure barrera de zinc suficiente para rodear los sembrados y defenderlos de la "saltona".

—Solicite la barrera a la Defensa Agrícola, y avíseme si le oponen alguna dificultad, para escribirle al ministro.

Pablo Medina iba a proseguir, pero Merceditas lo interrumpió.

—Hágame atar el tílbury. Iré a "Las Avispas", a visitar a mamá.

Había escuchado y respondido con su habitual preci-

sión, por costumbre, pero en ese momento ninguna de esas cosas le interesaba, tanta era la angustia que le dejó la noche de insomnio.

Tardaron un rato antes de atarle el tílbury, porque los caballos, hostigados por los mosquitos, habían roto el cerco y disparado al monte.

En momentos en que iba a salir, llegó Cecilia cabalgando en una mula y seguida de sus hermanitos, enancados en un caballo viejo y flaco.

Traía unas gallinas atadas por las patas.

Los pobres animales alzaban la cabeza congestionados y abrían los picos ansiosos.

—Mi tata me manda a ofrecerle estas aves, por si las quiere comprar, a cuatro pesos la yunta.

—¡Muy caras! ¡no las quiero! — respondió secamente Merceditas, por no perder tiempo. Mas pensó que aquella muchacha podía haber recibido alguna confidencia de su Judith, y envidió su suerte, y quizo granjearse su voluntad.

—Porque son de tu casa te las voy a comprar, al precio que has dicho.

—Mi tata se va a alegrar mucho, porque anda muy escaso.

—¿Según eso, el parejero no ha ganado?

—Todavía son muy potrillos los dos que tenemos; en cuanto se críen dice mi tata que no va a haber quien les saque ventaja en las carreras. Pero no es por eso por lo que anda "alcanzao"...

—¿Por qué, entonces?

—Es que quiere comprar un fonógrafo pa dar bailes más seguidos, ya que esa es la diversión de los pobres.

—¿No les basta la guitarra, ni el acordeón?

—¡Qué ha de bastar! Ya casi no hay guitarreros por estos laos, si no es algún viejito bichoco, que se cansa lueguito, no más.

Pagó Merceditas las gallinas y salió en su tílbury acompañada hasta el camino real por la hija de ño Bachi, cuyas

respuestas ambiguas, cuando trataron de Judith, la dejaron más intrigada.

—Ayer me pareció que iba triste; ¿anda, tal vez, enferma?

—Le ha parecido no más, señora. Está güena y sana.

—¿Qué fué a hacer al monte?

—A pasiar asigún me dijo, por gusto de dar un galope. Llegamos al bañado y pegamos la güelta

—Me pareció triste — repitió Merceditas.

—No sería extraño; como el dotor anda ausente... —respondió Cecilia, en cuyos ojos chispeaba la malicia.

Llegaron al punto en que debían separarse y cada cual tomó por su rumbo, sin haber logrado Merceditas ninguna contestación clara.

Era muy temprano cuando llegó a "Las Avispas". La servidumbre andaba en los quehaceres matinales. En el corral una mujer concluía de ordeñar las lecheras, que permanecieron allí, dando a los hambrientos becerritos las últimas gotas de sus ubres.

Al divisar a Merceditas dos chinas corrieron a la huerta, llevando la noticia a misia Enriqueta, la cual andaba palpando en las ramas bajas los duraznos pintones, para juzgar si tardarían mucho en madurar.

Merceditas detuvo el tílbury junto a la cochera, y fué a encontrar a su madre en la huerta, donde se hallaría más a gusto para hablar.

Mandó traer misia Enriqueta unas sillas hamacas y sentáronse al pie de un naranjo, en un fresco rincón, desde donde se abarcaba con la vista un sector del río que reverberaba como un espejo.

—Judith partió de madrugada, con Félix para San Albino — dijo misia Enriqueta. — Volverán a medio día.

—Me alegro de que tío Félix la acompañe y la distraiga. Ayer la vi de paso y no me gustó su aspecto.

—¿Qué notaste?

—No sabría explicar, mamá... Algo así como cuando una persona no es feliz y no quiere que otros lo observen.

Misia Enriqueta se quedó callada. No deseaba opinar

en aquel asunto, si expresamente no se reclamaba su parecer.

Merceditas tardó en hablar. En la copa del naranjo un carpintero labraba su nido, perforando con el pico una de las ramas. Sus golpes acompasados resonaban en toda la huerta. Merceditas alzó los ojos y lo notó absorto en su tarea.

—Tus pájaros, mamá, no te tienen miedo.

—A mí nadie me tiene miedo, — respondió con cierta sequedad misia Enriqueta. — Yo prefiero que me tengan confianza, y se acuerden de mí con amor y no con recelo; y digan cuando muera: Hizo muchas cosas mal, porque no supo hacerlas mejor; pero sabía querer y sabía olvidar.

La alusión hirió a Merceditas como una flecha. Agujereó el suelo con la contera de su sombrilla, y se mordió los labios.

La primera que habló luego fué la madre.

—Monzón nos ha escrito dos cartas llenas de miel. De veras no lo creía tan afectuoso, como se muestra ahora. No es bueno juzgar por las apariencias.

—¿Y ella... se alegró mucho de esas cartas? — preguntó la hija, vacilando.

—Sí, se alegró mucho. Tenía los ojos con lágrimas al leerlas.

—¡Gracias a Dios!

—¿Dudabas acaso de que así fuera?

—Sí, mamá.

—¿Por qué?

—No sé; he pasado una mala noche.

—Es verdad; estás ojerosa y pareces cansada.

—Y en una noche de insomnio, mamá, se recuerdan cosas olvidadas, y se ven los sucesos con otro color.

—Así es... — respondió suavemente misia Enriqueta para estimular las confidencias de su hija que la interesaban sobremanera.

—Anoche me quitó el sueño la idea de que Judith no fuera feliz. Había observado una sombra en su frente...

Esa sombra, mamá, está ahora en la mía. Siento como si tuviera una cinta negra, ciñéndome aquí, aquí.... ¡Mamá!...

Misia Enriqueta miró a su hija, que se golpeaba la frente con el puño, y le palmeó la otra mano crispada sobre la sombrilla.

—Dime algo, mamá; estoy inquieta...

—Estás fatigada; es la noche de insomnio, no pienses en esto porque si algo hubiera no lo remediarías con arrebatos. Los asuntos que creas sin remedio encomiéndalos a Dios. El allana los caminos difíciles, si nuestro orgullo no le opone obstáculos. Es todopoderoso; no lo atajan los mares, ni el fuego, ni el tiempo, y sin embargo, lo detiene nuestra voluntad. Nunca pasa por encima de ella. Nos ha creado libres y nos da su gracia para que veamos lo que es bueno. Si nos empecinamos en seguir una senda torcida, nos inunda con su verdad, pero nos deja seguir. La obra maestra de Dios en los cielos y en la tierra, es la libertad humana. Ni para impedir el pecado se atreve a destruir esa libertad. Prefiere entregarse al dolor y a la muerte, El, que es Dios, para reparar ese pecado. El orgullo es señal de impenitencia, porque es diabólico...

—¡Mamá! — exclamó Merceditas cayendo de rodillas en tierra. Apoyó la altiva frente, ceñida ahora por la preocupación, y sollozó en silencio, porque no conocía las palabras con que un alma se vuelca en otra.

Misia Enriqueta la acarició sin interrogarla, y ella misma volvió a sentarse.

Por entre un claro de la arboleda, en donde el hortelano sembraba legumbres, divisábase un bote que iba cruzando el río, acostado sobre el agua a causa de una vela demasiado grande.

—¡Mira el bote del "Mainumbí"! — exclamó misia Enriqueta. — ¿No es Pablito Medina el que va a popa? Mi vista no es buena.

—Al contrario, mamá, conservas muy bien tus ojos; es Pablito Medina, que va a matar yacarés a la isla. Veo el caño de su fusil relumbrar sobre la borda...

Se calló repentinamente; se ensordeció su voz y preguntó:

—Mamá: ¿vas a decirme la verdad?

—Sí, hija; no recuerdo haber mentido nunca...

—Voy a preguntarte lo que nunca quisiste decirme.

—Si puedo contestar, contestaré.

—¿Quién es Pablo Medina?

—¡Vaya una pregunta! — exclamó la dama poniendo un gesto duro. — Tú lo conoces mejor que yo, pues hace quince años que lo tienes en tu estancia.

—No es eso lo que te pregunto. Yo sé quién es su madre, pero no sé quién es su padre. Nunca me lo has dicho: he empezado a sospecharlo. ¿Su padre fué...?

—Sí, hija; su padre fué el tuyo.

—¡Oh, mamá! ¿y tú lo perdonaste?

—Sí; me costó llanto de sangre, pero lo perdoné, para que Dios tuviera misericordia de mí y de los míos...

—¡Mamá, fuiste fuerte y santa, y yo he destruído tu obra!

—En tu mano está repararla.

—Ya no es posible; sería demasiada humillación...

Una gran bandada de palomas caseras, todas blancas, revoloteó por encima de la huerta, y fué a posarse en el cuadro de las legumbres, donde había semillas de toda clase.

Merceditas se levantó.

—El sol está muy alto y mi tílbury no tiene capota; me voy, mamá.

La madre la bendijo y ella regresó al "Mainumbí".

VII

Juan Chajá

El día del baile, por el cumpleaños de Cecilia, muy de mañana, comenzaron los preparativos en casa de don Bachi.

Las hijas conchavadas pidieron permiso a sus patrones y vinieron de la ciudad, y para dirigir la comida llamó el paisano a una cuñada joven, que vivía en San Albino.

Era una moza carnuda, morena, a pesar de llamarse Blanca Nieve, interesante, con sus ojos negros, sus trenzas relucientes, echadas a la espalda, sus dientes blanquísimos y su aire tristón en que la gente adivinaba un reproche al viudo, que no se dejaba enternecer.

Llegó vestida de celeste en un caballo que don Bachi le mandó, trayendo en ancas al muchacho que fué con el mensaje; y en el acto empezó a dar órdenes, como si el cura acabase de echarle la bendición, y estuviera en casa propia.

Don Bachi degolló un cordero al pie del algarrobo y ella se puso en cuclillas, a recoger en una fuente de lata, la sangre espumosa y caliente, que borbotaba el tragadero de la víctima.

—Te vas a lamber los dedos, Bachi, con la chanfaina que va a salir de esta juentada de sangre.

El paisano ató la punta de un lazo al garrón del cor-

dero, y lo izó a una rama, para destriparlo y cuerearlo en el aire.

Ahí no más, revolcándose en el suelo manchado con la sangre de su hermano, estaba otro cordero maniatado, esperando su turno. De vez en cuando revolvía los ojos, y lanzaba un lastimero balido.

—¿Pero qué has hecho de las gallinas, y de los pavos, hombre? — preguntó Blanca Nieve, extrañada de la desolación del patio, donde no circulaban más que los perros, y un chanchito guacho, para quien eran los sobrantes del morral.

—Los negocié.

—¿Y pa qué?

—¡Vaya con la pregunta! ¿Qué te has creído que el fonógrafo me lo han dau de yapa?

—¡Ah! ¡ya caigo!

—¡Qué lerda sos!

—Aura me decís lerda, — respondió Blanca Nieve con tono quejumbroso. — Cuando viás todas las empanadas que te voy a hacer en un santiamén me vas a decir: ¡paráte rejucilo!

Movilizó al instante los siete hijos de don Bachi, y a Cecilia la mandó al "Mainumbí" a pedir un poco de pimienta y un almirez para molerla, y una media docena de "servicios", porque allí no había más que dos tenedores con los dientes rotos, y dos cucharas estañadas, a más de un par de facones que daban miedo, de puro grandotes y filosos que eran.

Cecilia se echó sobre la cabeza un pañuelo de seda colorada, cuyas puntas sujetó con los dientes, y sin otra defensa contra el sol, que a su regreso tostaría sin piedad la tierra, partió a pie.

Era tan temprano aun, que al quitar la tranca, sacudió las hojas de una enredadera y la mano se le empapó de rocío.

Sintió rumor de un lejano galope, y vió salir de la arboleda a un jinete.

A esa distancia no podía distinguir sus facciones, pero

reconoció el caballo, y se dijo, con un leve estremecimiento en la piel:

—Es Juan Chajá; y se me viene encima.

Prosiguió su camino, juzgando que lo mejor era no dejar traslucir sus recelos. Juan Chajá era uno de los últimos representantes del tipo gaucho, en aquellas regiones, transformadas, desnaturalizadas por la inmigración extranjera.

Desde años atrás, él, que era un hombre hecho, la pretendía, sin irritarse por sus negativas, ni abandonar el empeño. Ella, con sus coqueterías y su astucia, temiendo sus violencias y halagada por la fama del pretendiente, entretenía su ilusión y lo mantenía "con la rienda corta".

Juan Chajá tenía nombre de cuatrero, pero "la autoridad" no lo perseguía, porque según las malas lenguas, compartía con ella el producto de sus robos.

Una vez "se desgració", enviando al otro mundo de una puñalada a un prójimo. Le echaron la zarpa, y lo metieron preso; pero un jefe político lo sacó para guarda espaldas y desde entonces la policía no supo si las hazañas de Juan Chajá eran realizadas por su propia cuenta o en beneficio de algún alto personaje, que de él se valiera.

En el camino pintóse la gran sombra del jinete.

—¡Güenos días, mi prenda! ¿Por qué si me vido venir, no tuvo alma de aguardarme?

—¡No lo he conocido, don Juan!

—¡Lorita overa, que por embustera se quedó soltera!

Se cruzó en el camino y le tendió la mano. Ella se la estrechó con gracia, y se detuvo, mientras él se ponía a liar un cigarrillo, extrayendo el tabaco de una guayaca hecha con una vejiga de buey, primorosamente ribeteada.

Siempre se había distinguido Juan Chajá por la riqueza del apero. Montaba sobre bastos con gruesas redondelas de plata; estriberas y riendas tenían pasadores también de plata, y los estribos del mismo metal valían un Potosí. Encima de los cojinillos llevaba un sobrepuesto de cuero de carpincho todo flamante como recién sacado de algún

almacén de la campaña, donde Juan Chajá compraba al fiado, hasta que cambiara su suerte.

Calzaba botas y espuelas. Para asentar la chala de choclo con que lió el tabaco, desenvainó la rica daga.

—¡Linda arma! — dijo la muchacha, admirando la empuñadura con arandelas de oro.

—¡Más linda es ésta!, — respondió el paisano golpeando amorosamente la culata de un winchester, oculto bajo el cojinillo. — Y a decir verdá, mucho más linda sos vos, mi vida.

—¡Siempre tan "desajerau" y siempre tan paquete! Pero su oscuro está flacón: ¿por dónde habrá andau en tanto tiempo?

El paisano prendió el cigarrillo, dió unas cuantas chupadas, y respondió tranquilamente:

—Está como el dueño. Hemos vivido a monte, casi un año, por un "trabajo" que hice en el Chaco.

—¡Qué laya de trabajo sería ese!

—Para el precio que me han pagau, es como si nada hubiera hecho.

El sendero estaba solitario, y solamente a lo lejos se divisaba un carro de colonos, guiado por unas mujeres.

Dieron algunos pasos para guarecerse bajo la sombra de un ombú, donde trinaba una bandada de golondrinas.

Cecilia miró a todos lados, pero notando la soledad que la envolvía, reprimió su inquietud, y contempló cara a cara al paisano, cuyos ojos pequeños y penetrantes, se clavaron en ella. Era un hombre de cuarenta años, de tez morena, y de barba cerrada y negrísima. Cuando se echaba atrás el sombrero aludo, sujeto a la garganta por un barbijo, descubría la frente blanca y tierna, como la de una mujer.

—El caso es que allá en el Chaco, cerca de Florencia, el hijo del capataz de una estancia sorprendió al capataz de otra estancia, de enfrente, carneándole una oveja de su majada. Éste, ahí no más, lo cosió al chico a puñaladas y lo tiró por encima de un tunal, pa que no contara lo que había visto.

—¡Pobre angelito! — exclamó Cecilia. —¿Y que hizo el padre?

—¿Que había de hacer? Salió a buscar su hijo al día siguiente, y lo halló entre las pencas, desangrándose, pero vivo todavía; y le oyó el caso. El chico se murió al amanecer, y como el padre es poco aficionado al cuchillo, se jué al pueblo a enterrarlo, y sabiendo que yo andaba sin trabajo, con mi flete hecho una osamenta de flaco, me propuso el negocio de vengar a la criatura.....

Juan Chajá volvió a sacar la daga para cortar un tientito que lo molestaba en el sobrepuesto; lo cortó en el aire, de un tajo, y se sonrió viendo que Cecilia se estremecía.

—La tengo parada,m'hija, y se me va a cansar. Tal vez iba de apuro....

—Sí, pero cuénteme... Le propusieron el negocio...

—Y es claro, yo acepté. Me daba quinientos pesos, y alojamiento en la estancia hasta que se presentara la ocasión de toparme con el otro capataz, solo, en el monte. Pasé un mes de zángano; mi obscuro engordando en el alfalfar, y yo en la puerta de la cocina afilando el fierro y espiando por entre las pencas, si salía mi hombre.

Cecilia se había ido aproximando, sugestionada por la naturalidad con que el gaucho relataba su aventura.

El le tomó dulcemente las manos y se las colocó sobre el apero, en reposo.

—Descanse m'hija, y atienda que viene lo güeno. El capataz no salía: ¡que había de salir!

El día entero sentía el ruido del molejón en que yo repasaba mi hoja. Ya podía ocurrir cualquier cosa en el campo, que le rompieran el cerco, o se le quemaran las parvas de maní, o le robaran la hacienda. No salía, mandaba a otros... Hasta que se aburrió. Sin duda tuvo vergüenza y un día lo vide ensillar y rumbiar pa la soledá. Aguardé un rato y ensillé también yo y me juí tras él. Lo atajé en el camino del monte, cerca de unos palmares, justamente donde estaba el tunal del muertito...

—¡Justo castigo de Dios! — murmuró Cecilia palideciendo.

—El, que venía ya de güelta, al trotecito, sofrenó el pingo y me saludó. En deveras que me apenó ver la juerza que hizo para disimular el miedo. Tenía la cara color de cemita cruda. "Perdone, amigo ¿me empresta el juego?" "¡Cómo no!" me contestó, y se puso a buscar la caja de fósforos. Yo me apié, y me le juí arrimando. A él le temblaban las manos y no daba con la caja. Al último se acordó y me dijo: "Pero si yo no fumo, amigo, ¡qué he de tener juego!" "Güeno, tome, amigo, pa que aprienda", le dije y lo ensarté por abajo de los riñones. Dió unas cuantas manotadas y cayó, abierto como un sapo, babeando la tierra. Lo tiré por arriba del tunal, le saqué el apero al caballo y le dí un lonjazo pa que volviese a la querencia.

Esa mesma tarde le dije al padre del chico: "Págueme, ya está hecho el trabajo; si tiene dudas, venga, vamos al monte". No quiso ir; me anduvo regatiando: que era mucho quinientos pesos, que había vivido un mes de balde y que el oscuro le había acabau una chacra de alfa. ¡Güeno! Me cansé de discusión y le prendí dos tajos, como pa que no se muriera del todo, pero conservase mi marca. Y aquí me tenés viviendo hace una temporada en las islas, de pura miel y de puro sábalo...

Cecilia suspiró, recobrándose de la emoción de aquel singular relato, y él le dijo:

—Al salir el sol, una calandria me contó que era tu día y vine a verte. Subí en ancas y voy a llevarte a donde quiera que sea tu mandado.

—Es al "Mainumbí".

—Iremos al "Mainumbí". Te aguardaré en la tranquera. Seguro que esta noche estarán de baile en tu casa y yo quiero ir. Me han dicho que en el pueblo hay fiestas, y que allá se quedará el comisario y toda la policía...

La muchacha se apoyó en su mano de atleta y estribó en el pie que él le tendió, y saltó en las ancas del oscuro, que se había adormilado durante la historia, y empezó a es-

carcear, de gusto o de enojo, bajo aquel suplemento de peso.

—Me han dicho también, — agregó Juan Chajá, — que andás de novia con un gringo alazán, pecoso como el afrecho y que doma pingos "de abajo"....

—¡Mentira todo! — protestó Cecilia. —No estoy de novia, ni el hombre que le han pintado es así.

—¿Y cómo es, mi prenda?

—Le han querido hablar del domador de "Los Ceibos".

—Y te has vendido, hijita. De ese mesmo me hablaron, y si te duele la mala pintura que te hice, es porque el gringo te gusta...

Cecilia se echó a reír, y él prosiguió:

—Me han dicho también que en el "Mainumbí" hay un gallito que te arrastra el ala...

—¿Quién será? ¿quién no será?

—Y que se llama Pablo, y que es hijo del mayordomo de la estancia...

—¡Qué barbaridad!

—Decime, hija, si sabiendo tantas cosas de vos, aura que te llevo en ancas, prisionerita, no tengo derecho a clavarle las espuelas a mi oscuro y meterme en el monte, y hacerles perder el rastro a los que me sigan, y llevarte conmigo a donde naides te vea, sino yo, y el sol, y las estrellas, y las flores de l'aisla, y los pajaritos que me han contau tus cosas...

El corazón de la muchacha latió con ansiedad. Sentía más que miedo, un íntimo halago porque aquel hombre temido la amaba y se alegró de verlo en su fiesta.

Se descolgó al llegar al "Mainumbí" y penetró en el callejón, mientras él se quedaba aguardándola, con el ojo alerta, pronto a disparar si sospechaba algún peligro.

En casos de apuro, se refugiaba en los espesos carrizales de la isla, desconocidos para las gentes de tierra firme, y a donde los agentes de policía no se aventuraban, por temor de recibir un tiro.

Nunca faltaba un discreto pescador que lo bandeaba para que no mojase el rico apero o las armas. Llevaba el

caballo de la rienda, nadando detrás de la canoa, y una vez en la otra orilla, le frotaba el lomo con un manojo de pasto, lo ensillaba tranquilamente y desaparecía entre los pajales.

El canoero suspiraba, aliviado de la presencia de su terrible amigo, y pegaba la vuelta, procurando olvidar la aventura, para no mentarla ni estando borracho.

Antes de que Cecilia llegara al patio, la había divisado Pablito Medina, y le salió al encuentro.

Ella lo saludó graciosamente, y no tardaron en trabar conversación.

El mozo había obtenido en la Escuela Naval una licencia por dos meses, y llegaba al "Mainumbí" lleno de buenos propósitos, el primero de los cuales era la resolución de no acordarse de Judith.

Pudo creer un instante que le sería fácil cumplirlo, tan olvidada parecía la niña en el "Mainumbí" donde tanto se la amó, y donde ahora apenas se la nombraba.

Pero los motivos de infringir su plan no estaban fuera de él, sino en su propio corazón, herido de amor y en su vanidad agraviada.

La vió por casualidad cuando Judith llegó a caballo, a pedir la bendición a su madre, y la inquietud que le produjo al verla, no le advirtió el peligro en que estaba de faltar a sus propósitos.

Deseó verla más y saber qué pensaba en aquellos lugares donde no había un rincón que no estuviera embalsamado de recuerdos.

Envidió a Cecilia que tal vez hubiera penetrado algún secreto, pero cuidó de que la sagaz muchacha no advirtiera su preocupación.

—¿Están de baile entonces? ¿qué festejan? ¿tu compromiso, Cecilia? ¿o es que por fin ha ganado el parejero?

—Ni una cosa, ni otra, — respondió ella, mirando cara a cara a Pablito, con incitante coquetería; y se dispuso a atraerlo a su fiesta, para encelar al domador de "Los Cei-

bos" y al terrible Juan Chajá. Pero si no ha de ir, casi no vale la pena de que le informe.

—¿Y por qué no he de ir?

—Porque las diversiones de los pobres, son muy desabridas pa los ricos.

—Yo no soy rico, y muchas veces me has visto en tu casa, Cecilia; ¿ya no te acuerdas?

—Me acuerdo de una vez que lo vide muy bien acompañau.

—¿Con quién?

—Con ella...

Cecilia no la nombró, y en esa reticencia mostró su picardía.

El no se atrevió a pedirle el nombre y quedó aturdido y temeroso.

La muchacha prosiguió:

—Ayer tarde me llegué hasta "Las Avispas", y la niña Judith me dió un manojo de esos jazmines que ella misma cuida. "Pa que adornés la trenza", me dijo. Los tengo en un jarro con agua y están fresquitos. ¿Quiere que le dé uno? Vaya esta noche al baile...

Hizo la pregunta con la más perfecta ingenuidad, pero Pablito desconfió de ella.

—Tengo que ir al pueblo, y no sé a qué hora vendré; por eso te agradezco la invitación...

—¿Ha visto? ¿no decía yo? ¡Las fiestas de los pobres hacen bostezar a los ricos!

Y se volvió prontamente hacia Irene, que oyendo las voces de la muchacha y de su hijo, salía a ver lo que ocurría.

—Manda a decir mi tata que si le puede emprestar cuatro servicios de mesa y un almirez...

Un rato después Cecilia salía del "Mainumbí" con un atado y montaba en el caballo de Juan Chajá.

El paisano la ayudó a subir, sin decirle una palabra, y a ella le chocó la aspereza de su gesto.

—¡Dios me libre de los cambios de viento! ¿Qué le ha pasau don Juan en este instante, que tan mudau lo noto?

—La inocencia te valga, palomita de la Virgen. Te estuve "aguaitando" por entre los paraísos y te vi charlar con el hijo del mayordomo.

—¿Y qué pecau es ese? ¡vamos a ver!

—¡Siguro que ya lo invistaste al baile!

—¿Y si así juera? ¿a quién tengo que darle cuenta, a mi tata o a usté?

—No en balde me decían: abra el ojo don Juan, que esa prenda está empeñada, y al fin no ha de ser un güen criollo su dueño, sino alguno de esos mozos alazanes de las colonias.

—¡Yo no soy prenda de naides! — exclamó Cecilia dejándose caer al suelo. — Muchas gracias por haberme traído en ancas hasta aquí. Y sepa, don Juan, que esos mozos alazanes son a veces más criollos que el matambre.

Juan Chajá palideció, sin mostrar otro indicio de su cólera.

Dejó que Cecilia se adelantase en el camino calcinado por el sol, hasta que la vió franquear la tranquera y desaparecer tras el cerco.

Volvió entonces bridas y tomó el sendero del almacén, para ahogar en alcohol su resentimiento.

VIII

Aquel jazmín de Judith

Las palabras de Cecilia excitaron a Pablito, que empezó a considerar absurdos sus buenos propósitos.

Pasó la siesta cálida a la sombra de los naranjos, en cuyo tronco se advertía aún la señal de la hamaca de Judith.

Al caer la tarde silbó a su perro y partió, y anduvo largo rato, como un cazador perdido, a través de las tierras labradas que iba cubriendo la inundación azulada y transparente de la noche.

Apagábase en las alquerías el rumor de los trabajos, y regresaban los peones con sus caballos sudorosos. En un trigal divisábase la sombra de una trilladora inmóvil y en la mitad de un surco interrumpido, un arado roto.

El viento zumbaba entre los yuyos, tan dulcemente que podía percibirse el hondazo de una paloma aturdida al golpearse mortalmente contra el alambre de un cerco.

El oído alucinado creía sentir la campana de San Albino, que invitaba a los hombres a agradecer a Dios la merced de ese día fecundo; y en el silencio de la tierra firme, se dilataba la sinfonía nocturna de la isla, en que desafinaba la trompeta del chajá.

Pablito no tenía el alma vibrante y poética de su compañera de aventuras infantiles; pero en ese momento su corazón volaba hacia los tiempos en que le era lícito desear las flores cuidadas por ella.

La tentación pudo más que sus escrúpulos. Volvió al "Mainumbí", a buscar un regalo para Cecilia, y se encaminó al baile.

Desde lejos sentíase el olor de los corderos que chirriaban en la hoguera encendida bajo los algarrobos.

La llama insegura daba de lleno en los mofletes colorados de Blanca Nieve, que iba y venía enjugándose la frente y el cuello con un repasador, y alumbraba las arrugas de ño Cricho, que permanecía descalzo, en cuclillas junto al asado, echándole cucharadas de salmuera, sin descuidar las botas que había colgado de una rama, a la vista, para que no se las robasen.

En la galería aguardaban las mujeres, sentadas quien en un cajón, quien en un mortero tumbado, quien en una cabeza de vaca.

Una vieja fumaba y escupía, sin soltar el "pucho" de la boca, bromeando con un grupo de chinitas, morochas y desenfadadas, vestidas de claro, con media trenza a la espalda. A cada palabra de la vieja ellas se destornillaban de risa, espiando a los hombres, que permanecían entre sus caballos junto al pozo.

Cecilia andaba de un lado para otro, impaciente, porque el domador de "Los Ceibos" no llegaba. Cuando se metía en el rancho, donde ardía un rabito de vela pegado a la pared, admirábase el vigor juvenil de su talle y sus ojos ardientes.

Ño Cricho, con la punta del cuchillo, ensartó el riñón más asado, lo masculló entre sus gastadas encías y declaró solemnemente:

—¡Pueden bailar, no más! ¡tuavía está crudón!

Cecilia espantó a rebencazos los perros guarecidos en la pieza, prendió una lámpara de loza, arriba de la máquina de coser, y armó el fonógrafo, con el disco del Himno Nacional, para hacer como en la ciudad, donde, según contaban, las grandes fiestas comenzaban así.

A las primeras notas de la canción patria, ño Cricho se levantó galvanizado. Hacía medio siglo que no la oía, pero su corazón no la había olvidado.

—¡Jué pucha! ¡Esto sí que es música pa un criollo en de veras!

Y permaneció cuadrado, como un sargento, hasta el último compás.

Las mujeres acudieron al baile, transportando sus asientos, y los hombres manearon sus caballos para seguirlas.

Los hijos de don Bachi, alumbrándose con tizones, juntaban "puchos" en el suelo, e iban luego a fumarlos, detrás de la casa, en pipas que ellos mismos fabricaban, cortando con sus filosas navajas los tallos más gruesos del cañaveral.

En el patio no quedaron más que Blanca Nieve, horneando las empanadas, y el pescador vigilando el asado y sus botas.

¿Cómo pudo caber y respirar y bailar toda la gente en aquella habitación de adobe, con piso de tierra, y sin más ventilación que una puerta enana y un ventanillo abierto hacia el monte?

Y no obstante aún penetraron en ella disimuladamente los perros desterrados por Cecilia, y al rato cayó Blanca Nieve, furiosa porque había pensado que el viudo se quedaría junto a su horno y he aquí que lo hallaba prendido a una cintura flexible, bailando un tango, con los ojos "estaqueados" y el aire baboso.

Se puso a vigilarlo desde un rincón mientras perseguía en su seno opulento, con manos habilísimas, una pulga arisca, obsequio de un perro que dormitaba a su vera, hecho un ovillo.

Empezó a circular una damajuana de vino, para los hombres, que se la empinaban directamente, y un botellón de jarabe, para las damas, que mojaban apenas los labios en un jarro único, de vidrio azul. La vieja fumadora escupió el pucho del cigarro, desdeñó el jarabe y echó la zarpa a la damajuana, diciendo: "Con su permisio".

Ya en la campaña argentina se ha perdido la poética raza de los gauchos guitarreros, y con ellos los bailes nacionales, el pericón, el cielito, el gato, la zamba y las canciones criollas, el triste y la vidalita.

El fonógrafo y el tango avanzan en són de conquista, anunciado la nueva raza formada en las colonias extranjeras.

Terminaba una pieza cuando llegó Juan Chajá. Su aparición cortó repentinamente las conversaciones.

Penetró con el sombrero puesto, y los bailarines abriéronle cancha.

—¡Güenas noches! — dijo, y solamente contestó la voz aguda de las mujeres.

Percatóse él de los recelos que inspiraba; echó una mirada circular sobre los hombres, que se iban escabuyendo y preguntó:

—¿Qué les pasa? ¿Por qué no siguen bailando?

—Porque se ha acabau el disco.

—Hay que poner otro.

—¡Cecilia, otro tango! — ordenó don Bachi.

Cecilia estaba vestida de rosa y en su trenza negrísima exhalaba su vida fragante uno de los jazmines de Judith.

Obedeció de mala gana y dió cuerda al fonógrafo, que gangueó de nuevo. Juan Chajá se le acercó, y ella no se animó a desairarlo. Durante un rato ella y Juan Chajá formaron la única pareja que bailaba.

—¿Por qué mirás el suelo Cecilia? ¿Estás resentida? Antes de que salga la luna tendré que irme; el caballo me espera detrás del pencal. ¿Vas a dejar que me vaya así? Tenés un jazmín en la trenza; dámelo en señal de que cuando güelva no has de ser tuavía de naides.

Cecilia seguía mirando el suelo y aparentaba no oír. Estaba disgustada porque el domador de "Los Ceibos", advertido tal vez de que Juan Chajá iría al baile, no había aparecido aún.

—Ya estás viendo que ése no te quiere. En cambio yo... ¿cuántos años hace que ando las güeltas, alrededor de tu casa, como vaca recién parida, que tiene la cría en el chiquero?

Su expresión era profunda y apenada. Poco a poco habían ido formándose otras parejas y Cecilia sintió el alivio de no estar sola, mas permaneció callada.

Pablito Medina llegó sin que lo advirtieran y quedándose a la puerta, se puso a mirar.

Su posición social y sus costumbres lo aislaban entre los paisanos. Un saludo al encontrarlos en el camino, a veces un apretón de manos cuando llegaba a sus casas o ellos iban a la suya, y nada más. Las muchachas no pensaban en él porque era de otra casta; y solamente a aquella locuela de Cecilia podía ocurrírsele coquetearle.

Un vaho de sudores y de polvo, un áspero olor de vino, mezclado con la perfumería barata de aquellas mujeres, desembocaba por la puerta.

Pablito observó los ojos de Cecilia fijos en él, ojos furtivos y tiernos, de muchacha que no es inocente, y vió en su trenza el jazmín de Judith. Ella le sonrió desprendiéndose del brazo de Juan Chajá, y corrió a invitarlo.

—¡Pase, niño Pablito!

El mozo entró, encandilado por la lámpara y no observó que la muchacha por atenderlo había interrumpido su coloquio con aquel paisano fornido, que se levantó el ala del sombrero, como para hacerse reconocer y se apartó callado y afirmó sus anchas espaldas contra la hoja desvencijada de la puerta.

Don Bachi intentó desvanecer la inquietud naciente, y dijo dirigiéndose a Juan Chajá:

—Vos eras güen guitarrero. Ya nos tiene hartos esta música en conserva de los discos. ¡Vaya! rascále a ésa la barriga.

Descolgó de la pared una guitarra y se la alcanzó; pero el aludido no la tomó. Se limitó a alargar la mano derecha para que todos viesen el índice cortado al ras.

—Antes sí, era güeno pa esa faena: por qué voy a mentir. Pero un día al echar al agua una canoa atracada en un pajonal de l' aisla, me picó una víbora de la cruz. No tenía pólvora pa quemarme: puse el dedo sobre la borda y con el cuchillo me lo corté de un tajo.

Llevó la mano a la cintura, como si fuera a sacar el facón, cuya empuñadura relucía debajo del saco, y pudo

notarse la fácil elegancia del gesto, Pablito dijo en voz baja a Cecilia:

—¿Ese hombre bailaba con vos?

—Sí, niño, pero no tenga miedo...

—¿Miedo yo? ¡qué esperanza! Te he traído un regalo y aquí lo tenés; pero vos me prometiste un jazmín...

Diciendo esto sacó un rico pañuelo de seda, que la muchacha, ahí no más, en presencia de todo el mundo, halagada en su vanidad, se ató al cuello y sin vacilar se desprendió de la trenza el jazmín.

—¡Lo prometido es deuda! ¡aquí lo tiene!

Pero fuese que temblara la mano, o que estuviera torpe la del otro, el jazmín rodó por tierra y antes de que Pablito lo alzara, Juan Chajá le había puesto encima el ancho pie, con un soberbio ademán de conquista.

—¡Alto amigo! Yo lo pedí primero y yo lo guardo...

No terminó su frase. Pablito sólo atinó a pensar que aquélla era una flor de Judith destinada para él, y se rebeló iracundo, y asestó al gaucho en plenos carrillos una feroz bofetada.

Chillaron las mujeres, acudieron los hombres en tropel, alguien volteó la lámpara, oyerónse los gritos de ño Cricho que anunciaba: "¡Ya está güeno el asau!", y los ladridos de los perros que luchaban en la obscuridad.

Pero adentro del rancho, mientras volvían a encender la luz, se hizo un lúgubre silencio, como si todos presintieran lo que iban a ver.

Cecilia lloraba arrodillada en el suelo, junto al cuerpo de Pablito. Don Bachi preguntó:

—¿Qué ha pasau?

—¡Lo ha muerto! La sangre le sale a chorros de un costillar.

Pero el facón de Juan Chajá no estuvo tan certero esa vez, y el mozo respiraba aún, conforme certificó don Bachi poniéndole un espejo delante de la boca.

Lo acostaron en un catre de guascas, le estancaron la sangre con pabilo quemado y lo llevaron a pulso al "Mainumbí".

IX

Lo que su mano escribió en la tierra

Judith se golpeaba la cabeza con furia.

¡Infeliz de ella que creyó lo increíble! Nunca su corazón podría lavarse de aquel amor.

Y aquel amor no era ya el de antes, un fuego puro en que ardía su alma sin quemarse, como la zarza del Horeb.

Era una infidelidad, una lepra de la cual no se limpiaría nunca, nunca, nunca...

El pecado contra el Espíritu Santo, de que habla el Evangelio, es la desesperación de la misericordia, el pecado que no se perdona porque nace de la soberbia obstinada e impenitente, oculta a menudo bajo modales dulces y engañadores.

Ella sentía sus pies resbalándose en la pavorosa pendiente de ese pecado. Pablito iba a morir sin que ella estuviese a su lado, y sin sospechar su tortura. Y el día que a él lo llevasen muerto, ella, desde su ventana, vería pasar el convoy por la sombría calle de los paraísos. Y volvería la cara, y nadie penetraría su secreto. Y hasta su tío, diría mirándola: ¡Cómo lo ha olvidado! ¡tiene la fuerza de ser perfecta!

¡Ah! si no tuviera el orgullo de mostrar que tenía esa fuerza, se abandonaría a la corriente de aquel amor, como otras infelices, y su propia debilidad sería su excusa, y algún día pegaría la frente en el polvo, como la mujer adúltera, y pediría perdón a Dios...

¡Pero ella no caería nunca! Su obstinación la había

perdido, arrojándola por despecho en los brazos de un hombre que no amaba; su obstinación tenía que salvarla de toda flaqueza, y hacerla perfecta, perfecta, como su madre había sido, como el mundo implacable quería que fuese.

Y si Dios mandaba un ángel a decirle que esa perfección no era una virtud sino un pecado, ella cerraría los ojos y apretaría los dientes, y moriría en su pecado...

Cayó extenuada sobre una silla y pasó horas rememorando las escenas de su infancia.

Abrióse la puerta y apareció don Félix, el único que entraba en su cuarto sin llamar. Se le aproximó dulcemente y estuvo acariciándola , deshaciendo con su mano paternal el pliegue de aquella frente pura y atormentada.

Ella fijó en él los ojos azules, llenos de sombras, y fué incapaz de contener una humilde y amarga pregunta:

—¿Se ha muerto ya?

—No, hijita; no se ha muerto ni se morirá. Es un muchacho vigoroso, y aunque la herida es tremenda, ya empieza a reaccionar. Y cosa extraña; ¡ni un décimo de fiebre! Aquel guaso bruto parece que usaba facón esterilizado...

Se sonrió para animarla, pero ella, aunque más consolada, volvió a su meditación.

El le dijo entonces:

—Tu padre quiere verte.

Hernandarias vagaba como un espectro por la costa del río, por el linde del bosque, tratando de hablar con su hija.

Dos veces habían tenido ese encuentro; pero en la borrasca de dolor y de pensamientos infernales que la agitaron durante los últimos días, Judith lo olvidó.

—¡Papá! — exclamó distraída, buscando en el sonido de las palabras, su sentido profundo. — ¡Es verdad! ¡quiere verme! ¡se alegra viéndome! ¡cómo puede alegrarse con eso!

El sarcasmo de la respuesta inquietó a don Félix.

Pero no la habló de lo que podía ser la causa de su ac-

titud, temiendo que se cerrara a toda advertencia. La tomó por la mano, como a una ciega, y la sacó al jardín.

Había llovido esa mañana, después de una prolongada sequía, y sentíase un buen olor a tierra fresca.

La mansa creciente de las sombras iba inundando la pradera. Aun quedaba un poco de púrpura en el horizonte, donde se deshilachaban las últimas nubes. A lo lejos blanqueaban las casas del "Mainumbí", y en una de sus ventanas brillaba una luz, que parecía una estrella.

—¡Allí está él! — pensó Judith. — ¡No morirá!

Y en su alma desolada por la obstinación, sintió germinar una ilusión frágil, como un brote primaveral, una ilusión sin nombre y sin objeto definido, que la consoló y la hizo sonreír.

A veces la gracia que la penetraba, alumbraba su conciencia, y sus pobres ojos azules se ennegrecían de espanto. Pero la salvación estaba en la humildad y en la confianza, y Judith miraba ese camino como una larga cuesta empinada, que no tenía fuerzas para subir. Y se martirizaba a reproches y su aflicción no tenía límites.

Mandaba ensillar su caballo y huía al monte, y en la embriaguez de la soledad, el corazón desbordado confiaba a los árboles su verdad, ya que a los hombres sólo les decía la mentira, y aquel nombre que sus labios no pronunciaban nunca, lo gritaba allí, y aspiraba con fuerza el aire en que el eco se lo devolvía.

Lloraba las lágrimas ingenuas que aun guardaba, y volvía más tranquila.

Otras veces refugiábase en su cuarto y permanecía horas, con los postigos cerrados, maldiciéndose por haber tenido fuerzas para torturarse, y no tenerlas para rebelarse.

—Fuí fuerte cuando me cerré el camino de toda esperanza; y yo misma me admiré. Pero soy débil para hacer frente a los hombres, y me asusta lo que dirían si me conocieran tal como soy... Y ahora yo misma me desprecio.

En la aridez de su alma, empezaba a germinar la rebelión.

—¿A quién le debo cuentas? — se preguntaba. — Nadie me quiere; todos han pensado en sí mismos antes que en mí. ¿Quién puede obligarme a seguir un camino que yo sola me tracé?

Pero de ese género de cavilaciones la apartaba su altivez.

—¡No! Pienso esto, porque quiero engañarme y abandonarme a la tentación. ¡Así no sería rebelde sino impura!

Esta palabra le producía un asco infinito.

Y se desesperaba calculando que su batalla no tendría fin, ni en el mundo, ni más allá...

La impenitencia de su desesperación consistía en que si de nuevo la hubieran puesto frente a las mismas resoluciones, de nuevo se habría condenado a la misma vida, por vengarse del que la abandonó, y por no ceder al arrepentimiento.

¡Ay! ella estaba ahora más cierta que nunca de que él la había amado. No faltaba quien le llevara de cuando en cuando noticias de Pablito, noticias sin sentido para otros, pero que ella interpretaba con la ansiedad de descubrir un secreto.

Una tarde, varias semanas después, llegó a "Las Avispas", sin alientos, un muchacho del almacén.

—A ño Cricho lo ha picado una víbora, y dicen que no pasa la noche...

Don Félix había ido al pueblo y misia Enriqueta estaba de visita en el "Mainumbí".

Judith mandó atar el sulky, y con un peoncito de la estancia, voló a auxiliar al moribundo.

Lo halló tendido en tierra, sobre unas mantas, espantosamente hinchado pero muy entero y parlanchín.

Dos mujeres lo acompañaban, lamentando el destino del pobre viejo que habiéndose escapado de las balas, venía a perder la vida "picado" por una "yarará".

Decíanlo en alta voz y ño Cricho, agitado por los antiquísimos recuerdos bélicos, intentaba incorporarse para

relatar sus campañas. Tenía su fusil junto a él, y a cada instante lo acariciaba.

Contaba cómo lo adquirió y los rezongos de su dueño, aquel negro porfiado, que no quería dejarse degollar por las buenas y lo obligó a emplear violencia "pa convencerlo de que así había 'e ser".

Judith se arrodilló junto a su cama y le dijo:

—Usted es cristiano, no Cricho; he mandado el sulky a San Albino a llamar al cura...

—¡Güeno! — contestó el viejo, y siguió su relato.

Judith lo interrumpió dulcemente.

—Usted fué un buen soldado, y peleó por su patria, sin odiar a los enemigos; ¿no es verdad?

—¡La pura verdá! ¡qué había de odiarlos, si solamente los conocía el día que les tocaba el violín! Al negro del fusil por poco no lo besé cuando estiró la pata. ¡Vaya con el cristiano duro!

—Entonces, pídale perdón a Dios...

—¿Pero qué me estoy por morir?

—Sí, ño Cricho; y a usted la muerte no lo asusta.

—¡Velay! La muerte ajena nunca me ha asustau... ¡Y yo que me creía que la muerte no se me arrimaba!...

—Ahora se le arrima: rece conmigo.

Rezó ella el padrenuestro y él la siguió, palabra por palabra, como un niño que repite la lección de su madre.

—¡Tengo sé! Dame un trago de algo güeno.

La joven le alzó la cabeza, un matorral de greñas cenicientas, y le hizo beber un trago de caña, en un jarrito enlozado, y con su pañuelo le enjugó la boca.

Una de las mujeres encendió una vela, que abrigó del viento, encajándola en un hueco del ombú; la otra aportó una brazada de hojas de eucalipto, y las echó en el fuego para alejar a los mosquitos.

Ño Cricho comenzó a hacer visajes de dolor, y a rezongar en voz baja, y luego pareció quedarse dormido.

Se había hecho tarde. La luz de la luna envolvía los pajonales como un cendal de batista.

Sentíase a cada rato pasar bandadas de patos siririses,

que volaban remontando el curso del río. El perro echado junto a la canoa, movía las orejas y olfateaba, recordando algún tiro de su amo, que lo obligara a echarse al río para cobrar las piezas derribadas por aquel fusil infalible.

Las mujeres comentaban a media voz la mala cabeza de ño Cricho, que teniendo un par de botas casi nuevas no se las ponía sino para ir a poblado.

El viejo alcanzó a oír aquella censura, y se encrespó.

—¿Y quién les ha dicho a ustedes que al monte va ningún criollo con botas? ¡Lindas se las habrían de poner a tajos las cortaderas y las espinas!

—¡Y lindas le han puesto las piernas a usté!

—¡Vaya un mal! El cuero del cristiano se cura él solo; y el de las botas, no... ¡Tengo sé! ¡otro trago!

Judith volvió a darle de beber; le habló un rato apaciguándolo y ño Cricho se adormeció de veras.

Llegó el cura precipitadamente, y hubo que mandar otra vez el sulky en busca de algunos remedios.

El sacerdote se acercó al lecho del pescador, le tomó el pulso, hizo un gesto desalentado, y le enjugó el sudor que le bañaba la frente.

Todos callaban; oíanse los lengüetazos del perro que bebía en el río. De pronto en el espinel, tendido a pocas brazas del ombú, sintióse un terrible sacudón.

Ño Cricho abrió los ojos e intentó incorporarse:

—¡Ahijuna! ¡ése es un mangurullú! ¡lo menos de dos arrobas!

El cura le puso la mano en el pecho, y en su media lengua italiana, paternal y persuasivo a fuerza de solicitud y franqueza dijo:

—¡Decálo, hiquito, al mangorolló! Y andiamo a prepararte tu valiquita como si andases de viaque. Si perdés el tren, mecor, y si no lo perdés, y te vas, más mecor...

Salieron las tres mujeres y sentáronse al aire libre; y un soberano silencio cayó sobre la naturaleza. De tanto en tanto percibían el grito de las gallinetas en la isla, lamentable como el quejido de un moribundo.

—Me voy, — dijo Judith, — nadie sabe en casa donde estoy; volveré más tarde.

—¿Y se va a pie, niña, y así tan solita?

—¿Quién me va a comer?

Una larga sombra se pintó en el suelo. Un hombre llegaba sin haber sido visto. Judith se llevó la mano al pecho, para contener los latidos de su corazón. Pablito Medina venía a pie, con la escopeta al hombro y una cazadora llena de patos. Sus botas embarradas mostraban que había andado en los carrizales.

—Yo te acompañaré, Judith, — dijo, después de enterarse del estado del viejo pescador. — Pensaba ir a "Las Avispas" a invitar a don Félix a una cacería para mañana.

¿Cómo logró Judith dominar sus nervios, para que su voz no la traicionase?

Era la primera vez que lo veía de cerca y que oía su voz, y sintió un espantoso frío en la médula de los huesos.

En un instante, sobre el gran fondo de su memoria, se reprodujo cuanto había pensado y había sufrido y había resuelto, y recordó las palabras siniestras de su tío, y midió el peligro de exponerse a la tentación.

Pero vaciló un segundo en responder, porque se avergonzó de que él comprendiera que ella desconfiaba de sí misma.

Se había juzgado siempre superior a él y lo consideraba como a un niño caprichoso y amado, sin más fuerzas para turbarla que la que su propio amor le consintiera.

Antes que ella contestara habló él de nuevo. Las dos mujeres habíanse alejado, y Judith y Pablito quedaron solos, bajo el árbol negro.

—Comprendo lo que te pasa, Judith. Ya ni siquiera podemos ser amigos; pero yo tengo derecho de hablar una última vez, para explicar lo que parece inexplicable.

—¡No entiendo! — respondió secamente Judith, dando algunos pasos hacia la zona bañada por la luna.

—He estado a punto de morir y sentía irme del mundo sin haberte hablado. Tengo derecho de que no me juzgues peor de lo que soy.

—Yo no entiendo lo que dices; yo no te juzgo de ningún modo; yo no me acuerdo de ti...

La cruel respuesta hizo enmudecer a Pablito. Judith echó a andar hacia el camino, excitada, y gozosa de haber respondido así.

El la siguió y con palabra humilde le dijo:

—Yo tengo muchas culpas...

—No en contra mía, no te preocupes...

—Pero he estado a punto de morir por tu causa y me habría sido tan dulce contarte cómo fué, que pedí a tu mamá que te hiciera venir al "Mainumbí", y ella me respondió: "No vendrá"... Y yo adiviné por qué no vendrías.

Judith contestó, mortificada por la idea de que su madre continuase disponiendo de su vida.

—Mamá no puede saber lo que habría hecho.

—¿Hice mal, entonces, en no llamarte? ¿habrías ido?

Ella guardó silencio.

—Iba a morir por tu causa y verte hubiera sido un consuelo para mí.

—¿Por mi causa? ¿estás loco?

Se echó a reír con desden, deseosa de mortificarlo; mas él parecía resignado a sufrir todos los desprecios, y esto que lo volvía invulnerable, la irritó y le infundió el mal deseo de escucharlo.

El le refirió la pobre historia del jazmín, en cuya busca fué al rancho de Cecilia, y Judith se turbó. Conocíalo vanidoso en extremo, y ahora lo veía derrotado y triste, con los ojos obstinadamente fijos en tierra.

Marchaban a lo largo del río, y como ella no encontrase palabras que tradujesen la mezcla de sus sentimientos, caminaban callados, hombro con hombro, en el sendero estrecho.

—Mi licencia termina pronto, — dijo él. — Yo necesitaba hablarte, porque voy a partir para siempre, y tengo derecho de que no se me juzgue peor de lo que he sido. Eras la hija de la dueña de todos estos campos. Eras rica y tu apellido de los más ilustres en el país. ¡Y

yo, que te quería, no era nadie!... Tu cariño me vejaba como una limosna. Yo mismo no comprendía mis deseos; mi verdadera culpa está en no haber sabido que, en el fondo, mi indiferencia no era frialdad, ni era olvido, sino vanidad, vanidad pueril y ridícula, que me infundió el propósito de alejarme y no volver hasta que fuera alguien, para que las gentes no se rieran de mí, al saber que yo te pretendía...

Judith no escuchaba; Judith sólo oía el eco de una palabra pronunciada por él, que había golpeado en su corazón, como la vara de Moisés en la peña: "voy a partir y no volveré más".

La belleza de la noche la penetraba y la enternecía. Seguían una senda estrechada por el río contra un cerco donde crecían enredaderas silvestres.

A cada paso hubieran podido detenerse a libertar una luciérnaga, prisionera y palpitante entre las ramas, como en tiempos remotos.

Judith arrancó un puñado de flores, y volvió a pensar que con toda su fortuna no compraría una flor de ésas, cuando el invierno las marchitara; ni reproduciría aquel minuto fugaz, cuya dulzura absorbía ansiosamente, segura de morir, como un sediento que apura una copa, en cuyo fondo se asienta un veneno.

Las palabras de él trastornaron sus propósitos, y en su alma desolada renacieron esas vagas ilusiones sin nombre, que engendra el primer amor de inmortales raíces.

Creíase abandonada de todos, aun de Dios, y parecíale un derecho indiscutible el prepararse con la debilidad de un minuto, a los largos años de energía trágica y obscura que sentía llegar.

—¿De veras te vas? — le preguntó, posando en él los grandes ojos azules, en que erraba todavía el candor de la niñez: él la miró sorprendido de aquel cambio, cuyo proceso no comprendía.

En la boca triste, en la frente nublada, en toda la exquisita persona inquieta y cobarde, adivinábase la batalla y el remordimiento, pero también el amor.

—Sí, me voy...

—¿No volverás nunca?

Judith temblaba, y tendía las mejillas ardientes de rubor al viento que traía del bosque el amoroso olor de la hierbabuena.

Ya en su corazón no existía la raíz de la más mínima esperanza, y en ese momento mismo estaba cierta de no pasar la línea que le había trazado un sentimiento exclusivamente humano del honor, en que pesaban por igual su orgullo de familia y el miedo a la censura de las gentes.

La sublevaba la idea de que pudieran señalarla con el dedo y contar su historia, disimulando el regocijo bajo una ficticia compasión.

Y su instinto de rebeldía le tendió de nuevo una celada; ¿dónde estaba la verdadera energía? ¿en temer los juicios del mundo, o en desafiarlos, apelando a su propia conciencia?

El comprendió que un huracán de amor la sacudía. Cortó la explicación que había iniciado, y le preguntó con emoción sincera y contagiosa:

—¿Del todo, del todo me has olvidado?

Sus dos sombras se pintaban nítidamente en el camino plateado por la luna.

Judith se detuvo y su mano temblorosa escribió en el polvo, con la contera del bastón: ¡No!

El insistió con ardor y con esperanza:

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

Y como los ojos de ella contestaran afirmativamente se agachó sobre aquella mano que escribía, y dijo, aproximándola a sus labios y rozándola con el rumor de sus palabras:

—¿Me quieres, Judith? ¿Como antes?... ¿más que antes?...

Judith quedó aturdida por la sangre que golpeaba en sus sienes.

Pero la tentación la mordió de nuevo: ¿Quién le agradecía su ignorado sacrificio? No había hecho hasta ese instante más que resistir, y sin embargo, si alguien la

hubiera visto allí, la habría condenado, como a la más culpable de las mujeres.

¿Dónde existía la justicia? ¿dónde la misericordia? Si su juez había de ser el mundo estaba perdida.

Pablito repitió su pregunta y soltó la mano de Judith, que escribió en el polvo, con trazo más firme: ¡Sí!

No hablaron más. A lo lejos aparecía la mole taciturna del "Mainumbí", y enfrente, a pocos pasos, la casa colonial de misia Enriqueta.

Ya los perros los habían divisado, y los ladraban desconociéndolos.

—¿Nos separamos aquí? — preguntó Pablito.

—No; es mejor que lleguemos juntos, — respondió ella advirtiendo que toda mentira sería una complicidad.

Abrió una puertecita en la valla y cruzaron el jardín chafando el césped.

Don Félix, que acababa de hacer ensillar un caballo para ir en busca de su sobrina, la acogió con hosquedad al verla en compañía de Pablito.

Judith devorando su turbación, dijo tranquilamente:

—El pobre ño Cricho no pasa la noche.

Don Félix se golpeó las botas con el rebenque, y empezó a pasearse, agitado y mudo.

Un gran cuadro de luz se pintó en la galería obscura, y apareció misia Enriqueta, que dió la mano a Pablito.

—Supongo que te quedarás a comer con nosotros... ¿No es así? Ya estás fuerte y puedes andar afuera de noche.

X

Un cuchillo en el corazón de la madre

Don Félix tuvo que pasar un tiempo en Santa Fe, y una mañana llegó con Merceditas, que por haber andado también ausente de la estancia quiso almorzar con su madre y con Judith.

Hallábase ésta en el naranjal, rodeando con barreras de hojalata la huerta y el jardín, para salvarlos de la langosta saltona, que avanzaba por la costa en mangas cerradas.

Dos chinitas desenvolvían los rollos y Judith con robustos martillazos hundía en la tierra clavos para sostener perpendicularmente la estrecha banda metálica.

Sus mejillas ardían: parecía sana y feliz. "¡Vivirás cien años!" habíale anunciado una gitana a quien dió limosna ese día.

Merceditas vió de lejos a su hija y corrió a llevarle una carta con sello extranjero, detalle que le saltó a la vista.

—Es de tu marido; seguramente anuncia que viene; — le dijo besándola.

Palideció la joven, arrojó el martillo y corrió a las casas, aunque por su gusto habría huído al campo, desesperada.

Don Félix le salió al encuentro y para que no la mirase en la cara, Judith lo aturdió con vehementes caricias y voló a su cuarto.

—¡Tengo que leer esta carta! — dijo — ¡es de él!

Su voz parecía alegre y el viejo quedó tranquilo, y cuando una hora después sentáronse a la mesa, Judith anunció lo que todos esperaban:

—Mi marido escribe que vuelve...

—¿Cuándo? — preguntó misia Enriqueta.

—Antes de quince días estará aquí.

—¡Me alegro, hijita! Ya te pesaba la compañía de esta pobre vieja...

Judith sonrió con esfuerzo. Merceditas se puso a hablar de la langosta, que había dejado los campos de pastoreo áridos como la palma de la mano.

Entró un peón a decir que había llegado a media rienda el domador de "Los Ceibos", a pedir la ayuda de algunos hombres, para libertar a un tren detenido frente a la estación por una manga de saltona, que tapaba la vía en un trecho de un kilómetro. Las ruedas se atascaban en aquel tapiz viviente y la locomotora patinaba, dando furiosos resoplidos, sin avanzar un jeme. Tenían que limpiar los rieles, paleando la langosta, como se palea la nieve en ciertas regiones.

Doña Enriqueta dispuso que fuera su gente a prestar el auxilio, y Merceditas, al oír mencionar al domador de "Los Ceibos", refirió otra noticia que le dieron en el "Mainumbí".

—No debe andar con cara de pascuas ese pobre hombre.

—¿Por qué?

—Porque se enamoró de Cecilia, y hasta llegó a pedirla. A mí me comprometió para que fuera su madrina; y ahora me cuentan que Juan Chajá, a quien se lo había tragado la tierra, apareció el otro día en el rancho de Bachi y esa misma noche se marchó a sus pajonales, llevándose en ancas a la muchacha...

—Eso no lo habrán visto, — dijo don Félix. — Eso lo supondrán...

—De ella no se sabe nada. No hay duda que se ha dejado robar por ese gaucho, a quien ella le coqueteaba. Tenía que ser, porque estas mujeres están predispuestas

para el mal. Ni una sola se salva; aunque se las aleje de sus ranchos, aunque se les enseñe a rezar y a leer; aunque se las eduque a la par de nuestras hijas, bebiendo el buen ejemplo, terminan vergonzosamente...

Durante un buen rato, desenvolvió aquella suerte de consideraciones y la dureza de sus juicios no suscitó réplica de sus oyentes, que parecían conformes.

El almuerzo acabó silenciosamente. Merceditas miró a su hija que la escuchaba sin pronunciar palabra, y algo extraño debió notar en ella, porque se puso a contemplarla. Pero su madre la llamó para mostrarle una lana de la esquila de ese año, con que iba a renovar sus cien colchones y a obsequiar a toda su parentela.

Don Félix y Judith se quedaron solos, frente a frente.

Como si la joven tocara en ese instante el límite de sus fuerzas, se tapó la cara y comenzó a llorar con tal dulzura, que él no hubiera advertido el llanto, de no observar los finos dedos mojados en lágrimas.

Se levantó impetuosamente, entornó la puerta y se le sentó al lado.

—¡Cuéntame por qué lloras, vida mía!

—Mamá es injusta con esa pobre gente.

—¿Y por eso lloras? ¡no me engañes!

—Si están predestinadas a caer... ¿de qué las culpan?

—Nadie está predestinado a caer—respondió don Félix. —Pero tú no lloras por eso. ¡Qué te importa eso! ¿Cuál es tu pena?

—¡Mamá ni comprende ni perdona! ¡A mí no me ha comprendido, ni va a perdonarme!

—¿Pero qué estás diciendo, hijita? — interrogó don Félix, tomándole las manos y descubriéndole la cara con esfuerzo.

Ella cerraba los ojos, pero en su rostro se pintaba tal confusión, que él adivinó su desventura, y exclamó con un espantoso quejido:

—¡Ah, mi hijita! ¿Hago mal en pensar lo que estoy pensando?

—No, tío Félix; por mucho malo que piense de mí, yo

soy peor que eso... ¡Yo soy la más vil de todas las mujeres!

Durante un rato permanecieron los dos aturdidos por el espantoso rumor de esas palabras, que se entrechocaban en su imaginación como las olas del mar.

Pero bastaron esos segundos de silencio, para que Judith enjugara su llanto, y hablara como persona segura de su destino.

—¡Ya lo sabe! No me pregunte más, y a él no lo nombre nunca, nunca. Se ha ido, para siempre, porque yo se lo mandé, cuando comprendí mi locura. No me pregunte cómo fué; no me pregunte más de lo que le diga...

—¡No, hijita, no! Yo te entiendo sin que hables más; y quisiera que tu culpa fuera en contra mía, para perdonártela. ¡Ni una palabra, ni a mí ni a nadie! — exclamó el viejo desesperado.

—¡No! — dijo Judith, y él se levantó y ajustó la puerta, creyendo sentir pasos en la galería; y quiso hacerla callar, pero ella no lo consintió. — ¡No! lo que yo tengo que decir, lo diré...

—¿A quién vas a decirlo? ¿a mí? ¡ya lo sé! ¡No hables más!

—A mi madre, para que no vuelva a ser injusta; y a mi marido, para que me quite este fuego que me quema dentro del pecho desde que lo he traicionado...

—No harás eso, hijita.

—Sí; no podré vivir de otro modo.

—Pero ¿no ves, desgraciada, que no van a perdonarte? ¡Tu madre ha enseñado que eso no se perdona!

Judith respondió fríamente:

—Si no me perdonan, será esa mi expiación.

Oprimióse fuertemente los labios, para contenerse, mas no pudo, y se le escapó este lamento:

—¡Mi madre sabrá por fin el precio de la misericordia! ¡Pobre papá! Estos días ha vivido escondiéndose como una sombra entre los matorrales para verme, sin que lo viesen. ¡Y yo tuve el valor de pedirle que se fuera de aquí, no por miedo a que lo descubriesen, sino por alejar

un testigo!... ¡Yo tuve el valor de pedirle eso! ¿Con qué vara van a medir mi culpa?

—Las caídas son más profundas en las almas grandes, — contestó don Félix, como un moralista. — Pero sus reacciones son más generosas y completas. Estás arrepentida; deja, pues, tu suerte en manos de Dios... Tranquilízate...

—¡Arrepentida! — exclamó Judith con sarcasmo, golpeándose el pecho. — ¡Esa no es la palabra! Lo que yo siento es asco de mi persona y de mi vida y del mundo. Si lloviera fuego del cielo para quemar todas las cosas, yo me alegraría, porque sólo así se borraría mi recuerdo, como si nunca hubiera nacido...

Judith hablaba poseída de una furia infernal, y don Félix la calmaba, acariciándole las manos que se crispaban entre las de él.

—No digas eso, no hables así... Van a oírnos... Esto verdaderamente no es arrepentimiento, sino amor propio...

—¡No sé lo qué será! He pasado días agonizando de asco y pensando en la muerte. Pero esta carta que me anuncia la vuelta de mi marido, me alumbra lo que tengo que hacer. Más que la muerte, más que el infierno, será terrible la humillación de contárselo, y yo se lo contaré...

—¡No, no, no! ¡también eso es soberbia! Te mueve la ira contra tí misma, porque confiaste demasiado en tu fuerza y ahora te subleva tu debilidad.

—¡Yo hablaré, y le contaré! — repetía ella, con terquedad, y él se empeñaba en contener ese delirio.

No sintieron abrirse a sus espaldas una puerta, ni vieron entrar a Merceditas, con la faz demudada, porque escuchó la última frase de don Félix y la espantosa verdad se hundió en su corazón como un cuchillo.

Se echó a los pies de Judith y aplastó la frente contra sus rodillas y repitió cien veces la súplica de tu tío, para sellarle los labios imprudentes. — ¡No, no! ¡no hablarás! ¡Dejarás tus secretos en manos de Dios! ¡Si los re-

velaras no te perdonarían, porque de mí han aprendido a no perdonar!

Y como Judith redoblase su vehemente negativa, la madre se levantó.

—¡Bueno! Yo seré la que hable; yo soy la que tiene la mayor culpa: Dios me castiga en tu cabeza, hijita mía. Cuando venga Monzón, yo le contaré...

Judith preguntó secamente:

—¿Y qué le dirás?

—Que te perdone.

—¿Y qué más?

—Que lo olvide, que lo calle...

—¡Eso, eso! ¡que lo calle! ¡Cómo lo querré, cómo lo serviré, si calla! Yo no puedo guardar mi pecado, pero que él lo guarde. ¡Ay, mamá! si yo supiera que mi historia va a andar rodando de casa en casa, me mataría ahora mismo...

Se arrepintió inmediatamente de esa confesión siniestra, y quiso disipar la alarma que produjo y se echó a reír con esfuerzo.

—Estoy hablando disparates. Estoy aturdida. Habla con él, mamá. Y si no me perdonara... su perdón, al fin... ¡Bah! huiríamos lejos, lejos, adonde nadie supiera de nosotros.

Y la madre contestaba con besos y palabras entrecortadas.

—Sí, sí, adonde nadie supiera de nosotros.

XI

El relámpago azul

Dos semanas después llegó el viajero, sin que Judith fuese a esperarlo ni a la estación ni a su casa.

—Cosas muy extrañas deben pasar en esa familia — explicóle su hermana Cirila. — Ninguno se deja ver: viven como si se los hubiese tragado la tierra.

Y su madre, agregó:

—Días pasados, sabiendo que habían vuelto de la estancia, hice el sacrificio de ponerme el vestido bueno... ya te acordarás de cuál es...

—Sí, mamá.

—Llegué hasta la casa y en el zaguán me atajó una chinita de ese cardumen que tiene siempre la vieja y me dijo que no había nadie, que los dos estaban en el campo; y yo sé que mentía.

Aquella afrenta hecha a su madre picó a Monzón en lo más sensible. Perdió su compás habitual y se dispuso a ir en busca de Judith.

Pero en la puerta de calle sonó un aldabonazo y entró Merceditas.

Su aspecto impresionó a las dos mujeres que se retiraron sin dejar de espiarla. Monzón quedó perplejo, con el sombrero en la mano, admirando aquella pálida y hermosa figura, de traje obscuro, hasta el cuello.

Merceditas se animó al notar que él la contemplaba, y comenzó a hablar de prisa.

—Monzón, amigo mío, yo vengo en lugar de mi hija... No está enferma; pero antes de que hable ella, tengo que hablar yo, porque usted no puede juzgarla, sin escucharme a mí.

—¿Juzgarla? ¿yo?... — preguntó el médico, soltando el sombrero y cerrando la puerta del escritorio.

Merceditas titubeó. El viento de la calle, mientras recorrió la breve distancia que mediaba entre su casa y la de él, le fué metiendo en los oídos aquella bienaventuranza, que ya no olvidaría nunca: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia".

Dios sabía lo que era para ella humillarse ante aquel hombre que conocía su inflexibilidad y su dureza; pero sus ojos despavoridos veían el pecado y la ansiedad de su hija, y ya no existía oprobio que no estuviera dispuesta a aceptar para salvarla.

— Hay mucha culpa en ella; pero hay más culpa en mí, que la inmolé por alejar una tentación. Yo temía el caer, no por virtud, sino por vanidad... ¿No comprende, amigo mío?

—¡No comprendo!

—¿Me ve confundida de vergüenza y todavía no comprende? Adivine, por favor, lo que no sé explicarle. Más culpa tengo yo, y más culpa tiene usted, que no supo inspirarle amor, porque no la amaba... Yo la he visto desesperada golpeándose la frente contra los ladrillos del suelo y he tenido lástima de ella. Y ahora la veo callada y tranquila, y tengo miedo por ella. Usted va a verla así, y va a medir su remordimiento y va a perdonarla...

El escuchó sin comprender al principio hasta que la sensación de su afrenta se le clavó como una espiga en el cerebro. Dos, tres, cuatro, cien veces la obligó a repetirle las mismas palabras, inverosímiles en aquellos labios; y cuando se hubo saciado de oírlas, con una frialdad prodigiosa, mucho más terrible que una explosión de ira, la interrumpió:

—Muy bien, señora; ya sé bastante...

Y comenzó a pasearse, con las manos a la espalda hasta

que recobró el total dominio de sus nervios. Merceditas, que no quitaba de él los ojos suplicantes, reanudó su lamentable relato, y él le cortó de nuevo la palabra.

—¡Ya sé bastante, ya no quiero oír más!

Ella adivinó que bajo aquella frente partida por una implacable arruga, estaba cuajándose la sentencia de su hija, y se desesperó.

—¡No la juzgue como yo la habría juzgado! — exclamó acercándosele.

—¿Y cómo la habría juzgado usted?... ¡Ah, que soy torpe! ¿Por qué le pregunto lo que su propio temor me está diciendo? Usted habría sido inexorable. ¿Por qué debo ser yo piadoso? He pasado veinte años mirando una sola cara, estudiando un solo ejemplo: ¿por qué no he de imitarlo?

Merceditas había tomado las manos de él que forcejearon por desasirse y se dejaron vencer y bañar en lágrimas.

—¡Todavía no he concluído mi historia!

—¡Ya no quiero saber más!

—Todavía no le he contado mi secreto. Oigame: la he acusado a mi Judith; ahora tengo que acusarme yo. Yo no tuve piedad con mi marido, porque no tuve amor...

—¿No tuvo amor? ¿a quién no tuvo amor?

—¡Por Dios! ¡No me haga decir todas las palabras! ¡Si lo eché de mi casa, era porque antes lo había echado de mi corazón!

—¿A quién echó y a quién amaba?

—Amaba a otro hombre: ahora puedo decirlo porque ya la tentación ha pasado...

—¿Ese hombre fuí yo?

—¡Sí!

—¿De veras, me quiso?

—¡Con toda el alma!

—¡Extraño amor que pudo guardarse tan secreto!

—Mil veces estuve a punto de sucumbir.

—¡Pero no sucumbió! — replicó él con rabia. — Todo conspiraba contra usted. Y quien hubiera sabido su lu-

cha habría anunciado su caída, como una cosa fatal. ¡Y no cayó! ¿Por qué apiadarme, entonces, si yo sé que se puede resistir? Dos lecciones me ha dado, señora. No debe quejarse si las he aprendido.

—¿Quiere decir — interrogó Merceditas juntando las manos, con delirante ademán— que si yo hubiera caído, la culpa de ella parecería menor?

—Sí.

—¿Sería perdonada?

El titubeó; su corazón fué movido por el pensamiento de que llegaba la hora del desquite, cuando ella estaba hermosa todavía.

Ella conoció la tentación en la turbiedad de sus ojos, y retrocedió hasta la puerta; y oyendo la voz de él, súbitamente enronquecida, tuvo miedo de que la promesa del perdón saliera de aquellos labios convulsos, y huyó aterrada, maldiciendo su propia virtud.

Empezaba a anochecer y las gentes que hallaba al paso no tenían tiempo de reconocerla.

La plazoleta de San Francisco estaba sombría y silenciosa. No se oía más que ese ruido de árboles en otoño, que transe el corazón de los viejos, y en la torre colonial, el són de una campana.

Halló su puerta cerrada, como las de las casas en que hay un muerto, apretada con una piedra por el lado interior, para que el viento no la abriese. La empujó de golpe y entró como un torbellino.

—¡Mi Judith! ¿Dónde está mi Judith?

En el comedor, apenas alumbrado, halló a su madre y a don Félix, abatidos por sus cavilaciones.

Alzaron a un tiempo la cabeza, al sentirla llegar.

—¿Dónde está mi Judith?

—En su cuarto, — respondió don Félix.

La abuela preguntó:

—¿Lo has visto? ¿qué te ha dicho?

La madre acercóseles con un modo humilde que antes le era extraño y que ahora comenzaba a serle habitual.

—¡No la perdona!

Y explicó amargamente:

—No la perdona, porque yo no perdoné...

Don Félix se levantó iracundo:

—¿Qué tiene que ver eso? ¡Yo lo haré entrar en razón; yo lo convenceré; yo sé lo que tengo que decirle!.... Voy para allá.

—¡No, usted no! — exclamó Merceditas. — Tú, mamá; tú, que perdonaste, puedes hablar...

Don Félix la apartó dulcemente y dijo con voz opaca:

—¡Yo también puedo hablar porque yo también perdoné! Yo fuí durante mucho tiempo la befa de esta ciudad, sin yo saberlo. Llegó la hora en que lo supe, y vi dos caminos delante de mí: la misericordia o la justicia...

Habían corrido muchas aguas sobre aquel dolor, y todavía la voz lo traicionaba.

Merceditas escuchó a su madre que decía:

—Y de los dos caminos elegiste el de la misericordia. ¡Bendito sea Dios, que con tu dolor ha preparado el perdón de nuestra pobre criatura! ¡Corre y pide por ella!

Don Félix la tomó del brazo.

—¡Vamos los dos!

Y salieron los dos, que podían hablar de perdón, y quedó Merceditas, vacilando en subir hasta el cuarto de su hija, cuya ventana acababa de alumbrarse.

Tenía miedo de oír en los pálidos labios de ella, lo que su conciencia le gritaba:

"Tu virtud es vana. Si hubieras sido humilde, habrías perdonado. No era bastante no caer; debiste dejar a Dios el juicio de la caída ajena".

Una lógica despiadada la hacía arrepentirse de aquella orgullosa virtud, que ahora el marido ultrajado esgrimía como un arma contra su hija.

—¡Yo debí caer! — exclamó mordiéndose los puños. — ¡Señor! ¿Por qué me sostuviste; por qué no me abandonaste, para que pudiera hablar ahora? ¡Señor, Señor, por qué no me dejaste pecar!

Atormentada por esas blasfemias corrió a acompañar a Judith.

La halló en el escritorio, en el mismo lugar donde ella hojeó el libro de las leyes para aprender los derechos de una esposa engañada.

Judith acababa de encender la luz y ni en sus ojos obscurecidos por la noche, ni en su frente enigmática, ni en sus labios fríos, se traslucía ninguno de sus pensamientos.

—¡Qué pálida estás! ¿qué tienes?

—¿Lo has visto? — preguntó Judith.

—Sí, lo he visto... Mamá y tío Félix también han ido allá y vendrán pronto. No hablemos de él.

—Ya comprendo. ¡Pero no importa! Cuéntame que te dijo.

—No hablemos de él; hablemos de tu padre...

—¿De papá? ¿por qué?

—He sabido que anda aquí: ¿querrías verlo?

Judith la miró sorprendida, vaciló, pero sacudió la cabeza con horror.

—¡No! Ahora no. ¿Qué pensaría él de mí, si supiera estas cosas?

Y volvió a caer en su recóndita cavilación.

Merceditas comenzó a hablarla como a una criatura. Al nombrar a su marido, en aquel sitio donde estudió su sentencia, le pareció que el tiempo no había corrido y que su Judith tenía cinco años, y se interesaba por la vuelta de su padre que le traía nidos del campo.

—Aunque no lo llamemos, tu papá va a venir.

—¡No, mamá! Te suplico que no lo llames.

—¿No lo quieres ya? ¿no sabes que viene del campo y que ha andado buscándote nidos? ¿No le habías encargado un nido? ¡Cuántas cosas te traía el pobre al volver de la estancia! Yo tenía celos de cómo lo querías a él, y a veces te robaba los nidos, y los huevitos y los pájaros que él te daba, para que no pensaras tanto en él, y te llenaba de juguetes para que pensaras sólo en mí.

Judith parecía no oírla y su madre se asustaba de su indiferencia y habría querido hacerla llorar para templar la pavorosa aridez de su meditación.

—¡Mira, Judith! ¡Estoy llorando! Los recuerdos de

esa época me enternecen. ¿Por qué te dejan fría las cosas que a mí me hacen llorar de ternura? Eras tan rubia que tu cabeza parecía una onza de oro, y tenías los ojos de un azul que tu tío Félix aseguraba que no había igual en el mundo, mientras no halló la santalucía. Ya no eres tan rubia, y en este momento tus ojos parecen negros... Cuando eras chiquita yo te desvestía y te acostaba. Si hacía frío, al descalzarte tomaba tus patitas, tus pobres patitas heladas, que cabían en mis manos, las besaba; las besaba, hasta calentarlas con mis besos... ¡Así, así, así! ¡Hijita! ¿Por qué tienes yertos los pies? ¿Quieres que te acueste? ¿quieres que te cuente un cuento?

Judith pareció volver de aquellas lejanas regiones donde vagaba su pensamiento.

—De veras, tengo frío... — murmuró. — Me contabas cuentos, es verdad. ¿Quién me contó aquel de Otelo y Desdémona?

—No es un cuento, es una tragedia de Shakespeare.

—¿Cómo era esa historia? ¿Quién me la contó?

—Yo te la conté. Hemos pasado tantas noches juntas, no sabiendo de qué hablar, y yo te contaba las historias que leía. A tí no te gustaban los libros, te gustaba andar por el campo, y oír aventuras. Eras alegre y traviesa...

—¡Parece mentira! ¡Yo fuí así!... Mamá: ¿cómo era la historia de Desdémona? El la mató por celos, pero ¿no es verdad que si él no la mata ella misma se habría muerto?

—¡No! Porque no era culpable y era cristiana.

—¡Ah!... ¿Y cómo era la canción del sauce que ella cantaba la noche en que murió?

—¿Por qué te acuerdas de estas cosas tristes? Ya tienes los pies calientes. Yo te acostaré, como cuando eras chiquita. Soy capaz de llevarte alzada, sin que pises el suelo.

Judith apartó las manos amorosas de su madre.

—Ya no puedo estar alegre nunca más. Voy a ser la burla del pueblo. No hemos sabido hacernos querer, y muchos se complacerán desparramando mi historia, y di-

rán al final: "¡Quién lo hubiera imaginado! ¡La hija de Merceditas Virreyes!" Y hasta las peores se escandalizarán de mí... ¿Has pensado en eso, mamá?

—No, ni quiero que tú lo pienses, mi Judith. ¿Qué me importa lo que digan? ¡Ojalá hablasen de mí! ¡Ojalá tuviera yo mil pecados afrentosos que las gentes desparramaran! Ojalá hubiera sido yo la más depravada de las mujeres y hubiera tenido tantos amantes, que no acabaran de nombrarse y fueran tan ruidosos mis escándalos que me excomulgasen, y me ordenasen ir desnuda por las calles. Y yo iría para que hablasen de mí y de ti se olvidaran...

—¡No me olvidarán!

—¡Yo haré que te olviden! Si es necesario que yo esconda tu culpa con un gran pecado, yo iré ahora mismo a entregarme, y seré la más vil de las mujeres y nadie pensará en ti ¡mi chiquita, mi chiquita, mi chiquita...! ¡Qué fríos tienes los pies!... ¿Por qué no me respondes? ¿en qué piensas? Quisiera abrirte la cabeza, para espiar tus pensamientos. ¡No cierres los ojos! Pareces muerta. ¡Qué pálida estás!

—Tengo sueño, mamá; déjame sola... quiero dormir... ¡qué cansada estoy!

Sintiéronse pasos; Judith se levantó, los ojos brillantes de esperanza, viendo entrar a don Félix y a su abuela, pero la expresión desolada de ellos, le dió a comprender que su defensa se había estrellado en el alma rencorosa de Monzón. Y antes de que ninguno hablara exhaló su desaliento:

—¡Ya veo cómo les ha ido! Es mejor no pensar más en esto. ¡No pensar nunca más en esto!... ¡Qué cansada estoy, mamá!

Misia Enriqueta se alarmó al tocar su mano glacial.

—Te voy a traer una tacita de caldo, hijita, — le dijo y salió apresuradamente.

—¡Qué cansada estoy! — repitió Judith, encaminándose al dormitorio.

Don Félix la miró con inquietud, pero ella lo calmó con

una sonrisa y con un beso. Besó también a su madre y añadió dulcemente:

—Cuando sea hora de comer entren a mi cuarto. Comeremos allí, alrededor de mi cama... ¿quieren?

Y se fué, y para tranquilizarlos, sólo entornó la puerta.

Don Félix y Merceditas se sentaron juntos en el sofá y hablaron en voz baja.

Monzón pretendía tener derecho de retener en su casa a Judith o de hacerla depositar por el juez en otro lugar. No lo permitirían. Se alejarían para siempre de la ciudad y empezarían una existencia nueva todos juntos, con Hernandarias...

Un rato después entró misia Enriqueta removiendo con la cucharita la taza de caldo.

Se asomó al cuarto de Judith, y se volvió atrás de puntillas:

—¡Qué extraño! Parece que se ha dormido. ¿La despertaremos? Se ha echado en la cama sin desvestirse.

Don Félix se levantó palidísimo.

—¡No haga ruido! — dijo misia Enriqueta atajándole el paso.

—¡Déjeme verla!

El cuarto estaba a media luz y Judith yacía en la cama.

El pecho se alzaba en una tranquila respiración, pero tenía la cara vuelta a un lado.

—¿Qué es esto, Dios mío? — exclamó don Félix penetrando de golpe.

Por la boca de la joven manaba un hilo de sangre que se resumía en la almohada.

—¡No está dormida! ¡está muriéndose! — gritó don Félix mostrando una copa del velador — ¡corran por un médico!

Sus gritos resonaron en la casa, y se produjo un inmenso alboroto; y empezaron a llegar personas de afuera, y el escritorio se llenó de gentes.

Y Judith siguió una hora más, como dormida, sin oír

las lamentaciones de las tres personas que a su lado se acusaban de su muerte.

El primer médico que la vió, no dió ninguna esperanza.

Tras él llegó el guardián de San Francisco, mandado a llamar por la abuela, que en medio de su amargura bendijo al Señor, porque al oprimir el sacerdote la mano de Judith, sus ojos se abrieron un instante, como si sus oídos recogieran las santas palabras, y penetrase por ellas, hasta su alma entenebrecida, la luz de la absolución.

Y luego aquel relámpago azul se apagó para siempre.

XII

Lo que se escribió en el arco del templo

Al alba siguiente el lego sacristán de San Francisco cruzó el camposanto, un poco más arqueado sobre la tierra bendita que ya lo llamaba, abrió la verja de hierro, y se santiguó, divisando otra vez, por entre las tablillas de la persiana de la casa de los Virreyes las cuatro llamitas de cuatro blandones.

No necesitaba preguntar el nombre de la muerta, porque la ciudad estaba llena con la trágica noticia.

El había conocido a la pobre criatura y la había amado, y sintió deseos de rezar un avemaría al lado de ella, por última vez. Atravesó la calle, empujó la puerta y penetró en la sala.

En un rincón veíase a don Félix envejecido veinte años en aquella noche. A su lado la madre, que alzaba el rostro, como si se ahogara y buscase aire. En otro rincón un grupo de mujeres enlutadas, rezando el rosario...

Y Judith indiferente, dormida, en medio de aquel dolor, como una azucena caída sobre el mar insondable y amargo...

La abuela, de pie, la contemplaba.

Un hombre entró — un hombre a quien nadie reconocia en aquella casa que había sido la suya — y se aproximó, sacudido por áridos sollozos.

Y la abuela dijo, alzando la mano, como una bendición, sobre la muerta:

—"¡Hijita mía! ¡cúmplase la voluntad de Dios! El sabe por qué ha permitido esta horrible desgracia que excede a todo dolor.

El habrá medido tu desesperación, tu inexperiencia, tu locura.

Nos castiga cruelmente, porque nos faltó piedad, porque hicimos las obras buenas que no nos costaban, porque no hicimos las que torcían nuestra voluntad y doblaban nuestra soberbia.

¡Has estado loca, hijita mía! No has tenido compasión de nosotros, ni de tu pobre alma. Pero Dios, que es la fuente de la misericordia, habrá pesado tu culpa y *la habrá perdonado, para enseñanza nuestra*".

Merceditas oyó, y se levantó como galvanizada, y se arrimó a aquel hombre a quien hacía quince años echó de su casa, y lo besó en la frente rugosa y le dijo con voz transida por el remordimiento:

—¡Perdóname, Daniel, para que Dios se apiade de ella!

Días después, durante la siesta, Merceditas llamó a la portería del convento.

El imperioso campanillazo despertó al lego que dormitaba en un rincón, sobre un viejo sillón de cuero apolillado.

Corrió a abrir el ventanillo y reconociendo a Merceditas le franqueó la entrada.

—¿Puedo ver al padre Guardián?

—¡En el acto, sí señora, no faltaría más que usted esperase!

Y voló adentro, y no tardó un bendito en regresar con el Guardián.

—He visto, padre, que la pintura de la iglesia está muy deslucida.

—Sí, señora, hay goteras, un pampero arrancó unas chapas...

—Sí, padre; ya otra vez me lo ha dicho. Yo estoy dispuesta a costear las reparaciones y a pintar de nuevo la iglesia.

—¡Qué gran obra sería señora!

—Pero quiero saber si en uno de los arcos de la nave pueden escribirse estas palabras.

—¿Qué palabras son? — interrogó el fraile calándose las gafas y tomando un papelito que ella le ofrecía.

—Es un texto del Evangelio, padre.

—¡Ah, sí! un texto de San Mateo... — murmuró el Guardián leyendo. — También está en el libro del profeta Oseas... Sí, señora; sí, se puede poner, es un hermoso versículo. Pero habrá que ponerlo en latín: *"misericordiam volo et non sacrificium."*

—¡No, padre, no! Ha de ser en lengua que todos entiendan, porque todos tienen necesidad de aprender o de recordar.

—¡Bueno, así será! — murmuró el fraile, guardándose el papel.

Merceditas le besó la manga y se fué.

Y he aquí por qué se pintaron en uno de los arcos del templo, las palabras de Jesús, no en latín, sino en castellano, para que las recordasen los que las hubieran olvidado y las aprendiesen los que no las sabían: *"Misericordia quiero y no sacrificios"*.

Flor de Durazno,
diciembre 6 de 1922.
Buenos Aires, 1.o
de junio de 1923.

INDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo I ..... pág. 5
„ II ..... „ 14
„ III ..... „ 26
„ IV ..... „ 37
„ V ..... „ 44
„ VI ..... „ 58

SEGUNDA PARTE

Capítulo I ..... pág. 80
„ II ..... „ 93
„ III ..... „ 102
„ IV ..... „ 112
„ V ..... „ 129
„ VI ..... „ 141
„ VII ..... „ 153
„ VIII ..... „ 164

TERCERA PARTE

Capítulo I ..... pág. 175
„ II ..... „ 183
„ III ..... „ 196
„ IV ..... „ 204
„ V ..... „ 211
„ VI ..... „ 225
„ VII ..... „ 233
„ VIII ..... „ 243
„ IX ..... „ 249
„ X ..... „ 260
„ XI ..... „ 266
„ XII ..... „ 276

280

La que no perdonó

(1923)

El gran diario porteño *La Razón* al publicarla en folletín la anunciaba así a sus lectores:

"Hugo Wast vuelve con esta obra a los cuadros que hicieron la fortuna de esa admirable novela *La Casa de los Cuervos;* y los despliega con mayor penetración psicológica y con la difícil sobriedad de frases que ha llegado a ser en él un instinto.

En esta novela fuerte y original, pinta con amor la vida profunda y misteriosa de un hogar provinciano.

El escenario es reducido, pero el drama es de inmensas proporciones.

Es en verdad, uno de esos raros libros cuya lectura no puede abandonarse y que dejan en el alma del lector una honda huella de emoción y de piedad humana."

Los Ojos Vendados

(1921)

90.° MILLAR

"En estos caminos se va con los ojos vendados. Si yo fuera una obrera de gustos simples, no habría caído. Pero me han educado, me han infundido ambiciones... y todo lo que he aprendido no me sirve para ganarme la vida."

Amargas palabras de la protagonista.

Dentro de las corrientes de la novela moderna, que cada día se aleja más del crudo naturalismo y de las filosofías trascendentales, tan en boga hace veinte años, aparece *Los Ojos Vendados*, libro sincero y emocionante.

Se lee con saludable inquietud y se admira en él la abundancia del argumento, la sobriedad y la precisión de las pinturas y la claridad del estilo.

Pero hay en *Los Ojos Vendados* tal vigor imaginativo, tal intensidad sentimental, que el lector termina su lectura con el corazón palpitante, y su fantasía aguzada presiente lo que es *El Vengador*, el segundo episodio de esta obra.

El Vengador

(1922)

70.° MILLAR

Actúan en ella los personajes de *Los Ojos Vendados*, pero es una novela completa en sí misma, y tan fuertemente concebida, que suscita desde el primer capítulo una ardiente curiosidad.

¿Quién es el Vengador? ¿Quién castiga la culpa del que ha pecado contra la ley fundamental de la vida, que es el amor a los hijos?

Dos cualidades han marcado la originalidad de Hugo Wast en la novela americana: el pensamiento fundamental que se descubre en sus libros, y el interés poderoso de sus argumentos.

Agréguese el mérito de ese estilo diáfano, sin rebuscamiento, verdadero estilo de novelista que ha hecho escuela, pero que permanecerá inimitable, y se tendrá la razón del éxito de este escritor "argentino por su elegancia y su finura español por su sentido de la raza y de la lengua; universal por su genio creador"; según el juicio del gran novelista Ricardo León.

La Corbata Celeste

(1920)

30.° MILLAR

Es una novela histórica, de pujante interés. Su acción se desenvuelve en la época de Rozas. Dos hombres aman a la misma mujer, don Baltasar Balbastro, y su hijo José Antonio. Pero éste, que ha adivinado el amor de su padre hacia la gentilísima Leonor, calla y sufre.

"Parecía imposible — ha dicho del Casal — hacer una novela del tiempo de Rozas, emocionante y veraz, que no fuera un reguero de sangre o un panfleto político.

Se requería un escritor de estilo, que sin pasión unitaria o federal, resucitara en páginas novelescas, la figura del tirano.

No bastaba un historiador: la literatura debe ya a sus historiadores, seducidos por el calor dramático de aquella época, algunos apreciables ensayos, en que se mezcla la fantasía con la erudición, pero que no han logrado la plenitud de argumento, ni el vigor de la trama, indispensables en una verdadera novela...

En *La Corbata Celeste,* un capítulo en que se siente el rumor de los ejércitos y la marcha angustiosa de las conspiraciones, va seguido de una encantadora descripción de la vida doméstica, sorprendida en sus detalles típicos, la mesa, los amoríos, las intrigas de los sirvientes, las tertulias.

Esta admirable novela sólo ha podido escribirse con un conocimiento preciso de la historia, refrenado por un seguro instinto de novelista, que sabe resistir a la tentación de los detalles eruditos en que suelen atascarse los historiadores.

Todo en *La Corbata Celeste* es luminoso y espontáneo, desde la disposición de la trama, hasta el lenguaje puro y castizo, animado por una gracia muy argentina.

Ninguna afectación, ninguna exhibición de virtuosidad, ningún remedo o "pastiche" de otros estilos, en síntesis, ningún artificio retórico.

Hugo Wast posee en su manera las líneas clásicas, que gustan en todos los tiempos y países, la concisión transparente, la originalidad de las imágenes y el olvido de sí mismo, o sea la naturalidad, que es la condición fundamental de todo gran estilo."

Ciudad Turbulenta
Ciudad Alegre

(1919)

70.° MILLAR

La aparición de esta fuerte y saludable novela, produjo una profunda sensación en la sociedad porteña. Más de cien mil lectores seguían con avidez en los folletines del gran diario *La Nación,* aquella amarga y poderosa pintura de Buenos Aires, "la ciudad alegre y turbulenta", conforme a las palabras del profeta Isaías.

Y cuando el libro apareció, suscitó comentarios apasionados, críticas ásperas y grandes entusiasmos. Todos reconocían, empero, el vigor del argumento, y el intenso interés de la novela, en que se creaban tipos inolvidables.

NOTA: *Se han deslizado muy graves errores en todas las ediciones de esta obra, posteriores al 13° millar.*

El autor ha restablecido el texto en la presente edición, que arranca desde el 68° millar.

Valle Negro

(1918)

45.° MILLAR

Adaptada al cinematógrafo

Libro de líneas purísimas, que evoca los maravillosos paisajes de las sierras cordobesas.

Media docena de personajes, descritos con sobria precisión, bastan para desenvolver una acción intensísima.

El gran crítico español don Miguel de Unamuno, ha escrito acerca de este libro un juicio, del que copiamos este párrafo:

"He leído *Valle Negro* con el ánimo suspenso, y volveré a leerlo, porque el interés que me despertó es el de un dramático juego de pasiones.

"Esta novela puede leerse en cualquier país, y podrá leerse en cualquier tiempo, cuando se siga leyendo "Carmen" y "Colomba" de Merimée. Su precisión, su condensación la librarán de modas del gusto.

"Correspondiendo a esta manera de sentir y de entender la novela, el estilo adecuado. Limpio, claro, preciso, sin concesiones metafóricas, sin retorcimientos estilísticos, aque ahora hay alguien tan aficionado."

La Casa de los Cuervos

(1916)

90.° MILLAR

Adaptada al teatro. Adaptada al cinematógrafo

La acción de esta novela se desenvuelve en provincias. Descríbese en ella la época de las revoluciones, hacia el año 1877.

El revolucionario Insúa, mata al jefe de las tropas del gobierno, Jarque, y a su secretario Borja. Herido a su vez, huye a caballo y logra escapar.

Lo acogen moribundo en una "estancia". Es la casa de doña Carmen de Borja. Aquélla recibe a la vez la noticia de que su hijo y su yerno han muerto en la revolución, y adivina quién los mató, pero guarda su terrible secreto, para no infundir el odio en el corazón de Gabriela, su hija, que queda viuda.

Ellas ocultan al herido y lo salvan, y un idilio misterioso, al principio, nace entre el revolucionario y aquella joven abnegada. Un día él sabe que están de luto por culpa de él y resuelve alejarse. Pero Gabriela, ignorando el secreto, quiere retenerlo...

Llena de emoción y de magníficas pinturas de ambiente, esta novela ha llegado a ser clásica en la Argentina.

Fuente Sellada

(1914)

67.° MILLAR

La vida provinciana, apacible y melancólica, se refleja con sincera emoción en esta novela.

Un sentimiento profundo embellece su acción.

Algunos de sus personajes, modestas y encantadoras figuras provincianas, quedarán como creaciones vigorosas; otros, inquietantes y mórbidos, aparecen llenos de pasión, como arrebatados por una fuerza desconocida.

El estilo, en este libro, es más sutil y elegante, y la trama de su argumento es cerrada y fuerte, y llena del indiscutible interés que hay en toda la obra novelesca de su autor.

NOTA: *A partir del millar 67° el texto ha sido revisado por el autor, para evitar supresiones que se introdujeron en ediciones anteriores.*

Flor de Durazno

(1911)

16.° MILLAR

Adaptada al teatro *Adaptada al cinematógrafo*

Flor de Durazno marca una época en la literatura argentina, señalando el momento en que los libros nacionales dejaron de ser lectura de unos pocos elegidos, y alcanzaron los grandes tirajes, que constituyen la definitiva consagración popular.

Por esta novela, el gran público, a quien poco le interesaban las obras nacionales ha sido ganado para los novelistas argentinos.

Nada más universal y conmovedor que el doloroso idilio de Rina, la inmortal protagonista de *Flor de Durazno*.

Esta novela es de las que se leen una y otra vez, y de las que se terminan con el corazón templado en buenos propósitos y los ojos llenos de lágrimas.

Novia de Vacaciones

(1907)

Es una narración sencilla, que puede ponerse en todas las manos.

Las razones del éxito de esta novela, mantenido a través de los años, son su emoción sana, si gracia pura y tierna.

Una muchacha, que vive en el campo, durante las vacaciones se vé festejada por un jovei.

Ella se enamora profundamene, y él, vuelto a la ciudad, la olvida. Lo que para él fué ui amable episodio, ha atado para siempre el pensamiento y el orazón de ella.

Pasan los años. Un día él la encuentra en los salones, triunfante, a su humilde novia de acaciones. Adivina que no lo ha olvidado, y se le acerca, recorquistado y ansioso de ganar de nuevo la confianza.

Pero ella no cree ya en él...

Alegre

(1905)

Es la primera novela escrita pc Hugo Wast. Se han hecho de ella numerosas ediciones, algurs adaptadas para el público infantil, que gusta de su inimitabl sencillez.

Historia de un niño que pas por aventuras extraordinarias en tierras lejanas; paisajes tipos entrevistos como en sueño; relato ingenuo y puro hcho en un estilo espontáneo, tal es la obra.

Sin trascendencia, sin pretenones, embelesa al público a quien fué destinado, que busca e los libros el solaz de un romance tierno, y no la agitación : un libro filosófico.

Author Wast, Hugo
Title La que no perdonó.
203311
LS.
W3237k

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU